

CRÓNICAS
DEL TEMPLO

Vol. 4

*La
Reina
del deseo*

se

Noelia
Amarillo

Lectulandia

Karol se prometió a sí mismo no volver a amar, no volver a necesitar a nadie y no volver a recordar el pasado. Ha pasado tres años cumpliendo a estas premisas, su cordura dependía de ellas. Hasta ahora. Laura, la ladrona que le vuelve loco está empeñada en demostrarle que el placer, con ella, va más allá del simple éxtasis pues se adentra en el amor. Y por si eso no fuera suficiente para acabar con su paz mental, Tuomas, su antiguo, confidente más querido y la persona que le traicionó más allá de lo soportable ha regresado de nuevo a su vida. Y parece dispuesto a quedarse.

Adéntrate en el Templo del Deseo, aprende los secretos del placer, descubre hasta dónde te atreves a llegar.

Lectulandia

Noelia Amarillo

La reina del deseo

Crónicas del Templo 4

ePub r1.0

Titivillus 29.10.2018

Título original: *La reina del deseo*
Noelia Amarillo, 2014

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

Cubierta

La reina del deseo

Karol

Laura

El miedo del rey

El príncipe mendigo

La princesa escondida

La apuesta de la reina

El juego de la reina. El deseo del rey

La traición del príncipe

La caída del rey

Karol

Nota de la autora

Notas

Karol

Sábado, 5 de junio 2010

No está.
La he buscado en cada rincón del centro comercial y no está.

Me prometió que vendría y ha roto su palabra.

He sido un estúpido al confiar en ella.

¡No! No he confiado en ella. No soy tan idiota. Hace tres años aprendí bien la lección. Ahora tengo unas reglas muy claras que me permiten seguir en pie y enfrentarme cada día a la odiada esperanza que quiere subyugarme: No necesito a nadie. La soledad es mi única amante. Nadie tiene poder sobre mí, solo yo.

Las repito una y otra vez mientras recorro los pasillos buscándola. Olfateando el aire como un animal desesperado. El pecho atenazado por un yugo que jamás creí que volvería a sentir: la angustia de pensar que la he perdido, que no volveré a verla, que me han vuelto a arrebatar mis sueños. Me detengo asustado ante este pensamiento.

¡Ella no es mi sueño!

¡No es nadie! No significa nada.

Esto que tenemos entre los dos es solo un juego. Nada más.

No necesito encontrarla.

No necesito verla.

No necesito olerla.

No necesito tocarla, tampoco besarla.

Este juego del gato y el ratón es solo un entretenimiento estúpido. Giro sobre mis pies y me dirijo a la salida. No voy a perder más tiempo buscándola.

No necesito a nadie.

No quiero que nadie me quiera.

No quiero querer a nadie.

Solo yo controlo mis emociones.

Me detengo antes de traspasar las puertas que dan al aparcamiento.

¡Maldita mujer! ¿A quién quiero engañar?

Con un rugido de frustración que asusta a una joven madre y su traviesa prole me doy media vuelta y vuelvo a internarme en el centro comercial. Mi ladrona es tramposa, descarada y peligrosa, pero no es una mentirosa. Me dijo que estaría y estará. Solo tengo que encontrarla.

Y eso haré.

Reviso de nuevo cada rincón de la planta baja. El verano ha entrado con fuerza y hace calor en la calle, un calor húmedo y sofocante que muchas familias combaten en el Plaza Mar. El centro comercial es una algarabía de voces infantiles, conversaciones

adolescentes, cotilleos de matronas y comentarios sobre deportes. Y el olor... una insoportable mezcla de ambientador industrial, sudor, perfumes y bebés cagados. Ni rastro del excitante aroma de mi ladrona. Saco del bolsillo un pañuelo de seda negra empapado en Chanel n.º 5 y me lo llevo a la nariz para evitar los hediondos efluvios que me rodean. Tener un olfato tan afinado es una verdadera maldición. Un barbudo que apesta a pachulí choca contra mí, haciendo que el pañuelo se me caiga de las manos. Por lo visto tiene demasiada prisa para esquivarme; también para disculparse. Ahogando un bufido me agacho para recoger mi escudo salvador y entonces su olor llega a mí. Poderoso. Excitante. Ingobernable.

Me yergo cuan alto soy, el pañuelo olvidado en el suelo, cada musculo de mi cuerpo en tensión mientras elevó la cabeza e inhaló el aire que me rodea. Laura acaba de pasar a mi lado. Miro desesperado a mi alrededor y de repente vuelvo a olerla. Solo un instante. Pero es suficiente. Sonrió engreído y echo a correr hacia las escaleras que me llevarán a la planta superior. Sin querer, o tal vez queriendo, empujo al barbudoapestoso en el mismo momento en que pisa el primer escalón. Tampoco yo me molesto en disculparme.

Al llegar a la planta superior compruebo aturdido que el olor de Laura ha desaparecido. Recorro los pasillos desesperado, seguro de no haberme equivocado en la dirección a pesar de que no he vuelto a olerla. Está jugando conmigo y, como siempre, está ganando. De regreso a las escaleras, el barbudo sale de una tienda y vuelve a chocarse conmigo. Lo empujo enfadado. Esto se está convirtiendo en una desagradable costumbre. Y entonces vuelvo a sentir la esencia de mi ladrona. Esta vez con tanta fuerza que me tambaleo. Olfateo frenético el aire pero el olor parece provenir de mí. Sacudo la cabeza. No puedo oler a ella. Busco en mis bolsillos el pañuelo de seda roja impregnado en su esencia, pero sé que no lo voy a encontrar, está guardado a buen recaudo en el cajón de mi mesilla. Mis dedos dan con un trozo de tela guardado en el bolsillo de mi pantalón. Lo saco lentamente. Es un pañuelo verde con flores estampadas. Y huele a ella. ¿Qué demonios?

Alzó la mirada y mis ojos se cruzan con los del barbudo. En ese momento me percató de que, a pesar del calor, lleva puesto un impermeable verde cerrado hasta el cuello. La barba le oculta casi toda la cara y una gorra de baloncesto se encarga de taparle la frente y el pelo. Me mira, esboza una desafiante sonrisa y, mientras se desabrocha el impermeable, sube a las escaleras mecánicas que le llevarán a la planta superior.

Y en ese instante el aroma de Laura me golpea con fuerza. Me endurece. Me deja sin respiración. Es ella. Me ha estado vigilando todo el tiempo y no me he dado cuenta. ¿Cuándo voy a aprender a no fiarme de mis sentidos, más aún del de la vista, que tanto me falla? Enfilo las escaleras a la carrera, decidido a atraparla. Y al llegar arriba estoy a punto de caer de rodillas y vomitar hasta la primera papilla que he ingerido en mi vida. Kebabs, Mcdonald's, Ginos, VIPs, Lizarran, cervecerías, cafés... Estoy rodeado por el olor que sale de los restaurantes. El hedor a grasa, fogones,

carne quemada, especias y café me asalta inclemente. Busco en mis bolsillos el pañuelo negro empapado en Chanel n.º 5 que sustituye al rojo que siempre llevaba, pero no está, se me ha caído en la planta baja cuando Laura, disfrazada de barbudo, me ha empujado la primera vez. Me tambaleo hasta la pared, la gente me mira, sé lo que piensan: que estoy borracho. Pero no lo estoy. Estoy mareado por esta fetidez que me ataca, me aturde, me vence. Encuentro al fin el trozo de tela que Laura me ha dado hace apenas unos minutos y me lo llevo a la nariz. Aun sin quererlo me impregno en su esencia. El hedor a comida desaparece, convirtiéndose en el olor de la lujuria aderezada con un toque de osadía y desafío. Inspiro hasta que las náuseas remiten, hasta que mi polla se endurece y mis manos tiemblan. ¿Por masturbarme o por tocarla? Tal vez por ambas.

Sin apartar el pañuelo de mi nariz recorro el espacio que me rodea, buscándola. Sobre la barandilla que se abre a las plantas inferiores veo el impermeable verde con el que se ha disfrazado. Me acerco a él, sigue apestando a pachulí. No puedo evitar sonreír. Es una tramposa pero no miente. Está aquí, como prometió, solo tengo que volver a encontrarla. Camino fijándome en cada persona, alerta a cada sonido, a cada mirada. Sé que me está vigilando. Y entonces los veo. Dos niños jugando con una barba postiza. Me acerco a ellos para preguntarles dónde han conseguido tan peculiar juguete. Me señalan los cines. Más concretamente un pasillo que hay junto a estos. Y allí está Laura, apoyada en las puertas de emergencia. Vuelve a ser ella. Su liso pelo castaño apuntando en mil direcciones diferentes. Sus ojos verdes, risueños y desafiantes. Su barbilla afilada y su boca pícara, maliciosa. Delgada y atlética, descalza, vestida con unos vaqueros cortados por encima de las rodillas y una camiseta de tirantes que no cubre su tentador ombligo. Me mira arqueando una ceja y acto seguido gira sobre sus talones y traspasa la salida de emergencia.

La sigo.

La puerta se cierra a mis espaldas, aislándome del hedor. Estoy en un largo pasillo que se interna en las entrañas del centro comercial y en el que se abren docenas de puertas. Laura está apoyada en una de ellas. Camino hacia ella a la vez que aparto el pañuelo de mi cara, ya no lo necesito. Ella sonrío divertida, como si supiera algo que yo no sé. Se pone unas extrañas gafas, saca un mando a distancia de su bolsillo y las luces se apagan.

Estoy a oscuras. No puedo ver. Y en ese momento me percató de que todo me huele a ella. Mis manos, mi cara, mi ropa, el aire que me rodea. Estoy tan impregnado en su aroma que no puedo localizarla. Por primera vez en mi vida mi portentoso olfato es totalmente inútil.

Laura

POBRECILLO. No me encuentra. Al menos es lo suficientemente listo como para buscar una pared con las manos y seguirla. Eso me gusta de él. No se rinde. Aunque no pueda verme ni olerme va a intentar atraparme. Y yo, por supuesto, me voy a dejar atrapar, o mejor dicho, seré yo quien le atrape. Dentro de un rato. Cuando haya jugado un poco con él. Porque soy mala malísima. Y me encanta serlo.

Las extensiones rojas, moradas y azules de su pelo se ven fluorescentes a través de las gafas de visión nocturna. Me gustan. Es un hombre atractivo, un poco más alto que yo, lo que significa que es muy alto, y también está muy delgado. Mejor, así caerá con más facilidad cuando le empuje. ¿Quién quiere musculitos de gimnasio que luego se desinflan a las primeras de cambio? Prefiero que esté duro donde tiene que estarlo. Miro su entrepierna y sonrío, sabía que no me defraudaría. Me acerco a él en silencio, mis pies desnudos no hacen ruido sobre el suelo, pero aun así le veo girar la cabeza olisqueando el aire. Pobrecillo, no sabe lo que le espera. Voy a romper cada una de sus estúpidas reglas. Y voy a disfrutar haciéndolo.

Me coloco tras él y le toco ese prieto y maravilloso culo antes de dejarme caer al suelo y rodar sobre mí misma, apartándome de él.

—¿No puedo tocarte? —le espeto la primera orden que me dictó hace apenas dos noches.

—No deberías, bella dama —susurra él dirigiéndose hacia mi voz—, pero eres una bruja descarada que hace caso omiso a mis deseos.

Me estremezco al escuchar su voz. Grave, con ese tono ronco que promete placeres inusuales y ese acento extraño que habla de lugares lejanos. Abro la puerta que hay a mi espalda en el mismo momento en el que él se abalanza hacia donde estoy. Por lo visto su olfato está recuperándose de la saturación que le ha provocado el pañuelo. El pomo se mueve, está intentando abrirla. No lo conseguirá. Todas las puertas del pasillo están cerradas para él, no así para mí. Yo las controlo. Al igual que toda la seguridad de esa zona del centro comercial. Es mi trabajo. Soy una *hacker white hat*^[1] y me dedico a vulnerar la seguridad del sistema para encontrar y solucionar sus fallos. O al menos eso hago cuando trabajo para el Tiger Team. Pero ahora no estoy trabajando. Sino jugando. Saco mi *smartphone* y lo conecto a las cámaras de seguridad.

Sigo los movimientos de mi ratoncito a través de la pequeña pantalla. Me traslado de un almacén a otro, salgo al pasillo, le vuelvo a tocar el culo y me escabullo. Él se gira, surjo por otra puerta y le toco la polla. La tiene bien dura, como a mí me gusta. Me escondo de nuevo. Repito el juego una y otra vez, sobándole a conciencia, hasta que le siento jadear frenético. Está tan excitado como yo, quizá más. Le oigo golpear la pared, frustrado. Me río. Él me escucha y me desafía a que salga y me muestre.

Pobre ingenuo...

Me quito las gafas, sacó el último juguete de mi bolsillo, abandono mi refugio y en el mismo momento en que enciendo las potentes luces del pasillo, deslumbrándole, me abalanzo sobre él, haciéndole caer contra la pared. Aprovecho que está ciego y aturdido para esposarle las muñecas a la espalda.

—¿Qué haces? —musita desconcertado al comprobar que no puede soltarse.

—¿No puedo obligarte a desearme? —le susurro al oído a la vez que meto la mano bajo sus pantalones. Cómo me gusta lo que toco. Suave y dura, calentita y palpitante. Tiene una gruesa y larga polla que un día de estos disfrutaré a conciencia.

—No —jadea echando la cabeza hacia atrás. Tiene un cuello tan tentador que no me resisto a morderlo un poquito.

—¿No tengo poder sobre ti? —Le abro la cremallera para después bajarle los pantalones. Es una suerte que no lleve cinturón, estoy demasiado excitada como para detenerme en desabrochárselo.

—No lo tienes. —Niega con la cabeza mientras aguanta la respiración.

¿Prefiere asfixiarse a olerme? Comprobémoslo.

Le envuelvo la polla con una mano y meto la otra bajo mis bragas empapadas. Y mientras nos masturbo a ambos, me pego a él, frotando mis pequeñas pero erguidas tetas contra su torso.

Le escuchó tomar aire en un agónico gemido y acerco mi boca a la suya.

—¿Solo tú controlas tu placer? —inquiero desafiante a la vez que llevo los dedos con los que me he acariciado a su rostro.

Todo él tiembla y un rugido abandona su garganta antes de arremeter contra mi boca. Oh, sí. Me encanta cómo mueve la lengua. Cómo se pelea con la mía. Es tan lascivo cuando se olvida de controlarse. Recorre mi paladar, muerde mis labios, los succiona para luego lamerlos. Yo aprovecho y le como la boca mientras le follo con la mano, hasta que jadea al borde del orgasmo. Entonces me aparto.

—¿No puedo follarte? —le escupo la última de sus ingenuas normas mientras voy resbalando por su cuerpo hasta que mis labios quedan a la altura de su polla. La beso antes de darle un lento lametazo. Me gusta su sabor. Le doy otro, solo para paladearla de nuevo.

Él gime y, apoyando los hombros contra la pared, arquea la espalda y me empuja con las caderas. Por lo visto le ha gustado. A mí también. Quizá algún día, si se porta bien, le coma la polla hasta que se corra. Pero hoy no se ha portado bien. Y yo soy una chica mala.

Asciendo por su cuerpo hasta que mis labios quedan a un suspiro de los suyos.

—Nunca vuelvas a decirme qué puedo o no puedo hacer —le advierto dándole un azote en el trasero. Joder, cómo me gusta ese culo tan duro que tiene.

Saco la llave de las esposas del bolsillo y la dejo caer al suelo, junto a sus pies. Luego me doy la vuelta y camino hacia la salida.

No me llama enfadado ni grita suplicante mi nombre. De hecho ni una sola palabra abandona sus labios. Eso es lo que más me gusta de él. Posee una voluntad fuerte, una mente inteligente y un control exquisito sobre sí mismo, excepto cuando yo me cruzo en su camino, por supuesto. Sé que en estos momentos estará sentado en el suelo, con la llave entre los dedos, intentando abrir las esposas. Estoy segura de que lo conseguirá. Solo espero que se dé prisa; mi trabajo es informar de que hay una filtración de seguridad y mandar a alguien a solucionarlo.

Seré buena, le daré cinco minutos antes de dar el aviso.

El miedo del rey

KAROL dejó caer la llave al suelo, junto a las esposas que acababa de quitarse. Se recolocó, no sin esfuerzo, la dolorosa erección dentro de los ajustados pantalones vaqueros rotos en las rodillas, y comprobó que todas las chapas que adornaban el chaleco de etiqueta que vestía siguieran en su sitio; no era cuestión de dejar pruebas. Luego se dirigió a la puerta de emergencia. Tomó una gran bocanada de aire y salió de ese pasillo que olía a ella. A él. A ambos. Atravesó la zona de restaurantes a la carrera y bajó las escaleras mecánicas sin respirar, hasta que llegó a la planta interior y el hedor de las comidas se difuminó con el del ambientador industrial. En el mismo momento en que inspiró en busca de aire, una pareja de guardias de seguridad pasó junto a él en dirección a la planta superior.

Arqueó una ceja mientras los observaba subir las escaleras. Un poco más y le habrían pillado. Esbozó una irónica sonrisa. Apostaría su ojo sano a que había sido su ladrona quien había avisado a seguridad de que había un intruso, él, en los pasillos. Sin duda Laura era capaz de eso. Y de mucho más.

—Mujer cruel —susurró enfilando hacia la salida—. No solo me robas mi paz mental, mi control y mis noches sin sueños, sino que además quieres meterme en la cárcel.

Una amarga carcajada escapó de sus labios a la vez que rememoraba la impaciencia con la que había mecido las caderas contra ella en el pasillo. Había estado totalmente subyugado a ella, a sus besos y sus caricias. Si ella hubiera querido, le habría hecho correrse con su boca o con sus manos, y él no habría podido evitarlo. Incluso hubiera podido follarle de haberlo deseado, y él no habría podido resistirse. Desde la primera vez que la había oído estaba bajo su hechizo. Y con el paso de los meses, ese hechizo se había convertido en una adicción a la que cada vez le era más difícil resistirse.

No podía continuar así. Necesitaba retomar el control de su vida, hacer frente a esa debilidad que llenaba sus días de diabólicas esperanzas y sus noches de tórridos sueños.

No volvería a caer en esa trampa. Haría lo que fuera con tal de recuperar la tranquila soledad en la que había vivido esos tres últimos años.

Dando un bufido por la cuasi imposible misión, se colocó el parche sobre el ojo derecho para evitar marearse por su defectuosa visión y se montó tras el volante del todoterreno.

Tiempo después, las puertas del muro que aislaba su propiedad del mundo se abrieron y el coche transitó sobre el camino de baldosas amarillas que finalizaba en el Templo del Deseo. Su casa. Una enorme construcción de paredes rojas y ventanas asimétricas coronada por una torre de piedra que se alzaba sobre el centro mismo del

edificio. No se molestó en aparcar en el garaje, simplemente paró frente a la puerta y entró, impaciente por recuperar la ansiada privacidad. Necesitaba aislarse de todo en su infierno particular, en la habitación de la torre en la que nadie tenía permiso para adentrarse. Allí podría pensar. O tal vez no. Sacudió la cabeza al recordar que su refugio privado ya no lo era. Laura se había colado allí hacia dos noches, violando su intimidad y robándole la poca tranquilidad que aún tenía. Su olor todavía impregnaba sus sabanas, su almohada y el pañuelo rojo que había sido su defensa contra el mundo. Y él era tan débil que todavía no había sido capaz de lavar esas prendas para deshacerse de él.

—¿Está usted bien, señor? —En el mismo momento en que atravesó el umbral, Esmeralda, la mujer que se ocupaba de mantener su casa en orden, se abalanzó sobre él.

—Maravillosamente, gracias por su preocupación, hermosa dama —murmuró haciendo una floreada reverencia a la vez que la miraba extrañado. Esmeralda y Benito, su marido, trabajaban de lunes a sábado, pero solo por las mañanas. Y ya era más de media tarde—. ¿A qué se debe que aún esté aquí? —inquirió estrechando los ojos.

—Tengo que hablar con usted, y como se ha ido antes de que pudiera hacerlo, no he tenido más remedio que esperarle —bufó enfadada. Karol se limitó a arquear una ceja. La buena mujer se comportaba en ocasiones como si fuera su madre. Una madre que le regañaba por no comer lo suficiente, que le daba consejos sin que se los pidieran y que se preocupaba sinceramente por él. Y él la respetaba por eso—. No sé adónde va todos los sábados, y no es que me interese, no se equivoque, pero debería tener en cuenta que ya estamos en verano y que usted tiene la piel demasiado pálida como para estar dando vueltas por las calles a las dos de la tarde, cuando el sol más pega. ¿Se ha puesto la crema que le he dejado en la entrada esta mañana? —Karol negó con la cabeza—. Lo sabía. Luego no se queje si se le despelleja la nariz.

—¿Sobre qué quería hablar conmigo? Imagino que no será sobre cremas protectoras... —inquirió Karol antes de que pasara a regañarle por no comer lo suficiente.

—El lunes mi nieta empezará a trabajar para usted. Por las mañanas, con nosotros. Con todas esas flores raras que el pelirrojo ha mandado plantar, nos hace falta una jardinera. Mi marido no puede ocuparse de todo. Además, a mí no me vendrá mal un poco de ayuda extra en la cocina ahora que, a Dios gracias, esta casa ha dejado de ser un mausoleo y sus amigos le visitan a menudo. Le he dejado sobre la mesa del comedor los documentos que necesita para hacerle el contrato —afirmó mirándole altiva.

Karol centró su mirada bicolor en Esmeralda. ¿Desde cuándo sus empleados decidían a quién tenía él que contratar?

—Es una buena chica, ya lo verá —comentó la diminuta anciana encorvando los hombros—, está pasando una mala racha y necesita un trabajo. Ni se dará cuenta de

que está aquí. Se ocupará del jardín y lo dejará bien hermoso —aseveró mirándole suplicante.

—Tendrá el contrato dispuesto el lunes —aceptó Karol al fin.

—Así es como debe ser —cabeceó la anciana satisfecha—. Le he hecho lasaña, todavía estará caliente. Cómasela toda si no quiere seguir así de esmirriado —dijo saliendo de la casa—. En la nevera he dejado comida suficiente para que usted y sus amigos se alimenten el fin de semana, solo tienen que calentarla en el microondas. Espero no encontrar restos de *pizza* el lunes —le advirtió con una airada mirada saliendo de la casa—. Me lo tomaría como un insulto.

—No se preocupe, no encontrará restos de *pizza* —la despidió con una nueva reverencia.

—¡Tampoco de comida china!

Karol sonrió al escucharla y, tras cerrar la puerta, subió a su habitación de la torre. Se detuvo en el umbral e inhaló despacio, llenándose los pulmones de la tenue esencia que aún impregnaba las sábanas. Que también impregnaba su ropa. Se acarició los labios con las yemas de los dedos recordando su sabor y, sin ser apenas consciente de lo que hacía, descendió con esos mismos dedos hasta su polla, de nuevo erecta, imitando con ellos la caricia que la boca de su ladrona le había dedicado. Había estado a punto de correrse al sentir sus labios sobre el glande. Y ahora estaba a punto de correrse con solo recordarlo. Frunció el ceño, irritado por su falta de control. Esa maldita mujer iba a conseguir que perdiera la cordura. Quizá ya la había perdido, pensó mirando a su alrededor. A pesar del calor que hacía las ventanas llevaban dos días con sus noches cerradas a cal y canto. Había intentando encerrar ese débil eco de su fragancia entre cristales y paredes, sin pensar que ese aroma que tanto lo fascinaba se mezclaría con el suyo, hechizándolo con más fuerza. Se dirigió a las ventanas, decidido a abrirlas. Se detuvo antes de hacerlo. Si las abría, la cálida brisa de la tarde le arrebataría el placer de sentirse rodeado de ella. De su olor.

—No cabe duda de que estoy peligrosamente obsesionado —masculló enfadado abriendo los postigos para acabar de una buena vez con esa absurda situación.

También quitó las sábanas de la cama, decidido a bajarlas a la cocina para que Esmeralda se ocupara de lavarlas el lunes sin falta. Estaba saliendo por la puerta cuando se detuvo alterado y miró hacia atrás, al cajón de la mesilla en la que había guardado el pañuelo impregnado en su esencia. Debería deshacerse de su olor, lavarlo y bañarlo en Chanel n.º 5. Inspiró profundamente, buscando la fuerza de voluntad que había dominado su vida esos últimos años y, cuando la encontró, entró de nuevo y cogió el maldito pañuelo. Bajó con el hato de ropas y las ocultó en la lavadora. Pero seguía oliendo a ella. Se quitó el chaleco y lo metió junto a las sábanas, sin importarle que solo pudiera limpiarse en seco. Hizo lo mismo con las botas y cuando fue a meter los pantalones recordó que no había vaciado los bolsillos. Dejó sobre la encimera las llaves de la casa y el mando del coche, unas cuantas monedas sueltas y el móvil. El

pañuelo verde que ella le había regalado fue directo a la lavadora junto con el resto de prendas. Y fue en ese momento cuando se percató de que le faltaba la cartera. Revisó de nuevo los pantalones y, al no encontrar nada más en ellos, salió de la casa sin importarle su desnudez y buscó en el coche. Tampoco estaba allí. Una carcajada brotó de su garganta al darse cuenta de que su ladrona había vuelto a robarle... ¡Mientras le sobaba! Solo ella podía hacer gala de tan insolente atrevimiento. ¿Cómo no iba a admirarla si era tan magnífica en su osadía? Se encogió de hombros sin dejar de sonreír. Se la devolvería antes o después, Laura jamás se quedaba con nada de lo que sustraía, y a él no le corría ninguna prisa recuperarla, solo tenía algo de dinero, el carné de identidad, algunas tarjetas y... La hilaridad que le había dominado cesó de repente, transformando su diversión en consternación al darse cuenta de lo que había metido en su cartera esa misma madrugada y del poder que le acababa de otorgar a Laura. Solo tenía que ser un poco perspicaz, tirar del hilo correcto y toda la madeja se desharía. Y Laura era mucho más que un poco perspicaz.

¿Por qué no había dejado la nota quietecita en el cajón de su despacho en 54 Sueños? Porque era un iluso sin remisión y quería tenerla junto a él en la Torre, para poder releerla una y otra vez y encontrar falsas esperanzas en las mentiras escritas, más ahora que el día de la cena se acercaba.

Maldiciendo en polaco entró de nuevo en la casa y, tras cerrar con un fuerte portazo, se sirvió un vaso de *zubrówka*^[2] que bebió de un solo trago. ¿Qué le estaba pasando? ¿Desde cuándo era un tonto sentimental que leía cartas una y otra vez? ¿Desde cuándo caía de rodillas por unas pocas caricias? ¿Desde cuándo pensaba con la polla en vez de con la cabeza? Se irguió cuan alto era. Y, lo que era más importante, ¿desde cuándo se ponía excusas a sí mismo para no hacer lo que tenía que hacer? Estrelló el vaso contra la pared y se dirigió a la cocina, decidido a acabar con esa debilidad que lo esclavizaba en ese mismo instante. No esperaba a que Esmeralda llegara el lunes para empezar a deshacerse de Laura. Abrió varios armarios hasta que dio con el detergente. Vertió una ingente cantidad de este en el tambor de la lavadora y luego cerró la puerta. Se quedó mirando el aparato. No se ponía en marcha. Pulsó uno de los múltiples botones. No pasó nada. Pulsó otro. Idéntico resultado. Comenzó a pulsarlos todos, frenético. Si no conseguía lavar las prendas en ese mismo momento acabaría por caer de nuevo bajo su hechizo y las sacaría de allí para olfatearlas con delirante angustia, cual alcohólico que lame la última gota del vaso incapaz de esperar a que caiga sobre sus labios. Continuó pulsando botones, sin importarle que en el cuadro de mandos se encendieran todos los avisos de error hasta que la salvación apareció ante su vista en forma de teléfono móvil. Lo tomó con manos temblorosas y llamó a la única persona que podía ayudarle.

—Zuper, dime cómo se pone en marcha la lavadora. ¡¿Cómo que no lo sabes?! ¡Has puesto miles, tienes que saber cómo funciona! —exclamó alterado. Por lo visto cada aparato era distinto. ¿Cómo iba a saberlo él, que no había tenido que lavar la

ropa en toda su vida?—. ¿Que cómo es? Pues... con muchos botones y una rueda que gira. No, no lo sé describir mejor. No, tampoco tiene instrucciones ni sé dónde están. ¡Por supuesto que no puedo esperar, necesito lavar la ropa ya! —gritó harto, cuando Zuper le propuso esperar hasta que él y las chicas llegaran a cenar—. Ven al Templo ahora. ¡Me da lo mismo que tengas cosas que hacer! Toma un maldito taxi y ven aquí a poner la lavadora. ¡Te pago para que siempre estés disponible, da igual la hora que sea! —exclamó arrojando el teléfono contra la pared.

Jadeó en silencio, turbado por lo que acababa de hacer. Él jamás perdía los nervios. Jamás gritaba a nadie, mucho menos a sus amigos. Unos amigos que lo eran porque querían serlo, no porque los hubiera comprado. ¿De verdad le acababa de gritar a su amigo que le pagaba para que estuviera disponible? ¿Qué demonios le estaba pasando? ¿Hasta qué punto había perdido el juicio? Centró la mirada en el teléfono destrozado y continuó retrocediendo hasta que chocó contra la pared. ¿Qué había hecho?

Un rugido atormentado escapó de su garganta. Echó a correr. Atravesó el salón y solo se detuvo frente a la puerta de su despacho. Marcó con dedos trémulos el código numérico que la abría y luego recorrió a la carrera los pocos metros que le separaban de la mesa. Descolgó el primer teléfono que encontró.

—Zuper, disculpa mis modales, no sé lo que me ha pasado —musitó esforzándose en aparentar una serenidad que había perdido—. No vengas, no es necesario. Siento haberte gritado —afirmó sin permitir hablar a su interlocutor—. Lamento mis desafortunadas palabras, sabes que no son ciertas —dijo apresuradamente para acto seguido colgar, sin dar tiempo a respuesta alguna.

Acababa de salir del despacho cuando el teléfono comenzó a sonar. Continuó caminando hacia la Torre sin molestarse en contestar la llamada. Necesitaba estar solo.

Poco más de media hora después, un taxi se paró frente a la entrada de la finca. Un hombre pelirrojo, alto y desgarbado se bajó de él.

Karol escuchó el timbre del videoportero, miró hacia el muro impenetrable que había ordenado levantar cuando se trasladó a vivir allí y continuó sentado en el alféizar de la ventana. La pierna izquierda colgando en el aire y la espalda apoyada en la pared de piedra. Tras él, la habitación destrozada por la furia que no había podido contener.

El pelirrojo sacó un mando a distancia del bolsillo, abrió las puertas del muro y recorrió el camino de baldosas amarillas hasta llegar a la imponente casa de paredes rojas. Entró en ella sin ningún problema. Al fin y al cabo, tenía la llave.

Un rato después Karol escuchó sus pasos en las escaleras y acto seguido, un par de golpes en la puerta.

—La lavadora está en marcha —dijo Zuper a través de la puerta cerrada—. Por cierto, has mezclado la ropa de color con la blanca, Esmeralda te va a matar el lunes

cuando lo vea —apuntó con sorna—. He visto que has roto el móvil. ¿Quieres que te pida otro?

—Estaría bien, sí —murmuró Karol sin moverse de la ventana—. Gracias por venir.

—¿No vas a abrirme la puerta?

—No estoy en mi mejor momento. Llama a un taxi y regresa a casa. Saca de la cuenta dinero para pagar los viajes y toma lo que consideres oportuno como retribución por las molestias que te he ocasionado —murmuró Karol, consciente de que el pelirrojo había dejado lo que estuviera haciendo para tomar un taxi, que no podía pagar, e ir allí. Qué mínimo que compensarle. Aunque dicha compensación pareciera un soborno. Al fin y al cabo, es lo que siempre había hecho, pagar a sus amigos para que lo fueran. ¿Por qué había pensado que podía cambiar?

—Me estás insultando, Karol. Y si yo fuera otra persona me lo tomaría fatal, pero como soy un pasota no me voy a enfadar. Eso sí, tu dinero te lo puedes meter por el culo, excepto lo que me ha costado el taxi, por supuesto, no era yo quien tenía prisa por poner una lavadora —apuntó mordaz—. Abre la puerta.

—Lárgate, Zuper.

—Llamaré a Alba y a Elke y les diré que estás encerrado en tu habitación, hecho polvo.

—No estoy hecho polvo. —«Solo un poco abatido».

—¿No? Da lo mismo, no soy yo quien está empeñado en decir siempre la verdad, así que se lo diré aunque sea mentira y ellas vendrán *ipso facto* y te obligarán a confesar qué es lo que te pasa.

—No serás capaz...

—Espera y verás. —Se quedó en silencio durante un instante antes de volver a hablar—. Alba, cariño, estoy en el Templo, con Karol. Está encerrado en su cuarto, llorando.

—¡No estoy llorando! —gritó Karol saltando de la ventana y abriendo por fin la puerta para encontrarse de cara con Zuper, quien ni tenía el teléfono en la mano ni estaba hablando con nadie.

—Ventajas de no ser tan íntegro como tú —comentó el pelirrojo encogiéndose de hombros y asomándose con curiosidad a la habitación para luego abrir los ojos como platos—. Así que este es tu refugio privado, ese que nadie puede ver... No me extraña, está hecho un desastre. Me ocuparé de encargar una mesilla y un escritorio nuevos, esos de ahí los has destrozado con ganas —musitó mirándolo de arriba abajo—. Vayamos al salón, me apetece un trago de ese vodka raro que tienes. No te olvides de coger un peine, te va a hacer falta.

—¿Para qué?

—Tienes el pelo hecho un asco, totalmente enredado, mejor te lo peinas antes de que Alba y Elke lleguen.

—No las has llamado. —Karol centró la mirada en él, confundido.

—No, pero les mandé un mensaje en cuanto vi el pañuelo rojo en la lavadora. Calculo que te queda menos de media hora para ponerte guapo antes de que entren como una tromba en el Templo y comiencen a interrogarte. Yo que tú me daría prisa, ya sabes que Elke conduce rápido cuando está preocupada —apuntó bajando las escaleras.

—No habrás sido capaz...

—Entiéndeme, Karol, soy un sumiso muy obediente. Si mis novias me dicen que te vigile y les cuente cualquier cosa que te pase, tengo que hacerlo... si no me castigarán.

—Te encanta que te castiguen —bufó Karol por lo absurdo de la excusa.

—Sí, por eso no las he llamado inmediatamente sino que he esperado a estar aquí. Quedo bien contigo porque te doy tiempo de recomponerte, y me gano un pequeño castigo de ellas por no avisarlas al momento. No dirás que no lo tengo todo calculado.

—Mejor no te digo lo que pienso —masculló Karol dirigiéndose al mueble bar, necesitaba con urgencia un buen trago de *żubrówka*.

—Puedes decírmelo en polaco, como no entiendo tu idioma no me ofenderé. — Karol lo miró estupefacto y Zuper se encogió de hombros—. Y ahora, de tío a tío. ¿Qué te ha hecho esta vez esa ladrona?

Karol negó con la cabeza y se sentó en su sillón rojo.

—Míralo de esta manera: si me lo cuentas, me comprometo a controlar a Elke y a Alba e impedir que te acosen hasta descubrirlo. Pero si no lo haces, me lavo las manos. Es más, puede que hasta las azuce para que usen la tortura durante el interrogatorio —afirmó Zuper repantigándose en otro sofá.

Karol bufó enfurruñado y miró a su amigo, no le cabía duda alguna de que haría exactamente lo que había dicho. Y, sinceramente, prefería que Zuper actuara de muro de contención entre las chicas y él.

—He perdido el control... y necesito recuperarlo —musitó—. No puedo resistirme a ella. No soy capaz. Y necesito hacerlo. No puedo dejar que todo lo que he conseguido en estos tres años se vaya a la mierda por culpa del sexo. Otra vez no. Lo perdí todo por un maldito orgasmo, no lo voy a volver a perder de nuevo.

—No vas a perder nada, Karol. Todo lo que tienes es tuyo, el Templo, la discoteca, tu dinero, tu coche... Nadie te lo puede quitar, mucho menos Laura; es una ladrona eficaz, pero no tanto.

Karol esbozó una despectiva sonrisa.

—¿Crees que hablo de posesiones materiales? Déjame que te lo explique mejor: lo perdí todo. Mi familia. Los amigos que creía tener. Mi prometida. Mi futuro y mi pasado. Todo lo que me había motivado a vivir. Mi trabajo, mi posición en la sociedad. Perdí la esperanza y... —negó con la cabeza a la vez que se tocaba el ojo derecho—. Por perder, perdí hasta el país en el que había nacido.

—No digas tonterías, Karol, nadie puede quitarte tu país.

—Mi padre me expulsó y luego hizo que me quitaran la nacionalidad polaca. Ya no soy polaco. De hecho, según mi pasaporte, estoy nacionalizado en una isla del Pacífico que no existe. Lo perdí todo por compartir un efímero e indeseado momento de placer con quien no debía compartirlo. No puedo volver a otorgar ese poder a nadie. No puedo volver a querer a nadie, ni esperar que me quiera nadie —escupió despectivo.

—Mira, tío, no sé lo que te pasó, aunque ya veo que es más de lo que todos pensábamos... pero sí sé que nadie te va a poder hacer nada ahora. No lo permitiremos.

—No lo entiendes, Zuper, soy yo quien puede hacerme algo. Perdí la mitad de mi vida intentando ser quien no era para complacer a alguien a quien quería y que jamás me correspondió: mi padre. Solo por ganar su afecto estuve a punto de convertirme en un monstruo. Y no sirvió de nada. Cuando descubrió cómo era, me dio la espalda. Todos los que me conocían lo hicieron. Todos excepto Tuomas: él era mi amigo, lo sabía todo sobre mí; yo le quería, confiaba en él. Y fue él quien me traicionó —susurró, lamentándose con la cabeza—. Me costó tres años volver a confiar en alguien, en Eberhard. Luego en Sofía, Alba y Elke, ahora en ti. No necesito a nadie más. No deseo nada más, porque sé que ir más allá es peligroso. Ambicionar el amor del que todos deberíamos disfrutar dio como resultado que me fueran arrebatadas todas las esperanzas que algún día tuve. Por desear el cariño de mi padre lo perdí todo. Por codiciar una familia, me prometí a una mujer que no quería y que me humilló ante todos. Por complacer a quien creía mi amigo, caí en una trampa que me lo arrebató todo. ¿Y pretendes que no esté asustado por sentir esta necesidad que siento por Laura? ¿Te imaginas lo que seré capaz de hacer si algún día pierdo el control y me enamoró de ella? Pondría el mundo a sus pies. Me arrastraría a cuatro patas ante el más ínfimo de sus deseos. Me olvidaría de ser quien soy solo por complacerla... Y no serviría de nada, porque nadie podrá nunca amar a alguien como yo. Nunca seré correspondido en la misma medida que doy. Lo perdí todo una vez, y lo soporté. En realidad fue un alivio. Pero ahora que estoy experimentando el cariño y la amistad sincera que siempre me negaron, sé que no podría sobrevivir si me fueran arrebatados. Prefiero no sentir a perderos... Y os perderé, por mi propia mano, por mis propias decisiones, tal y como lo perdí todo la primera vez —afirmó mirándole a los ojos—. Tengo que sacar a Laura de aquí —se golpeó el pecho— antes de que sea demasiado tarde. Antes de que esta estúpida química sexual se convierta en algo más y sea mi perdición. Solo yo puedo quererme, y solo yo puedo follarme.

—Ya salió tu afición por el onanismo —exclamó Zuper, dispuesto a ponerle los puntos sobre las íes sobre toda la sarta de estupideces que acababa de soltar.

—Necesito que prepares un contrato —le interrumpió Karol a la vez que se levantaba para ir a la mesa y tomar unos documentos que allí había—. Y cuando lo hagas quiero que hables con la empresa de seguridad y...

—¡Espera! ¿Ya está? ¿No me vas a dejar decir lo que pienso? —saltó el pelirrojo enfadado.

Karol se mordió los labios a la vez que negaba con la cabeza.

—No —dijo al fin—. Hay muchas cosas que no sabes, y que no quiero contarte. No tienes toda la información, por tanto lo que digas estará equivocado.

—Pues cuéntamelo todo.

—No puedo. Hoy no. No estoy preparado para tanto, mucho menos para contrarrestar tu ataque. Tal vez mañana...

—Joder, tío. No eres Escarlata O'Hara y esto no es *Lo que el viento se llevó*. No puedes dejarlo para mañana —bufó Zuper indignado—. Se supone que cuando le abres tu corazón a un amigo, luego tienes que escuchar lo que te quiere decir, ya sabes... tú dices lo malo que es el mundo y la mierda que te ha caído encima y tu amigo te convence de que la vida es bella...

—Ya sé que la vida es bella, la veo a diario. La siento a diario. Por eso no quiero que nadie me la arrebatte. Y ahora, si no te importa, he pensado mucho en la seguridad del Templo.

—No tienes remedio —susurró Zuper. Conocía al polaco, sabía que cuando este se cerraba en banda no había modo de sonsacarle nada ni de hacerle razonar. Y en ese momento estaba totalmente cerrado a todo lo que no fueran sus estúpidas convicciones—. Está bien, hablaremos otro día. ¿Qué pasa con la seguridad?

Tiempo después, cuando Alba y Elke llegaron al Templo, encontraron a Zuper y Karol enfrascados en una conversación sobre contratos. Algo totalmente contrapuesto a lo que habían imaginado que encontrarían. En el mensaje Zuper les advertía de que Karol se había «roto» y, en vez de encontrarse con un hombre destrozado, estaban ante un agresivo empresario. O al menos eso pensaron hasta que se percataron de los ademanes nerviosos del polaco y del temblor de sus manos. Miraron a su novio, y este en respuesta se llevó un dedo a los labios, pidiéndoles silencio.

—Ocúpate del contrato de Silvia, y no seas tacaño con el sueldo —dijo Karol guardando unas fotocopias en un sobre que después entregó a Zuper.

—¿Silvia? —inquirió Alba mirándoles confundida.

—Es la nieta de Esmeralda y Benito. Va a ocuparse del jardín —indicó Karol.

—No imaginaba que las flores que has plantado para Sofía necesitaran tantos cuidados.

—Y no las necesitan —apuntó Zuper—. Pero ya sabemos lo cruel y despiadado que es Karol; cuando alguien necesita ayuda se la niega sin pestañear —ironizó—. Quizá por eso, cuando es él quien necesita una mano amiga, en vez de aceptarla, se dedica a levantar más muros y poner más alarmas.

—Zuper, por favor. Ya lo hemos hablado. No es necesario seguir dando vueltas sobre ese asunto. Hubo una brecha en la seguridad y debe solucionarse.

—Y en vez de invitar a tu ladrona a cenar para que no necesite colarse en tu casa, lo que haces es contratar otro sistema de seguridad —bufó el pelirrojo indignado.

—¿Otro sistema de seguridad? —inquirió Alba perpleja.

—Sí, por lo visto, aquí nuestro amigo se lo ha pensado mejor y ha decidido que lo que ocurrió el jueves no puede volver a repetirse y me ha encargado que amplíe la seguridad —explicó Zuper, soltando la pelota en el tejado de Karol.

—Se coló una ladrona en el Templo —resopló el polaco—. Deberías estar de acuerdo conmigo en que la seguridad fue ineficaz.

—No se coló una ladrona, se coló Laura. No es lo mismo. Quieres impedir que vuelva a entrar —masculló Alba cruzándose de brazos, enfadada. Esa chica le hacía bien a su amigo, y este era tan idiota que la iba a expulsar de su vida—. ¿Qué será lo siguiente, dejar de ir al centro comercial los sábados? —inquirió enfadada; la noche anterior Karol les había contado como había conocido a su ladrona y el tiempo que llevaban jugando al gato y al ratón—. ¡No! ¡No vas a hacer eso! —exclamó al percatarse de que Karol esquivaba su mirada—. No lo permitiré.

—Ah, encantadora y dulce dómina, olvidas que no soy tu sumiso —musitó Karol levantándose de su trono de sangre para dirigirse a la Torre que se elevaba en el centro del salón—. No hay nada que puedas o no permitirme.

—¿Qué te ha hecho Laura para que quieras evitarla a toda costa? —preguntó Elke intentando comprender qué demonios pasaba ahí.

—Cierto... os faltan datos para poder regañarme como pensáis que merezco. Estoy seguro de que Zuper se mostrará encantado de revelaros cada palabra que he dicho —aseveró Karol abriendo la puerta de la torre.

—¿Adónde vas?

—A esconderme en mi infierno privado. Hablaré con vosotros cuando esté preparado, aunque debo advertiros que quizá nunca lo esté —indicó cerrando la puerta tras él. Cuando sus amigos quisieron llegar hasta allí y marcar el código para abrirla de nuevo, Karol ya se había metido en su habitación y fue imposible hacer que la abandonara.

Te has pasado media vida intentando despertar mi conciencia... y ahora que ya no estás a mi lado, parece que has logrado tu propósito. ¡No podías dejarme tranquilo siendo el monstruo que tanto me gusta ser! No. Tú y tu estúpida amistad me estáis dando más quebraderos de cabeza de los que necesito. Me remuerde la conciencia saber que fui en cierto modo culpable de todo lo que pasó... Aunque si te soy sincero, jamás imaginé que Wlod pudiera llegar a tales extremos. Lo siento. Sí. Estoy arrepentido. ¿Quién lo iba a imaginar? No me gusta esta debilidad, quiero deshacerme de ella. Pero no puedo. No hasta que compruebe que estás bien. Que has sobrevivido al infierno. Has pasado dos años escondido. Dos años en los que tu silencio me ha torturado. Dos años es mucho tiempo para sufrir remordimientos. Espero que des por satisfecha tu venganza al saber que has conseguido despertar en mí una conciencia que no deseo y un arrepentimiento que aborrezco. Tu amigo, aun

en contra de mis deseos... y de los tuyos. Tuom Laura leyó por enésima vez la nota que había encontrado en la cartera de Karol. ¿Quién era Toum? ¿Y Wlod? Joder, el nombre del último le recordaba a Vlad Tepes, Drácula. Era tétrico. Fingió un escalofrío y, apartando a *Pixie* de la caja de la *pizza*, tomó la porción que estaba menos mordisqueada. Decididamente tenía que enseñarle modales, no podía roer los bordes de todos los trozos y dejar el resto a un lado, era de muy mal gusto.

—*Pixie, Pixie*, eres un hurón muy malo —musitó frotando su nariz contra la del animal antes de colgárselo del cuello cual estola viviente y comenzar a pasear por el diminuto piso—. Algo le hicieron a nuestro ratoncito hace dos años, tal vez más. Y por lo visto el culpable fue ese tal Tuom, aunque quien se lo hizo fue el vampiro. Creo que ha llegado la hora de ponernos a trabajar.

Se sentó frente a uno de los varios monitores que allí había y comenzó a bucear por las mareas de Internet. El pequeño hurón descendió raudo de las alturas y, tras mirar a su amiga con solemnidad, avisándola de que esas no eran horas de trabajar sino de echarse la siesta, se enroscó sobre su regazo.

Horas después, cuando cayó la noche, *Pixie* se despertó lleno de energía. Su humana seguía en la misma postura que estaba cuando él se había dormido. Totalmente absorta en lo que veía en la pantalla. Trepó hasta sus hombros y de ahí descendió por uno de sus brazos hasta el teclado sobre el que sus dedos se movían frenéticos.

—¿Ya te has despertado? —murmuró Laura leyendo el enésimo artículo sobre la Sapk Inc. La empresa en la que su ratoncito había trabajado hasta hacia tres años. La empresa cuyo accionista principal, amén de presidente, era Wlod Sapkowski—. El vampiro es el papaíto de nuestro chico —musitó acariciando el suave pelaje del animal. *Pixie*, en recompensa, le mordió los dedos—. Espera un poco, esto es muy interesante. ¿Sabes a qué se dedicaba Karol antes de desaparecer de la vida pública hace tres años? —*Pixie* ni lo sabía ni le importaba, así que volvió a mordisquearle los dedos—. Está bien, mira que eres agonías.

Laura se levantó al fin de la silla y estiró su agarrotada espalda. Todas y cada una de las vertebras crujieron quejumbrosas. Esperó hasta que *Pixie* saltó de la mesa a sus hombros y luego se dirigió a la cocina americana que había en un extremo del estudio para servir en un plato unas cuantas croquetas de pollo que ambos se apresuraron a devorar mientras ella le contaba al hurón todo lo que había descubierto.

—Tiene que ser un mal bicho ese Wlod.

Puso los pies desnudos sobre la mesita baja, en el espacio libre que había entre la *pizza* del mediodía y las cajas de comida china de la noche anterior, mientras *Pixie* la miraba ofendido. ¿Por qué los humanos usaban esa expresión para referirse a sus congéneres malvados? ¡Los bichos no eran malos, las personas sí! Dio un feroz bocado a una croqueta.

—Me alegro de que Karol ya no trabaje para él. ¿Sabes cuál era su trabajo? Consultor. O algo parecido. Se dedicaba a buscar y conseguir información para

cualquier asunto que le conviniera a la empresa de su padre, también aconsejaba sobre cómo conseguir más beneficios y rentabilidad. No te voy a decir cómo, eres demasiado sensible para escuchar ciertas cosas —musitó Laura acariciando la cabecita del hurón.

Por lo visto su ratoncito había sido un lobo feroz que no tenía ningún escrúpulo a la hora de comprar a personas influyentes, pagar a matones para que causaran problemas o hacer uso de su apellido para impedir que los bancos concedieran créditos a empresas rivales. Al menos eso había leído en algunos periódicos. Periódicos que rápidamente habían emitido un comunicado oficial desdiciéndose de sus informaciones por ser erróneas. Por lo visto la Sapk Inc. era una empresa de lo más íntegra que daba un gran valor a la moralidad, al menos de cara al público.

—También creo haber averiguado quién es Tuom —murmuró sentándose de nuevo ante el monitor—. Tuomas Wójcik, millonario, *playboy*, exempresario... Un niño de papá, dueño de una empresa que a su vez fue comprada por otra más grande. Gracias al asesoramiento de Karol ganó una pasta gansa con la transacción y ahora se dedica a no hacer nada.

Abrió una de las imágenes que había guardado. Era una de las últimas fotografías que había encontrado de Karol. Estaba fechada en 2007 y en ella un circunspecto Karol, vestido con un aburrido traje gris y con el pelo de un solo color, negro, peinado hacia atrás, posaba con altiva indiferencia junto a «su prometida, Laska Lojek, heredera de Lojek Import. Les acompaña su amigo y antiguo dueño de WkH Druki, Tuomas Wójcik». Tuomas era la antítesis de Karol. Rubio con el pelo liso que le caía sobre la frente aportándole un aire travieso, ojos verdes, sonrisa pícara, alto y con un hermoso cuerpo musculado que se intuía bajo su moderno traje. Y por último, Laska, la exprometida de Karol. Arrogancia y elegancia aunadas en un rostro adornado por una corta melena rubia que aportaba más frialdad si cabe a su semblante.

Laura se estremeció. No le extrañaba nada que Karol no sonriera nunca con ese bloque de hielo a su lado. Seguro que la rubia era la culpable de que se negara a follar. Tanta frialdad en una mujer tenía que acojonar pero bien a un hombre tan sensual como su ratoncito.

—Pero el peor de todos es Wlod... Si su nombre me recordaba a Drácula, su imagen es todavía peor —afirmó abriendo otra imagen, esta vez de hacía menos de un año. En ella se veía a un aristocrático hombre sentado con cierto envaramiento tras una mesa repleta de micrófonos, quizá dando una rueda de prensa. Rondaría los setenta y cinco. Alto y fibroso, con el pelo canoso y facciones angulosas de las que emanaba una amenazante severidad. El rictus de sus delgados labios hablaba de furia contenida e insolente desdén hacia quienes le rodeaban. En el artículo que acompañaba a la imagen se hacía referencia a su reciente matrimonio con Laska Lojek. Por lo visto se había armado un buen revuelo por que el padre se casara con la

exprometida del hijo, más aún tras el escándalo que desencadenó la ruptura del compromiso entre Karol y Laska.

—Vamos a ver si averiguamos qué fue lo que tanto los escandalizó —murmuró Laura comenzando a teclear.

El príncipe mendigo

Jueves, 10 junio de 2010

TUOMAS tomó un *nigiri* de salmón del abdomen del pelirrojo, quien había resultado ser el novio de las dos rubias irascibles que había conocido el septiembre pasado en Barcelona y, sin molestarse en disimular lo poco que le interesaba la conversación que se desarrollaba a su alrededor, centró la mirada en Karol.

Desde luego su amigo había conseguido sorprenderle y mucho. De hecho, desde que lo había visto en Barcelona había ido de sorpresa en sorpresa.

Primero su extraña apariencia. En lugar de sus habituales trajes formales y poses envaradas se había encontrado con una explosión de color en su pelo, maquillaje en su rostro y un vestuario que haría las delicias del diseñador más extravagante. Pero no había quedado ahí la cosa, poco después de haberse reunido en Barcelona, los investigadores que había contratado hacia casi tres años por fin habían conseguido averiguar dónde vivía Karol y le habían hecho llegar imágenes de ese Templo del Deseo. Si antes se había sorprendido por su atuendo, al ver las fotografías de esa casa se había quedado petrificado. Era idéntica al último proyecto que Karol había dibujado; la fachada de paredes rojas y ventanas asimétricas, la torre medieval elevándose en mitad del edificio, el jardín de guijarros de mil colores y menhires graníticos, incluso el camino de baldosas amarillas estaba allí. No tuvo necesidad de entrar para saber cómo era el interior. Él mismo le había visto diseñar cada habitación, cada sala, cada recodo.

Su mirada voló a la puerta de la inmensa torre ubicada en el centro mismo del salón en el que se desarrollaba la cena. Si Karol no había cambiado el diseño interior, y dudaba de que así fuera, las estancias privadas de su amigo estarían situadas en lo alto de la torre, mientras que la zona inferior de la misma se hundiría en un amplio sótano atravesado por un largo pasillo en el que se abrirían varias habitaciones destinadas al placer: los santuarios del templo.

«Escondidos en el sótano habrá seis santuarios, cada uno con una temática distinta. En cada uno de ellos ubicaré una falsa pared de espejo-espía para poder ver lo que sucede dentro. No tendremos que volver a escondernos, Tuom; mi propia casa será el Templo del Deseo. Reuniré un selecto grupo de amigos y disfrutaremos con ellos, sin ocultarnos, sin vergüenza, sin miedo. En plena libertad». Recordaba las palabras que Karol había pronunciado con frenético optimismo hacía ya tantos años. Ambos estaban en la casa de su amigo en Polonia. Karol, frente a la mesa de dibujo, en mangas de camisa, los ojos enfebrecidos por la esperanza, los dedos manchados de tinta tras haber pasado toda la noche dibujando, el pelo revuelto de tanto tocárselo y

una inusitada sonrisa en su rostro que mostraba la felicidad que le colmaba. Hablaba con reverente anhelo de quiméricos sueños que nunca llegarían a realizarse. Y él, Tuomas, el cínico hastiado se había reído antes de preguntarle: «¿Qué amigos ocuparán tus santuarios, Karol? Las personas como nosotros no tienen más amigos que aquellos a los que compran. Sinceramente, meter a ese tipo de gente en tu casa solo servirá para dar exclusivas a la prensa amarilla y para que Wlod se entere de lo que haces cuando no te está vigilando. Y no queremos que eso ocurra, ¿verdad?». Y Karol había bajado la mirada, toda la alegría esfumándose de su rostro, antes de asentir con la cabeza y cambiar los santuarios por despachos y cámaras secretas. Esa había sido la última vez que le había visto sonreír. Hasta esa misma noche, inmerso en el Templo que había soñado hacía tantos años, rodeado por los amigos que era imposible que tuviera, pero que tenía.

Masticó despacio el nigiri y observó con atención a esas personas que habían hecho sonreír a su amigo. Sentado a su lado de la mesa estaba Eberhard, un alemán de ademanes tranquilos y sosegada conversación, y junto a él, su esposa, Sofía, una española racial de sonrisa pronta. Frente a ellos, Alba y Elke, las rubias de genio inflamable que había tomado por prostitutas de lujo antes de caer en la cuenta de su tremendo error. Tendido sobre la mesa, desnudo excepto por un ajustado *slip* de cuero y con el cuerpo cubierto de *sushi*, un pelirrojo de rostro travieso y ojos sinceros. Y, en la cabecera, vestido únicamente con sus sempiternos pantalones rojos de raso, Karol, quien le ignoraba mientras escuchaba a sus amigos con una sonrisa en los labios, eso sí, sin dejar de dirigir la mirada una y otra vez a la puerta cerrada de la torre.

Tuomas entornó los ojos pensativo, ¿qué habría allí para que no pudiera dejar de mirar en esa dirección?

—¿Estás esperando a alguien? —inquirió señalando la torre con una peligrosa sonrisa.

—No.

La rotunda respuesta de Karol se escuchó en el denso y repentino silencio que se había hecho tras su pregunta.

—Cualquiera pensaría lo contrario, no dejas de mirar hacia la... —comenzó a decir Tuomas, totalmente consciente de las miradas alarmadas del resto de comensales.

—¿Para qué has venido? No creo que haya sido únicamente para decirme lo bien que va 54Marzenia —le interrumpió Karol apretando los puños. Su antiguo amigo había permanecido hasta ese momento en silencio. Observando, recabando información. Y él, cómo un estúpido, se la había dado al no dejar de mirar la puerta de la torre. Anhelando que Laura apareciera tras ella. Deseando a su vez que no lo hiciera.

—¿Ya te has cansado de ignorarme? —Tuomas se recostó contra el respaldo de la silla a la vez que esbozaba una ladina sonrisa—. ¡Estupendo! Hablemos de asuntos interesantes. Hace un par de meses me ofrecieron un terreno a unos kilómetros de

aquí, me pareció un buen trato y lo compré. He decidido que voy a construir en él mi residencia habitual. Alégrate, nos vamos a ver muy a menudo.

Y tras esta amenaza disfrazada de comentario, todas las miradas se centraron en Karol.

—Maravilloso. Estoy saltando de felicidad —apuntó con ironía—. Tendré que hacer más altos los muros que rodean mi finca para no ver tu casa, siempre has tenido un gusto horrible.

El resto de los presentes dio un respingo tras el educado insulto y dirigió su mirada a Tuomas, impacientes por escuchar su contestación.

—Tienes razón —murmuró este, cruzando las manos tras la nuca, relajado como un gato tras comerse un ratón—. Reconozco que mi gusto es pésimo, por eso mismo he pensado que necesito un arquitecto creativo... y, por supuesto, te he elegido a ti.

Y, como si de un partido de tenis se tratara, las miradas de todos confluyeron de nuevo en Karol.

—No —rechazó de plano.

—Eres el mejor arquitecto que conozco, ¿por qué no? ¿Acaso tienes miedo?

—¿Arquitecto? ¿De verdad eres arquitecto, jefe? —exclamó Zuper antes de recordar que no debía hablar. Se encogió ligeramente ante la mirada enfadada que Alba le dedicó por tan irrespetuosa infracción, y, cómo no, ante la perspectiva del castigo su pene se hinchó todo lo que le permitía el *slip* de restricción que llevaba puesto.

—¿No os lo ha contado? —susurró Tuomas con fingida sorpresa—. Y yo que pensaba que no tenías secretos con tus amigos. Ya veo que sí. Qué falta de respeto ante la tan sobrevalorada amistad.

—No es ningún secreto, simplemente es algo irrelevante. Solo fue un pasatiempo infantil —masculló Karol molesto, quitándole importancia.

—Cuando vine por primera vez me dijiste que tú habías diseñado la casa —murmuró pensativo Eberhard a la vez que Alba y Elke asentían en silencio—, pensé que te referías a que habías dicho a un arquitecto cómo la querías, no a que tú fueras el arquitecto.

—Y de los mejores. ¿Cuál fue tu nota final? —apuntó Tuomas, encantado con el inesperado apoyo.

—No creo que eso sea importante...

—Ya lo creo que sí. Este cerebritito estudió en secreto contraviniendo por primera vez en su vida las órdenes de su querido padre, y no tardaste demasiado en acabar la carrera para estar estudiando y trabajando a la vez. ¿Cuánto tiempo te llevó? ¿Ocho años? —musitó estrechando los ojos.

—Diez. Y todo ese esfuerzo no me ha servido para nada. ¡Brindemos por el tiempo malgastado! —exclamó Karol alzando su copa antes de bebérsela de un trago.

—Sí que te ha servido —replicó Tuomas—; has levantado la casa que soñaste, y la estás llenando con las personas que siempre deseaste. Dime, ¿has construido en el

sótano los santuarios que tanto anhelabas? —Karol permaneció inmutable. Y Tuomas, encogiéndose de hombros, acarició el torso desnudo del pelirrojo a la vez que sonreía perspicaz a las dos rubias que le observaban intrigadas—. Imagino que uno de esos santuarios estará dedicado al BDSM, lo que se me escapa es la temática de los otros —musitó centrando una penetrante mirada en Eberhard y Sofía—. ¿No vas a darme ninguna pista? —Karol negó lentamente con la cabeza—. Está bien, tampoco es que me interese saberlo. —Al menos hasta hacía un instante, porque en ese momento, tras la negativa de su amigo, se moría por ver esos santuarios—. Quiero que hagas algo similar en mi nueva residencia. Por supuesto, nada tan extravagante como esta construcción. No quiero paredes rojas ni torres medievales, al contrario, quiero que sea sobria y con grandes ventanales. Y quiero que toda la planta superior esté dedicada al sexo...

—¡Qué original! —le interrumpió Alba mordaz—. Así que vas a llenar tu casa con amigos que tengan una peculiar orientación sexual. ¿De dónde habrás sacado esa idea?

—¡Por supuesto que no! —rechazó Tuomas divertido—. No pienso complicarme la vida con gente que de seguro me exigirá cierta reciprocidad en mis atenciones. Llenaré mi casa de profesionales del sexo que me harán disfrutar sin tener que darles nada a cambio, aparte de dinero, el cual me sobra. —Fijó la mirada en Karol—. Quiero que toda la planta superior sea diáfana, sin habitaciones, con el techo forrado de espejo, una enorme cama redonda en el centro donde poder follar con varias personas a la vez y alrededor distintas maquinitas con las que jugar, ya sabes, algún potro, un par de cruces de San Andrés, poleas, una camilla con estribos... Déjate aconsejar por tus dos preciosas rubias, seguro que aportan buenas ideas —comentó con aburrida indiferencia—. ¿Cuánto crees que tardarás en enseñarme los primeros planos?

—No voy a diseñar tu casa.

—Oh, sí lo harás. Porque —se levantó sonriendo misterioso. Karol le imitó, no pensaba enfrentarse a él estando sentado— sé algo que tú no sabes. Algo que te interesará mucho saber.

—Por favor, Tuom, ya no somos niños. No puedes sobornarme con chismes.

—No son chismes, Karol. Alguien que ambos conocemos te está buscando. Y, créeme, cuando te enteres de lo que quiere, no querrás que te encuentre.

—Explícate mejor.

—Diseña mi casa... y déjame vivir aquí mientras lo haces —dijo de repente, como si se le acabara de ocurrir. Y en realidad así había sido.

Karol lo miró suspicaz, alerta por tan inesperada petición. ¿Qué se traería entre manos? Por supuesto, lo rechazó de plano.

—¿Así? ¿Sin más preguntas ni negociaciones? —Se extrañó Tuomas—. El Karol que yo conocía hubiera negociado hasta conseguir la información, y luego me hubiera echado de aquí sin ni siquiera parpadear.

—El Karol que tú conocías era un farsante sin escrúpulos y está muerto. Yo mismo lo enterré.

—¿No quieres saber por qué deseo que diseñes mi casa ni por qué pretendo vivir aquí mientras lo haces? —inquirió Tuomas con pesar.

Karol lo miró pensativo unos instantes antes de responder.

—Me juré a mí mismo no mentir, y no voy a romper mi promesa por ti. Sí, me intriga tu petición, pero no voy a pagar ningún precio para que me la aclares.

—No me dejas otra opción que la de humillarme. Sea, pues —musitó Tuomas parándose frente a él e ignorando al resto de los presentes—. Estoy harto de que me remuerda la conciencia, y mejor no hablo de lo aburrido que es el vacío que me rodea. Quiero recuperar nuestra antigua amistad, a ver si así me curo de esta insoportable nostalgia.

Karol lo observó perplejo.

—Quizá la idea de vivir aquí no sea la más inteligente que he tenido, pero es lo que tiene la desesperación: te obliga a trazar planes desesperados —continuó Tuomas, fingiendo una indiferencia que no sentía. Se lo estaba jugando todo al ser sincero, y Karol, tal y como había imaginado, no le creía. Al fin y al cabo, ¿por qué iba a hacerlo? Llevaba toda la vida mintiéndole.

—He de reconocer que juegas bien tus cartas, Tuom —masculló Karol—. De hecho estoy tentado de creerte, pero la experiencia me dice que me arrepentiré si lo hago. Se está haciendo tarde, te pediré un taxi.

—Entiendo. —Tuomas se encaró al resto de comensales—. Por favor, dejadnos solos unos minutos.

—No —rechazó Karol—, puedes decir lo que quieras delante de ellos. Son mis amigos, confío en ellos.

—Como quieras —aceptó Tuomas encogiéndose de hombros—. Wlod te está buscando. —Karol palideció—. Quiere un heredero que no le decepcione y ha decidido que la fría ambición de Laska encaja a la perfección con sus genes. Pero se ha dado de bruces con un grave inconveniente: sus soldaditos no funcionan. Y ya sabes la importancia que le da tu padre a la sangre... Jamás aceptaría un sucesor que no llevara la suya.

—No pienso volver con él —afirmó Karol confuso, incapaz de creer que Wlod quisiera reclamarle a su lado.

—No seas ingenuo. No te quiere como heredero. Lo que quiere es que le proveas de soldaditos frescos y con su herencia genética activa.

—Eso es imposible, Wlod sabe que jamás me volveré a someter a él, menos aún para ayudarle a tener un hijo que debería haber sido mío. —«Y qué si me hubiera doblegado a sus órdenes, jamás podría tener, al menos no con el método convencional».

—¿Y crees que eso le importa? —Tuomas arqueó una ceja, divertido por la inocencia de su antiguo amigo—. Cuando te encuentre te obligará a llenar cientos de

botes con tu querida simiente. Más valdría que se la dieras voluntariamente... o que te escondieras muy bien para que no pudiera encontrarte.

—No digas estupideces. No puede obligarme a que me corra...

—¡Eres tú quien dice estupideces! —le espetó enfadado. ¿Cómo podía ser tan obtuso? O tal vez fuera que se había esforzado tanto en olvidar, que lo había conseguido—. No le hace falta que te corras, te enchufará a una maquinita que se encargará de hacerte expulsar todos tus soldaditos, lo quieras o no. ¿Acaso ya no te acuerdas?

—¿Cómo olvidarlo? —masculló Karol tambaleándose. Eberhard y Sofía se apresuraron a colocarse a su lado, protectores.

—¿De qué narices estáis hablando? —exclamó Alba mirando estupefacta a ambos polacos.

—De nada, no le hagas caso —siseó Karol cada vez más pálido, retrocediendo hacia la puerta de la Torre—. Tuomas pretende asustarme inventando necias teorías de la conspiración sobre mi padre, pero olvida que Wlod no puede hacerme nada —afirmó con una seguridad que no sentía—. No puede amenazarme con nada, porque ya me lo arrebató todo y sobreviví. Ya no me importa lo que piense de mí o cuánto le he decepcionado, y por supuesto no deseo complacerle de ninguna manera. Ya no tiene poder sobre mí.

—¿Y crees que eso le importa? —Se burló Tuomas—. No te dará opción a rechazarle. Ya lo hiciste una vez y estuvo a punto de dejarte ciego. Dudo de que en esta ocasión se contenga —le advirtió, totalmente consciente de lo que estaba diciendo, y, sobre todo, de ante quién lo estaba diciendo. Si Karol no quería atenerse a razones, sus amigos se encargarían de obligarle. O al menos eso esperaba tras haberlos investigado durante meses.

—¿Quién estuvo a punto de dejarle ciego? —exclamó Elke, aferrándole por la camisa mientras que Zuper saltaba de la mesa y el resto de los presentes miraban alternativamente a ambos polacos.

—¿No os lo ha contado? ¡Oh, vaya! ¿Más secretos, Karol? Qué feo está eso —chasqueó la lengua con desdén—. Creí que confiabas en tus amigos...

—*Przestań*, Tuom! —gritó Karol. La cara blanca como el papel.

—No, no basta —replicó Tuomas traduciendo sus palabras para el resto de los presentes—. Estoy seguro de que tus amigos tienen curiosidad por saber qué te pasó...

—No sigas por ese camino —siseó Karol, amenazante.

—Sí, sígue —rebatió Alba furiosa—. ¿A qué se refiere?

Tuomas observó complacido cómo Zuper se colocaba tras Karol, cortándole la retirada mientras que Eberhard y Sofía se posicionaban frente a la puerta de la torre, impidiéndole el paso en caso de que consiguiera zafarse de las rubias y de su novio. No cabía duda de que conocían bien a su amigo y estaban al tanto de su costumbre de huir cuando algo de su vida pasada intentaba salir a la luz. Era una lástima que

tuviera esa aversión a revivir los recuerdos, porque había llegado la hora de descubrir unos cuantos secretos.

—¿No os ha contado por qué tiene los ojos de diferentes colores? —preguntó a nadie en especial y a todos en general.

—¡Tuom, cállate! —rugió Karol dando un paso atrás, y un fuerte empujón a Zuper que apartó a este de su camino hacia la más que necesitada escapatoria.

—Cuando he llegado me ha extrañado comprobar que las flores del jardín son inodoras. He pensado que era uno más de tus extraños caprichos, pero luego lo he comprendido —susurró Tuomas acercándose a Karol. Este negó en silencio a la vez que retrocedía, hasta que su espalda chocó con el fornido e inamovible torso de Eberhard, quien, fiel a su costumbre de no dejarle huir cuando más lo necesitaba, plantó firmemente los pies en el suelo y le sujetó contra él—. Ya no soportas el olor de las flores por culpa de lo que pasó...

—¿Qué pasó? —siseó Alba encrespada, colocándose frente a Karol en actitud protectora. Elke y Sofía se unieron a ella—. Deja de dar rodeos y cuéntalo de una vez.

—No lo hagas, Tuom —murmuró Karol tambaleándose. Miró a su alrededor buscando la manera de escapar, de huir de las miradas de asco y lástima que le dirigirían si Tuomas continuaba hablando—. Aquello quedó atrás. Olvídalo. No lo saques a la luz, no hagas que pierda a mis amigos...

—No los vas a perder, Karol. Ellos no son sombras que has comprado con dinero y privilegios. Son de verdad, y no se van a asustar por una estúpida perversión —desestimó Tuomas con rabia. Habían pasado tres años, y aquello seguía atormentándole, y por ende a él mismo. Mientras Karol no lo olvidara, él no podría perdonarse.

—En nombre de la amistad que nos unía, por favor, no lo hagas...

Tuomas negó en silencio, los labios fruncidos con rabia y las manos cerradas en puños dentro de los bolsillos de su pantalón.

—Le tendí una trampa, eso fue lo que pasó. Le convencí de hacer algo y él confió en mí, y aceptó. —Karol cerró los ojos derrotado, pero aun así, agradeciendo en silencio que no entrara en vergonzosos detalles—. Luego me encargué de que su prometida apareciera en el momento menos oportuno y descubriera lo que estábamos haciendo. —Tuomas se encogió de hombros mirando al suelo, incapaz de enfrentar la mirada de los que le rodeaban—. Y Laska, en vez de romper el compromiso discretamente, decidió que sería mucho más seguro convertirse en la pobre víctima inocente que esperar a que Karol tuviera un desliz y sus supuestas perversiones se hicieran públicas. No había salido del *Gabinet* y ya estaba filtrando la historia a la prensa. A la mañana siguiente los periodistas rodearon la puerta de su casa, y ella, encantada con la buscada atención mediática, no tuvo inconveniente en explicar que rompía su compromiso porque su prometido era un depravado, eso sí, sin entrar en detalles. Como resultado, los supuestos y espantosos vicios de Karol estaban en boca

de todos antes del mediodía siguiente, cuando se comenzó a elucubrar sobre ellos en un programa de televisión. Wlod se enteró por ese programa de lo que supuestamente había hecho Karol y del tipo de lugar en el que lo había hecho.

—No haces más que repetir *Supuestamente* —musitó Zuper interrumpiéndole—. ¿Eso significa que se inventaron algunas cosas?

Tuomas asintió con la cabeza en tanto que Karol, aprovechando la inmovilidad atónita de sus amigos, se zafó de ellos para dirigirse a una de las ventanas y sentarse en el alféizar. El relato estaba a punto de evocar una escena que bajo ningún concepto quería recordar, y ya que Eber le impedía escapar a la torre, y por tanto se iba a ver obligado a escuchar, prefería estar lo más alejado posible de ellos y sus miradas compasivas. Apoyó la espalda en el corte de la pared y dejó que uno de sus pies desnudos colgara en el aire, a poco más de un metro del suelo del jardín.

Acurrucada bajo esa misma ventana, una ladrona que se jactaba de ser mala malísima estuvo a punto de incorporarse, descubriéndose, para gritar a los amigos de Karol que no le dejaran solo en un momento como ese. Sabía lo que había ocurrido después de ese día. La prensa amarilla polaca se había cebado en la historia, exagerándola cada vez más, mientras que Karol, encerrado durante meses en un hospital, no sabía si por orden de su padre o por decisión propia, se sometía a varias operaciones para no perder la visión de su ojo derecho. Lo que no sabía, y estaba a punto de descubrir, era por qué había estado a punto de perderlo ni como había conseguido escapar de alguien tan controlador como Wlod. Inspiró despacio y acercó la mano al tobillo desnudo de su ratoncito. Si nadie se acercaba a él para abrazarle, lo haría ella misma, aunque se descubriera. Se detuvo antes de tocarle, cuando un esbelto pie femenino se deslizó sobre el raso rojo del pantalón que él siempre vestía.

Alba observó el rostro acongojado de Karol y, sin dudar un instante, fue hasta él. Se sentó a horcajadas en el alféizar, sus piernas sobre las de él, su cabeza reposando contra el pecho lampiño de su amigo y sus suaves brazos rodeándole la cintura, encerrándole con su cuerpo en una cárcel de cariño en la que él se sintió querido y protegido.

—Y al padre de Karol no le sentó nada bien lo que vio en la tele —murmuró Eberhard acercándose a la ventana acompañado de Elke, Zuper y Sofía.

—Montó en cólera —musitó Tuomas—. Jamás lo había visto tan enfadado. Yo estaba con Karol, en el jardín de su casa, cuando Wlod llegó acompañado de sus guardaespaldas. Dios santo, Karol, aún puedo recordar el olor de las flores, te encantaban, tu jardín era un arcoíris de colores y especies. Y ahora no soportas olerlas...

Karol cerró los ojos y se vio a sí mismo en el jardín de su antigua casa en Polonia. ¿De verdad había pensado que por fin era libre? ¿Que los recuerdos ya no podían afectarle? Qué ingenuo. ¡Qué estúpidamente ingenuo! Vio de nuevo al Karol de antaño; el pelo perfectamente peinado, las uñas cortas y sin pintar y el rostro libre de maquillaje. Los formales pantalones negros y la pulcra camisa blanca. Lo único que

mantenía en común con su antiguo yo era que estaba descalzo. Había sido su única rebeldía de niño, sentir la fría hierba del jardín y el cálido parqué de la casa bajo sus pies desnudos. Y ni los gritos y bofetones de su padre habían conseguido eliminar esa aborrecible costumbre.

Recordó que esa mañana había llovido; la verde pradera brillaba bajo una pátina de fría humedad que le empapaba los pies. El gris tormentoso del cielo se reflejaba en su estado de ánimo mientras discutía con Tuomas.

«¿Por qué lo has hecho?», le había preguntado furioso, indignado, decepcionado.

«Porque te quiero y no soporto que esa bruja de sangre fría te mantenga alejado de mí», había sido la contestación de su amigo. Y Karol se sintió morir al escucharle. Tuomas había sido una constante en su vida. Su cómplice de juegos siendo niños, su confidente de adultos. Su único amigo real. La única persona que le había entendido, la única con quien se había atrevido a sincerarse. Y le había traicionado. Porque le quería. ¿Qué clase de amor era ese? Era cierto que se habían distanciado durante esos meses, pero creía que su amistad estaba por encima del tiempo y el espacio. Por lo visto no era así.

Y fue en ese momento, con el corazón destrozado y la confusión y el desamparo abatiéndose sobre los pedazos maltratados de su alma, cuando Wlod había entrado en escena. Acompañado de varios guardaespaldas. Pisando las tímidas margaritas. Destrozando los tulipanes recién florecidos. Se había aproximado a él con feroz determinación, cercenando con su odio cualquier esperanza de redención que Karol albergara. Lo había defraudado más allá de todo límite y Wlod no se molestaba en ocultar su animadversión.

«No es lo que han dado a entender en televisión, padre», se había apresurado a decir, pero había sido silenciado con un fuerte puñetazo que le había hecho sangrar la nariz. Y aún tenía que dar gracias de que el sello de oro macizo que llevaba no se la hubiera roto.

«¡Eh! ¡No puede hacer eso!», había gritado Tuomas abalanzándose sobre Wlod mientras gritaba tonterías sobre que no podía pegarle porque no era un niño sino un hombre que ya no cumpliría los treinta. Como si eso le importara a alguien. Y, por supuesto, Wlod se había limitado a hacer un gesto y sus guardaespaldas habían agarrado a su traicionero amigo, amordazándole con un cinturón e inmovilizándole, pero no se habían molestado en sacarle del jardín. Por lo visto su padre no tenía inconveniente en ridiculizarle y humillarle delante de Tuomas.

«¿Sabes lo que me ha costado conseguir buenas condiciones para tu maldito compromiso?», le había preguntado Wlod en ese momento. Y él, como el hijo obediente que aún era, había asentido con la cabeza. Claro que lo sabía. Él mismo había negociado la cantidad y el precio de las acciones que la Sapk compraría a la Lojek, porque ese, y no otro, era el motivo de su matrimonio: que ambas empresas se unieran.

«Eres como tu madre: débil, estúpido e inútil. Maldita mujer, ni siquiera tuvo la decencia de suicidarse antes de echarte a perder. No. Esperó hasta que fuiste un adolescente lascivo más interesado en follar —y en ese momento había dirigido una mirada llena de odio a Tuomas— que en lo que verdaderamente importa. ¿Creías que no lo sabía? Aunque en mor de la verdad, debo reconocer que no imaginaba hasta qué punto llegaba tu depravación. Casi me da pena que no hayas heredado las tendencias suicidas de tu madre. De hecho, si no fueras mi único hijo, te incitaría a tomarte unas cuantas pastillas», había dicho con desprecio, asestándole un nuevo golpe, más emocional que físico, pues aunque había notado que el labio inferior se le desgarraba por culpa del anillo, el verdadero dolor lo había sentido dentro de él, en ese trocito de su alma que aún no había sido pisoteado.

«No volverás a fallarme. Me ocuparé de arrancarte cada gota de perversión que tienes en el cuerpo —había afirmado Wlod esbozando una aterradora sonrisa—. Ingresarás esta misma tarde en un centro de reorientación sexual. Ciertamente está enfocado a la rehabilitación de maricones, pero tampoco le dices *no* a eso, ¿verdad? —Miró de nuevo a Tuomas—. Ellos se ocuparán de enderezarte». Y había continuado hablando sobre terapias de aversión y castración química mientras que Karol le escuchaba abrumado.

—Y, por primera vez en su vida, Karol se negó a acatar una orden directa de su padre —aseveró Tuomas haciéndole retornar al presente. Al cómodo salón de su nueva casa. A la cálida compañía de sus nuevos y verdaderos amigos. A su nueva, deseada y, por qué no, merecida vida—. Karol murmuró un simple «No» y Wlod se volvió loco. Jamás le he visto tan furioso. Arremetió con toda su rabia contra él —se interrumpió un instante, clavando la mirada en su amigo—, y tú ni siquiera te molestaste en defenderte o apartarte, te quedaste quieto en mitad del jardín y aceptaste cada golpe con un «No» en los labios.

—¿Qué le voy a hacer? Me educaron en el respeto a mis mayores, no podía comportarme mal —ironizó Karol con su sonrisa más falsa.

Alba le abrazó con más fuerza mientras que Toumas metía las manos en los bolsillos y miraba más allá de la ventana. Elke, Zuper, Eber y Sofía se acercaron a ellos, formando un muro de soída amistad a su alrededor. Al otro lado de la pared, bajo la ventana, Laura apretó en los puños los guijarros que había aferrado al empezar la narración.

—Ese fue el último día que tus ojos fueron del mismo color —musitó Tuomas acercándose a él—. Y fue por mi culpa. Desde entonces no ha pasado un segundo en el que no me haya arrepentido de haberte engañado...

—Qué tontería, Tuom, no fue culpa tuya sino de la tradición —desestimó Karol con aspereza a la vez que apartaba a Alba de su regazo. Todos sus amigos se acercaron aún más a él—. Oh, vamos, ni que fuera a saltar por la ventana, dejadme un poco de espacio —exclamó sacudiendo la cabeza, más para buscar con la mirada posibles salidas que por necesidad de despejarse.

—Desde luego, escapar no es algo que sueles hacer a menudo —le aguijoneó Eber—. No tenemos de qué preocuparnos, ¿verdad? Y de todas maneras, la ventana está bastante cerca del suelo, no te harás daño si saltas —comentó con certera ironía apartándose unos pasos de él.

—Es muy desconsiderado por tu parte sugerir que tengo cierta tendencia a escabullirme cuando se tocan temas tan desagradables como mi pasado. Pero en fin, imagino que es el único inconveniente de tener amigos: se creen en posesión de la verdad. —Karol saltó de la ventana entrando en el salón. Sus ojos se desviaron apenas hacia la puerta de la torre, y en ese preciso instante, Eber se colocó frente a él, cortándole la huida. «Lástima que en realidad sí estén en posesión de la verdad», pensó.

—No intentes despistarnos, jefe, no cueles —le amonestó Zuper, cruzándose de brazos.

—Eres el primer asistente que tengo que me regaña —musitó fijando una acerada mirada en el pelirrojo—. Y no sé si es valor o simple estupidez, más estando en crisis. No salgo de mi asombro. ¿Tan poco aprecio le tienes a tu puesto de trabajo?

—Vamos, tío, no te hagas el duro que no te pega ni con cola. —Zuper le pasó un brazo por los hombros y le empujó en dirección al sillón rojo—. Voy a servirte un trago del vodka ese que tanto te gusta y mientras tanto tú te vas a dejar de tonterías y nos vas a decir qué narices tiene que ver la tradición con tus ojos —exigió, dando voz a los pensamientos de todos.

—Ah, es verdad, aún no se ha acabado el cuento, pero desde ya os anticipo que no concluye con un «comieron perdices y vivieron felices» —dijo Karol sentándose en su trono de sangre. Por lo visto no iba a conseguir escapar del interrogatorio—. Todo fue culpa del anillo que llevaba Wlod. Un enorme sello macizo que había pertenecido a mi abuelo y antes de él a mi bisabuelo. Ya sabéis, la típica joya ostentosa que pasa de generación en generación, aunque no creo que yo la herede nunca. Tampoco es que me haga ilusión, la verdad. —Tomó el vaso de *zubrówka* que Zuper le tendía y dio un largo trago—. La cuestión es que Wlod tiene una pésima puntería —comentó con fingido hastío—, y en su último golpe, en vez de romperme la nariz como pretendía se desvió un poco y su puño tropezó con mi ojo derecho, con la mala suerte de que el sello se estrelló contra el párpado, lo reventó y siguió su camino hasta la cornea —explicó encogiéndose de hombros—. De repente todo se volvió rojo, luego negro. Por lo visto mi padre tenía razón al decir que soy débil, porque la humillante verdad es que no tardé mucho en desmayarme —comentó antes de acabarse el vaso de vodka de un solo trago. Y mientras bebía, sentía de nuevo la punzante agonía extendiéndose por todo su cráneo. Lo último que había visto antes de que el dolor le arrebatara la conciencia había sido el rostro aterrado de Toumas mientras intentaba escapar de sus captores. Había noches que los gritos desesperados de su amigo resonaban en sus oídos junto a los rugidos furiosos de su padre. No sabía cuáles odiaba más—. Vaya truco más bueno, ¿verdad? —masculló sacudiendo la

cabeza—. Todo el mundo piensa que tengo los ojos de distinto color y en realidad ambos son azules. Son las pupilas las que tienen distinto tamaño, por eso el derecho parece negro. Traumatismo severo, eso fue lo que me dijeron cuando desperté al día siguiente en el hospital y pregunté por qué tenía un parche en el ojo. Tras algunas operaciones consiguieron que el nervio óptico volviera a funcionar, al menos en cierto modo, y todo quedó en una simple anisocoria. Tuve suerte.

—¿Tuviste suerte? —jadeó indignada Sofía.

—Sí. La tuve. Mirándolo en retrospectiva agradezco ese... accidente. Me devolvió la libertad, o mejor dicho, me despertó el deseo de ser libre —afirmó subiéndose los pies al sillón para abrazarse las piernas con los brazos, en una clara postura de protección—. Estuve recluido en el hospital poco más de medio año, aunque hubiera debido abandonarlo entre operación y operación. Pero eso no entraba en los planes de mi padre, y a mí, sinceramente, me vino muy bien. Resulta irónico, pero hasta que no me quedé ciego no aprendí a ver —comentó con una desdeñosa sonrisa a la vez que alzaba el vaso para que Zuper volviera a llenárselo—. Wlod me mantuvo aislado durante unos meses, y os puedo asegurar que el tiempo tiende a correr más despacio cuando no hay nadie con quien hablar. Imagino que esperó hasta que me creyó vencido y dócil, y entonces contrató a unos médicos para que «curaran» mis perversiones. En ese momento, me di cuenta de que no solo soy un mal hijo, sino que además me gusta serlo. Me negué a obedecer sus sugerencias y a tomar la medicación que me libraría de mi depravación, y de paso de cualquier arrebato lujurioso. Wlod se indignó por mi falta de cooperación, vendió mi casa y mi empresa para que no sintiera apego por lo que dejaba atrás y me instó a abandonar el país en cuanto me hubiera recuperado. Como podéis imaginar, acepté encantado su sugerencia. Fin de la historia.

Agazapada bajo la ventana, Laura se llevó el puño a la boca para ahogar el gruñido de rabia que pugnaba por escapar de su garganta. ¿¡Fin de la historia!>? Por supuesto que la historia no había acabado. Ya se ocuparía ella de terminarla como Dios mandaba.

—¿Fin de la historia? ¿Así sin más? —masculló Alba atónita—. Tu padre es un grandísimo hijo de puta, tiene que pagar por lo que te ha hecho.

—Ya pagó, ¿no lo recuerdas? Me dio el dinero correspondiente a la venta de 54Marzenia.

—¡No me refiero a eso y lo sabes! —exclamó furiosa dando un fuerte pisotón en el suelo.

—No me vino mal —replicó Karol dando un nuevo trago al vodka—, no es que me hiciera falta, pero nunca se debe desdeñar el poder calmante del dinero. Y, tampoco debemos olvidar que no merece la pena buscar venganza, suele dar demasiado trabajo y escasa recompensa. Vivo mucho más tranquilo y feliz sin su presencia, y así quiero que siga siendo.

—Solo que ahora te está buscando —comentó Eber con infalible puntería.

—Y más vale que no te encuentre —apostilló Zuper.

—No le tengo miedo —objetó Karol.

—Pues deberías, a tenor de lo que nos habéis contado no creo que te deje tranquilo hasta que le des lo que quiere —aseveró Sofía enfadada. Tuomas asintió ante sus palabras, indicándoles a todos lo acertadas que eran.

—Ya me enfrentaré a eso cuando llegue el momento —masculló Karol levantándose—. Acompáñame —le pidió a Tuomas y, bajo la atenta mirada del resto, se dirigió al extremo más alejado del salón—. ¿Por qué lo has hecho? —siseó furioso en el mismo momento en que detuvo sus pasos.

—No sé a qué te refieres.

—No te hagas el despistado, Tuom, no va contigo. ¿Por qué les has contado lo que pasó?

—Porque, por mucho que nos pese a ambos, te sigo queriendo. Y, porque por mucho que te empeñes en desdeñarlo, ambos sabemos lo peligroso que es Wlod. No voy a permitir que te vuelva a hacer daño, y si para protegerte tengo que descubrir tus secretos y ganarme tu odio, que así sea.

—No me quieres, Tuomas —farfulló Karol cansado—, nunca lo has hecho. No sabes lo que es el amor.

—Sí, sí te quiero —afirmó Tuomas exasperado—. Siempre te he querido, aunque no del modo en que te hice creer —susurró enfrentándose a su mirada bicolor—. Nunca he tenido celos de Laska —confesó—. Oh, sí, reconozco que eres muy bueno follando y que me dio cierta rabia que te empeñaras en serle fiel y que por ende te dedicaras en cuerpo y alma a esa aberración del onanismo. Pero ese no fue el motivo de que te traicionara, porque no te quiero de esa manera. Lo que siento va mucho más allá del sexo, y también del amor romántico que tanto te empeñas en adorar y que no existe. Te quiero porque necesito saber que eres feliz. No puedo respirar cuando pienso que te fallé como lo hice, que te destrocé la vida. Y esto no tiene nada que ver con el amor, sino con la amistad. De esa manera te quiero y no de otra. Tanto te quiero, que te traicioné para que no siguieras enterrándote en vida. ¿Crees que no sabía que te perdería en el momento en que descubrieras lo que había hecho? No soy imbécil, Karol. Era plenamente consciente del precio que iba a pagar por traicionarte. Y aun así lo hice. Y no me arrepiento. No de haber intentado liberarte de la prisión en la que vivías. Me odio por no haber previsto la reacción de Wlod, por haberte expuesto tanto, por no haber podido evitarte el sufrimiento posterior. De eso sí que me arrepiento. Pero nunca de querer salvarte, ni de quererte como te quiero. Puedes creerme o no. Perdonarme o no. Sinceramente, me es indiferente. —«Porque yo mismo no consigo perdonarme». Aunque eso no lo confesaría nunca. No quería que Karol supiera lo débil que era.

Giró sobre sus talones para dirigirse a la salida.

—Tuomas —le llamó Karol, haciendo que las miradas de todos se centraran en él—. Es demasiado tarde para que regreses a tu hotel. Elige una habitación y quédate esta... —se interrumpió entrecerrando los ojos—. Quédate —dijo por fin, sin fijar por cuánto tiempo. Tuomas tragó saliva, mirándole sobrecogido al comprender que, en cierto modo, le había creído—. De hecho, todos deberíamos retirarnos —continuó diciendo—. Al menos yo lo haré —musitó dirigiéndose con determinación a su refugio en la torre.

—¿Puedo escoger uno de los santuarios? —solicitó Tuomas burlón, decidido a eliminar parte de la tensión que en ese momento se respiraba en el salón.

—Por supuesto que no. Para ocupar un santuario tienes que seguir dos normas muy precisas. Estar enamorado y ser mi amigo. Y tú no cumples una de esas dos premisas, quizá tampoco la otra, aún no estoy seguro —afirmó Karol esbozando una leve sonrisa.

Tuomas se echó a reír, más feliz de lo que se había sentido en mucho tiempo. Karol acababa de insinuar que estaba dispuesto a intentar olvidar. Tal vez también a perdonar. Y eso era mucho más de lo que se había atrevido nunca a soñar.

—¿Me estás diciendo que no solo eres un jodido onanista, sino que además solo permites follar a tus amigos en tu casa si están enamorados? Por favor, esta situación no puede ser más disparatada —afirmó saliendo al pasillo en el que se abrían las habitaciones.

Karol sacudió la cabeza divertido, marcó la clave en el panel de seguridad y entró en la torre. Ninguno de sus amigos intentó detenerlo en esta ocasión. Todos entendían su necesidad de soledad y, por extraño que pareciera, la respetaban.

Cuando poco después Karol entró en su habitación revisó con atención la estancia. Dudaba de que su ladrona estuviera allí, era demasiado tarde incluso para ella, pero nunca estaba de más tomar precauciones. No había nadie en el armario ni debajo de la cama, tampoco en el cuarto de baño. Se detuvo un instante, pensativo, y con una leve sonrisa se acercó a uno de los grandes ventanales. Se asomó lentamente, solo para comprobar pesaroso que tampoco estaba escalando la torre. Sin llegar a perder la esperanza se dirigió al resto de ventanas y repitió el gesto. No estaba. Suspiró. Era mejor así. No quería volver a verla, en esos momentos no podía permitirse ser débil ni vulnerable. No con el pasado acechándole de nuevo.

«Te enchufaré a una maquinita que se encargará de hacerte expulsar todos tus soldaditos, lo quieras o no. ¿Acaso ya no te acuerdas?».

Por supuesto que se acordaba. ¿Cómo olvidar lo que había ocurrido aquella noche?

—He descubierto un sitio espectacular. Te va a encantar, vístete y vámonos —había dicho Tuomas entrando en su casa con la llave que le había dado hacía ya varios años.

—¿Qué clase de sitio, Tuom? —le había preguntado mirándole perspicaz.

—Uno que lo tiene todo. Sexo, perversión, lujuria y mucha imaginación. Vamos, no te arrepentirás.

—Sabes que no puedo. Si antes era arriesgado, ahora es imposible. Estoy comprometido y no voy a...

—Ya lo sé: no vas a follar con nadie que no sea Laska. —El desdén era palpable en la voz de su amigo—. ¿De verdad se te pone dura con la Reina de Hielo?

—Tuomas, no te pido que lo entiendas, solo que respetes mi decisión. Hazlo, por favor.

—Tu decisión es una gilipollez, pero la respeto. Por eso he elegido este sitio. Nos lo vamos a pasar en grande sin necesidad de meter la polla en ningún agujero... ni de que te la metan.

Y él no había podido evitar sentirse intrigado ante sus palabras. Llevaba demasiado tiempo sin follar, sujetando su deseo con sus propias manos. Nunca mejor dicho. Se había masturbado más en esos tres últimos meses que en toda su vida. Solo una vez había hecho el amor con su prometida... y no había sido memorable. En absoluto.

—He encontrado la manera de disfrutar de un poco de sexo sin que te mates a pajas. Sexo creativo y depravado sin que nadie tenga que tocarte ni follarte. ¿No te apetece correrte como un loco sin necesidad de ningún contacto físico? —le había preguntado Tuomas, acercándose a él.

Karol había olido su excitación y había sabido, sin ninguna duda, que Tuomas estaba utilizando su lascivia como arma. Y que no iba a poder resistirse. Había girado la cabeza, intentando librarse de su aroma y del deseo que despertaba en él. Pero como siempre le ocurría, había sido inútil, su pene se había erguido contra los pantalones. Y Tuomas lo sabía. Se había cernido sobre él y le frotaba la polla con la palma de la mano, acariciándola y tentándole, mientras sus dientes se cerraban contra el lóbulo de su oreja y tiraban.

—¿Cuánto tiempo hace que no salimos juntos y te dejas llevar por tu instinto? ¿Dos meses, tres? ¿No echas de menos el olor del sexo, el sonido de los cuerpos embistiéndose, el sabor de la piel cubierta de sudor? El celibato, aunque sea autoimpuesto, no es bueno. Acompáñame, disfruta, siente...

—No voy a follar con nadie. Tampoco contigo —había aseverado él, con los dientes apretados y el corazón estremecido mientras esgrimía toda su fuerza de voluntad para apartar la mano de Tuomas de su erección.

—Lo sé. Lo acepto. Atrévete a acompañarme y te enseñaré un modo de llegar al orgasmo sin que nadie, ni siquiera tú mismo, tengas que tocarte. ¿Hay mayor fidelidad que esa? Jadearás como un loco mientras te corres, y ni siquiera le habrás sido infiel a tu estúpida prometida con tus manos.

Y él, maldita fuera su debilidad, había aceptado. Había acompañado a Tuomas. Había entrado en el local. Se había excitado con el olor a sexo y había querido más. Y

cuando Tuomas le había mostrado la manera de disfrutar de un orgasmo sin ningún roce físico, había vuelto a aceptar.

Karol abrió los ojos, luchando contra los fantasmas del pasado. No quería recordar que todo el control le había sido arrebatado. No quería evocar la lucha por dominar su cuerpo, sin conseguirlo. Tampoco la posterior rendición al placer, y, al final, la desesperación al verse descubierto.

Sí, aquel desastre le había dado la libertad, pero... ¿No podía haberla obtenido a un precio menos denigrante, menos doloroso? Una desdeñosa sonrisa se dibujó en sus labios. Si hubiera sido fácil conseguirla, no habría aprendido a disfrutarla tanto como ahora lo hacía.

Se quitó los pantalones de raso rojo y, sin molestarse en desmaquillarse, se tumbó en la cama y observó su reflejo en los espejos del techo. Wlod montaría en cólera si le viera en ese momento, maquillado, con los ojos delineados y los labios pintados. Sonrió. Tampoco soportaría su pelo con extensiones de mil colores ni su ropa extravagante. Su sonrisa se hizo más amplia. Sí. Se enfadaría muchísimo, le acusaría por enésima vez de ser un mal hijo, de haberle decepcionado y de ser una aberración. Y él le respondería. Se enfrentaría a él por primera vez en su vida en igualdad de condiciones, sin guardaespaldas sujetándole, sin estar encerrado en un hospital, sin la vulnerabilidad de desear su cariño, sin la obscena necesidad de complacerle. Le recordaría que había querido castrarle químicamente y después rechazaría todas sus ofertas. No iba a permitir que ningún hijo suyo se criara como se había criado él. Sin cariño, sin ser destinatario de una pizca de afecto o amabilidad en toda su vida. No, Wlod tendría que buscarse otro que le fabricara semen. Montaría en cólera, por supuesto. Le amenazaría y golpearía. Pero le daba lo mismo. No iba a someterse. Y su padre tendría que aceptarlo. Y respetarle. Oh, sí, eso seguro. Se ganaría su respeto, incluso su cariño, y los elefantes volaban.

Cerró los ojos, resuelto a dormirse, y en ese mismo instante, la primera lágrima escapó de su encierro.

En la corte del deseo *Laura* saltó la ventana, la cerró de inmediato y apagó el inhibidor de frecuencia. Encendió la linterna a la vez que atravesaba sigilosa el salón desierto. Con cada paso que daba luchaba contra la necesidad de subir a la torre y comprobar cómo estaba su ratoncito. Pero era una buena ladrona y sabía que no podía entrar allí aún. Era demasiado pronto. Él estaría muy alterado por todo lo que su amigo le había obligado a recordar, le costaría dormirse, y a ella no le convenía que estuviera despierto y alerta. Había ido a la casa esa noche tras leer los correos de Zuper y enterarse de que el hombre de la carta, Tuom, estaría allí. Quería saber quién era, qué tenía que ver con Karol, qué papel había jugado en su pasado... y había averiguado demasiado. Pero no todo. Y ahora quería saber más.

Disponía de toda la noche para registrar la casa, y a eso se iba a dedicar.

Entró en la cocina y de ahí a la despensa, donde localizó sin problemas el armario que ocultaba el cajetín de la alarma. Peló un cable de cobre y lo conectó al sensor de las ventanas. Hecho esto, regresó a la cocina y mientras curioseaba en los armarios devoró el *sushi* que había quedado, al fin y al cabo las malas malísimas también necesitaban alimentarse. Cuando acabó se internó en el pasillo que daba a las habitaciones. Todas las puertas estaban abiertas menos dos. Tras una de ellas se escuchaba el ruido de alguien paseando, por lo que eligió investigar la otra. Estaba cerrada con uno de esos sistemas de seguridad que tanto le gustaban a Karol. Jamás había conocido a una persona más celosa de su intimidad que él. No solo había alarmas en las puertas exteriores y las ventanas, sino también en algunas puertas interiores: la que daba a la torre, y, dentro de esta, la de su habitación. Y también en la que había frente a ella en la planta baja. Estrechó los ojos. ¿Qué habría ahí dentro? El panel de seguridad era numérico y ella no llevaba encima el aparatito necesario para hallar la clave, por lo tanto, tendría que recurrir al viejo truco de colarse por la ventana. Entró en una de las habitaciones de invitados vacías y, tal y como había entrado, salió. Recorrió el jardín de piedras y, cuando llegó a la que pensaba que era la ventana del cuarto misterioso, la abrió y entró. Karol debería cambiar de compañía de seguridad, pensó divertida a la vez que preocupada; de nada servía tener paneles de seguridad en las puertas, si el sensor de movimiento de las ventanas se podía evitar con un inhibidor de frecuencia y un simple cortocircuito en bucle.

—¡Vaya! —siseó en voz baja al entrar en el despacho y enfocar con la linterna lo que la rodeaba—. Así que aquí guardas tus ordenadores...

Dio varias vueltas sobre sí misma, captando todo lo que la rodeaba y, sin poder resistirse un instante más, se sentó frente al escritorio. Descartó los cuatro ordenadores de sobremesa que probablemente su ratoncito usaba para trabajar y encendió el MacBook Air. Tecleó la clave que no debería saber, pero que sabía tras haber *hackeado* ese portátil y entró en los archivos personales de su presa. Tal y como intuía no encontró nada que no hubiera visto ya desde su propio ordenador. No había carpetas ocultas ni lagunas en el disco duro. Karol no tenía fotos, películas, música o vídeos porno caseros en su ordenador personal. Solo tenía planos; de edificios modernos y antiguos, de museos, casas, conventos, iglesias, chalés; planos y más planos. Y varios programas de arquitectura. Nada más.

Revisó los cajones del escritorio y las estanterías y solo halló recortes de periódicos relacionados con la economía, listados con cifras y más cifras, anotaciones de bolsa y, en un rincón, tres cajas apiladas. Las dos primeras contenían libros, unos científicos, otros no, modernos, antiguos, algunos bastante curiosos, pero todos con un tema común: la arquitectura. La tercera custodiaba un *pendrive* y varios planos de edificios, entre ellos, uno que se parecía muchísimo a esa casa. Abrió los archivos en el MacBook y vio que eran la versión digital de esos mismos planos. Su ratoncito adoraba la arquitectura, de eso no cabía duda. Y por lo visto el cabrón de su padre le

había prohibido ejercerla. Sintió un odio visceral hacia ese grandísimo hijo de puta. Ojalá algún día se lo encontrara cara a cara.

Cerró el portátil y volvió a colocarlo todo tal y como lo había encontrado antes de abandonar el despacho, esta vez por la puerta, pues la alarma no se activaba desde dentro. Se dirigió a la habitación que estaba cerrada y, tras comprobar que ningún ruido salía de ella, la abrió sigilosamente. Había alguien en la cama. Redujo el haz de luz de la linterna a la mínima potencia y enfocó al bello durmiente. Estuvo a punto de silbar de admiración. ¡Menudo bombón! Estaba en pelota picada y tenía un cuerpo de escándalo. Músculos bien definidos, torso trabajado en el gimnasio y cubierto por suave vello, recortado, si no le engañaba la vista; tableta de chocolate marcada pero no exagerada, piernas bien formadas y una buena polla que de seguro alcanzaría proporciones más que satisfactorias cuando estuviera dura. No le extrañaba que hubiera tenido tantos amantes, con ese aparato entre las piernas hasta ella se sentiría tentada de echarle un polvo. Lástima que fuera un hombre tan facilón... le quitaba todo su encanto. Prefería con mucho a su ratoncito luchador y esquivo que a ese león siempre dispuesto a follar.

Se acercó hasta quedar a escasos centímetros de su rostro. Dormido no parecía tan altanero y cínico. Karol desconfiaba de él, o mejor dicho, se obligaba a desconfiar de él, a recordar agravios pasados y protegerse con una coraza de furiosa indiferencia, cuando lo que en realidad quería era retomar su antigua amistad. Si no fuera así, ¿por qué le había permitido entrar de nuevo en su vida? Porque eso, y no otra cosa, era lo que había hecho al dejarle dormir en su casa. Los amigos de su ratoncito se habían enfadado al ver que se dejaba convencer tan fácilmente, temían que Tuomas volviera a hacerle daño.

Ah, qué equivocados estaban.

No sabían nada.

No tenían ni idea de lo que unía a esos dos polacos. Al contrario que ella, no habían visto las imágenes de ellos en su niñez, el niño rubio, pícaro y desenfadado, que siempre acompañaba al moreno tímido e inseguro. Había cientos de artículos sobre ellos, sus padres eran grandes empresarios del país y, como sucedía en España, cada acontecimiento de sus vidas había sido desgranado por la prensa amarilla: su primer día de guardería, los cumpleaños y comuniones, el suicidio de la madre de Karol, el ingreso en la universidad de ambos, el accidente mortal de los padres de Tuomas... Todo eso y más se podía encontrar en las hemerotecas polacas, y ella lo había encontrado. Había visto a Karol posando en la fiesta de su sexto cumpleaños, con los labios apretados en una sonrisa forzada y los ojos apagados, y lo había visto en otra revista, en esa misma fiesta, fotografiado cuando estaba desprevenido, inmerso en un juego de construcciones con Tuomas, ambos alejados del resto de niños. El pie de la foto afirmaba que la primera sonrisa del heredero de Sapk Inc. la había arrancado el regalo de su amigo. Y como esas imágenes había cientos. Karol en su primer día de colegio, sonrisa fingida y mirada esquiva; Tuomas tras él, dándole la

mano. Karol en el entierro de su madre, con traje negro y gafas oscuras para que nadie viera sus ojos y Tuomas a su lado, protegiéndole, amparándole, mirando con odio a Wlod. Años más tarde las tornas habían cambiado. Había sido Karol quien había sostenido a su amigo en el entierro de sus padres. Y también había sido Karol quien lo había rescatado de su posterior romance con las drogas y el alcohol, persuadiéndole para que continuara la carrera de derecho. Y Tuomas le había devuelto el favor obligándole a deshacerse de su máscara de imperturbabilidad e instándole a disfrutar de la vida de maneras que Wlod desde luego no aprobaba. Habían sido inseparables desde que nacieron, habían aprendido juntos a reír, también a llorar. La sobria serenidad de Karol era el contrapunto perfecto para el exacerbado cinismo de Tuomas. Y el desafiante atrevimiento de Tuomas contrarrestaba a la perfección el forzado conformismo de Karol.

Sí, Tuomas había traicionado a Karol, había propiciado que Wlod le desterrara del país, que su prometida le abandonara, que perdiera su trabajo y que su reputación se viera embarrada. Y todo eso había hecho que se abriera ante Karol un futuro pleno de libertad. Y eso, bien valía una traición.

Sonrió. Puede que nadie se fiara de Tuomas, pero ella pensaba darle un voto de confianza.

Se dirigió de nuevo al salón y una vez allí se acercó intrigada a la torre. No había encontrado a los amigos de Karol en esa planta, por lo que probablemente estuvieran en los ¿santuarios? Tuomas había mencionado esas habitaciones, y ella acababa de examinarlas en los planos que había encontrado en el despacho. Acarició el panel de seguridad de la puerta con las yemas de los dedos, se moría de ganas por saber qué había allí abajo. Y pronto lo descubriría. Al fin y al cabo la alarma se activaba al entrar, no cuando ya estabas dentro.

Dio media vuelta y salió por la misma ventana que había entrado la primera vez. Desenterró la mochila que había ocultado bajo un montón de guijarros en el jardín, se guardó el espray que sacó de ella en la riñonera junto con la linterna; se calzó los pies de gato y se untó los dedos con magnesio. Alzó la mirada al cielo nocturno. Cuatro metros de pared de ladrillos rojos hasta la azotea y después otros tres de fáciles piedras en la torre. No tardaría mucho.

Tiempo después asomó despacio la cabeza por la ventana oeste de la torre. Habían pasado más de dos horas desde que Karol había subido, aunque eso no significaba que estuviera dormido. Bajo la pálida luz de la luna pudo ver su silueta inmóvil en la cama. Pero seguía sin fiarse, ya la había atrapado una vez, no iba a permitir que volviera a ocurrir. Inspiró lentamente, obligándose a no sentirse excitada, pues sabía que él podía olerla, y saltó sigilosa al interior. Se deslizó con silenciosa velocidad hasta la cama. Él se removió inquieto a la vez que las aletas de su nariz palpitaban olisqueando el aire. Sacó el espray somnífero y se lo pulverizó en la cara, un instante después su ratoncito estaba completamente dormido. Tenía aproximadamente diez minutos antes de que se pasaran los efectos del narcótico; el

tiempo justo para revisar la espartana estancia y luego bajar al sótano para echar un ojo a los santuarios.

Se quitó los incómodos pies de gato, los guardó en la riñonera y sacó de esta la linterna, que encendió sin perder un instante. Y, toda prisa quedó olvidada en el momento en que la débil luz cayó sobre el desafiante y esquivo hombre que la tenía totalmente enajenada. No se había limpiado el maquillaje y su rostro estaba surcado de negros y sinuosos trazos que nacían de sus ojos y se deslizaban por sus pómulos hasta perderse bajo su pelo.

Había estado llorando.

—Tanto dolor guardas... y no dejas que nadie te consuele —musitó acercándose a él, en su mente rugiendo la súplica que le había hecho a Tuomas «No lo saques a la luz, no hagas que pierda a mis amigos», y en respuesta a su petición, Tuomas había omitido una pieza clave del relato: la trampa que lo había provocado todo—. ¿Por qué tienes miedo a perderlos? ¿Tan horrible fue lo que hiciste, lo que te hizo tu amigo? ¿Qué es lo que tanto te empeñas en ocultar, qué lo que no le permites contar?

Se mordió los labios, pensativa. El tiempo de que disponía era muy limitado, no podía malgastarlo en mirarle abstraída. Si quería curiosear en el sótano tenía que moverse con rapidez, aunque... Se dirigió al cuarto de baño que estaba oculto tras un panel de la pared y humedeció una toalla con agua templada antes de regresar al dormitorio y sentarse en la cama. Podía colarse en la torre y bajar a los santuarios en cualquier momento que se le antojara, pero solo esa noche podía limpiar sus lágrimas.

—Menuda mala malísima más blanda estás hecha —se regañó burlona mientras le aseaba la cara con cuidado, atenta en todo momento a su respiración pausada y al paso de los minutos.

Lo contempló con atónito embeleso, era la primera vez que lo veía tal como era, sin artificios, y estaba gratamente sorprendida. Si maquillado era llamativo, con la piel limpia era extrañamente atractivo. Sus rasgos, casi femeninos por el maquillaje tras el que siempre se ocultaba, habían dado paso a un rostro suavemente masculino. Sus facciones afiladas ya no parecían delicadas, si no decididas; sus labios libres del *gloss* eran terrosos y su piel... su piel era luminoso alabastro. Deslizó el haz de luz lentamente por el cuerpo dormido, no era tan delgado como parecía cuando estaba vestido, en absoluto. Era... fibroso. Sus bíceps y tríceps, aunque sutiles, estaban perfectamente delineados. Acarició su torso lampiño y no pudo evitar sonreír al notar bajo las yemas de los dedos un indicio de vello alrededor de las tetillas. Descendió por los abdominales apenas perfilados hasta su vientre liso y comprobó que una imperceptible hilera de vello rodeaba el ombligo para a continuación descender como una estilizada flecha hacia su pubis lampiño. Por lo visto su ratoncito presumido se depilaba.

Echó una rápida mirada al reloj, tres minutos para que se le acabara el tiempo. ¡¿Cómo había pasado tan rápido?! Enfocó la linterna hacia esa parte de la anatomía masculina que tantas ganas tenía de saborear. La polla estaba tan dormida como su

dueño, pero aun así era atrayente. Nacarada como el resto de su piel, el glande de un tono un poco más oscuro y el tallo, a pesar de su flacidez, grueso y largo, anticipo preclaro de la robustez y extensión de las que gozaba erecto. Reposaba sobre un pubis tan depilado como el sonrosado escroto que albergaba sus testículos. Incapaz de resistirse, recorrió con el dedo la flácida longitud, para al instante siguiente apartarse asombrada al comprobar que no se sentía en absoluto excitada. De hecho, no sentía deseo alguno de follarle, solo quería... acariciarle. A él. Al hombre, no a su polla o su cuerpo. Y no con caricias destinadas a excitarle y desafiarse, sino con mimos exentos de lujuria. Quería abrazarle, tal vez consolarle, de seguro hacerle reír...

Parpadeó pasmada al descubrir que, en realidad, lo que quería era verle feliz. Lo miró pensativa mientras una lenta sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Vaya... qué interesante —balbució para sí antes de mirar de nuevo el reloj: doce minutos desde que le pulverizara el narcótico. Demasiado arriesgado continuar allí.

Dejó la linterna sobre la mesilla, se inclinó sobre él con cuidado de no hacer movimientos bruscos que pudieran despertarle y depositó en sus labios un beso tan ligero como el roce de una pluma. Se apartó pesarosa, y, en ese momento, Karol la sujetó por la nuca y, atrayéndola contra él, le devolvió el beso. Y Laura se encontró de repente recostada contra su níveo torso, envuelta por unos brazos que la sujetaban con firmeza no exenta de ternura y enganchada a unos labios que la seducían despacio, con lánguida entrega y decidida posesión. Un beso por completo distinto de los enfebrecidos y salvajes ósculos que habían intercambiado hasta entonces.

Karol la besaba con reverente pasión, también con desesperado anhelo. Mantenía los ojos cerrados a la vez que movía lentamente los labios sobre su boca; los dedos de la mano izquierda enredados con férrea suavidad en su cabello mientras que los de la derecha se abrían en su espalda, apretándola contra él, como si temiera que fuera escapar.

Y Laura hizo lo único que deseaba hacer, se relajó contra él y disfrutó de sus adormilados besos. Sabía que terminarían en cuanto él despertara del todo. Entonces volvería a enfadarse con ella y, francamente, a pesar de lo divertido que era verle furioso, en esos momentos lo único que quería era que siguiera besándola como lo estaba haciendo.

Se estremeció al sentir la lengua de él deslizarse con laxa lentitud sobre sus labios; los separó, recibéndole gustosa con la suya propia. Y él la devoró con rendida pasión. No quedó un solo rincón de su boca que no acariciara, que no degustara. Lamió con exquisita sutileza el cielo del paladar, los dientes, incluso su misma lengua antes de succionarla con delicado ímpetu. Y mientras se embebía en su sabor, Karol fue girando con ella en brazos hasta que Laura acabó yaciendo de espaldas en la cama, el cuerpo de piel de alabastro sobre ella, los fuertes brazos ciñéndola, las masculinas piernas entrelazadas con las suyas y el somnoliento pene despertándose

acunado contra su vientre. Y, a pesar de su cada vez más rígida erección, Karol continuó besándola despacio, a conciencia, con sosegada dedicación.

Y fue en ese momento cuando Laura descubrió que, de la misma manera que se había hecho adicta a su esquiva pasión, también podía hacerse adicta a su exquisita ternura.

Impetuosa contención. Perezosa lujuria. Oscura vulnerabilidad. Todo eso era él. Y ella lo quería saborear por entero, su lucha y su rendición, su serenidad y su furia, su amistad y su... ¿Amor?

La cadencia de Karol cambió, la plácida dulzura dio paso a la conocida excitación. Su boca devorándola a besos, su mano derecha descendiendo por la espalda, sobrepasando la frontera de los pantalones para internarse bajo la elástica tela y acariciar las nalgas desnudas mientras que la izquierda la tiraba del pelo, obligándola a echar atrás la cabeza para que sus labios recorrieran frenéticos el apetecible cuello femenino.

Laura no se quedó atrás, le envolvió las caderas con ambas piernas, ciñéndole con fuerza, acercándole a ella. Él respondió con ciego abandono; se meció indómito contra ella, frotando su rígida polla sobre el sexo femenino. Laura enredó los dedos en las coloridas extensiones de su pelo y tiró de ellas a la vez que arqueaba la espalda, instándole a hacer algo con sus abandonados pechos.

Y Karol aceptó el reto. Aún con los ojos cerrados bajó la cabeza y apesó con los dientes uno de los pezones que se erguían impacientes bajo el top, lo succionó implacable hasta que la escuchó gemir, y en ese momento se detuvo. ¿Desde cuándo los sueños gemían?

—Oh, vamos. No me jodas que vas a parar ahora —se quejó Laura tirándole del pelo.

Karol frunció el ceño contrariado. ¿Desde cuándo Laura le regañaba en sueños? Separó los párpados apenas una rendija y luego los apretó con fuerza un instante antes de abrir los ojos por completo. ¡¿Cómo era posible que el sueño recurrente que le atormentaba cada noche se hubiera hecho realidad?!

—¡Qué haces aquí! —exclamó atónito.

—Ya ves, me he colado con intención de curiosear un poco, pero cuando te he visto dormido, no he podido evitar mirarte atontada y darte un beso... al que tú has respondido con vehemencia, y yo, que en el fondo soy una mujer débil, no he podido resistirme a tu magnífica polla —afirmó ciñéndole fuerte con sus piernas, indicándole hasta qué punto eran veraces sus palabras—. ¿Cuándo me vas a dejar probarla?

—¡Nunca! —gruñó enfadado apartándose de ella.

—¿En serio? ¡Vaya desperdicio! —Se arrodilló sobre el colchón y gateó hacia él, acorralándole contra el cabecero—. ¿Cuánto hace que no follas? —le preguntó estrechando los ojos.

—No es de tu incumbencia —jadeó él saltando al suelo—. ¡Fuera de mi casa!

—Más o menos tres años —resolvió Laura bajando de la cama con felina suavidad—. He acertado, ¿verdad? Llevas casi tres años sin permitir que nadie se acerque a ti... y sin acercarte a nadie —afirmó encarándose a él.

—¿Cómo lo sabes? —murmuró palideciendo.

—Intuición femenina. Comprendo que el que tu prometida te deje y le cuente a todo el mundo que eres un perverso tiene que destrozar un poco la libido, pero ¿no crees que tres años de abstinencia es exagerar un poco? —lo miró burlona—. ¿De qué tienes miedo? —inquirió inusualmente seria.

—De nada. ¿Cómo sabes todo eso sobre mí?

—Lo he leído en los periódicos de tu país. Te he estado investigando un poco, espero que no te moleste.

—En absoluto, me siento halagado por tu interés, pero estoy seguro de que tendrás otras cosas mucho más interesantes en las que centrar tu atención, como por ejemplo la manera de robar el Banco de España —replicó él con irónica cortesía—. Ahora, si fueras tan amable, me encantaría que abandonaras mi dormitorio y, si no es demasiada molestia, que no volvieras nunca.

—Como quieras, que no se diga que no te complazco, aunque estoy segura de que podría complacerte de formas mucho más placenteras —murmuró recorriendo con un dedo la distancia entre el ombligo y el pene inhiesto. Karol la sujetó antes de que llegara a tocarle donde bajo ningún concepto debía, y ella se limitó a encogerse de hombros—. Tú te lo pierdes.

Karol la observó salir de su torre y luego cerró los ojos, exhausto. Toda la estancia olía a ella, y él estaba tan excitado que le dolían los huevos y las manos le picaban de las ganas de tocarla. Pero no lo iba a hacer. Esa debilidad que sentía por ella debía finalizar. Se dirigió al baño con la intención de darse una ducha fría, y en ese momento se percató de que no había oído como se cerraba la puerta de la torre.

—¡No será capaz! —Salió del dormitorio y al asomarse a la barandilla alcanzó a ver el sótano, cuya luz estaba encendida.

Por lo visto su ladrona sí había sido capaz. Daba igual las veces que la echara, ella jamás se iba. Una entusiasmada sonrisa asomó a sus labios antes de que consiguiera borrarla.

Se puso con rapidez los pantalones de raso y bajó las escaleras a la carrera, eso sí, sin dejar de sujetarse el rígido pene para evitar que oscilara causándole un dolor mayor que el que ya tenía.

—Deberías usar calzoncillos ajustados, además de ser supersexis te sostendrían la polla cuando corrieras y no te dolería —comentó Laura cuando lo vio entrar en el pasillo al que daban los santuarios, su mirada fija en la mano que apretaba contra su erección—. Tal vez robe algunos para ti —apuntó acucillándose hasta que sus ojos quedaron a la altura del panel de seguridad de la Mazmorra de Alba—. Sensor de huellas dactilares y clave numérica —declaró con admiración—. Chico, esto son palabras mayores. Hasta a mí me costará entrar aquí.

—No vas a entrar ahí —aseveró Karol apartándola de la puerta. Lo único que le faltaba para volverse loco del todo era ver, y oler, a su ladrona en una de las cámaras dedicadas al sexo.

—¿Estos son los famosos santuarios? —Se zafó de su agarre para asomarse a una de las cuatro puertas que estaban abiertas. Frunció el ceño y se dirigió hacia otro.

—¿Cómo sabes...? —Karol se interrumpió estrechando los ojos—. Has estado en la cena. ¡Lo sabía! Sabía que vendrías. ¿Por qué no te has mostrado? —reclamó furioso. La había estado esperando impaciente y ella no se había dignado a... Frenó en seco sus pensamientos. Por supuesto que no la había estado esperando. Solo había estado alerta, por si acaso, no era aconsejable fiarse de *su* ladrona. De una ladrona, quería decir.

—He estado escondida bajo una de las ventanas, si me hubiera sentado con vosotros a cenar no habríais hablado de tantas cosas como habéis hecho y hubiera perdido toda la gracia, —explicó Laura, entrando en uno de los santuarios.

—Lo has escuchado todo. —Karol la siguió, dolorosamente consciente de hasta qué punto había revelado su pasado esa noche.

—Sí. Tu padre es un cabroncete. —Laura observó la antesala que a su vez daba a dos estancias contiguas, separadas por una pared de espejos espías a través de la cual se podía observar la más grande—. Lo que te hizo no estuvo nada bien —bufó indignada saliendo de allí para asomarse al siguiente santuario—, pegarte mientras te sujetaban sus matones; valiente hijo de puta. Deberías darle su merecido, de hecho, si alguna vez te decides a hacerlo, dímelo. Sé donde adquirir ciertas sustancias que no levantarían muchas sospechas, podría conseguírtelas a buen precio.

Karol la miró atónito, ¿de verdad estaba insinuándole que...?

—No voy a matar a mi padre —jadeó.

—Nadie te está diciendo que lo hagas, un ataque de disentería jode bastante y no es mortal —replicó ella encogiéndose de hombros—. ¿Por qué no tienes santuario?

Karol se quedó inmóvil, sorprendido por el brusco cambio de tema.

—¿Perdona?

—Esto es el sótano y hay seis puertas ergo hay seis santuarios. Dos están cerrados: uno para el matrimonio y el otro para las rubias y el pelirrojo. El resto están vacíos y los paneles de seguridad desactivados. ¿Por qué no tienes santuario? —volvió a preguntar.

—¿Qué sabes tú de los santuarios? Ah, sí... escuchaste a Tuomas durante la cena.

—Sí, y luego los vi en los planos que encontré en tu despacho —comentó con indiferencia—, por cierto, maravillosos diseños. Deberías dedicarte a la arquitectura, me molan los edificios que dibujas.

—¡Has entrado en mi despacho! —exclamó incrédulo ante su descaro. Se colaba en su casa, se saltaba todas las alarmas, entraba en su torre y no contenta con eso, ¡curioseaba en su despacho! Y se lo decía a la cara. ¡Cómo si fuera lo más normal del mundo!

—Sí. De nada sirve tener las puertas a prueba de bombas si se pueden desactivar las alarmas de las ventanas con un inhibidor y un par de cables —bufó enfadada—. Deberías cambiar de compañía de seguridad, te están cobrando un dineral y las medidas son ineficaces. Ya has visto con qué facilidad me cuelo.

—No quiero que vuelvas a entrar en mi despacho —siseó Karol indignado, para luego apresurarse a añadir—: Ni en mi torre ni en los santuarios, aunque estén vacíos... y tampoco quiero que intentes entrar en los que están cerrados. De hecho, te prohíbo que vuelvas a entrar en mi casa.

—¿Me lo prohíbes? ¿En serio? —protestó ella acercándose a él, acorralándolo contra la pared—. ¿Qué vas a hacer para evitarlo?

Karol dio un paso atrás al sentir que el fascinante aroma de Laura se intensificaba ante el desafío. Una oleada de pura lujuria se coló por su nariz, invadiendo cada centímetro de su ser y excitándole hasta límites insostenibles.

—Vete de mi casa —ordenó, consciente de que cuanto más le exigiera irse, más a propósito se quedaría ella. Tal vez porque eso era lo que de verdad deseaba, a pesar de haberse repetido una y otra vez lo contrario. Definitivamente, la presencia de Laura le afectaba a su capacidad de raciocinio.

—Oblígame —susurró ella, pegando su vientre al de él a la vez que enredaba los dedos en las extensiones de su pelo y tiraba de estas hasta que los labios de ambos quedaron a la misma altura.

Le besó.

Y él le devolvió el beso. Esta vez no fue pausado ni suave, sino salvaje y frenético. Penetró su boca y ambas lenguas combatieron para hacerse con el control. Y mientras sus dientes y labios se unían a la pugna, sus cuerpos se embestían intentando fundirse en uno solo. Las manos de Karol se anclaron en las nalgas femeninas, atrayéndola con fuerza contra su polla a la vez que se mecía contra ella. Laura soltó una de las manos con las que le tiraba de las extensiones y descendió con ella hasta encontrar una de sus erguidas tetillas. La arañó con la uña del pulgar, y él gimió en su boca. Volvió a arañarle y él se estremeció. Laura se excitó más todavía ante su reacción, y Karol perdió todo el control. La envolvió con fuerza entre sus brazos, hundió la cara en su cuello e inhaló con delirante deleite a la vez que se mecía arrebatado contra ella.

Exaltada por la inusitada falta de contención de Karol, Laura le recorrió el torso y el vientre trazando sutiles estelas con las uñas. Él tembló en respuesta, y ella presionó más al llegar a su pubis depilado, haciéndole tambalear. Pero, en el mismo momento en que deslizó los dedos bajo el raso rojo del pantalón, Karol la detuvo sujetándole la muñeca.

—No —gruñó enronquecido.

—Como quieras —aceptó Laura apartándose de él al instante. Había llegado la hora de cambiar de estrategia.

Karol se apoyó contra la pared y la miró atónito. Tan pronto le acosaba como le ignoraba. Zuper tenía razón, ¿era imposible entender a las mujeres!

—¿Por qué no tienes santuario? —Laura retomó el tema que habían dejado a medias, como si no hubiera pasado nada.

—No lo necesito. Yo no follo con nadie —afirmó él desafiante, aun sabiendo que ella jamás rechazaba un reto, o quizá por ese motivo.

—Tu polla piensa lo contrario. —Laura señaló su abultada entrepierna.

—Mi polla se endurece cada vez que huelo a alguien excitado, y tu olor me afecta en exceso —replicó altanero, decidido a provocarla—. Es solo un efecto secundario de mi perversión.

—Un efecto secundario de lo más interesante —murmuró lasciva acercándose a él, pero justo antes de tocarle se detuvo y entrecerró los ojos, pensativa. Cuando le miró de nuevo, sus labios esbozaban una peligrosa sonrisa—. Quiero un santuario.

—¡No vas a tener un santuario!

—¿Por qué? Sé exactamente lo que quiero que haya en él.

—Porque los santuarios son para quienes están enamorados...

—Cierto. Ya no me acordaba de lo que le has dicho a Tuomas. El amor es un requisito imprescindible. —Karol asintió cruzándose de brazos—. Pues entonces te vas a tener que esforzar un poco más...

—¿Esforzarme, en qué? —inquirió confundido. ¿De qué demonios estaba hablando ahora?

—¿En qué va a ser? En dejar de tener miedo y enamorarte de mí...

—¿En enamorarme de ti? —jadeó sin aliento antes de negar con la cabeza. ¡Estaba loca!—. No me voy a enamorar de ti... y aunque lo hiciera, el sentimiento tiene que ser recíproco —la desafió de nuevo antes de percatarse de lo que acababa de decir. Frunció el ceño, quizá quien estaba loco era él. Seguramente.

—Oh, por eso no hay problema. Estoy total y absolutamente encaprichada de ti —afirmó con rotundidad subiendo las escaleras para salir de la torre—. Y ya sabes lo que dijo Oscar Wilde sobre los caprichos...

—No, no lo sé. ¿Qué dijo? —Parpadeó varias veces, atónito. ¿Estaba encaprichada de él? ¿Qué significaba eso exactamente? Una sonrisa soñadora se dibujó en sus labios sin que fuera consciente de ello.

—Averígualo. —Se dirigió a la despensa, abrió un armario e hizo algo con los cables del cajetín que había allí.

Karol la observó perplejo. ¿Le decía que estaba encaprichada de él, significara eso lo que significara, y luego se ponía a trastear en el circuito eléctrico?

—¿Qué haces?

—Volver a conectar la alarma —explicó antes de dirigirse al salón.

Karol dio un respingo al comprender que ella se estaba preparando para marcharse. ¡¿Por qué?! Aún era pronto, de hecho, estaba a punto de amanecer, así que podía decirse que era muy pero que muy temprano.

Laura encendió un extraño aparato y a continuación abrió una de las ventanas.

Karol parpadeó atónito, ¡la alarma no había saltado!

—No te olvides de llamar a tu compañía de seguridad y cantarles las cuarenta. Igual que entro yo puede entrar cualquiera —afirmó muy seria antes de saltar al jardín.

Karol asintió y la siguió sin dudarlo un instante.

—¿Por qué sales por la ventana en vez de por la puerta?

—Es más divertido. Entra en casa, voy a cerrar la ventana y conectar la alarma.

—¿Me estás echando de mi jardín?

—No tienes las llaves de tu casa y voy a conectar la alarma. Cuando lo haga, no podrás entrar sin que se dispare —le explicó Laura, apoyándose en el alféizar.

Karol asintió, volvió a entrar y cerró la ventana él mismo.

Laura apagó el inhibidor y sacó las deportivas de la mochila, ni loca iba a atravesar descalza el jardín de piedras. Escuchó un crujido y apartó la mirada de los cordones que se estaba abrochando. Karol estaba frente a ella, de pie, observándola fijamente.

—Te acompañaré a la puerta —dijo a modo de explicación a la vez que le enseñaba las llaves.

—Oh, qué caballeroso. —Acabó de anudarse las deportivas y echó a andar hacia el muro.

—No te equivoques, bella dama, no es caballerosidad sino supervivencia. No me fio de que vayas a abandonar mi casa tan fácilmente —replicó insolente caminando junto a ella.

—Si quieres lo hago complicado.

Lo empujó contra un menhir ubicado en el borde del sendero de baldosas amarillas y, sin tener cuidado alguno, enredó ambos puños en las extensiones multicolores de su pelo y tiró. Su acción fue recompensada con un jadeo, por lo visto su ratoncito disfrutaba con un poco de dolor. Frunció el ceño pensativa, para después morderle el labio inferior y tirar de él aumentando poco a poco la fuerza, atenta a su reacción. Cuando lo escuchó gruñir disgustado lo soltó para a continuación lamérselo e invadirle la boca. Y a él ciertamente pareció gustarle esa invasión pues rodeó su cintura con las manos y le devolvió el beso con idéntico ímpetu. Al menos hasta que ella le dio un fuerte y doloroso tirón de pelo, obligándole a apartarse.

La miró confundido a la vez que se frotaba la cabeza. ¿Por qué había hecho eso? Se suponía que era él quien debía apartarla a ella, no ella quién le alejaba a él. Y además, tampoco había necesidad de que fuera tan brusca.

—Me encantan tus extensiones —murmuró complacida retornando al camino de baldosas amarillas. Su ratoncito disfrutaba más si aderezaba el sexo con un poco de brusquedad, pero no le gustaba el dolor. Al menos no el excesivo. Lo miró de reojo, pensativa de nuevo—. Los espejos espías que hay en los santuarios... No solo te

pone oler a la gente excitada, también te gusta mirar cómo follan —comentó maliciosa.

—Desde luego no me disgusta —replicó Karol desafiante.

Él era así, y no estaba dispuesto a fingir ser un tipo normal. No lo era. Y nunca lo sería. Y si a ella no le gustaba ya sabía dónde estaba la salida, porque no iba a cambiar. Su estómago se retorció en un espasmo que él se esforzó en ignorar. No cambiaría, aunque eso le costara que Laura no volviera a colarse en su casa nunca más. Algo que, supuestamente, era lo que quería. Entonces, ¿por qué demonios sentía como si le estuvieran atravesando las entrañas con un hierro al rojo vivo? Su estómago se removi6 de nuevo, haciéndole fruncir el ceño.

Centró la mirada en ella, atento a su reacción, y en ese preciso momento se dio cuenta de que el aroma que emanaba de ella se había intensificado. Inspiró profundamente y sus rodillas temblaron cuando el olor de ella se coló con fuerza en sus fosas nasales. No estaba asqueada ni disgustada, tampoco enfadada. Estaba excitada. Mucho.

—¿Te gusta mirar? —preguntó en voz baja, perplejo.

Laura se detuvo un instante, pensativa, y luego continuó caminando a la vez que una ladina sonrisa se dibujaba en sus labios.

—Lo cierto es que nunca me ha interesado mirar a nadie, excepto a ti. Creo que me gustaría ver cómo te masturbas, pero si te soy sincera, lo que me ha hecho mojar las bragas ahora mismo ha sido imaginar que me toco mientras tú me miras... —Se lamió los labios lentamente antes de continuar hablando—. Cuando tenga mi propio santuario me masturbaré frente a los espejos para que puedas verme bien, o tal vez no, quizá prefiera hacerte sufrir. Lo que tengo claro es que te pondré tan cachondo y te correrás tan rápido que te dará hasta vergüenza —afirmó divertida dándole un empellón con el hombro.

—Lo dudo, gozo de un saludable control sobre mis deseos y mis erecciones.

—Oh, seguro —replicó burlona palpándole el pene por encima de los pantalones—. Un control riguroso, ya lo estoy notando...

—Con algunas excepciones —aceptó Karol sujetándole la mano para que dejara de moverla sobre su tremenda erección, aunque sin apartársela.

—En cuanto abandone tu propiedad te la vas a menear como un loco pensando en mí —afirmó soltándole para continuar caminando hasta las puertas que protegían la finca—. Y sabes qué, estoy deseando llegar a mi casa para jugar con mi vibrador mientras te imagino tocándote la polla, envolviéndola entre tus dedos, meneándotela con fuerza mientras te frotas el glande con la palma de la otra mano...

—Puede que incluso juegue un poco con un dildo anal —murmuró Karol decidido a ser excesivamente franco. Si en un futuro iba a intentar tener una relación con ella, y no estaba diciendo que fuera a hacerlo, de hecho ni siquiera se le había pasado por la cabeza más que unas cien veces al día—, tenía que estar seguro de que no huiría escandalizada al conocer sus gustos.

—No cabe duda de que esta noche voy a disfrutar de lo lindo imaginándote mientras me follo a mi vibrador —jadeó Laura. La oleada de excitación que emanó de ella fue tan fuerte que le hizo tambalear—. Motivo por el cual me voy a despedir ahora mismo. Estoy demasiado caliente como para perder el tiempo —afirmó dándole un ligero beso en la comisura de los labios para a continuación escalar sin problemas la puerta del muro y saltar al otro lado.

Karol se aferró con ambas manos a las barras de hierro y pegó el rostro a ellas mientras la veía desaparecer en el interior de la furgoneta blanca que estaba mal aparcada en el arcén. Se había ido. Así, sin más. Sin provocarle ni desafiarle. Simplemente le había dado un insulso beso y se había ido.

Se apartó de la puerta y sacudió la cabeza. Eso era lo que quería, ¿no? Que se fuera y le dejara tranquilo. Entonces, ¿por qué se sentía defraudado, estafado?

Laura arrancó su vieja furgoneta, metió primera y, dando un fuerte acelerón, se incorporó a la carretera con una sonrisa. Tenía un calentón de tres pares de narices, le ardía el clítoris, cada roce del top era una tortura para sus ultrasensibles pezones y su vagina palpitaba reclamando la polla larga y gruesa de su ratoncito, pero había merecido la pena. Desde luego que sí. Ver a Karol confundido, decepcionado y enfurruñado porque se había ido sin apenas despedirse y sin esperar a que la echara había merecido muchísimo la pena.

Cuando Zuper y las chicas entraron en el salón para desayunar antes de irse a trabajar, se encontraron a Karol en el sillón rojo, más tumbado que sentado, con un pie sobre uno de los reposabrazos y el otro plantado en el suelo mientras mecía la pierna a un lado y a otro. Apoyaba el codo izquierdo sobre la rodilla que mantenía flexionada mientras que con la otra mano trazaba espirales sobre su ombligo. Y, casi rozando este, una imponente erección se alzaba insolente bajo sus pantalones. En la mesa, el portátil abierto junto a un vaso de vodka del que Alba dudaba de que faltara un solo trago.

—¿Sabéis la diferencia entre un capricho y una pasión eterna? —les preguntó Karol sin dejar de acariciarse el vientre.

—Eh... no. Ni idea —respondió Elke intrigada. Algo le pasaba a su amigo.

—Según Oscar Wilde, la diferencia es que el capricho dura más —musitó elevando por fin la cabeza y clavando su mirada en ellos—. Laura me ha dicho que está encaprichada de mí.

—¿Ha vuelto a colarse en casa? —preguntó Zuper sentándose frente a él al igual que Alba y Elke. Karol asintió con la cabeza—. Y te ha dicho que se ha encaprichado de ti...

—Y que tengo que esforzarme.

—¿Esforzarte en qué? —inquirió Alba entornando los párpados.

—En enamorarme de ella.

—¿Y qué vas a hacer? —susurró Zuper, poniendo voz a la pregunta que Alba y Elke, pasmadas como estaban, no eran capaces de exponer.

—Voy a cambiar de empresa de seguridad —dijo Karol imprimiendo cierta firmeza a su voz—. Te ocuparás de ello esta misma mañana, Zuper. Quiero que todas las alarmas suenen cada vez que se cuele una hormiga en mi casa, pero, y presta atención porque es muy importante, no se dará aviso a la policía ni a ningún cuerpo de seguridad privado en caso de que salten. Me avisarán a mí única y exclusivamente. ¿Entiendes? —Zuper asintió—. Solo yo decidiré qué hacer si alguien se cuele aquí, ocúpate de que tengan muy presente esa condición, no quiero errores —afirmó con severidad levantándose del sillón para dirigirse a la torre—. Quiero que el sábado esté todo listo.

—¡Serás cobarde! —gritó Alba indignada—. Como no te atreves a enamorarte, ¡vas a impedirle la entrada!

—A mí me parece una idea estupenda —la contradijo Zuper—. Si Laura puede colarse sin problemas se hacen necesarias medidas más eficaces. No es cuestión de ponerle las cosas fáciles.

Alba y Elke lo miraron enfadadas y abrieron la boca dispuestas a protestar, pero Karol comenzó a hablar, impidiéndoselo.

—Veo que lo has entendido. —Miró complacido al pelirrojo a la vez que marcaba la clave que le abriría la puerta de la torre—. Lo dejo en tus competentes manos. Asegúrate de contratar a la mejor empresa de seguridad, no es cuestión de decepcionar a mi ladrona —luego se giró hacia Alba y Elke, quienes le observaban confundidas—. Me retiro a descansar, mis queridas amigas. Disfrutad de un buen día —les deseó entrando en la torre.

Elke se giró hacia su novio dirigiéndole una penetrante mirada, ¿cómo había osado ponerse del lado de Karol en esa ruin estratagema? Alba fue un poco más explícita en su enfado, se acercó a él y, aferrándole con fuerza del pelo le preguntó con voz demasiado suave a qué estaba jugando. Y, aunque Zuper no pudo evitar estremecerse de excitación al sentir el fuerte tirón, al fin y al cabo le encantaba que su dómina le demostrara su poder, inspiró profundamente para deshacerse del inoportuno deseo. El paso que había dado Karol era demasiado importante como para dejarlo de lado por un poco de sexo. Aunque fuera del bueno. Del mejor. Del superior. En fin...

—Pensad en las condiciones que Karol acaba de poner para la seguridad y en todo lo que nos ha contado sobre Laura —musitó arqueando ambas cejas varias veces. Alba, maldita fuera su suerte, le soltó indicándole que continuara—. Es una adicta a la adrenalina. Cuanto más segura sea esta casa, más difícil le será entrar, lo que incrementará el reto, y mucho me temo que a esa ladrona solo se la conquista poniéndole desafíos.

—Y Karol lo sabe —afirmó Elke interrumpiéndole—. Por eso ha exigido que solo se le avise a él, y no a la policía. Ha entrado en el juego...

—Y nuestra misión es ayudarle a ganar.

—¿Quién tiene que ganar qué? —musitó Eberhard somnoliento, atravesando la puerta de la torre seguido de Sofía.

—Karol. El corazón de su ladrona, por supuesto —sentenció Zuper.

Parapetado tras la puerta del aburrido dormitorio en que el que había pasado la noche, Tuomas esbozó una sonrisa. No una sonrisa divertida, tampoco peligrosa. Más bien una sonrisa cáustica. Por lo visto era cierto aquello que decían los españoles de «a quien madruga Dios le ayuda» y no era que le hubiera apetecido madrugar, nada más lejos de la realidad. Tampoco era que la cama no fuera cómoda. En absoluto. Pero, acostumbrado como estaba al silencio de su casa, la algarabía mañanera de la de Karol le había despertado mucho antes de lo que hubiera deseado. Y se alegraba. Sí, tenía sueño, pero también tenía algo mucho más valioso. Información. Y nadie sabía que la tenía.

En sus ojos asomó una dolorosa y casi insoportable melancolía.

Karol estaba interesado en alguien. Y no lo había compartido con él, sino con sus nuevos amigos. En otro tiempo, mil años atrás, él habría sido la primera persona, y también la única, en enterarse. Karol habría acudido a él, con sus sentimientos a flor de piel, y se lo habría referido en la intimidad de su casa sin dejar de recorrer inquieto el salón o, si hacía buen tiempo, mientras caminaba descalzo sobre la hierba del jardín y olía extasiado el aroma de las flores que Tuomas había plantado solo para él. Ahora Karol odiaba el olor de las flores. Y él era un cascarón vacío. Pero en otra vida, una más feliz en la que Karol aún confiaba en Tuomas, él se habría alimentado con los sentimientos descarnados de su amigo. Habría observado su ilusión y su miedo, sus reparos y quizá su determinación. Se habría emborrachado con sus emociones y, tal y como siempre hacía, se habría sentido vivo. Eso habría sucedido mil años atrás, mil errores atrás, si no lo hubiera traicionado. Pero lo había hecho. Y ahora su corazón estaba envuelto en hielo. No había en él más sentimientos y emociones que el remordimiento y la vergüenza. Y, francamente, estaba harto de esas dos maldiciones. No eran buenas compañeras de cama. Tampoco de vida.

Necesitaba un indulto que le permitiera dejar de sentirse el ser abyecto que sabía que era y de este modo volver a nutrirse de los sentimientos de los demás y sentirse de nuevo vivo, y ya de paso, tampoco le haría ascos a gozar un poco de la vida, y del sexo, y de la amistad. Pero no era un indulto de Karol lo que necesitaba ni esperaba, eso sería imposible, le había causado demasiado daño. Necesitaba un indulto de su propio corazón, de su misma alma. Algo que le permitiera autoinmolarse por lo que había hecho y así sentirse en paz consigo mismo. Y qué mejor sacrificio que conspirar para que la única persona que le importaba, y a la que quería, se enamorara de otra, alejándose de él.

La sonrisa que esbozó esta vez sí fue peligrosa.

En el mismo momento en que Zuper llegó a su diminuta casa se sentó frente a la destartada mesa de la cocina y encendió su arcaico ordenador portátil. Esperó sus buenos cinco minutos, si no fueron más, a que el viejo trasto se pusiera en marcha y luego lo conectó con el wifi de la cafetería de la esquina. Ciertamente era que podría haber hecho la búsqueda en la casa de Karol, con uno de sus ordenadores de última generación, pero no le apetecía. Se sentía arrullado por el ruido de su viejo aparato y le gustaba esperar a que se cargaran las páginas web y los correos, porque eso le daba tiempo a pensar. Podría parecer una tontería, pero él tenía una teoría. Bueno, en realidad tenía cientos de teorías, pero en ese momento, mientras el portátil comenzaba a funcionar, su cabeza solo pensaba en una. Cuando utilizaba ordenadores que volaban a través de Internet y abrían enlaces en *cero coma*, no se le ocurrían buenas ideas. En absoluto. Cargaba una página web, la que fuera, leía un poco y un enlace le llamaba la atención, lo pinchaba, y zas, al instante estaba en otro sitio completamente distinto que un milisegundo después le mandaba a otro, y luego a otro... y no acababa de leer ninguna página, porque la siguiente siempre le llamaba más la atención. Y eso era contraproducente para su cerebro porque tenía tanta información que estaba desinformado. Así que por eso estaba en su casa, con su cutre portátil y su conexión wifi robada. Porque mientras se cargaba una página le daba tiempo a leer y pensar en la que estaba abierta. De hecho, en días ventosos, además de eso le daba tiempo a hacerse la comida, y a veces también a comérsela. Pero a caballo regalado...

En la pantalla del portátil por fin se abrió el administrador de correo y Zuper dejó de lado su teoría de la información desinformada. Eliminó sin dudar todos los *spams* que encontró en la bandeja de entrada aunque titubeó en uno. Era de una empresa de seguridad, pero no de una de las conocidas, de las que siempre mandaban publicidad, sino de una que no había escuchado en su vida: TGSsystem. Qué extraño. Lo abrió. Era el mensaje de publicidad más raro que había visto en su vida. No ponía nada. Bueno sí, el nombre de la empresa, un teléfono y una dirección de correo electrónico para que solicitara información. Nada más. No había una promoción que cantara sus alabanzas ni una oferta maravillosa que no podría rechazar ni una advertencia sobre la cantidad de robos que había últimamente y lo protegido que estaría con ellos. En definitiva, para ser un *spam* era soso con ganas. ¡Ya podían haberse esforzado un poco más! Lo borró.

Abrió el buscador y, tras esperar paciente a que se cargara, escribió las palabras para empezar su exploración y hallar una nueva empresa de seguridad. Parpadeó sorprendido cuando en la pantalla solo salió un resultado que, increíblemente, coincidía con la empresa del *spam* que acababa de borrar. Escribió en la barra de búsqueda otras palabras distintas, que por supuesto, también tenían que ver con la seguridad, y de nuevo, obtuvo solo un resultado: la susodicha empresa. Frunció el ceño, perplejo. Cambió la búsqueda, con idéntico resultado. Apagó el ordenador y

volvió a encenderlo. Esperó hasta que se puso en marcha, abrió otro buscador distinto y tecleó «seguridad privada». De nuevo solo hubo un resultado: TGSystem. Se mordió los labios y, enfadado con la ineptitud de la puñetera maquinucha, escribió en la barra del navegador: «que te den por culo». La respuesta fue instantánea; toda la pantalla se volvió azul y en su centro aparecieron unas letras en naranja chillón: «Cómo se enteren tus novias de que me hablas así se van a enfadar, aunque tal vez eso es lo que quieres. ¿Te excita que se enfaden, Zuper?».

Zuper abrió los ojos como platos, tragó saliva, se giró lentamente y miró a su espalda, no había siluetas, niebla o cualquier otra cosa aterradora. Luego miró a su alrededor para comprobar que el resto del salón estaba bien iluminado y vacío de cualquier ente sobrenatural y después acercó una mano trémula al portátil y lo apagó casi con reverencia. No debería haber visto «Cuarto Milenio» el domingo anterior, él era una persona muy sensible e impresionable e Iker y sus colaboradores habían hablado de fantasmas de esos que se aparecían en los aparatos para vigilar a los bebés, y claro... de ahí a que su mente susceptible viera cosas raras en el monitor iba solo un paso. Reprimiendo un escalofrío se levantó de la silla y se puso las deportivas, iría a dar una vuelta a la playa. Sí, eso sería lo mejor.

Y en el preciso momento en que se dirigió a la puerta escuchó la melodía que indicaba que el ordenador se había encendido. Solo. ¡La madre que lo parió!

Se acercó remiso al aparato maldito, lo tocó muy pero que muy despacio y dio un salto atrás. Varios segundos después, cuando comprobó que no parecía que le fueran a salir dientes ni a flotar ni a hacer ninguna otra cosa rara, aparte de encenderse solo, claro, volvió a acercarse lentamente. La pantalla estaba azul. Se acercó un poco más. Y unas tenebrosas letras comenzaron a surgir de repente. Dio un paso atrás, tropezó y cayó de culo con un grito agónico. Cuando recuperó la compostura —y le costó lo suyo—, estiró el cuello cual periscopio y observó la pantalla desde el borde de la mesa. En el centro había algo escrito en letras rojas. Rojas como la sangre derramada. Rojas como el miedo más atroz. Rojas como... sus mejillas al leer lo que ponía. ¡Joder!

Soy Laura. ¿Qué tengo que hacer para que cojas la indirecta y dejes de apagar el ordenador? Zuper parpadeó un par de veces, atónito. ¿Cómo demonios se había colado la ladrona de Karol en su ordenador? Y, cuando dilucidó que no iba a ser capaz de responder a esa cuestión, se sentó en la silla —un poco asustado aún, todo sea dicho—, y escribió su pregunta: «¿Qué indirecta?». La respuesta no se hizo esperar. La pantalla dejó de ser azul y en su lugar apareció el navegador y una web abierta en él: TGSystem.

—Ah... —masculló cogiendo por fin la indirecta.

Se sentó frente al ordenador y durante la siguiente hora leyó la página desde el principio hasta el final, entró en cada enlace, tomó notas y, cuando acabó e intentó buscar más información, el buscador, milagrosamente, funcionó. No encontró

demasiadas referencias, era una empresa que parecía jactarse de la discreción, pero las que encontró eran impresionantes.

¿Por qué querría Laura que contratara a TGSystem? Porque eso, y no otra cosa, era lo que sugería su indirecta. Colarse en la casa de Karol tenía que ser un reto para ella, pero si era ella quien «contrataba» en cierto modo la empresa, poco reto iba a suponerle saltarse la seguridad. Negó con la cabeza y dejó hibernando el ordenador, tenía que pensar con calma antes de hacer nada. El portátil volvió a encenderse solo, y de nuevo aparecieron la pantalla azul y las letras rojas formando una sola y parpadeante palabra: «Wlod».

Por lo visto la ladrona se había colado en el Templo del Deseo mucho antes de lo que había imaginado. Y parecía igual de decidida que ellos a proteger a Karol, aunque él no quisiera ser protegido. Sonrió complacido. Así que encaprichada... Esa historia cada vez se volvía más interesante.

La princesa escondida

Sábado, 12 de junio de 2010

KAROL observó su reflejo en el espejo y una ladina sonrisa asomó a sus labios. ¿Qué pensaría Laura cuando descubriera lo que había hecho con su pelo? ¿Se enfadaría al ver que se había quitado las extensiones? O, por el contrario, ¿disfrutaría del nuevo reto? Ahora no iba a poder tirarle del pelo para obligarle a besarla. Frunció el ceño enfadado al descubrir que se mentía a sí mismo. No había hecho falta que le tirara del pelo, él la había besado de buen grado. De muy buen grado. De demasiado, incluso. Arrugó la nariz, disgustado, y procedió a extenderse un poco de fijador en las puntas que salían disparadas en todas las direcciones. Se lo había cortado bastante, de hecho sería un corte de lo más corriente si no se lo hubiera teñido de azul eléctrico. ¿Le gustaría a Laura ese color? Intuía que sí. A ella parecía gustarle su estrafalaria manera de vestirse, maquillarse y peinarse. Y, en cierto modo, eso era de lo más extraño: que le gustara su apariencia extravagante cuando la de ella era en extremo anodina, aun cuando era total y absolutamente excepcional. Entornó los ojos, pensativo. El pelo de su ladrona era de lo más normal. Castaño, no demasiado largo, liso. Siempre lo llevaba alborotado como si no se hubiera molestado demasiado en peinarse, y probablemente así fuera. Se apartó del espejo y caminó ensimismado hacia la puerta. Eso era lo excepcional en Laura. Era la mujer más hermosa que había visto nunca y ella ni siquiera se esforzaba en serlo. Tal vez ni se diera cuenta de que lo era. Se detuvo al pie de las escaleras y cerró los ojos, haciendo memoria. Jamás la había visto vestida con otra ropa que simples vaqueros o minifaldas no demasiado cortas, por desgracia. Lo que, ciertamente, no era nada espectacular. Camisetas de distintos colores, camisas casi masculinas, algún peto vaquero y en los pies deportivas. A no ser que fuera a colarse en su casa. Entonces, al menos las dos veces que lo había hecho, se vestía con unos ajustadísimos pantalones ciclistas y un top igual de ceñido. Y eso sí que era en verdad espectacular. Y excitante. Sobre todo cuando estaba descalza. Y la vez anterior lo estaba. Tenía unos pies preciosos y muy sensuales. También unas piernas atléticas que se habían acoplado perfectamente a sus caderas cuando lo habían envuelto. Gimió sin poder evitarlo. ¿Qué tenía esa mujer que hasta su recuerdo le volvía loco? Se miró enfurruñado la entrepierna cubierta por raso rojo. Cualquiera diría que una familia de gnomos había montado allí una tienda de campaña. Debería hacer caso a Laura y ponerse ropa interior ajustada, al menos por las mañanas, cuando Esmeralda y Silvia rondaban por la casa limpiando y cocinando. No era que le importara que le vieran excitado, era más bien que le daba miedo exponerse a las miradas airadas de su cocinera. Seguro que iban acompañadas de varias exclamaciones de disgusto y una enfadada perorata sobre su falta de pudor.

KAROL observó su reflejo en el espejo y una ladina sonrisa asomó a sus labios. ¿Qué pensaría Laura cuando descubriera lo que había hecho con su pelo? ¿Se enfadaría al ver que se había quitado las extensiones? O, por el contrario, ¿disfrutaría del nuevo reto? Ahora no iba a poder tirarle del pelo para obligarle a besarla. Frunció el ceño enfadado al descubrir que se mentía a sí mismo. No había hecho falta que le tirara del pelo, él la había besado de buen grado. De muy buen grado. De demasiado, incluso. Arrugó la nariz, disgustado, y procedió a extenderse un poco de fijador en las puntas que salían disparadas en todas las direcciones. Se lo había cortado bastante, de hecho sería un corte de lo más corriente si no se lo hubiera teñido de azul eléctrico. ¿Le gustaría a Laura ese color? Intuía que sí. A ella parecía gustarle su estrafalaria manera de vestirse, maquillarse y peinarse. Y, en cierto modo, eso era de lo más extraño: que le gustara su apariencia extravagante cuando la de ella era en extremo anodina, aun cuando era total y absolutamente excepcional. Entornó los ojos, pensativo. El pelo de su ladrona era de lo más normal. Castaño, no demasiado largo, liso. Siempre lo llevaba alborotado como si no se hubiera molestado demasiado en peinarse, y probablemente así fuera. Se apartó del espejo y caminó ensimismado hacia la puerta. Eso era lo excepcional en Laura. Era la mujer más hermosa que había visto nunca y ella ni siquiera se esforzaba en serlo. Tal vez ni se diera cuenta de que lo era. Se detuvo al pie de las escaleras y cerró los ojos, haciendo memoria. Jamás la había visto vestida con otra ropa que simples vaqueros o minifaldas no demasiado cortas, por desgracia. Lo que, ciertamente, no era nada espectacular. Camisetas de distintos colores, camisas casi masculinas, algún peto vaquero y en los pies deportivas. A no ser que fuera a colarse en su casa. Entonces, al menos las dos veces que lo había hecho, se vestía con unos ajustadísimos pantalones ciclistas y un top igual de ceñido. Y eso sí que era en verdad espectacular. Y excitante. Sobre todo cuando estaba descalza. Y la vez anterior lo estaba. Tenía unos pies preciosos y muy sensuales. También unas piernas atléticas que se habían acoplado perfectamente a sus caderas cuando lo habían envuelto. Gimió sin poder evitarlo. ¿Qué tenía esa mujer que hasta su recuerdo le volvía loco? Se miró enfurruñado la entrepierna cubierta por raso rojo. Cualquiera diría que una familia de gnomos había montado allí una tienda de campaña. Debería hacer caso a Laura y ponerse ropa interior ajustada, al menos por las mañanas, cuando Esmeralda y Silvia rondaban por la casa limpiando y cocinando. No era que le importara que le vieran excitado, era más bien que le daba miedo exponerse a las miradas airadas de su cocinera. Seguro que iban acompañadas de varias exclamaciones de disgusto y una enfadada perorata sobre su falta de pudor. Sonrió sin poder evitarlo, le gustaba la anciana. Mucho.

Sacudió la cabeza divertido y comenzó a bajar las escaleras, y se detuvo al darse cuenta de lo que acababa de pensar. «Debería hacer caso a Laura y ponerme ropa interior ajustada». Jadeó turbado. Él no usaba ropa interior. Jamás. Era lo primero que había hecho al conseguir su inesperada libertad, dejar de usarla. Y ahora estaba planteándose volver a utilizarla solo porque una mujer lo había comentado de pasada.

una sola vez, y, a no ser que fuera ventrílocua, eso significaba que Karol con toda su verborrea no había sido capaz de sacarle una sola palabra.

Sonrió, él sí sería capaz de hacerla reaccionar. Cuando quería, que era casi siempre, podía ser en extremo hiriente.

Continuó vigilándola hasta que el sonido de una puerta al abrirse y cerrarse le hizo girar la cabeza.

—Sigues siendo tan madrugador como siempre —musitó volviendo a centrar la vista en el jardín.

—Hay costumbres que nunca se pierden —replicó Karol acercándose a él para luego guardar un tenso silencio. Tan tenso como el que ambos mantuvieron la tarde anterior.

Tuomas apretó los dientes a la vez que cerraba las manos en sendos puños dentro de los bolsillos de sus Armani Jeans. Había conseguido que su amigo le permitiera alojarse en la casa, pero ¿de qué le había servido? Se comportaban como dos desconocidos, apenas si se habían dirigido la palabra. No era que hubiera pensado que todo sería igual que antes pero sí había esperado un poco más de interacción entre ambos. Y por Dios que iba a tenerla. No había recorrido medio mundo buscándole para luego comportarse como un estúpido cobarde que no sabía qué decir.

—¿Quién es la florecilla del jardín? —preguntó lamiéndose los labios sin poder evitarlo.

Karol le miró con los ojos entrecerrados antes de decidirse a contestar.

—Déjala en paz, no es de las que te gustan.

—A mí me gustan todas —aseveró Tuomas elevando las comisuras de los labios en una zafia sonrisa.

—Silvia no. Tiene sentimientos.

—¿Estás insinuando que prefiero a las mujeres frías y sin emociones?

—No. Afirmo que solo te gustan las muñecas de porcelana: mujeres hermosas y frías que no hablan, no protestan y no sienten. Es lo que siempre te has follado —aseveró.

—Qué desagradable opinión tienes sobre mí.

—¿Me equivoco?

—En absoluto. Las mujeres simples y los placeres oscuros, eso es lo mejor para disfrutar de la vida.

—Por eso mismo debes dejar tranquila a Silvia. No es una mujer simple, hay mucho más en ella de lo que parece a simple vista. Puedo olerlo —musitó Karol. Puede que la muchacha no llevara en su casa más que cinco días, pero había algo en ella que reconocía en sí mismo: desconfianza, dolor, recelo—. No intentarás seducirla, Tuom.

—¿Así, sin más? ¿No vas a formular una amenaza para dar fuerza a tu prohibición?

—Sigues siendo tan madrugador como siempre —musitó volviendo a centrar la vista en el jardín.

—Hay costumbres que nunca se pierden —replicó Karol acercándose a él para luego guardar un tenso silencio. Tan tenso como el que ambos mantuvieron la tarde anterior.

Tuomas apretó los dientes a la vez que cerraba las manos en sendos puños dentro de los bolsillos de sus Armani Jeans. Había conseguido que su amigo le permitiera alojarse en la casa, pero ¿de qué le había servido? Se comportaban como dos desconocidos, apenas si se habían dirigido la palabra. No era que hubiera pensado que todo sería igual que antes pero sí había esperado un poco más de interacción entre ambos. Y por Dios que iba a tenerla. No había recorrido medio mundo buscándole para luego comportarse como un estúpido cobarde que no sabía qué decir.

—¿Quién es la florecilla del jardín? —preguntó lamiéndose los labios sin poder evitarlo.

Karol le miró con los ojos entrecerrados antes de decidirse a contestar.

—Déjala en paz, no es de las que te gustan.

—A mí me gustan todas —aseveró Tuomas elevando las comisuras de los labios en una zafia sonrisa.

—Silvia no. Tiene sentimientos.

—¿Estás insinuando que prefiero a las mujeres frías y sin emociones?

—No. Afirmo que solo te gustan las muñecas de porcelana: mujeres hermosas y frías que no hablan, no protestan y no sienten. Es lo que siempre te has follado —aseveró.

—Qué desagradable opinión tienes sobre mí.

—¿Me equivoco?

—En absoluto. Las mujeres simples y los placeres oscuros, eso es lo mejor para disfrutar de la vida.

—Por eso mismo debes dejar tranquila a Silvia. No es una mujer simple, hay mucho más en ella de lo que parece a simple vista. Puedo olerlo —musitó Karol. Puede que la muchacha no llevara en su casa más que cinco días, pero había algo en ella que reconocía en sí mismo: desconfianza, dolor, recelo—. No intentarás seducirla, Tuom.

—¿Así, sin más? ¿No vas a formular una amenaza para dar fuerza a tu prohibición?

—No será necesario. No voy a negar que seas un cabrón sin escrúpulos, pero a pesar de tu absoluta falta de principios, ni siquiera tú eres capaz avasallar a alguien que te teme.

—No es por llevarte la contraria, pero dudo de que la tierna florecilla me tema —dijo señalando a la joven que trajinaba en el jardín—. Ni siquiera nos conocemos. No me ha dado tiempo a asustarla.

terreno es un tanto especial y no quiero allanarlo, estoy seguro de que constituiría un reto para ti, pero si no te atreves...

Karol abrió la boca para protestar, su amigo tenía cierta tendencia a interpretar sus decisiones como más le interesaba, convirtiéndolas en desafíos que no pensaba aceptar. No era que no se atreviera, era que no le apetecía. Y eso mismo estaba a punto de decirle, cuando Esmeralda hizo su aparición en el salón.

—¡Válgame el cielo! —exclamó la anciana nada más entrar—. No tenía suficiente con llevar el pelo de colorines, que ahora se lo ha puesto azul. Parece usted un pavo real —afirmó extendiendo sobre la mesa el mantel que llevaba en las manos, momento en el que se percató de que Tuomas estaba junto a la ventana—. Ayer no me informé de que tendríamos un invitado a desayunar —acusó a Karol con mirada acerada.

—Discúlpeme, Esmeralda, se me olvidó por completo. Tuomas se quedará unos días con nosotros, aún no sé cuántos. Le agradecería que añadiera un cubierto más en las comidas —informó Karol con afable prontitud apartando el sobre.

Tuomas puso los ojos en blanco al escucharle. ¿Desde cuándo los jefes se comportaban como criados?

—No será ningún inconveniente —aceptó Esmeralda encantada—. Su amigo tiene muy buen gusto vistiendo, debería tomar ejemplo, señor Karol —afirmó observando con evidente entusiasmo los pantalones negros de pinzas, la camisa blanca, la cara libre de maquillaje y el pelo corto, negro y bien peinado, sin puntas disparadas, colores raros ni extensiones hasta mitad de la espalda del nuevo habitante de la casa.

Tuomas enarcó una ceja ante el examen de la anciana y acto seguido se dirigió hacia ella con la intención de dejarle unos cuantos puntos claros. El primero de ellos, que él no era Karol.

—Se referirá a mí como señor Wójcik y desde luego no hará juicios sobre cómo voy vestido. Me he instalado en la habitación que hay frente al despacho del señor Sapkowski. Si ve la puerta cerrada, no entre. Si por el contrario está abierta, aproveche para adecentar el dormitorio. No tengo por costumbre despertarme antes del mediodía, por tanto, cambie sus estruendosos zapatos por un calzado más silencioso y procure moderar su voz hasta convertirla en susurros. Dicho esto, desayunaré un par de tostadas, salchichas y dos huevos revueltos. El té sin leche ni azúcar —dijo antes de apartarse de ella y sentarse.

La encorvada anciana parpadeó un par de veces y luego dirigió una compasiva mirada a Karol.

—No me extraña que se olvidara de mencionarme a su amigo ayer, señor, yo también me olvidaría de haberlo conocido. Es francamente desagradable —afirmó sin ninguna vergüenza, ante el estupor de Tuomas—. Es una lástima que un hombre tan joven y tan bien vestido sea tan repelente, lo que demuestra que las apariencias siempre engañan —masculló en voz alta antes de mirar a Karol con una afable

—¡Válgame el cielo! —exclamó la anciana nada más entrar—. No tenía suficiente con llevar el pelo de colorines, que ahora se lo ha puesto azul. Parece usted un pavo real —afirmó extendiendo sobre la mesa el mantel que llevaba en las manos, momento en el que se percató de que Tuomas estaba junto a la ventana—. Ayer no me informé de que tendríamos un invitado a desayunar —acusó a Karol con mirada acerada.

—Discúlpeme, Esmeralda, se me olvidó por completo. Tuomas se quedará unos días con nosotros, aún no sé cuántos. Le agradecería que añadiera un cubierto más en las comidas —informó Karol con afable prontitud apartando el sobre.

Tuomas puso los ojos en blanco al escucharle. ¿Desde cuándo los jefes se comportaban como criados?

—No será ningún inconveniente —aceptó Esmeralda encantada—. Su amigo tiene muy buen gusto vistiendo, debería tomar ejemplo, señor Karol —afirmó observando con evidente entusiasmo los pantalones negros de pinzas, la camisa blanca, la cara libre de maquillaje y el pelo corto, negro y bien peinado, sin puntas disparadas, colores raros ni extensiones hasta mitad de la espalda del nuevo habitante de la casa.

Tuomas enarcó una ceja ante el examen de la anciana y acto seguido se dirigió hacia ella con la intención de dejarle unos cuantos puntos claros. El primero de ellos, que él no era Karol.

—Se referirá a mí como señor Wójcik y desde luego no hará juicios sobre cómo voy vestido. Me he instalado en la habitación que hay frente al despacho del señor Sapkowski. Si ve la puerta cerrada, no entre. Si por el contrario está abierta, aproveche para adecentar el dormitorio. No tengo por costumbre despertarme antes del mediodía, por tanto, cambie sus estruendosos zapatos por un calzado más silencioso y procure moderar su voz hasta convertirla en susurros. Dicho esto, desayunaré un par de tostadas, salchichas y dos huevos revueltos. El té sin leche ni azúcar —dijo antes de apartarse de ella y sentarse.

La encorvada anciana parpadeó un par de veces y luego dirigió una compasiva mirada a Karol.

—No me extraña que se olvidara de mencionarme a su amigo ayer, señor, yo también me olvidaría de haberlo conocido. Es francamente desagradable —afirmó sin ninguna vergüenza, ante el estupor de Tuomas—. Es una lástima que un hombre tan joven y tan bien vestido sea tan repelente, lo que demuestra que las apariencias siempre engañan —masculló en voz alta antes de mirar a Karol con una afable sonrisa dirigida exclusivamente a él—. Ayer Benito recogió tomates de nuestra huerta y le he traído unos pocos para que los pruebe. Rojos y carnosos como no los ha visto nunca. ¿Le apetecen untados en tostadas con un buen chorro de aceite?

—Se me hace la boca agua, Esmeralda.

—Le prepararé un par de ellas también a su amigo, a ver si alimentándose como Dios manda se le quita esa cara de estreñido —masculló dirigiéndose hacia la cocina

de Karol y se giró en silencio hacia Tuomas para hacer lo mismo. Este lo evitó tapando su taza con la mano.

—Lo siento, pero he pedido té —apuntó con afabilidad antes de mirar airado a la anciana arpía—. ¿Tal vez no se lo ha comunicado su abuela?

La muchacha negó con la cabeza antes de dar un paso atrás.

—Prepara un poco de agua sucia para el señor Tomás —le pidió Esmeralda a su nieta. Esta asintió antes de darse la vuelta apresurada.

—Creo haberle pedido que se refiriera a mí como señor Wójcik —masculló Tuomas enfadado por el descaro de la anciana.

—Mi lengua es demasiado vieja, solo sabe pronunciar en cristiano, señor Tomás —replicó yendo en pos de su nieta sin olvidarse de taconear con fuerza.

—Te iría mejor si fueras un poco más amable —musitó Karol divertido.

Tuomas negó enfadado.

—Me iría mejor si no les permitieras tantas libertades a tus empleados —farfulló indignado antes de que un delicioso olor se colara en su nariz—. ¿A qué huele?

—A pan tostado y tomates de la huerta de Benito —murmuró Karol cerrando los ojos extasiado a la vez que su estómago emitía un fuerte gruñido.

Un instante después las dos mujeres regresaron con una fuente de tostadas recién hechas, un par de cuencos con tomate triturado y una jarra metálica que Tuomas imaginó que contendría su té.

Silvia se apresuró a servir a Karol dedicándole una tímida sonrisa, se había acostumbrado a verle y, por extraño que pareciera, sus ojos bicolors y su extravagante atuendo le aportaban ese aire de imperfección que la hacía sentirse en cierto modo segura. Sin embargo, su amigo era demasiado guapo, demasiado perfecto. Estaba perfectamente afeitado, perfectamente peinado, perfectamente vestido. Perfectamente perfecto. Le sirvió las tostadas y el té con una excesiva rapidez que provocó que se derramara al verterlo. Murmuró una inaudible disculpa antes de apartarse apresurada.

—Tímidas sonrisas para Karol y a mí intentas escaldarme. ¡Qué falta de consideración! —exclamó Tuomas divertido sujetándola por la muñeca—. Ah, no. No te puedes ir sin disculparte adecuadamente —musitó tirando de ella, para soltarla al instante, sorprendido al ver un destello de ferocidad en sus ojos.

—Lo siento —musitó la muchacha bajando la cabeza con timidez—. No volverá a repetirse.

—Estoy seguro —aceptó Tuomas mirándola estupefacto. No se le había escapado la mirada de puro odio que la joven le había dedicado antes de bajar la cabeza.

—¡Dios, cómo huele! ¿Han salido ya los tomates de Benito? —exclamó Zuper entrando en el salón y dirigiéndose zalamero a la anciana, quien asintió encantada a su pregunta—. ¿No habrá unos pocos para este pobre hambriento? Estoy a punto de desmayarme de inanición. Solo usted puede hacer que recupere las fuerzas.

—Le traeré un par de tostadas —aceptó la anciana con una enorme sonrisa.

—Creo haberle pedido que se refiriera a mí como señor Wójcik —masculló Tuomas enfadado por el descaro de la anciana.

—Mi lengua es demasiado vieja, solo sabe pronunciar en cristiano, señor Tomás —replicó yendo en pos de su nieta sin olvidarse de taconear con fuerza.

—Te iría mejor si fueras un poco más amable —musitó Karol divertido.

Tuomas negó enfadado.

—Me iría mejor si no les permitieras tantas libertades a tus empleados —farfulló indignado antes de que un delicioso olor se colara en su nariz—. ¿A qué huele?

—A pan tostado y tomates de la huerta de Benito —murmuró Karol cerrando los ojos extasiado a la vez que su estómago emitía un fuerte gruñido.

Un instante después las dos mujeres regresaron con una fuente de tostadas recién hechas, un par de cuencos con tomate triturado y una jarra metálica que Tuomas imaginó que contendría su té.

Silvia se apresuró a servir a Karol dedicándole una tímida sonrisa, se había acostumbrado a verle y, por extraño que pareciera, sus ojos bicolors y su extravagante atuendo le aportaban ese aire de imperfección que la hacía sentirse en cierto modo segura. Sin embargo, su amigo era demasiado guapo, demasiado perfecto. Estaba perfectamente afeitado, perfectamente peinado, perfectamente vestido. Perfectamente perfecto. Le sirvió las tostadas y el té con una excesiva rapidez que provocó que se derramara al verterlo. Murmuró una inaudible disculpa antes de apartarse apresurada.

—Tímidas sonrisas para Karol y a mí intentas escaldarme. ¡Qué falta de consideración! —exclamó Tuomas divertido sujetándola por la muñeca—. Ah, no. No te puedes ir sin disculparte adecuadamente —musitó tirando de ella, para soltarla al instante, sorprendido al ver un destello de ferocidad en sus ojos.

—Lo siento —musitó la muchacha bajando la cabeza con timidez—. No volverá a repetirse.

—Estoy seguro —aceptó Tuomas mirándola estupefacto. No se le había escapado la mirada de puro odio que la joven le había dedicado antes de bajar la cabeza.

—¡Dios, cómo huele! ¿Han salido ya los tomates de Benito? —exclamó Zuper entrando en el salón y dirigiéndose zalamero a la anciana, quien asintió encantada a su pregunta—. ¿No habrá unos pocos para este pobre hambriento? Estoy a punto de desmayarme de inanición. Solo usted puede hacer que recupere las fuerzas.

—Le traeré un par de tostadas —aceptó la anciana con una enorme sonrisa.

—¿Solo dos? Míreme, Esme, se me notan las costillas, eso es porque no me alimento como debiera —murmuró lastimero levantándose la camiseta y mostrando una ligera barriguita—. ¿No tendrá tres o cuatro más? Ya ve que las necesito con urgencia.

Silvia emitió una risueña risita ante las bufonadas del joven. Y Tuomas no pudo menos que mirarla tan estupefacto como indignado. ¿A él le miraba con odio y al imbécil de Zuper le sonreía? Y no solo eso, porque en ese momento la tímida joven

—Pues yo no —protestó Tuomas, enfadado al intuir que esos dos se traían algo entre manos. Algo importante que él no era capaz de dilucidar—. Si tuvierais a bien explicaros... Es muy incómodo sentirse excluido de la conversación.

—Diles que iré. —Karol le ignoró, volviendo a centrar la atención en el contrato.

—¿Irás? ¿A un centro comercial? —Tuomas lo miró atónito—. ¿También te dedicas a hacer la compra? Dios Santo. ¡Que alguien me preste un cuchillo! Prefiero cortarme las venas que ver cómo te conviertes en un... en un... —se interrumpió sin saber bien en qué se estaba convirtiendo su amigo. ¿En un tipo normal? No. No era eso. Karol nunca sería normal. Sacudió la cabeza—. Onanismo, fidelidad, amistad, amor y ahora tareas domésticas. Me dan ganas de vomitar.

—Eres igual de teatrero que Karol —afirmó Zuper haciendo un gesto con la cabeza—. No sé qué tienen de malo todas esas cosas que has dicho. Bueno, sí, el onanismo es un asco, eso no te lo niego. Y las tareas domésticas tampoco son muy divertidas, pero tanto como para vomitar... eres un exagerado —le restó importancia con un gesto antes de chuparse los labios con deleite—. Ya están aquí las tostadas y el tomate —dijo antes de lanzarse como un león hambriento sobre ellas en el mismo momento en el que Silvia dejaba la bandeja en la mesa.

—No hay nada mejor que un hombre que goza de un saludable apetito —manifestó la anciana con satisfacción—. Puedes regresar al jardín, cariño —le dijo a su nieta—, ya hemos terminado, te llamaré cuando vaya a recoger la mesa.

—Me temo que se ha olvidado de mi desayuno, tal vez quiera traerme las salchichas y los huevos antes de que se haga de noche —le reclamó Tuomas, enfadado al ver que la muchacha que tanto le intrigaba se marchaba.

—¿Está rechazando mis tomates? —se quejó Esmeralda estrechando los ojos.

—No es lo que he pedido —se defendió Tuomas recostándose indolente en la silla.

—Pues se quedará sin desayunar. No hay huevos ni salchichas. Solo tomates.

Tuomas la miró perplejo en tanto que a Karol se le escapaba una ligera risa. Su amigo no tenía ninguna posibilidad de ganar un duelo de voluntades con Esmeralda.

—Ah, claro... En esta casa de locos no es la cocinera quien hace la compra sino el señor —se burló irritado antes de mirar a Karol—. ¿Tengo que ir yo mismo a comprar mi comida o puedo esperar la deferencia de que al ser tu invitado me proveas de alimentos?

—No le consiento que diga esas barbaridades —jadeó ofendida Esmeralda—. ¡Nunca, jamás, desde que yo trabajo aquí le ha faltado la comida a nadie! Ese es mi trabajo y me ocupo de él con diligencia. Jamás de los jamases ha tenido que hacer la compra un invitado, ¡y menos aún el señor! —exclamó airada antes de farfullar en voz baja—: Y si alguna vez lo hiciera, seguro que le darían gato por liebre, no hay nadie más inútil en los asuntos de la casa.

—La he escuchado, Esme —replicó Karol dejando a un lado el contrato y arqueando una ceja.

eso. Karol nunca sería normal. Sacudió la cabeza—. Onanismo, fidelidad, amistad, amor y ahora tareas domésticas. Me dan ganas de vomitar.

—Eres igual de teatrero que Karol —afirmó Zuper haciendo un gesto con la cabeza—. No sé qué tienen de malo todas esas cosas que has dicho. Bueno, sí, el onanismo es un asco, eso no te lo niego. Y las tareas domésticas tampoco son muy divertidas, pero tanto como para vomitar... eres un exagerado —le restó importancia con un gesto antes de chuparse los labios con deleite—. Ya están aquí las tostadas y el tomate —dijo antes de lanzarse como un león hambriento sobre ellas en el mismo momento en el que Silvia dejaba la bandeja en la mesa.

—No hay nada mejor que un hombre que goza de un saludable apetito —manifestó la anciana con satisfacción—. Puedes regresar al jardín, cariño —le dijo a su nieta—, ya hemos terminado, te llamaré cuando vaya a recoger la mesa.

—Me temo que se ha olvidado de mi desayuno, tal vez quiera traerme las salchichas y los huevos antes de que se haga de noche —le reclamó Tuomas, enfadado al ver que la muchacha que tanto le intrigaba se marchaba.

—¿Está rechazando mis tomates? —se quejó Esmeralda estrechando los ojos.

—No es lo que he pedido —se defendió Tuomas recostándose indolente en la silla.

—Pues se quedará sin desayunar. No hay huevos ni salchichas. Solo tomates.

Tuomas la miró perplejo en tanto que a Karol se le escapaba una ligera risa. Su amigo no tenía ninguna posibilidad de ganar un duelo de voluntades con Esmeralda.

—Ah, claro... En esta casa de locos no es la cocinera quien hace la compra sino el señor —se burló irritado antes de mirar a Karol—. ¿Tengo que ir yo mismo a comprar mi comida o puedo esperar la deferencia de que al ser tu invitado me proveas de alimentos?

—No le consiento que diga esas barbaridades —jadeó ofendida Esmeralda—. ¡Nunca, jamás, desde que yo trabajo aquí le ha faltado la comida a nadie! Ese es mi trabajo y me ocupo de él con diligencia. Jamás de los jamases ha tenido que hacer la compra un invitado, ¡y menos aún el señor! —exclamó airada antes de farfullar en voz baja—: Y si alguna vez lo hiciera, seguro que le darían gato por liebre, no hay nadie más inútil en los asuntos de la casa.

—La he escuchado, Esme —replicó Karol dejando a un lado el contrato y arqueando una ceja.

—¿Acaso me falta razón?

—En absoluto. —Karol volvió a centrarse en la lectura, consciente de que había cometido un grave error al centrar la atención de la anciana en él.

—No sé qué demonios va a hacer cada sábado en ese centro comercial, pero desde luego no va a comprar, de eso me ocupo yo —apuntó Esmeralda imparable. Karol frunció el ceño, acababa de darle a Tuomas información que no le interesaba que supiera—. Y, hablando de eso, espero que hoy no se le olvide ponerse la crema protectora en la cara y los brazos, tiene la piel demasiado blanca como para salir a

—Ni idea.

—Ah... ¿Tiene algún conocido que trabaje allí? —inquirió intrigado por la somera respuesta. Zuper no era de los que hablaba poco, más bien al contrario. De hecho, era la primera vez en su vida que le contestaba con solo dos palabras.

Zuper se encogió de hombros, azuzando aún más la curiosidad de Karol.

—Tampoco lo sabes. ¿Tiene tu amiga relación con el mundo de la seguridad privada? —El pelirrojo volvió a encogerse de hombros a la vez que negaba con la cabeza—. Me corroe la curiosidad, Zuper, ¿por qué acudiste a tu amiga para este asunto si no sabes nada de ella?

—En realidad ella acudió a mí —murmuró hurtándole la mirada—. Y tampoco es exactamente mi amiga.

—Interesante. —Karol entornó los ojos, pensativo—. Y, ¿puedo saber cómo se llama tu... conocida?

—Eh... Sí. Laura.

Tuomas dio un respingo al escuchar el nombre. Era la mujer a la que se habían referido la mañana anterior. La que había *vuelto a colarse* en la casa, significara eso lo que significara.

—Laura —repitió Karol inclinándose sobre la mesa—. Imagino que es la misma Laura que yo conozco. —Zuper asintió con vehemencia—. Laura te ha dicho a ti —redundó— que contrate a TGSystem —siseó lentamente mirándole furioso.

Zuper la había visto el día anterior y él no. Zuper había estado con ella, y él no. Zuper había hablado con ella hacia menos de veinticuatro horas y él no. ¿Cómo era eso posible? Ella estaba encaprichada de él, no de Zuper. ¿Por qué le había dado de lado? Apretó los dientes, sabiendo que era ridículo que sintiera envidia —celos— de su amigo, pero aún así no pudo evitar encolerizarse.

—En realidad me insistió bastante. Mucho, más bien —musitó Zuper apartándose un poco de la mesa, asustado por la inusitada actitud de su amigo.

—¿Cuándo la has visto? —gruñó Karol con un deje de rabia en la voz que no pasó desapercibido a los dos hombres que estaban con él.

—Eh, tranqui, tío. No la he visto. Se puso en contacto conmigo por... ordenador. Me mandó un montón de información sobre TGSystem.

—Entonces, ¿no has estado con ella? —Zuper se apresuró a negar con la cabeza—. Y Laura quiere que contrate a esa empresa —farfulló para sí, toda su furia calmada—. Bien, no podemos decepcionar a tan bella dama. —Firmó el contrato y se lo entregó a Zuper—. Diles que pagaré el doble si empiezan a instalar el sistema el domingo; el triple si lo tienen listo el lunes.

—Vaya, sí que tienes prisa —murmuró Tuomas arqueando una ceja—. Y mucho me temo que es por otros intereses que no tienen que ver con protegerte de tu padre...

—No pienso protegerme de Wlod, al contrario, quiero que me encuentre —replicó Karol dirigiéndose a la torre—. Ahora, si me disculpáis, debo vestirme. Tengo una cita a la que no pienso faltar.

cabeza—. Me corroe la curiosidad, Zuper, ¿por qué acudiste a tu amiga para este asunto si no sabes nada de ella?

—En realidad ella acudió a mí —murmuró hurtándole la mirada—. Y tampoco es exactamente mi amiga.

—Interesante. —Karol entornó los ojos, pensativo—. Y, ¿puedo saber cómo se llama tu... conocida?

—Eh... Sí. Laura.

Tuomas dio un respingo al escuchar el nombre. Era la mujer a la que se habían referido la mañana anterior. La que había *vuelto a colarse* en la casa, significara eso lo que significara.

—Laura —repitió Karol inclinándose sobre la mesa—. Imagino que es la misma Laura que yo conozco. —Zuper asintió con vehemencia—. Laura te ha dicho a ti —redundó— que contrate a TGSystem —siseó lentamente mirándole furioso.

Zuper la había visto el día anterior y él no. Zuper había estado con ella, y él no. Zuper había hablado con ella hacia menos de veinticuatro horas y él no. ¿Cómo era eso posible? Ella estaba encaprichada de él, no de Zuper. ¿Por qué le había dado de lado? Apretó los dientes, sabiendo que era ridículo que sintiera envidia —celos— de su amigo, pero aún así no pudo evitar encolerizarse.

—En realidad me insistió bastante. Mucho, más bien —musitó Zuper apartándose un poco de la mesa, asustado por la inusitada actitud de su amigo.

—¿Cuándo la has visto? —gruñó Karol con un deje de rabia en la voz que no pasó desapercibido a los dos hombres que estaban con él.

—Eh, tranqui, tío. No la he visto. Se puso en contacto conmigo por... ordenador. Me mandó un montón de información sobre TGSystem.

—Entonces, ¿no has estado con ella? —Zuper se apresuró a negar con la cabeza—. Y Laura quiere que contrate a esa empresa —farfulló para sí, toda su furia calmada—. Bien, no podemos decepcionar a tan bella dama. —Firmó el contrato y se lo entregó a Zuper—. Diles que pagaré el doble si empiezan a instalar el sistema el domingo; el triple si lo tienen listo el lunes.

—Vaya, sí que tienes prisa —murmuró Tuomas arqueando una ceja—. Y mucho me temo que es por otros intereses que no tienen que ver con protegerte de tu padre...

—No pienso protegerme de Wlod, al contrario, quiero que me encuentre —replicó Karol dirigiéndose a la torre—. Ahora, si me disculpáis, debo vestirme. Tengo una cita a la que no pienso faltar.

Tuomas dio un tirón al cuello de su camisa y deseó, no por primera vez, encontrarse en otro lugar, por ejemplo: el Polo Norte. Pero no, estaba allí, en Alicante, España, pasando un calor de mil demonios con una humedad de por lo menos el 99 por ciento. O quizá no tanto. Puede que exagerara un poco en su apreciación, pero seguro que no demasiado. Observó el charquito de agua que la condensación había formado bajo el

palas y cubos, y acabó por perder el equilibrio y caer de culo ante el hombre asquerosamente perfecto al que había servido en el salón. Le repasó con aversión durante apenas un instante, el tiempo que le llevó conseguir bajar la mirada y fingir ser una estúpida timorata. Se quitó los cascos de los oídos al contemplar entre los párpados entrecerrados que él movía sus odiosos y perfectos labios.

—Oh, vaya. No me estabas escuchando —murmuró Tuomas al percibir la música atronadora que salía de los diminutos cascos que la florecilla acababa de quitarse—. Te preguntaba si te has hecho daño al caer.

Silvia negó con la cabeza e, ignorando la mano que él le tendía, se puso en pie con asombrosa agilidad, manteniéndose alejada de él. Odiaba no poder verle los ojos, con esas gafas de sol no podía saber lo que pensaba.

—Siento haberte asustado, no era mi intención —se disculpó Tuomas sin un ápice de sinceridad. Por supuesto que no lamentaba haberla asustado, era parte de la sorpresa.

Silvia se encogió de hombros a la vez que miraba con atención un punto entre sus pies calzados con botas militares.

—No eres muy charlatana —musitó Tuomas arqueando una ceja al ver la medrosa incomodidad de la joven—. No debes mostrarte tímida conmigo, bella flor, no voy a comerte... aún —comentó esbozando su sonrisa más seductora. Sonrisa que se evaporó al instante, cuando escuchó el apenas audible bufido de la muchacha—. ¿Estoy interrumpiendo algo importante?

—Tengo que cuidar los agapantos —musitó Silvia sin levantar la mirada.

—Oh, adelante, continúa. No detengas tus quehaceres por mí. —Se acercó un poco más a ella y apoyó las manos contra la pared, sitiándola, imponente en su más de metro noventa de altura.

Silvia fijó la mirada en la porción de su perfecta garganta que la perfectamente planchada camisa dejaba al descubierto. ¿De verdad pensaba que se iba a arrodillar ante él, aunque fuera para ocuparse de las flores? ¡Antes muerta! Se mantuvo inmóvil, la espalda y las palmas de las manos pegadas a la pared, la cabeza baja y los labios apretados en un obstinado silencio que más que irritar, divirtió y azuzó al cazador.

—No me tengas miedo, dulce flor —susurró Tuomas, alzándole la barbilla con un par de dedos. Silvia giró bruscamente la cabeza y, aprovechando su escasa estatura, se coló bajo su brazo escapando de la cárcel en la que la mantenía—. Oh, vamos, no te voy a hacer nada. Solo soy un hombre que busca un poco de conversación con una diosa, ¿no vas a concederme ese pequeño deseo? —musitó zalamero, esforzándose por ocultar lo molesto que estaba con tanta tontería.

Silvia negó en silencio con la mirada baja y, acto seguido, dejando olvidadas en el suelo las herramientas que había estado usando, se despidió con un brusco gesto de cabeza, y echó a andar, casi corriendo, hacía el extremo opuesto del edificio.

—Oh, vaya. No me estabas escuchando —murmuró Tuomas al percibir la música atronadora que salía de los diminutos cascos que la florecilla acababa de quitarse—. Te preguntaba si te has hecho daño al caer.

Silvia negó con la cabeza e, ignorando la mano que él le tendía, se puso en pie con asombrosa agilidad, manteniéndose alejada de él. Odiaba no poder verle los ojos, con esas gafas de sol no podía saber lo que pensaba.

—Siento haberte asustado, no era mi intención —se disculpó Tuomas sin un ápice de sinceridad. Por supuesto que no lamentaba haberla asustado, era parte de la sorpresa.

Silvia se encogió de hombros a la vez que miraba con atención un punto entre sus pies calzados con botas militares.

—No eres muy charlatana —musitó Tuomas arqueando una ceja al ver la medrosa incomodidad de la joven—. No debes mostrarte tímida conmigo, bella flor, no voy a comerte... aún —comentó esbozando su sonrisa más seductora. Sonrisa que se evaporó al instante, cuando escuchó el apenas audible bufido de la muchacha—. ¿Estoy interrumpiendo algo importante?

—Tengo que cuidar los agapantos —musitó Silvia sin levantar la mirada.

—Oh, adelante, continúa. No detengas tus quehaceres por mí. —Se acercó un poco más a ella y apoyó las manos contra la pared, sitiándola, imponente en su más de metro noventa de altura.

Silvia fijó la mirada en la porción de su perfecta garganta que la perfectamente planchada camisa dejaba al descubierto. ¿De verdad pensaba que se iba a arrodillar ante él, aunque fuera para ocuparse de las flores? ¡Antes muerta! Se mantuvo inmóvil, la espalda y las palmas de las manos pegadas a la pared, la cabeza baja y los labios apretados en un obstinado silencio que más que irritar, divirtió y azuzó al cazador.

—No me tengas miedo, dulce flor —susurró Tuomas, alzándole la barbilla con un par de dedos. Silvia giró bruscamente la cabeza y, aprovechando su escasa estatura, se coló bajo su brazo escapando de la cárcel en la que la mantenía—. Oh, vamos, no te voy a hacer nada. Solo soy un hombre que busca un poco de conversación con una diosa, ¿no vas a concederme ese pequeño deseo? —musitó zalamero, esforzándose por ocultar lo molesto que estaba con tanta tontería.

Silvia negó en silencio con la mirada baja y, acto seguido, dejando olvidadas en el suelo las herramientas que había estado usando, se despidió con un brusco gesto de cabeza, y echó a andar, casi corriendo, hacía el extremo opuesto del edificio.

Tuomas observó disgustado como doblaba la esquina de la casa. La preciosa florecilla era excesivamente tímida, o al menos eso quería aparentar. Le iba a costar más de lo que había pensado llevársela a la cama. Bufó hastiado. Por ese motivo prefería pagar por los servicios de los profesionales del sexo. Era un verdadero incordio tener que perder el tiempo conquistando a apocadas féminas. Pero, hasta que averiguara dónde se escondían allí las putas de lujo, no le quedaba más remedio que

Silvia le miró con ojos llameantes antes de ser capaz de sofocar su rabia, luego observó la bolsa negra que colgaba de sus perfectas manos de pulcras uñas. Se mordió el labio con fuerza, y haciendo un gesto con la cabeza que esperaba que él interpretara como un tímido y educado «gracias», se dio media vuelta para regresar a la seguridad de la casa.

—¡Qué triste desenlace para mi fantasía! —Tuomas soltó la basura y fue tras ella, tomándola de la muñeca—. Había esperado que mi dulce florecilla me acompañara en el duro y fétido desempeño.

Silvia apenas pudo contenerse de poner los ojos en blanco. ¿Se podía ser más pomposo? Dio un fuerte tirón zafándose de su agarre y, girando con violencia sobre sus talones, se dirigió a la bolsa para recogerla y encaminarse veloz hacia la puerta de la finca.

Tuomas resopló incrédulo. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Acaso no tenía ojos en la cara para ver lo que se perdía haciéndose la tímida? Porque ya sí que no tenía dudas sobre eso. Ella estaba fingiendo. Y bastante mal, por cierto.

—¿Qué pasa, bonita, se te ha comido la lengua el gato? —inquirió malhumorado asiéndole la muñeca de nuevo. Nadie le dejaba con la palabra en la boca, y menos que nadie una simple jardinera.

Silvia apretó los labios e intentó soltarse de nuevo, pero en esta ocasión Tuomas estaba prevenido y no consiguió evadirse, lo que provocó que un fuerte gruñido escapara de entre sus labios apretados.

—Vaya, la dulce florecilla tiene genio. —Tiró de repente de ella, consiguiendo que cayera contra él—. ¡Maravilloso! Hace tiempo que no pruebo a una mujer con carácter —declaró interesado, que no excitado. Le sujetó la barbilla con la mano libre y se inclinó para besarla. Quizá ella fuera capaz de hacerle salir del hastiado aburrimiento en el que estaba sumido—. O tal vez no con tanto carácter —gimió soltándola y apartándose despacio al sentir una afilada punta presionándole el estómago—. Debo admitir que me has sorprendido, y hay muy pocas personas que lo consigan. Enhorabuena —susurró esbozando la primera sonrisa sincera de esa mañana—. Y ahora, tal vez deberías plantearte soltar ese cuchillo, si me lo clavas mi camisa se manchará de sangre y no creo que a tu abuela le haga gracia limpiarla —bromeó para luego tornarse serio al ver que ella no parecía dispuesta a dejarle indemne—. No pretendía hacerte nada, solo estaba jugando un poco. Tal vez me equivoqué de juego —dijo con fingido pesar—. Siento mucho si te he asustado. Karol me advirtió de que tenías miedo a los hombres, debí hacerle caso.

—No me das miedo, idiota —replicó Silvia con desprecio, presionando más la hoja contra el abdomen masculino.

—¿Ah, no? Entonces, si no es miedo lo que te causo, ¿por qué estás a punto de abrirme un nuevo ombligo?

—Eres repugnante. Tan perfecto, tan guapo, tan rico, tan seguro de tu poder... pura escoria, eso es lo que eres —siseó dejando que el odio que sentía se filtrara en su

—¡Qué triste desenlace para mi fantasía! —Tuomas soltó la basura y fue tras ella, tomándola de la muñeca—. Había esperado que mi dulce florecilla me acompañara en el duro y fétido desempeño.

Silvia apenas pudo contenerse de poner los ojos en blanco. ¿Se podía ser más pomposo? Dio un fuerte tirón zafándose de su agarre y, girando con violencia sobre sus talones, se dirigió a la bolsa para recogerla y encaminarse veloz hacia la puerta de la finca.

Tuomas resopló incrédulo. ¿Qué le pasaba a esa mujer? ¿Acaso no tenía ojos en la cara para ver lo que se perdía haciéndose la tímida? Porque ya sí que no tenía dudas sobre eso. Ella estaba fingiendo. Y bastante mal, por cierto.

—¿Qué pasa, bonita, se te ha comido la lengua el gato? —inquirió malhumorado asiéndole la muñeca de nuevo. Nadie le dejaba con la palabra en la boca, y menos que nadie una simple jardinera.

Silvia apretó los labios e intentó soltarse de nuevo, pero en esta ocasión Tuomas estaba prevenido y no consiguió evadirse, lo que provocó que un fuerte gruñido escapara de entre sus labios apretados.

—Vaya, la dulce florecilla tiene genio. —Tiró de repente de ella, consiguiendo que cayera contra él—. ¡Maravilloso! Hace tiempo que no pruebo a una mujer con carácter —declaró interesado, que no excitado. Le sujetó la barbilla con la mano libre y se inclinó para besarla. Quizá ella fuera capaz de hacerle salir del hastiado aburrimiento en el que estaba sumido—. O tal vez no con tanto carácter —gimió soltándola y apartándose despacio al sentir una afilada punta presionándole el estómago—. Debo admitir que me has sorprendido, y hay muy pocas personas que lo consigan. Enhorabuena —susurró esbozando la primera sonrisa sincera de esa mañana—. Y ahora, tal vez deberías plantearte soltar ese cuchillo, si me lo clavas mi camisa se manchará de sangre y no creo que a tu abuela le haga gracia limpiarla —bromeó para luego tornarse serio al ver que ella no parecía dispuesta a dejarle indemne—. No pretendía hacerte nada, solo estaba jugando un poco. Tal vez me equivoqué de juego —dijo con fingido pesar—. Siento mucho si te he asustado. Karol me advirtió de que tenías miedo a los hombres, debí hacerle caso.

—No me das miedo, idiota —replicó Silvia con desprecio, presionando más la hoja contra el abdomen masculino.

—¿Ah, no? Entonces, si no es miedo lo que te causo, ¿por qué estás a punto de abrirme un nuevo ombligo?

—Eres repugnante. Tan perfecto, tan guapo, tan rico, tan seguro de tu poder... pura escoria, eso es lo que eres —siseó dejando que el odio que sentía se filtrara en su mirada—. No me podías dejar en paz, ¿verdad? Tenías que acosarme y provocarme hasta... —se interrumpió negando con la cabeza para luego escupir en los perfectamente brillantes zapatos del perfecto hombre que la había jodido a la perfección—. Voy a perder mi trabajo por tu culpa —le espetó asqueada.

abuela la había avisado de que los amigos del jefe eran un poco raritos; acababa de averiguar que no lo eran, simplemente eran masocas, al menos ese.

—Es la primera vez que me rechazan por ser perfecto —masculló Tuomas decepcionado al ver que ella ya no parecía estar tan enfadada—. ¿No hay nada que pueda hacer para volverme aceptable a tus ojos?

Silvia lo miró de arriba abajo, sin ocultar el desprecio en su mirada.

—Revuélcate en un montón de mierda y cúbrete la cara de barro, tal vez así seas menos repugnante —siseó poniendo los ojos en blanco. ¿Por qué no dejaba de tirarla de la lengua? Y, lo que era más importante, ¿por qué ella no podía quedarse calladita?

—¿No será al contrario? —preguntó Tuomas divertido.

—No. La mierda disimulará tu olor a dinero y el barro ocultará tus maravillosos y ultraperfectos rasgos —masculló con desprecio dando media vuelta para dirigirse hacia la seguridad de la cocina antes de acabar diciendo alguna burrada más.

—¡Vaya genio...! —exclamó Tuomas con la mirada fija en la espalda recta de la joven, en su oscura melena y en la gracilidad de sus zancadas.

Era hermosa, de una manera extraña y turbadora, pero hermosa al fin y al cabo. Y le despreciaba. Y eso le fascinaba. Ser el destinatario de las emociones de alguien era inesperado y excitante. También un verdadero incordio. Porque esa estúpida curiosidad que había comenzado como un juego tonto para evitar el tedio acababa de convertirse en una obsesión. Lo sentía en lo más profundo de su alma maldita. En cada latido de su pútrido corazón.

La apuesta de la reina

Jueves, 17 de junio de 2010

KAROL dejó a un lado el plano topográfico que había estado estudiando y tomó las fotografías del área representada en él. El terreno de Tuomas no estaba tan cerca como le había hecho creer. Tampoco demasiado lejos. A poco más de veinte minutos en coche. En la costa. Sobre el mar. Nunca mejor dicho. Su amigo había comprado una parcela en un cabo de paredes abruptas que se elevaba sobre el Mediterráneo. Y quería construir ahí su casa. En una superficie en desnivel que se negaba a allanar. Todo un desafío. Y él tenía cientos de ideas para ese proyecto. Aunque no debería tener ninguna. De hecho, no debería siquiera saber dónde estaba ubicado el terreno. Se había negado a ello. Y de nada le había servido, había bastado una palabra de Laura para que todas sus defensas cayeran y buscara los planos que Tuomas le había dado. Aunque, en mor de la verdad, no había sido solo una palabra, sino cientos de ellas. Una perezosa sonrisa se dibujó en sus labios. Cientos de palabras, y había saboreado cada una de ellas. De eso hacía una semana. Ya solo faltaban veinticuatro horas para verla de nuevo. Y apenas le quedaba paciencia para esperar a que se cumpliera el plazo.

Algo había cambiado el sábado cuando se habían visto, y no había sido su nuevo pelo azul, que por cierto, a ella le había encantado. No, había habido algo más. El encuentro había sido más íntimo. Más profundo. Oh, por supuesto habían jugado al gato y al ratón. La había perseguido por el centro comercial hasta que, de repente, Laura había desaparecido durante un buen rato para aparecer de nuevo llevando una bolsa con el logotipo de un restaurante.

—¿Tienes hambre? —le había preguntado con pasmosa tranquilidad tomándole de la mano, como si fueran una pareja de enamorados. Pero ella solo estaba encaprichada, y él... él también—. He estado a punto de comprar un par de kebabs, solo para verte arrugar la nariz por el olor tan especiado que tienen, pero luego he pensado que la piel *verde náusea* no pegaría nada con tu pelo azul eléctrico, así que me he decantado por un par de sándwiches vegetales —comentó antes de fruncir el ceño, disgustada—. Está claro que esto de estar encaprichada me está volviendo blanda. Hace un par de meses no me hubiera importado verte echar las tripas.

—Hace una semana diría yo —había replicado él con cierta diversión, recordando el sábado anterior—. Me faltó poco para desmayarme cuando me hiciste subir a la zona de restaurantes.

—Quejica —se había burlado Laura antes de encaminarse a la salida para, una vez al aire libre, buscar cobijo a la sombra de los árboles que había en las faldas del castillo de Santa Bárbara.

Ese había sido el momento en el que todo había cambiado.

Laura se había sentado en el suelo y él, sin saber por qué, la había imitado. Le había dado uno de los sándwich y él, por ridículo que pudiera parecer, se había emocionado al percatarse de que era cierto que ella había tenido en cuenta su fragilidad con los olores a la hora de decantarse por una comida u otra. Por supuesto se había apresurado a ocultar esa extraña turbación. Y luego... luego se habían dedicado a hablar de una y mil cosas. Como viejos amigos que se encuentran a gusto en mutua compañía. Como jóvenes enamorados que ansían aprender cada secreto del otro. Por supuesto que la química sexual había estado presente, Laura había aprovechado cada instante para acariciarle en los lugares más esperados: la entrepierna y el trasero. Pero también, y sobre todo, en los más inesperados. Tan pronto deslizaba los dedos bajo la cinturilla del pantalón y le agarraba la polla con encendido ímpetu como posaba la mano en su espalda para trazar con las uñas lentos y suaves círculos. Y Karol no sabía qué le gustaba más, la excitante intención de masturbarle o la inocente ternura con la que le acariciaba. Le había untado la nariz con la mahonesa del sándwich arrancándole una carcajada para al instante siguiente pellizcarle las tetillas haciéndole jadear de placer. Y él, como cada vez que sentía que estaba a punto de perder el control, la había apartado para no caer en su erótica trampa, solo para caer en otra mucho más peligrosa. Una trampa a la que no se atrevía a poner nombre pero que había conseguido que el corazón se le parara. Por completo. Para luego comenzar a latir acelerado. Imparable. Víctima de un sentimiento que no estaba preparado para nombrar. Y todo por un simple gesto: Laura le había sujetado la mano para acariciarle los dedos con las yemas de los suyos. Y mientras los recorría lentamente, mientras le hormigueaba la mano y el estómago se le contraía con un extraño vuelco, le había dicho que tenía magia en los dedos. Que no iba a permitir que dejara de diseñar casas. Que quería que siguiera dibujando...

Y ahí estaba él, una semana más tarde. Con varias casas esbozadas, nervioso, con el estómago contraído por la ansiedad y deseando que llegara el sábado para ver su cara de sorpresa cuando se las enseñara.

¿Se podía ser más estúpido?

Golpeó el lápiz que sujetaba entre los dedos contra las hojas que cubrían la mesa de su nuevo despacho, ¿o debería decir de su estudio? Había transformado una de las habitaciones en el lugar que hacía años no se atrevía a soñar tener. Había instalado una enorme mesa, sillas, estanterías colgantes que ya había llenado con los libros que habían estado años ocultos en cajas y, en el rincón más luminoso, la mesa de dibujo y su correspondiente taburete. Y todo porque Laura le había dicho que le gustaban los planos que había dibujado. Porque ella quería que siguiera dibujando. Qué poco le había costado retomar su vieja costumbre de complacer a los demás para intentar ser merecedor de su cariño.

¿Se podía ser más débil? ¿Más servil?

Negó con la cabeza, enfadado.

No, no era eso. En realidad no la estaba complaciendo a ella, sino a sí mismo. Deseaba volver a dibujar. Lo había deseado desde que había terminado la construcción del Templo. Solo estaba aprovechando la oportunidad que el destino y Tuomas le habían dado. Y solo lo iba a hacer en esa ocasión. En ninguna más.

La comisura de sus labios se elevó en una sonrisa desdeñosa.

—También los drogadictos se engañan a sí mismos diciendo que un porro o un chute de vez en cuando no significa ser adicto —reconoció sombreando el tejado de un boceto—. Pero, mientras sea consciente de ello y no permita que vaya a más, ¿qué hay de malo en que me dé un maldito capricho? No es como si fuera a arrodillarme ante ella para suplicarle que me quiera. Solo son unos estúpidos bosquejos, ni siquiera son planos. No estoy buscando su aprobación, y tampoco espero que le gusten —farfulló entre dientes, con la tripa hecha un amasijo de nervios y la mirada fija en los extraños edificios que había esbozado, hasta que su ojo derecho comenzó a hacer de las suyas y le castigó con un pertinaz mareo.

Recogió los folios y se dirigió a la cocina en busca de algo para comer hasta que Esmeralda sirviera el desayuno. Quizá los extraños vuelcos que sufría su estómago eran debidos al hambre y no a... otra cosa.

Cuando poco después entró en el inmenso salón desvió la mirada hacia la pared que daba al exterior, y allí, como cada mañana de esa última semana, estaba Tuomas, de pie frente a las ventanas abiertas. En su rostro una expresión de impaciente embeleso mientras observaba el jardín.

Lo que había empezado siendo unos pocos parterres se había convertido en una amplia extensión de flores de las que no emanaba ningún olor. Agapantos azules, capuchinas anaranjadas, rojos anturios y violáceos iberis. Silvia había transformado la parte trasera de la finca en un vergel de colores y formas inodoras. Y Tuomas estaba total y completamente embelesado con ese vergel. ¿O tal vez con la muchacha que lo cuidaba? Karol no podía saberlo. Lo único cierto era que su amigo pasaba las mañanas encerrado en la casa, observando a la joven a través de las ventanas; a no ser que estuviera discutiendo con Esmeralda, lo que ocurría con bastante frecuencia. Karol no pudo evitar sonreír, la anciana estaba consiguiendo algo que nadie había sido capaz de lograr nunca: que Tuomas dejara de lado su acostumbrado cinismo y se sumergiera en divertidos duelos dialécticos.

—¿Será hoy el día en el que por fin me enseñes lo que tienes pensado para mi casa? —le preguntó Tuomas girándose al escucharle reír.

—Quizá más tarde —se excusó Karol arrancando un gajo a la naranja que tenía en la mano.

—¡Qué ven mis ojos! ¿La vieja arpía te ha dado algo de comer mientras que a mí me tiene muerto de hambre? ¡Qué injusticia!

—Tal vez no le has pedido el desayuno con la suficiente amabilidad como para que se dé prisa en hacértelo...

—Tal vez debería comportarme como una plañidera como Zuper. Seguro que así me cebaría como a un cerdo, igual que a él.

—¿Es envidia eso que oigo? —inquirió Karol acercándose a él.

—No. Lo que oyes son mis tripas agonizantes —masculló Tuomas frotándose el vientre a la vez que echaba una desesperada mirada a la mesa vestida con el mantel del desayuno, pero con ninguna vianda sobre ella.

Karol sonrió divertido, y en ese preciso momento, un soplo de aire atravesó las ventanas abiertas llevando consigo un aroma que le robó la cordura. Saltó sobre el alféizar de la ventana, olisqueando el aire. Se acuclilló aferrándose al marco y se inclinó para escudriñar el terreno que había frente a él; los hombros desnudos tensos, los esbeltos músculos tirantes en sus brazos, el duro trasero marcándose bajo el raso rojo de la única prenda que vestía.

Laura estaba ahí. Podía olerla. Intentó mirar en la distancia, y al sentir que el mareo hacia mella en él se tapó el ojo derecho con la mano y siguió buscándola.

—¿Desde cuándo llevas aquí? —indagó sin apartar la mirada del jardín.

—Desde poco antes de las ocho. —Tuomas lo observó intrigado.

Había visto antes esa mirada en Karol, aunque nunca tan intensa como en ese instante. Tampoco tan fiera. Era el brillo que asomaba a sus ojos cuando algo le excitaba. Cuando se dejaba llevar por sus instintos. Y en esta ocasión, fuera lo que fuera lo que había oído, iba más allá de la simple excitación. Parecía enloquecido.

—¿Ha entrado alguien aquí desde entonces? —susurró Karol apretando los dientes con rabia. La brisa que le había llevado el olor de Laura se había desvanecido. Quizá nunca hubiera existido. Tal vez solo era fruto de su enajenada imaginación. Era adicto a ella, y una semana sin sentirla, sin verla, sin olerla, le había provocado la ansiedad que ahora sentía y que le hacía olfatear espejismos.

—¿Aparte de Esmeralda? No. ¿Qué pasa? ¿Qué es lo que hueles?

—Nada. He debido de equivocarme. —Karol se apartó de la ventana, dirigiéndose a la mesa. Se paró de repente, con todos sus sentidos alertas—. ¿Dónde estás? —susurró cerrando los ojos a la vez que olfateaba frenético. ¿La había oído de nuevo o era solo su trastornada imaginación jugándole una mala pasada?

—¿Dónde está quién?

Ignoró a Tuomas y caminó presuroso hacia la torre, marcó con rapidez el código y abrió la puerta. Nada. En las escaleras no percibió ni el más mínimo rastro de su olor. Cerró la puerta, furioso por la fantasía aromática que le asediaba y se encaminó de nuevo hacia la mesa. Se desvió para acercarse al mueble bar. No había nadie escondido detrás de la barra. Tampoco tras los sillones cercanos. Irguió la espalda, alzó la barbilla, cerró de nuevo los ojos e inhaló profundamente. Cuando volvió a abrirlos, solo mostraban confusión.

—¿Karol? —le llamó Tuomas acercándose a él.

Ni siquiera le escuchó, tan centrado estaba en identificar los olores que llegaban a su nariz. Se adentró en el pasillo, asomándose a la cocina: café recién hecho, carne a

la espera de ser colocada en la nevera, patatas a remojo en la pila, pan tostándose...

—En un minutito les llevo el desayuno —dijo Esmeralda al verle.

Karol asintió con la cabeza, indiferente a lo que fuera que le hubiera dicho y continuó su camino con Tuomas a la zaga. Se asomó a cada habitación del pasillo. Nada. Ella no había estado allí. Regresó casi corriendo al salón e inspiró con fuerza. Giró la cabeza bruscamente hacia su trono de sangre. Ahí estaba otra vez. Muy difuminado. Apenas un vestigio de su esencia. Saltó sobre la mesita baja y rodeó el sillón rojo. No estaba. Pero ¿había estado? Se frotó las sienes a la vez que negaba con la cabeza. No. No había estado. Era imposible. Laura no se presentaría a primera hora de la mañana en su casa. Nunca lo había hecho. Ella era una criatura nocturna, no un ángel de luz. El aroma que le llegaba no existía, era solo su imaginación burlándose de él. ¡Maldita fuera la necesidad que sentía de verla! Que le hacía añorarla hasta la locura.

—¿Estás bien? —inquirió Tuomas preocupado, posando una mano sobre su hombro desnudo.

Karol sacudió la cabeza, asintiendo, para a continuación caminar hacia la mesa. Y en ese preciso momento volvió a sentirlo. Igual pero distinto. Era el olor de Laura. Pero no ese aroma suave que había olido instantes atrás, sino mucho más intenso. La fragancia que emanaba de ella cuando comenzaba a excitarse. Estaba escondida en la casa. No era un sueño. No podía serlo. Giró sobre sí mismo buscando el origen del olor. Se hacía más fuerte por segundos. Recorrió agitado cada rincón del inmenso comedor. El rastro le llevó de un extremo a otro, desde los sillones que había frente a las ventanas hasta la puerta del vestíbulo, desde este al mueble bar y de ahí al pasillo y luego al sillón rojo para al instante siguiente olerlo de nuevo en las ventanas y a la vez junto a la mesa. ¿Cómo era posible? Nadie podía moverse con tanto sigilo y tan rápido, mucho menos estar en dos sitios al mismo tiempo. Observó confuso las dos ubicaciones desde las que le llegaba la esencia femenina y se mesó el pelo a la vez que luchaba por normalizar su jadeante respiración. Ya no cabía duda. Se había vuelto loco por completo. Giró para dirigirse de nuevo a las ventanas y Tuomas se lo impidió, manteniéndole oculto de cintura para abajo tras los sillones.

—Verte dar vueltas como una peonza es entretenido y hasta cierto punto divertido, pero como me he propuesto comportarme, en la medida de mis posibilidades, como un buen amigo, me veo en la obligación de advertirte de que no te des la vuelta a no ser que quieras ganarte un rapapolvo —dijo, señalando con la mirada un punto a su izquierda.

Karol giró la cabeza con disimulada lentitud y acto seguido escupió una maldición. Esmeralda estaba en el pasillo, mirándole con los ojos entrecerrados. Hizo ademán de dirigirse a la mesa, y Tuomas volvió a impedirselo.

—No sé lo que habrás olido, pero debe de ser algo muy bueno a tenor de cómo se te ha puesto la polla —balbució divertido. Karol desvió la mirada hacia su más que visible erección y siseó una maldición, los pantalones de raso no dejaban nada a la

imaginación—. Dudo mucho de que a tu cocinera le sienta bien esta clara ofensa a su pudor —chasqueó la lengua burlón—. Estás siendo un chico muy malo. Menos mal que estoy aquí para sacarte del apuro.

—¿Se encuentra bien, señor Karol? —inquirió Esmeralda en ese momento—. No tiene buena cara, parece mareado. Lo cual no me extraña en absoluto habida cuenta de las vueltas que está dando por el salón. ¿Se le ha perdido algo?

—Tal vez el desayuno —comentó Tuomas en voz alta—. Nos tiene usted muertos de hambre.

—No sea descarado, señor Tomás, nadie se ha muerto de hambre en esta casa —masculló enfurruñada, dejando sobre la mesa la bandeja con la vajilla.

—Se equivoca, estoy a punto de perecer de inanición por su incompetencia. Pasan cinco minutos de las nueve —afirmó Tuomas altanero. Caminó hacia el mueble en el que estaba ubicado el único reloj del salón, centrando la atención de la anciana en él.

—¡Ese reloj va adelantado! En mi vida me he retrasado —siseó Esmeralda enfrentándose a él—. Es más, estoy segura de que ha sido usted quien ha movido las manecillas, adelantándolo, para hacerme creer que era más tarde y así desayunar antes —le acusó perspicaz.

—¿Se atreve a insinuar que tengo algo que ver con la ineficacia de los aparatos eléctricos? —dijo Tuomas en su tono de voz más aristocrático, arqueando ofendido una ceja.

—No lo insinúo. Lo afirmo. Usted es capaz de todo con tal de adelantar el desayuno. Jamás he visto a un hombre más insaciable —espetó indignada, siguiéndole.

Karol aprovechó la discusión para dirigirse a la mesa y sentarse, ocultando lo que su cocinera bajo ningún concepto podía ver. Porque si lo veía, si se percataba del estado en el que su verga se encontraba, lo consideraría una falta de respeto. Y se lo haría saber. Con una buena bronca. También con varias semanas de comida incomible. Nada más lejos de su intención que despertar el irascible temperamento femenino y ganarse el temible castigo. Y, aunque no fuera así, aunque Esmeralda fingiera no verlo, su silencio sería aún peor. Porque la respetaba y admiraba, y no le gustaba pensar que podía de alguna manera disgustarla. Por lo tanto, se tapó con el mantel y esbozó su más cándida sonrisa mientras Tuomas pinchaba verbalmente a la anciana y esta a su vez le lanzaba pullas a su amigo. Algo que, mucho se temía, a ambos les encantaba hacer.

—Querida Esmeralda, si usted fuera treinta años más joven le demostraría lo insaciable que puedo llegar a ser —replicó Tuomas sonriendo con fingida lascivia.

—Menos lobos, señor Tomás —se burló ella—. Mucho cacarear sobre sus posibles proezas entre las sábanas y se pasa el día mirando tras los cristales, sin atreverse a decir ni mu a mi nieta —bufó certera dirigiéndose a la mesa—. Perro ladrador poco mordedor...

—¿Qué ha querido decir con eso? —exclamó Tuomas mirando a Karol. Este se encogió de hombros divertido. Esmeralda sabía que su amigo no comprendía los refranes y giros españoles, y por eso mismo no paraba de usarlos—. ¡No miro a Silvia todo el día, y tampoco tengo lobos ni cacareo ni soy un perro!

—Pues ladra como si lo fuera —aseveró Esmeralda haciéndose a un lado, pues su nieta acababa de entrar con la bandeja del desayuno.

Karol ignoró la contestación de Tuomas e inhaló agradecido el olor del café que difuminaba la esencia de Laura. Tal vez gracias a este consiguiera tomarse un respiro para recapacitar sobre lo que había olido. Sopló sobre el fuerte brebaje y, cuando iba a dar el primer sorbo, sintió un tenue roce sobre la pierna. Un roce que rápidamente se transformó en una osada caricia sobre su polla.

Su corazón se detuvo un instante para acto seguido latir frenético.

Laura estaba bajo la mesa. Tocándole.

Escuchó un sonido similar al plástico rasgándose y un segundo después el aroma que tanto le subyugaba le rodeó, sumergiéndole en las acogedoras brumas del deseo sin que pudiera, ni quisiera, hacer nada por evitarlo. Levantó con disimulo el mantel y allí estaba ella, arrodillada frente a él, observándole desafiante, envuelta en un extraño mono de fino plástico que mientras estuvo cerrado había disimulado su olor. Ahora estaba abierto. Rasgado.

Sin dejar de mirarle, Laura se deshizo de la parte superior de la prenda, mostrando una camiseta verde de tirantes que se ajustaba a su cuerpo como un guante. Y, esbozando una sonrisa tan carnal como pendenciera, se inclinó para darle un delicado mordisco en su cada vez más dura erección.

Con medidos movimientos, Karol colocó el mantel sobre su regazo a modo de inmensa servilleta y se acercó a la mesa hasta que su tripa quedó pegada al borde. Mientras Silvia y Esmeralda estuvieran allí no podía levantarse. No con la erección que tenía. Por tanto, solo podía disimular hasta que se fueran. O, al menos, esa fue la excusa que se dio para relajarse y colocar el trasero en el borde de la silla a la vez que separaba ligeramente las piernas. No para darle mejor acceso a Laura. En absoluto. Solo quería estar más cómodo.

¿Cuál era el círculo del infierno al que iban a parar los mentirosos? ¿Y los perjuros? Se había hecho la promesa de no volver a mentir, y eso era lo único que hacía últimamente. Excusar su actitud diciéndose una mentira tras otra.

Inspiró con fuerza; Tuomas y Esmeralda continuaban con su discusión mientras las suaves manos de su ladrona le acariciaban los pies y ascendían por las piernas sobre la tela del pantalón, instándole a separarlas más aún —algo que él aceptó de buen grado— para luego jugar con las uñas en el interior de sus muslos. Rozando apenas los testículos cubiertos de raso con el dorso de la mano. Tentando con agónica levedad la rígida polla con sus labios entreabiertos.

—¿No va a probar las toñas? —escuchó decir a Esmeralda en el preciso momento en el que Laura se acomodaba entre sus muslos y tensaba con los dedos la tela del

pantalón contra su erección.

¿Le estaba preguntando a él? Miró a Tuomas, quien acababa de sentarse a la mesa y le observaba con una ceja arqueada. Por lo visto sí. La pregunta iba dirigida a él.

—Eh... sí —susurró con voz ronca luchando por mantener los ojos abiertos mientras sentía la lengua de la joven humedecer la tela, y por ende su pene, con lentas y largas pasadas.

—¿Se encuentra bien? —inquirió preocupada la anciana.

Karol asintió con la cabeza a la vez que se mordía los labios para no gemir. Ahora eran los dientes de Laura los que recorrían toda la longitud de su verga, provocándole un leve dolor que amplificaba aún más el placer. ¡Maldita mujer! ¿Cómo pretendía que mantuviera una conversación coherente si le comía la polla de esa manera? Era imposible simular normalidad cuando todo su cuerpo se estremecía por sus atenciones. Y ella lo sabía. Por eso lo hacía. Apretó los dientes, dispuesto a soportar como fuera la tortura. El desayuno estaba servido, Esmeralda y su nieta no tardarían más que unos segundos en irse.

—Seguro que está mareado por culpa de la naranja pasada que se ha comido antes —murmuró Tuomas observando con atención a su amigo.

Ignorando la indignada respuesta de la anciana, Tuomas tiró «sin querer» una cuchara al suelo y se agachó a recogerla. Por supuesto, en cuanto estuvo seguro de que nadie, excepto Karol, podía ver lo que hacía, levantó una esquina del mantel para averiguar qué ocurría bajo la mesa. Parpadeó sorprendido al encontrarse con la mirada divertida de Laura, quien, sin ninguna vergüenza, le guiñó un ojo y acto seguido recorrió con los labios abiertos la erección oculta por los pantalones de raso rojo. Un rojo cada vez más oscuro por la humedad que cubría la tela. No cabía duda de que la muchacha había estado utilizando la lengua. Y bastante bien, a tenor de las sacudidas que recorrían el cuerpo de Karol.

—Oh, vaya. Qué sorpresa tan interesante —murmuró Tuomas, incorporándose para mirar a su amigo con una ceja arqueada. Este se limitó a entornar los ojos, vencido por el placer.

—¿Puede saberse qué es lo que le parece tan interesante? —exclamó Esmeralda ofendida al sentirse ignorada.

Tuomas miró a la anciana, pensativo. Conocía a Karol, y estaba seguro de que en el momento en que ella se marchara dejaría de disimular y sacaría de debajo de la mesa a su esquiva ladrona, apartándose de la tentación. Y eso era algo que no iba a consentir. Karol necesitaba urgentemente caer en la tentación.

—Las toñas, eso es —dijo de repente—. En mi país no existe ese dulce. Me encantaría saber cómo las hace para decírselo a... mi cocinera.

—¿Quiere saber cómo hago las toñas? —preguntó Esmeralda mirándole perpleja. Silvia se limitó a estrechar los ojos con desconfianza.

—Efectivamente. Con pelos y señales. Estos dulces son una verdadera maravilla, y quiero aprender a hacerlos. No se deje ni un solo paso por narrar —exigió Tuomas

con su sonrisa más inocente y encantadora.

Esmeralda cayó en la trampa.

Silvia no. Sonrió despectiva y abandonó el salón.

—Tuomas —jadeó Karol al escuchar la extraña petición—, no creo que... eso sea... imprescindible... ahora mismo.

—Por supuesto que lo es —replicó Tuomas ladino—. Tómese todo el tiempo que quiera para explicármelo, Esmeralda. No tenemos ninguna prisa.

—Estoy seguro de que... —comenzó a decir, y en ese momento Laura asió la cinturilla elástica del pantalón y tiró de ella, despojando al erguido y anhelante pene de toda protección. Desnudándolo para sus dedos y labios.

Karol transformó en una desvaída tos el jadeo que escapó de sus labios. Su adorable ladrona no solo no estaba avergonzada porque Tuomas la hubiera descubierto, sino que muy al contrario se mostraba aún más entusiasmada. Más decidida a despojarle de todo control y arrancarle jadeos que de ninguna manera podía emitir.

Laura se deleitó durante unos segundos en la visión de la espléndida polla que tenía ante sus ojos. Larga y gruesa, un poco inclinada a la derecha. Perfecta para ella. Lamió cada vena marcada en el tronco para luego ascender hasta la abertura del glande y jugar con la lengua sobre ella, introduciendo apenas la punta para al momento siguiente chupar con avidez la corona. Y, mientras lo devoraba glotona, con una mano le masajeaba los testículos y con la otra le sujetaba por la base, no fuera a ser que su ratoncito intentara escaparse.

Karol se mordió los labios con fuerza, desesperado por guardar la compostura delante de Esmeralda. Por mantener los ojos abiertos. Por templar su respiración. Por no estremecerse de placer. Por no gruñir impaciente. Por soportar ese lascivo tormento sin perder el control. Un control que se le escapaba como arena de playa entre los dedos. Y esa era una debilidad que no podía permitirse.

—Tuomas, quizá Esmeralda tenga... cosas que hacer —susurró utilizando toda la voluntad que le quedaba.

Laura, como castigo por hablar, le dio un suave mordisco que le hizo estremecer de placer de la cabeza a los pies.

—La verdad es que sí, todavía no he puesto al fuego la... —aceptó la anciana.

—Seguro que no corre prisa. No irá a dejarme con la intriga de qué hacer con los ingredientes, ¿verdad?

Karol cerró los ojos angustiados al comprobar que la buena mujer comenzaba a describir cómo se debía mezclar la harina, los huevos, el azúcar... Y en ese preciso momento, Laura le lamió el terso glande, despacio al principio para luego chuparlo con fruición antes de introducirlo en la boca y gruñir de placer al sentir el sabor salado e intenso de las primeras lágrimas presemiales sobre la lengua.

—¿Está seguro de que se encuentra bien, señor? —inquirió Esmeralda al escuchar el gruñido.

Karol se aferró con fuerza al borde de la mesa e inspiró profundamente antes de conseguir musitar un somero y enronquecido «sí» mientras Laura le succionaba la polla para luego azotar con la lengua la sensible piel del frenillo. No pudo evitar echar la cabeza hacia atrás, rendido al placer.

—No se preocupe. Es el calor, que le tiene atontado —comentó Tuomas, observando divertido a su amigo—. Entonces, una vez mezclados los ingredientes, ¿qué debo hacer?

—No creo que sea el calor. —Esmeralda estrechó los ojos, acercándose a su jefe—. Parece enfebrecido...

—¡Claro que no! Hoy se ha levantado pronto y por eso está adormilado. ¡Anímate un poco, hombre! Estás preocupando a tu cocinera —exclamó Tuomas jovial, dándole una palmada en la espalda. Palmada que provocó que Karol se arqueara y que su pene se hundiera hasta el fondo en la boca de Laura.

Ella tragó en ese momento.

Y él estuvo a punto de correrse al sentirlo. Se mordió los labios hasta hacerse sangre. Hasta que el dolor frenó el placer. Hasta que recuperó el poco control que todavía le quedaba. No podía correrse en su boca. No podía correrse en sus manos. No podía correrse si era ella quien lo propiciaba. Solo él podía provocar sus orgasmos. Solo sus propias manos. Nadie más. Porque en nadie más podía confiar. Solo en sí mismo. Y ni siquiera por completo.

—¿Señor? —inquirió Esmeralda, elevando el brazo para tocarle la frente al escuchar su jadeo sibilante.

—Estoy perfectamente —siseó Karol entre dientes, irguiendo la espalda y apartando la cara—. Más que bien, diría yo. Puede retirarse...

—Por supuesto que no puede retirarse, tiene que acabar de explicarme cómo hacer una toña —rebatía Tuomas mirando a la anciana—. Imagino que tras mezclarlo todo bien lo tengo que meter en el horno...

—Oh, no. Claro que no. Tiene que dejar que...

Karol centró su vidriosa mirada en la puerta del salón y se esforzó en respirar pausadamente a la vez que deslizaba una mano bajo el mantel para aferrar el pelo de Laura y obligarla a apartarse de su entrepierna. No iba a permitir que le llevara al clímax.

Lástima que Laura opinara justo lo contrario.

Al sentir el tirón en su pelo, aferró con fuerza los testículos, indicándole que cuanto más tirara él, más apretaría ella. Estaba claro quién llevaba las de perder. Y Karol lo comprendió al instante. La soltó nervioso y se aferró con fuerza a la mesa a la vez que apretaba los dientes, dispuesto a resistir hasta que su cocinera se fuera. ¡Maldito fuera Tuomas por entretenerla!

—¿No debería meter la carne en la nevera? —le dijo casi sin fuerzas a Esmeralda, recordando haber visto la compra sin colocar en la encimera.

Se perdió la respuesta de la mujer, pues en ese momento Laura le rodeó la verga con los dedos a la vez que volvía a dedicarse con labios y lengua al glande. Y, mientras succionaba, tragaba y lamía, la mano que sostenía sus testículos ascendió hasta el pubis, acariciándolo con las uñas. Amplificando el placer que sentía con suaves arañazos, llevándole al borde del orgasmo.

Un orgasmo que no podía permitirse sentir. Un orgasmo que no controlaría. Que no podría contener. Que le abocaría al desastre.

Un orgasmo proporcionado por una persona a la que apreciaba y que le traicionaría.

Otra vez.

No caería en la trampa de nuevo.

—¡Basta de recetas! —gritó frenético, golpeando la mesa con las palmas de las manos—. Esmeralda, por favor, váyase.

—Usted no está bien, algo le pasa —musitó perpleja, acercándose de nuevo a él.

—No es de su incumbencia. Retírese —siseó Karol con los dientes apretados.

La mujer asintió una sola vez, herida, y por fin se marchó.

—¿Qué demonios te pasa? ¿Por qué te has comportado así? —masculló Tuomas enfadado mientras la anciana abandonaba el salón con la espalda recta y la cabeza muy alta.

Karol no contestó. No podía. Apretaba la mandíbula con tanta fuerza que le dolían los dientes. Las aletas de su nariz se dilataban y contraían con cada agitada inhalación, las venas le palpitaban abultadas en el cuello y sus manos se aferraban engarfiadas al mantel mientras fijaba la mirada en la puerta del salón.

En el mismo momento en el que los pasos de la anciana se perdieron en el pasillo, se levantó de la silla, tirándola al suelo.

—¡Solo yo decido cuándo me corro! —gritó a la mujer que había bajo la mesa.

Trastabilló un par de pasos antes de recuperar el equilibrio y llevarse las manos a la entrepierna, sujetándose la palpitante polla. Envolvió con cruel fuerza el glande y se pellizcó los testículos, intentando cortar con dolor el éxtasis que escapaba de su control.

—Solo yo controlo mis orgasmos. ¡Nadie me los provoca! ¡Solo yo! —gimió cerrando los ojos, incapaz de detener el torrente de placer—. Nadie tiene ese poder sobre mí. ¡Nunca más!

Se desplomó, el semen derramándose sobre sus manos mientras él se arrastraba por el suelo, alejándose de la mujer que le miraba espantada y del hombre que había empalidecido al comprender el significado oculto de sus palabras.

—Nadie tiene poder sobre mí —continuó Karol, recitando en voz baja las promesas que se había hecho para no caer de nuevo en la trampa de la esperanza—. Solo yo controlo mi placer. No necesito a nadie. Nadie me quiere, solo yo. Nadie debe tocarme, solo yo. Nadie puede quererme, solo yo.

—No, Karol, no. No te hagas esto —le lanzó Tuomas arrodillándose junto a él, atormentado al comprender que nada estaba bien. Que Karol podía intentar perdonarle, pero no había conseguido olvidar. Que su inclinación por el onanismo no era tal, sino una manera más de protegerse. Que su resistencia a enamorarse no era más que miedo. Miedo a confiar y que le volvieran a traicionar—. Lo que pasó no se volverá a repetir. No tuvo que ver con el control o el placer. Fue una trampa que te tendí y de la que no pudiste escapar. No puedes hacer girar tu vida en torno a lo que ocurrió...

—¡Cállate! —gritó Karol apartando a Tuomas de un empujón—. ¡No digas nada más! —siseó dirigiendo la mirada hacia la mesa, buscando a Laura. Aterrado al imaginar lo que estaría pensando de su lastimosa actuación pero a la vez necesitando saber, más allá de todo límite, que todavía estaba allí, con él. Que no había abandonado la casa asqueada.

No lo había hecho.

Continuaba junto a la mesa, mirándole con los ojos entrecerrados.

—Debería darte una paliza —afirmó ella en ese momento, fingiéndose enfadada aunque por dentro estaba aterrada. ¿Qué le habían hecho a Karol para que reaccionara así?—. Te gastas una fortuna en contratar uno de los mejores sistemas de seguridad del mercado y, en vez de dejar las ventanas cerraditas, desconectas la alarma y las dejas abiertas. Es tan sencillo entrar aquí que casi lo considero un insulto —escupió decidida a sacarle de quicio.

Si su ratoncito creía que iba a mencionar lo que acababa de pasar, ya podía esperar sentado. No iba a hacerlo. No mientras él se sintiera vulnerable y asustado. Pero, cuando él volviera a sentirse fuerte, entonces hablarían. ¡Vaya si lo harían!

Karol la miró aturdido. ¿No iba a decir nada sobre lo que había visto? ¿No iba a burlarse? ¿Tampoco despreciarle? Eso era lo que habrían hecho Laska y Wlod. Claro que, tampoco parecía dispuesta a consolarle, que era lo que harían Alba, Elke y Sofía. No. Laura le echaba la bronca porque era demasiado fácil colarse en su casa.

—Bien sabe Dios que me alegré cuando vi que contratabas a TGSystem, ¡por fin una pequeña dificultad! Y en vez de eso, me encuentro con... este... este despropósito —siseó la joven mirando las ventanas abiertas mientras Tuomas la observaba fascinado. No le extrañaba en absoluto que su amigo estuviera prendado de ella. Era única—. Es insultante. Soy una ladrona espectacular, no una simple carterista. Merezco un poco de consideración. ¿Qué va a ser lo siguiente? ¿Recibirme con la puerta abierta y una alfombra roja? —exclamó acercándose a él.

—Esto es increíble —se quejó Karol poniéndose en pie para encararse a ella, admirado por la manera en la que ella había dado la vuelta a la situación—. No solo te cueles en mi casa, sino que encima te ofendes porque no... —se interrumpió negando con la cabeza—. No pienso mantener esta conversación. ¡Es un disparate! —la acicateó.

—Por supuesto que la vas a mantener. No pienso volver a entrar aquí hasta no estar segura de que has tomado las medidas oportunas para impedírmelo —afirmó clavándole el dedo en el pecho.

—Oh, ¡perfecto! —siseó Karol colérico, apartando el dedo de un manotazo. Ella era la culpable de que se hubiera comportado como un niño asustado, bien podía soportar su rabia—. ¡Así evitaré que vuelvas a colarte! De hecho, por mí puedes irte ahora mismo y no volver nunca.

—¿Seguro?

Karol se limitó a hacer una burlona reverencia a la vez que señalaba con la mano en dirección a la salida. Y Laura, maldita fuera, se encogió de hombros con indiferencia para a continuación girar sobre sus pies y caminar en la dirección que él le había indicado.

—¿Qué haces? —susurró él al ver que, efectivamente, se marchaba.

—Me voy.

—¿Por qué? —jadeó perplejo, siguiéndola—. Te he echado cientos de veces y nunca me has hecho caso —dijo antes de poder contenerse.

—Las ladronas malas malísimas también tenemos nuestro corazoncito y tú me has herido profundamente.

—No hablas en serio.

—La verdad es que no. Nadie tiene poder para herirme, pero, sinceramente, estoy hasta los ovarios de que me eches —replicó Laura con inusitada seriedad—. Dime adiós.

—¿Que te diga...? ¡No vas a irte! —rugió Karol aterrado, asiendo su muñeca y dando un fuerte tirón que lanzó a Laura contra él.

—Convénceme para que me quede —le retó ella.

Y Karol hizo lo único que creyó podría retenerla a su lado. La besó. Un ósculo salvaje y acuciante en el que volcó toda su experiencia, cada truco aprendido, cada caricia. No iba a permitir que se le escapara.

Laura apoyó las manos en los hombros de Karol y empujó con fuerza, apartándolo a la vez que le miraba con los ojos entrecerrados.

—¿Eso es un beso? Vaya mierda. Ha sido como si estuvieras siguiendo un manual de instrucciones —protestó elevando la afilada barbilla—. Quiero al autentico Karol, no al robot que lo sustituye cuando está asustado.

—¿Qué quieres de mí? —inquirió Karol envolviéndole el cuello con las manos a la vez que le acariciaba los pómulos con los pulgares.

—Todo. Pero, por ahora, me conformaré con un beso que nos haga temblar. A ambos. ¿Puedes darme eso?

Karol asintió en silencio, perdido en los iris verdes de su pícara ladrona.

Hacía poco más de una semana que Laura le había dicho que tenía que esforzarse en dejar de tener miedo y enamorarse. De ella. Mucho se temía que para complacerla no tendría que esforzarse. En absoluto. Lo difícil, casi imposible, sería no caer de

rodillas ante ella. Daba igual cuánto intentara resistirse o cuántas veces se dijera que iba a dejar de verla. Lo único cierto era que ante su amenaza de irse se había quedado sin respiración. Sin raciocinio. Sin fuerzas. Solo había quedado en su interior el miedo a perderla.

Se inclinó sobre ella y dejó que su boca se posara suavemente sobre la femenina. La recorrió con extrema lentitud, gozando de su tacto y sabor mientras su aroma único se grababa a fuego y ternura en su cerebro. Lamió la comisura de sus labios, tentándola y adorándola hasta que ella por fin los separó. Penetró su boca con erótica paciencia, aprendiendo la forma de sus dientes y la curvatura de su paladar, hasta que la lengua de Laura se entrelazó con la suya, enzarzándose ambas en una lenta pelea que los dejó jadeantes y temblorosos.

—Prométeme que nunca me harás caso. Que no te marcharás aunque te lo pida —susurró vencido, consciente de que todas las veces que la había echado, lo había hecho sabiendo que ella no se marcharía.

—Te prometo que la próxima vez que vuelvas a echarme, me iré.

Karol tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta y le impedía respirar. Laura hablaba totalmente en serio, lo veía en sus ojos, en la rigidez de sus labios.

—Me arrebatas mi única defensa...

—No. Te proporciono un nuevo miedo, solo tienes que elegir con cual quedarte. Dime, ¿qué prefieres? ¿No volver a verme o enfrentarte a perder tu adorado control cuando esté contigo? Gran dilema, ¿verdad? —comentó dándole un breve beso para después apartarse de él y desgarrar de un tirón el mono de plástico que aún vestía—. Estos chismes vienen muy bien para ocultarme de tu nariz, pero no te imaginas el calor que paso con ellos —explicó girando sobre sus pies. Observó con atención el salón y a continuación se dirigió a la mesa sobre la que estaba el desayuno—. ¡Pixie, conmigo! —gritó de repente—. ¡Hay bollitos!

Una extraña rata atravesó a la carrera el salón, llevando con ella el intenso aroma de Laura. Llegó hasta la joven y, sin detenerse un instante, escaló por sus piernas y saltó a la mesa, donde aferró con las patas delanteras una toña.

—Buen chico —musitó Laura acariciando al alargado animal ante la mirada estupefacta de Tuomas y Karol—, espera, deja que te quite esto —dijo tomando algo que llevaba atado al lomo— vale, ya puedes comer, pero no lo mordisquees todo, deja algo para los demás.

Y dicho esto se sentó de un salto en la mesa, los pies desnudos balanceándose con diligente despreocupación.

—Cualquiera diría que no habéis visto nunca un hurón —comentó tirándole a Karol la prenda que había desatado del animal: un escueto tanga con las tiras cortadas. Más exactamente el que había llevado puesto cuando había entrado en la casa—. Considéralo un premio por resistirte a mi maravillosa mamada.

Karol la miró confuso a la vez que se llevaba sin pensar la prenda a la nariz. Cerró los ojos, extasiado, era el aroma que había estado persiguiendo por todo el salón.

—Ha sido ese bicho quién... —musitó estupefacto enganchando la íntima prenda a la cinturilla de sus pantalones. ¡Por supuesto que se la iba a quedar!

—¡Eh! De bicho nada —gruñó Laura tomando al animal con cariño—. Es un hurón y es más listo que tú —afirmó burlona—. Te ha hecho correr por toda la casa para que yo pudiera esconderme y darte una sorpresa. —Frotó su nariz contra la de *Pixie* y después tomó la toña mordisqueada que el hurón sujetaba entre las patas y se la comió sin ningún reparo—. ¡Está bien rica! —exclamó antes de beberse el café frío que aún contenía la taza de Karol. Ambos hombres la miraron pasmados. ¿De verdad se estaba comiendo el bollo que había chupado ese bicho?—. Eh, no me miréis así, estoy muerta de sed y es por tu culpa —acusó a Karol—. Si me hubieras dejado beber lo que yo quería no me habría visto obligada a robarte el café —soltó esbozando una taimada sonrisa y fijó su mirada en Tuomas, quien se había mantenido en un atónito silencio durante toda la escena—. Tu amigo no es nada caballeroso, con lo que me he esforzado en hacerle una supermamada, va él y no me deja probar su *leche*. De desagradecidos está lleno el mundo, ¿no crees?

—Totalmente de acuerdo —musitó Tuomas ante la completa estupefacción de Karol—, con lo poco que le hubiera costado correrse en tu boca, ha sido una descortesía no hacerlo.

—Ves, Karol, hasta tu amigo me da la razón. La próxima vez pórtate bien y dame el gusto —comentó burlona colocándose a *Pixie* en los hombros.

—Es alentador ver lo bien que os lleváis —soltó Karol con ironía.

—Te vamos a hacer la vida imposible —afirmó Laura divertida, bajándose de la mesa para dirigirse a las ventanas abiertas—. Es asombroso lo que ha hecho tu jardinera en menos de dos semanas —comentó antes de saltar al jardín a través de la ventana.

Karol corrió hacia allí, el corazón desbocado al pensar que ella iba a abandonar la casa tan pronto. Pero no. Se dirigía con pasos saltarines hacia el lugar en el que Silvia estaba arrodillada, plantando nuevas flores. Frunció el ceño al ver que se saludaban con un beso. ¿Se conocían? No, por supuesto que no. Pero iban a conocerse, de eso no había duda. Laura se estaba encargando en ese preciso momento de ello.

—Me gusta tu amiga —murmuró Tuomas, acercándose a él.

—No es mi amiga —rebatía Karol.

—¿No? Me ha parecido ver una cierta *intimidación* entre vosotros, pero si no es así. —Tuomas esbozó una peligrosa sonrisa.

Karol apretó los dientes. También los puños.

—Es mucho más que una amiga. Es... importante para mí —susurró, dejando asomar a sus ojos bicolors toda la vulnerabilidad y el miedo que sentía—. No puedo

perderla, Tuomas, aunque tampoco me atrevo a tenerla —confesó en voz baja—. No me lo hagas más difícil de lo que ya es.

Tuomas tragó saliva al escuchar las palabras de Karol. Sabía perfectamente lo que le estaba pidiendo.

—Esta vez no te fallaré —prometió, toda diversión borrada de su semblante.

—Será suficiente con que no me traiciones. —Karol fijó sus ojos en él.

Tuomas asintió, aceptando la ineludible verdad que antes había vislumbrado. Karol perdonaba, pero no olvidaba. Le había herido demasiado como para que lo hiciera.

Cuando Laura regresó al salón Tuomas estaba frente a la mesa, devorando con ganas el ansiado desayuno. Karol, sin embargo, ocupaba el sillón rojo en el que siempre se sentaba. Tenía el pelo mojado y en su piel brillaban algunas gotas de humedad.

¡Qué mono! Su ratoncito se había dado una ducha para librarse del ardor que le había provocado.

Iluso. No le iba a servir de nada.

Encajó la flor que había cogido del jardín en el escote de la camiseta, metió los pulgares en los bolsillos delanteros de los *shorts* vaqueros, haciendo descender aún más la baja cintura de la prenda y caminó sinuosa hacia él. Le vio tragar saliva un par de veces antes de que apoyara indiferente la barbilla en el dorso de la mano y cruzara las piernas al más puro estilo ejecutivo agresivo.

Su querido ratoncito estaba intentando aparentar ser el gato. Pobre.

Le observó a placer mientras él seguía cada uno de sus pasos con los ojos entrecerrados. Uno claro como el hielo, el otro oscuro como la noche. Sus labios fruncidos mientras se concentraba en disimular que su presencia no le estaba alterando. La agitación de su torso lampiño en el que destacaban las erizadas tetillas. El contraste entre la nivea piel y los pantalones de raso rojo. El bulto que comenzaba a marcarse en ellos a pesar de lo mucho que intentaba ocultarlo él. Sonrió entusiasmada. El hombre rebelde y desafiante del que estaba total y absolutamente encaprichada había vuelto. Puede que hubiera tenido un momento de debilidad, pero lo había superado y parecía dispuesto a luchar con ella con garras y dientes. ¡Dios! Cómo le gustaba que se resistiera. Que no la permitiera salirse con la suya. Que rechazara todas las normas. Que fuera tan especial como era. Y que estuviera locamente enamorado de ella, aunque se negara a reconocerlo incluso ante sí mismo. ¡Hombres! A veces eran tan obtusos...

—Has perdido a tu mascota —comentó Tuomas en ese momento, mirando con desdén la servilleta de papel antes de limpiarse la boca con suaves toques. ¿Es que en esa casa no había servilletas de tela?

—No lo he perdido, ha excavado un agujero junto a uno de los menhires del jardín y se ha metido en él para dormir —explicó Laura, deteniéndose frente a Karol,

quien no había apartado la vista de ella en ningún momento. Chasqueó la lengua, disgustada, y le descruzó las rodillas con las manos, obligándole a separar las piernas—. Así está mucho mejor —afirmó, admirando complacida la gruesa cresta que se marcaba bajo el raso. Tomó la flor que había guardado en su escote y le acarició con ella los labios—. Mira que eres raro —soltó haciendo descender el flexible capullo por el torso masculino hasta encontrar la concavidad de su vientre—. Estás llenando el jardín de flores y ninguna tiene olor...

—No me gusta como huelen —siseó Karol, apartándole la mano para que no continuara su descendente rumbo.

Laura le observó con los ojos entrecerrados a la vez que arrancaba uno a uno los pétalos de la flor. Luego flexionó las rodillas y las apoyó en el asiento del sillón, entre los muslos de Karol, obligándole a separarlos más aún para después cernirse lentamente sobre él.

—Sé por qué no te gustan —le susurró al oído, excitándole con su cálido aliento—. Escuché cada palabra que Tuomas dijo esa noche. —Deslizó una mano entre sus cuerpos, bajo los pantalones. Karol jadeó al sentir una suave caricia sobre su pene erecto—. Yo haré que vuelvan a gustarte —afirmó con ferocidad, frotando la longitud de su polla con los pétalos a la vez que le mordía casi con rabia el lugar donde hombro y cuello se juntaban.

Karol echó hacia atrás la cabeza, dándole mejor acceso, y meció las caderas restregándose contra su mano antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo.

—Maldita seas —siseó furioso. La tomó por la cintura, apartándola de él, y la dejó en la mesita que había tras ella. Los pétalos quedaron olvidados en el interior de sus pantalones—. Quédate ahí sentadita... y quietecita, si no es mucho inconveniente.

—Como quieras. —Laura esbozó una peligrosa sonrisa, se inclinó hacia atrás, hasta apoyar los codos sobre la madera y luego, sin ningún reparo, colocó los pies en el regazo masculino—. Hazme un masaje, *porfa* —solicitó poniendo cara de niña buena a la vez que amasaba la sensible verga con la planta de los pies.

—¡Basta! —susurró airado sujetándole los tobillos.

—Oh, vamos, no seas malo. Hazme un masaje, te prometo que luego te lo haré yo a ti... quieras o no —insistió divertida, tensando las piernas para que él no pudiera apartarla.

—¿Señor? —Escucharon en ese momento la voz de Esmeralda. La anciana había acudido a recoger los restos del desayuno y los miraba intrigada desde el umbral de la puerta.

—Esmeralda, ¿verdad? —Laura esbozó una enorme y afable sonrisa a modo de saludo—. Karol me ha comentado que eres la cocinera; debo felicitarte por el desayuno, estaba riquísimo. Hacía años que no probaba unas toñas tan buenas.

—Gracias. —Esmeralda arqueó una ceja, observando a la joven con perspicaz atención. Era la primera vez que encontraba a su jefe en una posición tan

comprometida con una mujer. Una mujer a la que además no había visto nunca en esa casa, de eso estaba segura. ¿Quién sería?

—Imagino lo que habrás pensando al vernos —dijo Laura con desparpajo, moviendo los pies sobre las manos de Karol mientras este, sin ser consciente de lo que hacía, le acariciaba con ternura el empeine, hecho que no pasó desapercibido a la mirada escrutadora de la anciana—. Y sí, es exactamente lo que has supuesto: Karol me está haciendo un masaje en los pies.

—Ya veo. —Esmeralda se cruzó de brazos, dándole a entender con su gesto y su tono de voz que no se creía ni una palabra.

—Claro está que yo también estoy intentando masajearle en otros sitios más interesantes, pero no se deja —continuó diciendo Laura con descarada picardía, ignorando el gemido acongojado de Karol y la estentórea carcajada de Tuomas—. Y la cuestión es que esto no es lo que parece. Sí, le estoy sobando, pero no es por capricho, sino que forma parte de un estudiado plan de acoso y derribo —explicó encogiendo los dedos del pie contra el vientre desnudo de Karol, haciéndole estremecerse.

Esmeralda arqueó una ceja al percatarse de la reacción de su normalmente sereno e imperturbable jefe. Su curiosidad por saber quién era esa mujer y qué relación tenía con Karol aumentó hasta límites insospechados.

—Estoy decidida a hacerle caer con todo el equipo y conseguir que se enamore de mí. Ya sabes, Esme, el rollo ese del «vivieron felices y comieron perdices» —continuó Laura—, pero me lo está poniendo muy difícil. Fíjate que llevamos viéndonos todos los sábados desde principios de año y nada, no quiere reconocer que está coladito por mí —explicó disgustada, arrugando la nariz—. ¡Es terco como una mula! Pero ¿qué te voy a contar que tú no sepas? La verdad es que te agradecería un poco de ayuda...

—¿Es a usted a quien va a ver todos los sábados? —exclamó Esmeralda, atando cabos.

Laura asintió sonriente.

Esmeralda estrechó los ojos, frunció el ceño, se dio unos golpecitos en la boca con los dedos, soltó un pensativo «Hum», y tomó una decisión. Todo en menos de cinco segundos.

—¿Le gusta el arroz con costra? —La joven volvió a asentir—. Mañana se quedará a comer. Añadiré una ración para usted. Hoy tendrá que conformarse con unos filetes con patatas, pero me aseguraré de que los suyos sean los mejores —afirmó a la vez que recogía las tazas y platos vacíos—. Para esta noche tengo pensado hacer merluza en vinagreta. ¿Le gusta el pescado?

—Me encanta.

—Menos mal, al señor Tomás le entran los siete males cada vez que lo pongo de cena.

—Y por eso lo pone tan a menudo —siseó Tuomas entre dientes.

—Asegúrese de que el señor Karol se coma una buena ración, está demasiado delgado. Y que no coma solo vinagreta; el muy tunante tiene la costumbre de servirse solo el tomate, la cebolla y el huevo dejando en la cazuela el pescado, que es lo que más le alimenta —continuó diciendo Esmeralda, ignorando el bufido de Tuomas y la expresión pasmada de su jefe—. Y, señorita...

—Laura —indicó esta.

—Señorita Laura, procure no sobetear al señor Karol en mi presencia; me resulta incómodo —exigió Esmeralda tomando la bandeja—. Claro que si quiere hacerlo cuando yo no esté... ojos que no ven, corazón que no siente —finalizó abandonando el salón.

Laura estalló en carcajadas a la vez que apartaba por fin los pies del regazo de Karol.

—Has reclutado a mi cocinera para tu causa —farfulló él aturdido.

—Esmeralda te aprecia y quiere lo mejor para ti, y yo lo soy —afirmó ella—. Por cierto, le he dicho a Silvia que plante algunos arbustos en el jardín.

—¿Para qué? —inquirió él perplejo.

—¿Para qué va a ser? Para que *Pixie* pueda excavar su madriguera en las raíces —indicó levantándose de la mesa.

—¿Por qué iba tu hurón a excavar una madriguera en mi jardín?

—Porque le gustan. Está claro que puede dormir en una jaula, en mi casa lo hace, pero ya que hay tantísimo espacio en tu jardín me parece una crueldad no dejarle disfrutar de su propia madriguera cuando yo te esté follando en mi santuario —explicó empujando un sofá para acercarlo al sillón rojo a la vez que sacaba el móvil del bolsillo trasero de los pantalones.

—Tu hurón no va a vivir en mi casa —aseveró Karol mirándola malhumorado—. ¡Esos animales apestan!

—*Pixie* no. Lo tengo muy limpito. Ya lo verás, ni te enterarás de que está aquí —le aseguró Laura tecleando algo en la pantalla del *smartphone*. Luego se recostó en el sofá y volvió a colocar los pies en el regazo del polaco.

Karol los tomó entre sus manos, acariciándole los empeines con los pulgares.

—No quiero ningún hurón merodeando por aquí —insistió. Laura puso morritos. Él se sintió como el malo de la película—. Tal vez Silvia pueda acondicionarle algún habitáculo en el jardín —comentó con fingida indiferencia—. Pero no entrará en esta casa bajo ningún concepto —sentenció, dejando claro que no había cambiado de opinión. Al menos no por completo.

—Interesante —murmuró Tuomas con un atisbo de preocupación en la voz. Karol arqueó una ceja, instándole a explicarse—. Ni siquiera ha tenido que esforzarse para conseguir una casa para su mascota... Y tampoco has protestado por su ascensión de tener un santuario. Vuelves a tus antiguas y complacientes costumbres, Karol —le advirtió muy serio.

Karol contuvo la respiración al percatarse de cuán accesible había sido.

—Mi ratoncito sabe qué batallas merece la pena pelear y cuáles no. Y te aseguro que las que elige pelear las gana... casi siempre. No seas cicatero, Tuom —le regañó Laura sin levantar la mirada de la pantalla del móvil.

—No soy cicatero, signifique eso lo que signifique —replicó Tuomas enfadado. ¡Qué manía tenían las españolas de usar palabras extrañas!

—Significa «mezquino» —gimió ella encogiendo los dedos de los pies cuando Karol retomó sus caricias—. Deberías avisar a Esmeralda de que tienes invitados a comer antes de que guarde toda la carne en el congelador —le dijo tras leer algo en el teléfono.

—¿Invitados? —inquirió Karol perplejo—. No va a venir nadie a comer.

—Claro que sí. Deberías llevar el móvil encima, así no te perderías los mensajes de Zuper —comentó mostrándole un mensaje en la pantalla de su *smartphone* a la vez que comenzaba a jugar con los pies a escapar de las manos de Karol—. Tus amigos se han autoinvitado. Intuyo que están preocupados porque tienes aquí alojado a Tuomas, alias el Cabronazo —soltó mirándolo divertida—. Es el mote que te han puesto —explicó encogiéndose de hombros.

—¿¡Estás espiando los correos de mis amigos!?! —exclamó Karol furioso, silenciando la ofendida réplica de Tuomas.

—Por supuesto que no, si lo hiciera te enfadarías muchísimo y no quiero cabrearte. Al menos no demasiado —explicó Laura deteniendo la loca danza de sus pies cuando Karol la atrapó de los tobillos con férrea furia. Acababa de descubrir un tema sobre el que su ratoncito no admitía bromas: sus amigos—. Solo espío tus correos, lo juro —aseguró llevándose una mano al corazón y elevando la otra—. Y solo los personales, los profesionales ni los miro. No me interesan, son aburridos. Aunque deberías darme las gracias, parecen muy importantes y los tenías bastante desprotegidos, de hecho, intentaron *crackear* una cuenta hace unos días. Me ocupé de joder el ordenata del *hacker* para siempre y luego protegí tus cuentas de correo —afirmó con orgullosa vanidad—. Dudo de que nadie sea capaz de mirarlas ahora.

Karol negó con la cabeza, asombrado, mientras sus manos se abrían, liberando los suaves pies que habían atrapado. Unos pies que rápidamente se apresuraron a posarse sobre su regazo e intentar hundirse entre sus muslos.

—No me lo puedo creer —gruñó sin saber si se refería a lo que Laura había hecho con su correo o a lo que estaba haciendo en ese momento con los traviosos dedos de sus pies. ¿Cómo podía enfadarle y al instante siguiente excitarle? Volvió a sujetarla de los tobillos. Ella se zafó. Y el juego comenzó de nuevo.

—Ni yo —coincidió Tuomas, la mirada fija en la sonrisa risueña de Karol mientras este intentaba atrapar una y otra vez los esquivos pies de la mujer. Una añorada sonrisa que hacía años no veía—. Perdona si desconfío, pero no creo una palabra de lo que has dicho —miró a Laura con el ceño fruncido—, hay que ser muy bueno para hacer eso, y tú, como bien has dicho antes, eres una simple ladrona —afirmó con prepotencia.

—No he dicho que fuera una simple ladrona. Soy una ladrona cojonuda. Puedo robar todo lo que me dé la real gana sin que nadie se entere de que lo estoy robando. Pero eso es solo un mero entretenimiento. Mi trabajo es la seguridad informática, y en eso soy la mejor.

—Por descontado —ironizó Tuomas.

Laura sonrió con suficiencia, encendió de nuevo el móvil y tecleó algo con rapidez. Un instante después sonó un agudo pitido y Tuomas sacó su teléfono del bolsillo del pantalón.

—*Kurwa twoja mać!* —exclamó en su idioma.

—Deja en paz a su madre —le regañó Karol, estirándose sobre el sillón para intentar ver qué era lo que le había sobresaltado tanto.

Tuomas se apresuró a ocultar el móvil contra su pecho. Laura le había enviado una imagen de Silvia arrodillada en el jardín. Una foto que él mismo había tomado hacía un par de días. Una foto que solo estaba en su móvil... y que la puñetera mujer no debería tener bajo ningún concepto.

—Deberías proteger mejor tus terminales —comentó Laura apoyando las plantas de los pies sobre los muslos de Karol, impidiéndole el acceso como hasta entonces, lo que hizo que él deslizara los dedos por las suaves pantorrillas femeninas—. Cambia de empresa de seguridad informática, la que tienes es una caca. No vale para nada, ya has visto lo poco que he tardado en entrar en tu móvil. No querrás que salgan a la luz todas las fotografías que tienes guardadas y que tan mal ocultas. Uf, tío, estás un pelín obsesionado con...

—¡Suficiente! —la interrumpió Tuomas mirándola con los ojos entrecerrados—. Eres una mujer peligrosa... Me gustas. A Karol le sentará bien follar contigo. No le dejes escapar.

Laura estalló en una alegre carcajada.

Horas después Karol contemplaba embelesado a Laura, tal y como había hecho durante toda la mañana y parte de la tarde. Era incapaz de apartar la mirada de ella. Sentada sobre la mesa con las piernas extendidas y los tobillos cruzados, balanceaba los pies al ritmo de una canción que solo ella escuchaba; sus ojos fijos en los folios esparcidos sobre la pulida madera mientras sus labios esbozaban una orgullosa sonrisa que le estaba robando el alma. Eberhard, de pie junto a ella, observaba interesado los planos, y, frente a ellos, Tuomas examinaba con admirada atención cada detalle de las casas que él había dibujado durante esa semana.

—Es impresionante, Karol —manifestó Tuomas en ese momento—. No sé cuál me gusta más. Lo voy a tener difícil para elegir.

—Esta —dijo Laura señalando una de las casas—. Es la mejor de todas.

Karol asintió complacido, era la misma que habría elegido él. Una construcción de dos alturas cuya estructura asemejaba un abanico abierto orientado al mar. Las

paredes serían de hormigón expuesto, con inmensos ventanales de vidrio de control solar en la zona curva. La planta superior era un enorme espacio diáfano roto por unas pocas columnas que imprimían carácter y marcaban espacios, mientras que la inferior estaba dividida en estancias sociales de líneas curvas. Elegante y funcional. Y, por supuesto, sensual. Sí, no cabía duda de que Laura sabía elegir. Fijó los ojos en ella, hechizado por el sonido de su voz y la vio sacudir la cabeza, riéndose de algo que estaba diciendo Eberhard. Su pelo flotó alrededor de su rostro, tan libre como era ella. Cada fluido movimiento que hacía, cada burlona sonrisa que esbozaba, cada penetrante mirada, cada afilada palabra que abandonaba sus labios proclamaba la fiera libertad de su carácter. Su independencia. Su energía. Era pura vida. Y él se sentía vivo a su lado.

—No la mires tanto, tío, que la vas a desgastar —le increpó Zuper con evidente diversión.

Laura se giró de repente hacia ellos y les guiñó un ojo con descarada picardía. No cabía duda de que había escuchado con meridiana claridad el comentario del pelirrojo.

—¿No puedes ser un poco más discreto en tus apreciaciones? Silencioso, incluso. De hecho, ¿por qué no te las guardas para ti? —gruñó Karol, asesinandolo con la mirada.

—La próxima vez que quiera hacerte una mamada, déjala, así te quedarás tranquilo y no te la comerás con los ojos; solo te falta babear —susurró Alba burlona, defendiendo a su chico.

—Quizá quieras ponerme un babero, seguro que a Laura le resultará de lo más interesante disfrazado de bebé —replicó Karol enfurruñado, esforzándose en no mirar más allá de Alba y Elke. En no mirarla a ella.

No debería haberles contado a sus amigos lo ocurrido por la mañana. De hecho, no se lo había contado. Había sido cosa de Tuomas. Había sacado el tema en mitad de la comida. Y Laura, en vez de abochornarse o enfadarse, ¡había entrado en detalles! Giró la cabeza hacia ella. ¡Qué mujer! Era imposible anticiparse a ella.

—Estás coladito por tu ladrona —declaró Elke divertida, siguiendo la dirección de su mirada.

—Eso parece —aceptó Karol, sorprendiendo a todos con su inesperada confesión—. ¿Cómo podría no estarlo? —expresó fijando los ojos en un lugar seguro: sus propias manos.

En ese mismo momento, pero en el otro extremo del salón, Laura esbozó una ladina sonrisa, segura de que las personas que estaban reunidas alrededor del sillón rojo estaban hablando de ella. Tras el comentario del pelirrojo habían bajado la voz, sí, pero Alba y Elke la miraban divertidas mientras que Karol parecía decidido a leer todas y cada una de las líneas que había en las palmas de sus manos. Chasqueó la lengua, irritada. Ah, no. Eso sí que no iba a permitirlo. Si su ratoncito quería saber el futuro ella misma se lo diría: iban a follar. Pronto.

Bajó de un salto de la mesa, ya le había dejado descansar tiempo de sobra, era hora de volver al ataque.

Karol resistió todo un minuto sin dirigir la vista hacia el lugar donde estaba Laura, y cuando por fin no pudo aguantar más y levantó la mirada para asegurarse de que seguía sentada sobre la elegante mesa, se encontró con que estaba a pocos metros de él. De pie. Hermosa como una diosa. También igual de altiva.

—Hazme hueco —le exigió ella, plantándose frente a él con los brazos cruzados. Karol la miró sin comprender—. Vamos, mueve el culo y déjame sitio en tu trono.

—¿Me estás pidiendo que abandone mi sitio para que te sientes tú? —inquirió atónito.

—No hace falta que te levantes, el trono es suficientemente grande para los dos —replicó ella benevolente.

—¿Mi trono?

—Nuestro trono —replicó Laura al punto. Karol negó con la cabeza, sin entenderla—. Si tú eres el rey del templo, yo tendré que ser la reina, no queda otra. Y aquí solo hay un trono, por tanto, tendremos que compartirlo —explicó sentándose en su regazo.

—Tú no eres la reina... ni yo el rey —se apresuró a decir, perplejo. Echó la cabeza hacia atrás, intentando zafarse del excitante aroma que emanaba de ella, que le envolvía y subyugaba, que le robaba la voluntad y la razón.

—Claro que lo soy. La reina del deseo —musitó lamiéndole la garganta a la vez que deslizaba una mano entre sus cuerpos.

—Estate quieta —siseó él conteniendo la respiración a la vez que le sujetaba la muñeca para evitar que le acariciara donde no debía. Llevaba toda la mañana atormentándole con su olor, sus caricias y sus besos. La comida había sido un martirio, con ella excitándole cada vez que Esmeralda entraba en salón.

—¿Por qué? —susurró ella en su oreja, antes de apresarla entre los dientes y tirar. Él jadeó excitado, pero aun así apresó con más fuerza la muñeca.

—Porque Esmeralda y Silvia están a punto de entrar para despedirse —se excusó entre dientes tomándola de la cintura, decidido a obligarla a sentarse en otro sitio.

Y así fue como la anciana y su nieta los encontraron. Laura sentada en el regazo de Karol mientras este intentaba apartarla. Esmeralda arqueó una ceja, la mirada fija en Laura, y luego, por extraño que pudiera ser, esbozó una leve sonrisa y se despidió, no sin antes recordar a la joven que estuviera pendiente de que el señor cenara adecuadamente, pues estaba demasiado delgado, esquelético, escuálido... Solo se detuvo cuando Karol carraspeó, dándole a entender que sus oídos funcionaban perfectamente y que por ende estaba escuchando cada adjetivo dedicado a su persona. La mujer ni siquiera se molestó en avergonzarse. Se limitó a mirar a Laura con obsesiva atención, hasta que esta asintió, momento en el que la anciana sonrió ladina y abandonó el salón con su tímida nieta a la zaga.

Tuomas entrecerró los párpados, la mirada fija en la joven. Como de costumbre, Silvia los había engañado a todos con su mirada baja, su retraído silencio, su postura alicaída. Pero no a él. Había visto el destello de diversión que había brillado en sus ojos al entrar; antes de que lo ocultara bajo la recalcitrante timidez tras la que se escudaba. Enganchó los pulgares en los bolsillos de los Marc Jacobs que vestía y centró la vista en la ventana, tras esta, Benito, el marido de Esmeralda, se unió a las mujeres en el camino de baldosas amarillas. Caminaron unos metros hasta la vieja ranchera que estaba aparcada medio oculta tras el garaje en el que se guardaba el todoterreno de Karol y su querido Maserati Grancabrio. No desvió la mirada de los cristales hasta que el viejo coche traspasó las verjas que daban entrada a la finca, desapareciendo en el camino. Cuando su mirada regresó al salón, comprobó divertido que Karol y Laura continuaban peleándose por el *trono*. Aunque tal vez pelearse no fuera la palabra adecuada. Más bien parecía que estuvieran retozando. Mejor dicho, parecía que ella estuviera retozando mientras él intentaba por todos los medios detenerla.

—Basta, Laura —siseó Karol en ese momento. ¡Maldita mujer! ¿Cuántas manos tenía? No bien atrapaba una, la otra ya estaba frotándole la polla, y cuando conseguía detener a esta, eran sus dientes los que le rasguñaban la garganta mientras su despiadada lengua le marcaba a fuego—. Deja de provocarme. Esmeralda ya no está, no pienso seguir conteniéndome —amenazó, consiguiendo sujetarla por fin de ambas manos. Ahora solo tenía que evitar sus labios. Y su lengua. Y sus dientes. Y su sinuoso cuerpo.

—¿Quién te ha dicho que te contengas? —lo retó ella, frotando su tentador trasero contra la rígida erección que se marcaba bajo el raso rojo.

Karol cerró los ojos ante el súbito placer que le invadió. Imaginó su polla resbalando entre las tersas nalgas, penetrando el fruncido y estrecho ano, hundiéndose en él hasta la empuñadura. Elevó las caderas a la vez que exhalaba un agónico jadeo. Y se vio recompensado por el placer de un nuevo contoneo sobre su pene unido al fascinante dolor de unas afiladas uñas arañándole el bajo vientre. Abrió los ojos a duras penas. Laura le miraba desafiante, una de sus manos envolviéndole el cuello; la otra plana sobre su estómago, las uñas trazando delgadas y pálidas estelas desde el ombligo hasta las erizadas tetillas. Estaba jugando con él. Otra vez. Le tentaba y seducía, segura de que acabaría por detenerla. Como siempre hacía. Apretó los dientes ante ese pensamiento. ¿Tan previsible se había vuelto? ¿Estaba tan segura de que la detendría que no le importaba provocarle delante de personas a las que apenas conocía? Por lo visto, sí.

Esbozó una peligrosa sonrisa que no le llegó a los ojos. ¿Quería jugar? Jugarían. Y en esta ocasión sería ella quien huiría de él y no al contrario. Estaban en su terreno, en su casa, con sus amigos, no entre desconocidos como en el centro comercial o expuestos a la repentina presencia de Esmeralda como había ocurrido esa misma mañana. Quienes ahora los rodeaban le conocían, sabían quién era, qué le gustaba y

hasta qué punto estaba corrompido. Y le aceptaban. Laura no tenía ni idea de cómo era en realidad. Solo le había ofrecido pequeños atisbos de sus perversiones. Había llegado el momento de enseñarle lo depravado que podía llegar a ser. El momento de ahuyentarla. De asustarla con su inmoralidad.

La recolocó sobre su regazo de manera que quedara con la espalda pegada a su torso, las piernas de ella acopladas sobre las suyas. Separó las rodillas, obligándola a abrir más los muslos. Si estuviera desnuda, su coño abierto y mojado estaría expuesto a la mirada de todos. Sintió un ramalazo de placer al imaginarse exhibiendo a su ladrona ante sus amigos. Podrían mirarla pero no tocarla. Porque ella le querría a él. A nadie más. Y estaría orgullosa de él. De nadie más. Sacudió la cabeza para liberarse de esa estúpida fantasía e inhaló despacio. La esencia de Laura le inundó, inflamándole. La excitación que emanaba de ella se había intensificado, ahora era más picante, más arrebatadora. Hundió la cara en el cuello femenino y deslizó las manos bajo la ajustada camiseta. La escuchó jadear cuando acarició los tensos pezones, cuando los envolvió entre los dedos y apretó para luego tirar de ellos. Elevó la cabeza en busca de aire cuando ella se meció de nuevo contra su polla, los testículos contraídos bajo el raso del pantalón, anhelantes por descargar su preciada carga. El olor a sexo y lujuria rodeándole, sumergiéndole en un mar de sensaciones. Pero no era solo la lubricidad de Laura lo que olía. Captaba la dulce pasión de Sofía, la obsesiva exaltación de Eberhard, la fogosidad sumisa de Zuper y Elke, el frenesí exigente de Alba... y la fría indiferencia de Toumas.

Abrió los ojos, intrigado. Zuper estaba en el sofá, las piernas separadas y las manos tras la nuca en posición sumisa mientras Alba y Elke, sentadas rodeándole, se besaban inclinadas sobre él. Giró la cabeza, Tuomas y Eberhard continuaban de pie junto a la mesa, Sofía se había unido a ellos y hacía sosegados arrumacos a su encendido marido, y mientras tanto, Toum mantenía la mirada fija en él y Laura. No estaba excitado, más bien parecía aliviado. También abatido. ¿Por qué? Frunció el ceño, intrigado por la extraña expresión de su amigo, y, en ese momento, Laura le asió las muñecas a la vez que emitía un quedo gruñido. Todo pensamiento ajeno a la mujer que tenía entre sus brazos escapó de su mente. Bajó la vista, ella había girado la cabeza y le miraba a través de sus párpados entrecerrados.

Laura arqueó una ceja, expectante, deseando saber cómo iba a continuar el juego. Si es que continuaba, porque Karol se había detenido para mirar a sus excitados amigos, dejándola tan caliente que podía derretir el hielo. Gruñó enfadada. No era que le importara que el resto de los presentes se metieran mano; por ella podían follar como leones siempre y cuando no distrajeran a su ratoncito de los importantes asuntos que se traía entre manos, es decir, sus necesitadas tetas y su ávido coño. ¿A qué demonios estaba esperando Karol para hacer uso de esos maravillosos dedos que el diablo le había dado? Gruñó de nuevo a la vez que tironeaba de sus muñecas para hacerle reaccionar.

Karol curvó los labios, enseñando los dientes en una peligrosa sonrisa que seguía sin reflejarse en sus ojos bicolors. Laura intentaba apartarle las manos de sus pechos. Por lo visto acababa de percatarse de que, por primera vez en todo el tiempo que llevaban jugando, él no tenía intención de detenerse. Al menos no hasta que ella se lo pidiera enfadada. Agachó la cabeza y recorrió con los labios el cuello femenino. Lamió la provocativa vena que palpitaba en él antes de morder y succionar la dúctil piel, marcándola.

—Creo recordar que la otra noche me dijiste que te gusta que te miren — murmuró, desabrochándole la bragueta de los *shorts* vaqueros.

Iba a demostrarle hasta qué punto llegaba su depravación, hasta qué punto era peligroso. Hasta qué punto debía temerle. Sintió un acceso de angustia al pensar que cuando comenzara a masturbarla frente a todos, ella le miraría asqueada y escaparía de él. Abatió la punzada de pesar con determinación. Él era como era. Y no iba a cambiar. No otra vez. Nunca más.

Deslizó los dedos bajo la tela vaquera, descendiendo por el liso pubis femenino hasta sentir la cálida humedad que bañaba su sexo. Separó los resbaladizos pliegues con los dedos y ella se removió sobre su regazo, el dulce olor de su pasión incrementándose con cada roce, volviéndole loco. Acarició la vulva, deteniéndose en la entrada de la vagina en cada pasada, pero evitando tocar el tenso clítoris. Las manos de ella se convirtieron en garras alrededor de sus muñecas y sintió el primer tirón instándole a detenerse. Lo ignoró.

Posó la palma de la mano libre sobre uno de los sensibles pechos de Laura, presionó con suavidad contra el erizado pezón, trazando lentos círculos hasta que la escuchó jadear exasperada, momento en el que encerró el contraído botón entre índice y pulgar. Apretó. Ella arqueó la espalda, tironeándole de la muñeca para que la soltara a la vez que un gemido abandonaba sus labios; separó más las esbeltas piernas. El aroma que emanaba de su sexo se tornó tan seductor que la rígida polla que palpitaba bajo el raso rojo se engrosó y alargó más aún, reclamando atenciones.

Karol hundió el rostro en el lugar en que cuello y hombro se unen e inhaló el tentador olor, loco de deseo. Abarcó con la mano la hinchada vulva y presionó con el talón el erguido clítoris. Laura se removió contra él, jalando de la muñeca que desaparecía bajo la tela vaquera. Él hizo caso omiso. Tensó los brazos para hacer frente a su ataque y tentó con un dedo la dúctil entrada a la vagina. La penetró despacio, imaginando que era su verga y no su dedo la que se enterraba firmemente en su interior, la que era apesada con cada contracción de las paredes vaginales. Añadió otro dedo y en ese momento Laura cerró las piernas, inmovilizándole la mano y ahogando el fascinante olor que emanaba de su sexo.

Karol no pudo evitar gruñir frustrado. Soltó el pezón con el que estaba jugando y hundió esa mano entre los muslos femeninos. Escuchó la provocadora y complacida risa de su indomable ladrona por encima del perturbador deseo que le subyugaba. No le prestó atención. No podía. Todo su ser, todo lo que él era, estaba centrado en las

piernas cerradas que le apartaban del placer más sublime. Engarfió los dedos en el delgado muslo y la obligó a abrirse a él, a su mano, al éxtasis que le podía proporcionar. Ella se resistió, intentando escapar de su agarre, y él se esforzó más. Y cuanto más fuerza hacía para separarle las piernas, cuanto menos se controlaba, más se intensificaba el olor de ella, más lascivo y excitante era.

Ambos jadeaban rozando el éxtasis cuando Karol sintió las uñas de su ladrona clavándose en su muñeca, arañándole mientras se contoneaba intentando escapar. ¿Intentando escapar? Abrió los ojos asustado, ni siquiera era consciente de haberlos cerrado, y la miró aterrado. Ella tenía los párpados entrecerrados y los labios apretados en una fina y tensa línea. Giraba la cabeza a izquierda y derecha en un continuo y persistente «no» que le aterrorizó. ¿Qué había hecho? ¿Por qué no se había percatado de las señales y se había detenido?

Sacó los dedos del cálido y apretado lugar en el que estaban sumergidos y se echó hacia atrás en el sillón, apartándose cuanto pudo de ella.

Laura gimió frustrada al sentir que el placer le era arrebatado. ¿Por qué narices paraba? ¿Quién le había dado permiso para detenerse? Abrió los ojos desorientada y toda la excitación que sentía desapareció al ver la atormentada expresión de Karol.

—Lo siento, no pensaba llegar tan lejos —le escuchó decir. ¿Por qué narices se estaba disculpando? Miró a su alrededor, buscando una explicación en el rostro de los que les rodeaban, pero todos estaban tan aturdidos como ella—. No sé lo que me ha pasado —musitó él, contrito. Sacudió la cabeza y la tomó en brazos, levantándose del asiento con ella para acto seguido posarla de nuevo allí—. Lo siento... Voy... voy a hacer café —balbució, enfilando hacia la puerta que daba a la torre con la mirada fija en el suelo.

—¿Qué...? —farfulló Laura siguiéndole con los ojos. Estaba muy excitado, de eso no cabía duda. La gruesa y dura erección que se mecía en el aire bajo los pantalones era buena prueba de ello. Entonces, ¿por qué se había retraído de esa manera? ¿Por qué parecía avergonzado? Miró a Zuper—. ¿Qué ha pasado? ¿Por qué ha reaccionado así? —exigió saber.

—Creo que ha malinterpretado el juego —explicó el pelirrojo levantándose para dirigirse a la torre. Tuomas y Eberhard le acompañaron.

Por supuesto, encontraron las escaleras desiertas y la habitación del polaco cerrada a cal y canto.

—Karol, tío, has dicho que ibas a hacer café... eso se hace en la cocina —intentó bromear Zuper tras golpear repetidas veces la puerta sin resultado alguno.

No obtuvo respuesta.

Eber y el pelirrojo se miraron indecisos durante unos segundos, hasta que el bufido de Tuomas les hizo dar un respingo.

—Te has vuelto un jodido cobarde en estos tres años —le increpó Tuomas apoyándose en el marco de la puerta—. El Karol que yo conocía no se encerraba en su cuarto a llorar como una niña. Aunque si lo pienso bien, antes tampoco tenías

costumbre de enfrentarte a tus problemas, preferías disimular y hacer como si no pasara nada. Tal vez no hayas cambiado tanto... tal vez solo has amplificado tu complejo de avestruz.

La puerta se abrió, dando paso a un enfadado Karol. Tenía el pelo mojado y se había cambiado el pantalón de raso rojo por otro de seda del mismo color que se le pegaba a la piel húmeda.

—*Przystań chrzanić*, Tuom —siseó con voz gélida, cerrando la puerta tras él al salir al rellano.

—No, no corto el rollo —replicó su amigo cerniéndose sobre él, los labios a un suspiro, sus torsos a punto de chocar—. Das pena, Karol. Tienes a una mujer retorciéndose de placer entre tus brazos y en vez de llevarla al orgasmo, sales corriendo asustado. Qué pasa, ¿ya no te acuerdas de cómo se hace?

—No se retorcía de placer —replicó Karol con los dientes apretados. ¿Acaso Tuom no se daba cuenta de que Laura había intentado escapar de él, de su contacto?

—¿Ah, no? Entonces, ¿qué? ¿Le picaba el culo? —masculló Tuomas sacudiendo la cabeza—. Llevas tanto tiempo sin estar con una mujer que ni siquiera sabes reconocer cuándo está a punto de correrse —le increpó empujándole contra la pared—. Tu adorado celibato te ha convertido en un inútil.

—Eh, tú, ¡tranquilo! —le increpó enfadado Eberhard, interponiéndose entre él y Karol. ¿Qué narices estaba haciendo Tuomas? Tenían que consolar a Karol, no sacarle de quicio.

—*Zostaw mnie!* —escupió Karol. La mirada fija en su amigo y los dientes tan apretados como los puños.

—No te voy a dejar en paz —replicó Tuomas, esquivando al enfurruñado alemán. Karol no necesitaba una mamá gallina que lo ocultara bajo sus alas, sino un empujón que le hiciera reaccionar—. Baja al salón y acaba lo que has empezado. O tal vez prefieres que lo acabe yo. ¿Es eso lo que quieres? ¿Te gustaría ver cómo me la follo?

—No se te ocurra tocarla —siseó Karol agarrándole por la camisa y estrellándolo contra la barandilla de piedra tras la que se abría el hueco de las escaleras.

Tuomas se rio con fuerza, exhalando hirientes carcajadas que sabía cabrearían a su amigo, obligándole a dejar de compadecerse.

—Pues entonces hazlo tú. Adelante. Te está esperando con las piernas abiertas y el coño empapado, solo tienes que hundirte en ella hasta el fondo y menear rápido las caderas —le provocó Tuomas, mordaz. Los pies tocando apenas el suelo y la espalda arqueándose en el vacío.

—O, si no te apetece —intervino Zuper a la vez que le asía las manos a Karol, instándole a que soltara a su amigo—, siempre puedes ir a la cocina, como has dicho que harías, y preparar un poco de café —propuso arqueando las cejas—. Es una alternativa mucho más segura que tirar a tu exmejor amigo por las escaleras y no te llevará directo a la cárcel. Y, si le dejas vivo, podrás echarle vinagre en el té del

desayuno. Como venganza es mucho más imaginativo que un empujón mal dado, ¿no crees?

Karol soltó a Tuomas y desvió la vista hacia el pelirrojo. Muy a su pesar, su boca se curvó en una indeseada sonrisa.

—Joder, Zuper —musitó Eberhard, mirándole atónito antes de apretar los labios para no estallar en carcajadas.

—No sé quién está más loco de todos vosotros —murmuró Tuomas negando con la cabeza.

—Tú, sin dudarlo —replicó Alba tras ellos.

—Oh, no —gimoteó Karol al escuchar su voz. Se estiró, intentando mirar más allá de Eber y Zuper para comprobar si Elke y Sofía la acompañaban—. No me digas que has dejado a Laura sola en el salón. —La rubia negó con la cabeza—. ¡Y tampoco habrás sido capaz de dejarla entrar en la torre! —exclamó aterrado. Por supuesto que Alba era capaz de eso. ¡Y de mucho más!

—¡Claro que no! La he dejado con Sofía y Elke, pero más te vale darte prisa en bajar, está preocupada por ti y no creo que tarde mucho en darles esquinazo y escalar la torre.

—¿Laura está preocupada... por mí? —inquirió sorprendido antes de abrirse paso entre los hombres y llegar hasta Alba.

—Sí. Todos lo estamos.

—¿Por qué?

—Porque has huido aterrorizado del salón, niña —indicó Tuomas sin piedad.

—Tío, no tienes que acojonarte así. No la vas a cagar por jugar un poco —apuntó Zuper, situándose delante del polaco. Como siguiera así de bocazas, sería él mismo quien le tiraría por las escaleras.

—No sé a qué te refieres —replicó Karol, su mirada fija en el descansillo de la planta baja, no muy seguro de que Laura no fuera a atravesar de repente esa puerta. Por mucho que estuviera cerrada con clave numérica, ella era capaz de abrirla sin pestañear.

—Claro que lo sabes, la estabas masturbando y te has parado de golpe —indicó Alba, como si hiciera falta que le recordara lo que había hecho.

—Ella no parecía muy... contenta —musitó Karol centrando los ojos bicolores en Tuomas. Retándole. Él había dicho lo contrario—. Peleaba con todas sus fuerzas contra mí, y yo ni siquiera me daba cuenta, tan perturbado estaba por su olor —confesó consternado—. No quería asustarla tanto, pero no he podido controlarme. Me he comportado como una bestia libidinosa. —Bajó la cabeza, incapaz de sostener la mirada sorprendida de sus amigos—. Laura no es como nosotros... Ella está acostumbrada al sexo normal, no a que la acosen en mitad de un salón, rodeada de gente a la que apenas conoce.

—¿Lo estás diciendo en serio? —jadeó Zuper mirándole asombrado—. Se excita robando. Se cuela en tu casa y te soba hasta volverte loco. Joder, si hasta te la ha

mamado escondida debajo de la mesa del comedor, delante de Tuomas y Esmeralda. Tu chica no es nada convencional con el sexo. En absoluto —rebatíó. ¿Cómo podía Karol ser tan obtuso?

Karol frunció el ceño al darse cuenta de que el pelirrojo podía tener razón, igual que Tuomas. La esencia de Laura se había intensificado durante el fallido interludio, volviéndose tan incitante y seductora que no había podido resistirse a ella, a su olor, a su tacto, a su sabor... Sacudió la cabeza para deshacerse de esas sensaciones y evitar ser dominado de nuevo por la lujuria. Entrecerró los ojos pensativo, si Laura hubiera estado asustada o disgustada su olor no le hubiera vuelto loco, al contrario, le hubiera frenado. ¡Oh Dios! Se mesó el pelo, enfadado por ser tan estúpido, tan ciego. Ella no se había asustado, al contrario, se había excitado más aún... y le había dado una nueva vuelta de tuerca al juego.

—Estoy perdido —declaró abatido—. Laura es distinta a todas las personas que he conocido. Nunca reacciona como espero. No sé lo que piensa o lo que quiere, y tampoco sé lo que quiero yo. A veces pienso que quiero asustarla, que se vaya, que me deje tranquilo. Pero hoy cuando la he echado y ella me ha tomado la palabra se me ha detenido el corazón al pensar que se marchaba y no podía hacer nada para detenerla —confesó cerrando los ojos, turbado—. No me reconozco. Me prometí no volver a depender de nadie, no volver a necesitar a nadie, no volver a anhelar el cariño de nadie, y ahora lo único que deseo es arrastrarme a sus pies y suplicarle que se quede conmigo. Me aterra pensar en lo que seré capaz de hacer si me permito enamorarme de ella...

Tuomas lo miró pensativo. Así que eso era lo que le daba miedo a Karol... Muy interesante.

Eberhard negó con la cabeza. ¿Acaso Karol no se daba cuenta de que ya había caído?

—Ya estás enamorado de ella —murmuró revolviéndole el pelo.

—Hasta las trancas —apuntilló Alba. Le pasó la mano por los hombros en una consoladora caricia instándole a acompañarla abajo.

—Y ya puedes espabilar —dijo Zuper siguiéndoles—. A tu ladrona le gusta pelear, la única manera de conservarla será no complaciéndola. No permitas que se aburra.

Karol asintió en silencio. Su amigo tenía razón, como casi siempre.

Cuando entró en el salón nada había cambiado. Laura estaba en el trono de sangre, con el pelo despeinado y la bragueta de los vaqueros aún abierta. Tenía los labios hinchados por sus besos, el cuello marcado por sus chupetones y los pezones erizados bajo la camiseta por sus caricias. Olía a pecado, pasión y fuerza. Y estaba más hermosa que nunca.

—No he visto ninguna cafetera las veces que me he colado en tu guarida, y te aseguro que he revisado cada rincón —comentó con sorna, pero sus ojos, fijos en él, no mostraban diversión, al contrario, estaban teñidos por la preocupación.

El corazón de Karol se detuvo un instante y luego comenzó a latir eufórico. Alba no se había equivocado. Laura se preocupaba por él. Le miraba como si él fuera lo más importante para ella en ese momento, como si... estuviera algo más que encaprichada de él.

—He subido a lavarme antes de ir a la cocina —replicó él, enfrentándose a su mirada.

Ella arqueó una ceja y él se cruzó de brazos. No estaba mintiendo. Realmente se había aseado y cambiado de pantalones. Aunque seguía oliendo a ella. Un ramalazo de excitación revoloteó en su estómago y la mirada femenina descendió veloz a su ingle. La complacida sonrisa que brilló en los labios de Laura le indicó que su pene volvía a estar listo para presentar batalla.

—Voy a hacer el café —aseveró dirigiéndose a la cocina—. Creo que soy capaz de hacerlo solo, gracias —manifestó para detener a sus amigos cuando estos hicieron ademán de seguirle. Necesitaba un instante a solas para aclarar del todo sus ideas... y sus miedos.

Cuando regresó al cabo de varios minutos llevaba en las manos una bandeja con siete tazas llenas de café, siete cucharitas, un azucarero y ninguna cafetera.

—Vaya, es un milagro que sepas cómo usar la cafetera —comentó Laura al verle dejar con cuidado la bandeja en la mesita de centro—, claro que no es tan complicada como una lavadora —apostilló riéndose.

—Esmeralda habla más de la cuenta —masculló Karol girándose hacia ella.

—No creas que Karol sabe hacer café —dijo Zuper de repente—, no tiene ni idea. Lo que tiene es una máquina de esas que solo hay que poner la capsula, darle a un botón y esperar a que salga el café, y hay veces que se le olvida poner la taza —aseveró, arrancando las carcajadas de todos los presentes.

—Muy gracioso, Zuper, recuérdame que te baje el sueldo —bromeó mirando a Laura.

—Claro, jefe, mañana mismo. No se me olvidará —ironizó el pelirrojo.

Karol emitió un quedo gruñido y se dirigió al sillón rojo que antaño ocupaba solo él.

Laura arqueó una ceja, curvó apenas las comisuras de los labios y, por supuesto, continuó sentada en el trono, con las plantas de los pies sobre uno de los reposabrazos y la espalda recostada contra el otro.

Karol sonrió. Su indomable ladrona no iba a retirarse fácilmente. Tampoco era lo que él quería. La tomó en brazos y, sin soltarla, se sentó en el sillón acomodándola en su regazo.

—¿Ya se te ha pasado el susto? —susurró Laura apresándole entre los dientes el lóbulo de la oreja.

—Te malinterpreté —confesó él en voz baja, ciñéndola con sus brazos. La paz le envolvió en el mismo momento en que ella se recostó contra su pecho y sintió su

aliento bañarle la garganta mientras sus dedos jugaban con su ombligo. Todo estaba bien de nuevo—. Pensé que no querías. Que te estaba forzando.

—Oh, mi dulce ratoncito. ¿Acaso no me conoces? —inquirió dedicándole una tranquilizadora sonrisa—. Si no quisiera que me hicieras algo, no podrías hacérmelo. Soy mucho más mala y cabrona que tú.

—Me confundes —murmuró él, agachando la cabeza para frotar la cara contra el suave pómulos femenino—. No sé lo que quieres de mí, ni cómo debo reaccionar.

—No quiero nada que no te pueda robar. Ni te voy a dar nada que antes no me hayas arrebatado —dijo mirándole muy seria.

—Te gustan las cosas difíciles.

—No. Me gusta el riesgo, lo incorrecto, el descaro...

—Eres peligrosa para mí.

—Y por eso estás coladito por mí —aseveró Laura antes de girar sobre él, impidiéndole dar réplica a sus palabras. Se colocó en la posición en la que había estado antes de la debacle, con la espalda pegada al torso de Karol y las piernas sobre las de él, muy separadas. Enfrentó la mirada con el resto de los allí presentes y sonrió. Una sonrisa peligrosa. Mucho—. Os reto a jugar a Verdad o Desafío según mis normas —dijo alzando la voz—. Zuper, trae una botella de vodka...

El juego de la reina. El deseo del rey

—¿VERDAD o desafío? —inquirió Tuomas con una oscura sonrisa en los labios.
—No estoy seguro de que la botella me señale a mí —replicó Karol, arqueando una ceja.

—Gallina —le susurró Laura al oído antes de elevar la voz—. Las reglas son claras, y las has aceptado antes de comenzar a jugar. Elige.

Karol miró a la mujer que se contoneaba en su regazo y luego dirigió la vista hacia la boca de la botella que los señalaba a ambos. Era la primera vez en su vida que jugaba a ese juego, pero estaba casi seguro de que Laura había variado las reglas a su antojo. Los había colocado formando equipos por parejas, tríos y, en el caso de Tuomas, en solitario. Los ocho formaban un extraño círculo cuadrado que rodeaba la mesita de centro y empezaba en su trono rojo, en el que estaban sentados Laura y él. A la derecha y ocupando un sofá negro estaban Alba, Zuper y Elke. Tuomas estaba frente a él, en la otra cabecera de la mesita, desparramado en un sillón blanco, y a su derecha y cerrando el círculo, estaba el matrimonio, Sofía y Eberhard.

Según las reglas de Laura, cada equipo hacía girar la botella por turnos correlativos y cuando esta se detenía, el cuadrante de la mesa que señalara la boca indicaba qué grupo era retado. Laura les había explicado que al hacerlo así, los desafíos que se lanzaran solo se podrían realizar entre miembros del mismo equipo. «Así evitaremos que esto se convierta en una bacanal», había dicho mirando desafiante a Tuomas, segura de que este sería el único de todos ellos que intentaría «mezclar» las distintas parejas. La sonrisa descarada y la inclinación de cabeza con la que el polaco había respondido dejaban claro que eso era justo lo que habría hecho de no existir esa norma.

Y hasta ahí a Karol le parecía correcto, por nada del mundo quería acabar besando, acariciando o dejándose acariciar por alguien que no fuera Laura. El problema venía después. Cuando el conjunto que había hecho girar la botella podía elegir a qué miembro del equipo «señalado» podría preguntar o desafiar. Eso era lo que no le gustaba en absoluto. Menos aún con Tuomas mirándole como lo estaba haciendo. Su amigo le conocía bien. Demasiado bien. Sabía exactamente qué secretos preguntarle, cómo atormentarle. Y no dudaba un instante de que eso sería lo que haría.

—Si no eliges serás penalizado —canturreó Laura, al ver que no respondía con celeridad.

—Desafío —masculló Karol optando por el que pensaba era el menor de dos males.

—Que predecible eres —musitó Tuomas, esbozando una sonrisa que heló la sangre de su amigo—. Mastúrbala hasta que se corra. Ahí mismo, en el sillón, tal y

como estáis sentados.

Karol resolló petrificado. ¡Maldito sádico! Acababa de hablar con él, sabía lo que había pasado, lo que había pensado, su absoluto horror al creer que la había malinterpretado, y aun así le pedía que...

—No eres tan malo como quieres aparentar, Tuomas —declaró Laura, consciente del repentino y justificado nerviosismo de su ratoncito. Su amigo le estaba obligando a continuar aquello que tanto le había asustado. Sonrió—. Ese desafío es un juego de niños —afirmó sacando el móvil del bolsillo—. Compliquémoslo un poco más, estamos en el Templo del Deseo y Karol es el rey, debemos darle el mérito que se merece. —Dejó el móvil sobre la mesa, con el cronómetro en la pantalla—. Hará que me corra en menos de ocho minutos —afirmó poniéndolo en marcha para luego tomar la mano de Karol y llevarla hasta la cinturilla de sus *shorts*—. Vamos, mi cielo, demuéstrole a todos tu magia.

Karol jadeó pasmado al comprobar que Laura había incrementado el descaro del reto. Agachó la cabeza hasta posar el rostro en el hueco de su cuello e inhaló profundamente. Su olor había vuelto a intensificarse. La excitaba ese desafío.

—¿Cuántas veces has hecho esto? —indagó a la vez que deslizaba despacio, casi con miedo, la mano bajo los vaqueros mientras llevaba la otra a los erizados pezones que se marcaban bajo la camiseta. Era imposible que su ladrona asumiera con tal tranquilidad ser masturbada en público.

—En sueños, desde que vine por primera vez al templo. En la vida real, nunca.

—Estás loca —susurró Karol, rendido a su audaz espíritu.

—Sí —separó más las piernas a la vez que giraba el rostro hacia él—, y también estoy cachonda, así que mueve los dedos.

Y Karol los movió, pero no fue eso lo que la llevó al orgasmo en un tiempo record.

Fue su beso.

Un beso lento y embriagador que comenzó con un ligero toque sobre sus labios.

Un beso demoledor en el que Karol volcó todos los sentimientos que tanto se esforzaba en ocultar.

Un beso en el que ambos se fundieron convirtiéndose en un solo ente.

Sí, sus dedos hacían magia en su clítoris y sus pechos, pero fue su beso el que convirtió el simple placer en un sentimiento tan sublime que cuando acabó supo que eso era lo que quería experimentar el resto de su vida. No el placer, sino los sentimientos que lo acompañaban.

Karol separó lentamente sus labios de los de ella, el sexo femenino contrayéndose alrededor de sus dedos en el ocaso del orgasmo mientras sus ojos bicolors quedaban cautivos de los verdes de Laura. Tan cautivo como estaba él de sus sonrisas y sus caricias, de sus retos y su extraña amabilidad.

—¡Impresionante! Retiro lo que he dicho antes, Karol. Sí recuerdas cómo complacer a una mujer —exclamó Tuomas aplaudiendo socarrón. Laura suspiró

contra la piel de Karol, haciéndole estremecer, y acto seguido levantó las manos en señal de victoria, siguiéndole el juego al polaco.

Karol sonrió orgulloso de su descarada ladrona mientras se chupaba los dedos con los que la había penetrado. Cerró los ojos, embelesado, anhelando sentirla sobre su lengua.

—Cualquiera diría que su coño destila ambrosía —afirmó Tuomas observándole divertido—. Os toca a vosotros, alemán —empujó la botella hacia Eber.

Sofía observó intrigada al cínico amigo de Karol, estaba repanchingado en el sillón, con una pierna sobre el reposabrazos y el pie de la otra en el suelo, por lo que su entrepierna era claramente visible. Y, al contrario de todos los que estaban allí reunidos, no se había excitado por la escena de la masturbación. En absoluto. Miró a su marido, girado hacia ella y con las piernas cruzadas, y este se encogió de hombros. También él se había percatado de la insólita frialdad del extraño polaco.

—Tira tú, cariño —susurró Eber en su oído—. Tengo una erección de caballo y si me muevo no voy a poder disimularla —explicó señalando a su hermana, que estaba sentada frente a él.

Sofía asintió comprensiva, no les importaba que Elke conociera sus gustos sexuales, ni tampoco que supiera lo que hacían en su santuario y cuándo lo hacían, pero entendía que a Eber le resultara incómodo que le viera en toda su... grandeza. Tomó la botella, estrechó los ojos y la hizo girar mientras pensaba qué desafío o qué pregunta hacer. No era cuestión baladí.

Aplaudió encantada cuando la botella se detuvo frente al sillón rojo. Eligió a Laura, y esta a su vez escogió Verdad.

—¿Por qué estás encaprichada de Karol? —preguntó muy seria.

—Porque me fascina su forma de ser. Su dicotomía. Es esclavo del libre albedrío. Está decidido a ser tan independiente como se ha propuesto ser, a no necesitar a nadie, a hacer su voluntad, y no se da cuenta de que está cercenando su libertad con las estúpidas normas que él mismo se impone. Pero no es solo eso. Me gusta cómo me desafía, cómo se mantiene firme y no cede. Siento envidia de la lealtad, el afecto y la ternura que os demuestra, y quiero mi parte. Además, estoy loca por follármelo. Nunca un hombre se me ha resistido tanto —explicó sin reparos, asombrándolos a todos con su intrépida sinceridad—. Me toca tirar.

Tomó la botella, se lamió los labios, concentrada y la hizo girar. Cuando esta se detuvo señalando al matrimonio chasqueó la lengua, irritada.

—¡Mierda!, me he quedado corta. Te has librado, ratoncito, pero no siempre vas a tener tanta suerte —dijo mirando enfurruñada a Karol antes de darle un suave mordisco de castigo en la barbilla. Luego se giró hacia Eberhard—. ¿Verdad o desafío?

Karol negó en silencio al comprender que su atrevida ladrona iba a por él. Un escalofrío de miedo, o tal vez de excitación, le recorrió la espalda. Si Tuomas era peligroso, Laura lo sería aún más. Ella había investigado su pasado y sabría qué

preguntarle para averiguar sus secretos. Por tanto, mejor no optar por la Verdad. Pero, si elegía Desafío, ella podía exigirle que le dejara masturbarle. Y eso era algo que no estaba dispuesto a aceptar, ¿verdad? Su polla se endureció más aún, encantada con la idea. Apretó los dientes. Bajo ningún concepto iba a dejar que le llevara al orgasmo, él tenía sus propias reglas. Y pensaba cumplirlas. Pero ¿tan peligroso sería dejar que ella lo llevara al éxtasis? El estómago le dio un vuelco. Cerró los ojos, rendido a la evidencia. Cuando llegara su hora y la botella lanzada por Laura le señalara, elegiría desafío. Y rezaría para que el desafío elegido no fuera el que deseaba que ella le propusiera, porque, en ese caso, sería incapaz de negarse.

Ajeno a los pensamientos de Karol, Eberhard tragó saliva, temeroso. Puede que sus gustos sexuales fueran peculiares, pero desde luego su carácter no era tan abierto como el del resto de sus amigos. Prefería responder a una pregunta, aunque fuera peligrosa, que hacerle algo a Sofía delante de todos.

Eligió Verdad.

—¿Qué hay en tu santuario? —inquirió Laura, su rostro tan radiante como estaría el de Pandora al abrir su famosa caja.

—Estatuas —musitó Eber enrojeciendo. Una cosa era que lo supieran sus amigos y otra muy distinta confesar su extraña perversión ante Laura y Tuomas. Seguro que el polaco la usaba para burlarse de él.

—¿Te ponen las estatuas? —musitó Laura intrigada. Eberhard asintió con la cabeza.

—Clásicas, imagino —apuntó Tuomas, señalando con una lasciva mirada las curvas rotundas de Sofía. Eberhard gruñó, enseñándole los dientes—. No me entiendas mal, has hecho una elección magnífica —se apresuró a decir Tuomas—. Me encantaría hundir la cara entre los dulces muslos de Proserpina, Venus o Dafne mientras Plutón, David o Hermes me follan con sus marmóreas pollas, eso sí, adaptadas a un tamaño satisfactorio. Las estatuas clásicas tienden a minimizar los atributos de sus varones. Una lástima, la verdad. Hombres de diminutas pollas en contraposición a mujeres de enormes y deliciosas caderas —afirmó fijando la mirada en Sofía a la vez que se lamía los labios. Eberhard volvió a gruñir.

Tuomas sonrió. No estaba interesado en ella, era demasiado decente para él, pero era divertido cabrear a su marido.

—Si tanto te apetece disfrutar de una buena polla esculpida te podemos dejar un enorme falo de cuarzo —dijo Sofía con esmerada tranquilidad. Eberhard la miró sorprendido, había esperado que le tirara algo a la cabeza, no que le invitara a usar uno de sus juguetes—, estoy segura de que te encantará tragártelo hasta la campanilla, nos harías un favor manteniendo la lengua ocupada. Y, con un poco de suerte, tal vez te atragantes —finalizó, demostrándole a su marido que no había ningún cambio en su carácter. Seguía siendo su fiera Proserpina.

—Dudo de que me atragante, estoy muy acostumbrado a comer pollas, de carne o de cualquier otro material. Si quieres puedo haceros una demostración —replicó

Tuomas a la vez que deslizaba la mirada por el cuerpo excitado de Eberhard, disfrutando de su incomodidad. Por fin se estaba vengando de todas las miradas despectivas que el alemán le había dedicado desde que estaba en el Templo.

—Me toca tirar a mí —dijo Zuper, interrumpiendo el intercambio de pullas antes de que Sofía o Eberhard le soltaran un guantazo a Tuomas. No sabía bien por qué, pero el cínico polaco le caía bien.

Hizo girar la botella y esta se detuvo apuntando a Tuomas, quien eligió Verdad. No estaba dispuesto a afrontar ningún desafío de los amigos de Karol, pues estaba seguro de que fuera lo que fuera con lo que le retaran no sería en absoluto agradable.

—¿Qué quieres de Karol? —le preguntó desafiante Zuper, todos pendientes de la respuesta.

—Como dije la primera noche que pasé en el templo, quiero que diseñe mi nueva casa, algo que ya ha hecho. Por supuesto, esto es solo una excusa para conseguir tiempo mientras intento recuperar nuestra antigua amistad, aunque creo que eso era bastante evidente. Y, por hacer un poco más interesante tu aburrida y previsible pregunta, te diré que me gustaría que me follara, aunque esto, más que un deseo es una quimera. —Empujó la botella con el pie ignorando el bufido de Karol—. ¿Verdad o desafío, Alba? —inquirió cuando la botella se detuvo. Sus labios se curvaron al escuchar la elección de la rubia—. Sois todos tan previsibles... Tu novio está muy excitado —dijo señalando con la mirada la evidente erección del pelirrojo— dale un poco de marcha, pero no permitas que se corra —exigió provocador. Sabía que ella era la dómina del trío, por lo que intuía que su orden no sería bien recibida.

Alba entornó los párpados, más intrigada que molesta. ¡Qué poco la conocía si pensaba que iba a enfadarse por esa nimiedad!

—Zuper, entrelaza las manos en la nuca, separa las piernas y contrae y relaja el ano como si tuvieras el *strap-on* dentro —ordenó. El pelirrojo se apresuró a obedecer, apretando los dientes cuando el primer espasmo de placer le tensó los testículos. Poderoso afrodisiaco es la imaginación—. Cuando estés a punto de correrte, avísame. —Alba tomó la botella con la que estaban jugando y la colocó sobre la abultada ingle de su chico. La hizo rodar sobre la rígida polla, arrancándole un trémulo gemido.

—Su respuesta es fascinante —murmuró Tuomas levantándose para deslizar dos dedos por la sudorosa frente de Zuper—. Mis felicitaciones, dómina, no es fácil encontrar sumisos tan bien instruidos —afirmó haciendo una reverencia para a continuación dirigirse al mueble bar a por otra botella—. Tu turno, bella Sofía —indicó tendiéndosela cuando regresó.

Sofía la tomó, haciéndola girar en la mesa, su mirada fija en el hipnótico movimiento del cristal sobre la gruesa erección de Zuper mientras sus pezones se endurecían y su sexo se humedecía. Apretó los muslos con disimulo, buscando un tímido consuelo al sentir las manos de su marido envolviéndole la cintura. Le miró, Eberhard estaba tan excitado como ella, sus penetrantes ojos azul cobalto fijos en sus pechos cada vez más pesados.

—Se ha detenido —musitó Eber con voz ronca girándose para hundir la cara en el pelo de su esposa.

—Sí —murmuró Sofía, acurrucándose contra su marido a la vez que decidía a cuál de los dos miembros del equipo elegido por la botella retaba—. ¿Verdad o desafío, Laura?

—Desafío.

Karol respiró tranquilo al escucharla, sabiéndose a salvo de Laura y Tuomas, al menos por el momento. Conocía a Sofía, sabía que el reto que eligiera no sería demasiado subido de tono. Pese a sus peculiares gustos sexuales, el matrimonio era mucho más tradicional que el resto de ellos.

Sofía se mordió los labios pensativa antes de decidirse.

—Laura, hazle... —se interrumpió insegura antes de esbozar una ladina sonrisa—, hazle un chupetón a Karol en el cuello —ordenó al fin—. Y... menea el culo sobre su regazo —se apresuró a añadir al comprender que el desafío no estaba a la altura del juego que estaban representando.

Karol parpadeó sorprendido. Era la primera vez que su cuello iba a lucir una marca de pasión. No porque sus antiguos y eventuales amantes no lo hubieran intentado, Tuomas el primero, sino porque jamás se lo había permitido. Nunca le había gustado llevar señales de la posesión de otra persona en su piel. Tampoco hacerlas. Hasta que esa misma tarde había marcado a Laura. Y ahora ella iba a marcarle a él. Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta. Le iba a marcar. Como si fuera suyo. Como si él le perteneciera. ¿Cómo sería llevar la huella de sus labios en la piel? ¿Se sentiría distinto cuando se la hiciera? Cerró los ojos, obligándose a dejar de pensar en esas tonterías. No debía darle la menor importancia, era solo un juego. Nada más.

Laura sonrió divertida al escuchar el inofensivo desafío. Se removió hasta quedar recostada sobre el regazo de Karol, posó la palma de la mano sobre su torso lampiño y aferrándole el corto pelo con otra, procedió a menear el culo y darle un mordisco de amor. Acababa de posar los labios sobre la garganta masculina cuando sintió en las yemas de los dedos el frenético ritmo de su corazón. Le arañó despacio con los dientes, toda su atención centrada en el fuerte retumbar de sus latidos. Estaba excitado, sí, como todos los allí presentes, pero era la primera vez que le sentía tan alterado. ¿Qué mosca le había picado? Mordió con delicadeza la piel y estiró de ella a la vez que succionaba. Sintió el pene engrosarse y crecer más aún bajo su trasero. Pero no fue eso lo que la dejó pasmada. Fueron las manos de él aferrándose delirantes a su cintura. Fueron los acelerados latidos de su corazón y su jadeante respiración. Karol estaba reaccionando como si esa marca fuera muy importante para él. Más que nada en el mundo.

Se deleitó un instante más en su reacción y luego se apartó lentamente, observando turbada su rostro. Su ratoncito había echado hacia atrás la cabeza y

mantenía los ojos cerrados como si el placer le impidiera abrirlos mientras que sus labios entreabiertos apenas contenían sus agitados resuellos.

—¿Por qué has reaccionado así? —murmuró Laura, fascinada por su extraño comportamiento.

—¿Pretendes que no me estremezca si eres tú quién me marca? —susurró aturdido Karol a la vez que abría los ojos desorientado, sin saber que le estaba permitiendo a Laura ver a través de ellos su alma entregada.

—Oh, por favor, id a otro lado a miraros así. Es francamente desagradable —prorrumpió Tuomas de repente, sobresaltando a Karol y rompiendo la comunión de miradas—. ¿Acaso no os da vergüenza? Dedicaos al sexo y dejad la ternura para cuando estéis solos. Hay algunos a los que no nos gusta presenciar tanto derroche de amor —dijo con un deje de diversión que no se reflejaba en su mirada.

—Si la envidia fuera tiña... —comenzó a decir Alba.

—... cuántos tiñosos habría —finalizó Elke.

—¿Qué queréis decir con eso? —masculló Tuomas enfadado, mirando confundido a las dos rubias, quienes, bien aleccionadas por Esmeralda, se dedicaban a soltar refranes incomprensibles cada dos por tres solo para fastidiarle—. ¿Karol?

—No quieres saber lo que significa —le contestó burlón, agradecido por que le hubiera sacado de la ensoñación en la que había caído. Se inclinó para hacer girar la botella—. ¿Verdad o Desafío, Zuper? —le preguntó al pelirrojo cuando la botella se detuvo frente al trío.

—Desafío —jadeó Zuper con voz ronca. Alba seguía amasando su cada vez más dura y dolorida polla con la botella, tal vez su amigo fuera benévolo y le impusiera un reto que le permitiera correrse más pronto que tarde.

Karol estrechó los ojos, pensativo, y un instante después fue hasta el mueble bar. Abrió la nevera oculta tras las puertas de ébano y seleccionó varios trocitos de hielo. Los vertió en una cubitera y regresó junto a sus amigos.

—¿Tengo tu permiso? —solicitó a Alba señalando a Zuper con la mirada, la rubia asintió con rapidez, intrigada por el reto que Karol se traía entre manos.

—Abre la boca, Zuper. Chúpalo —le ordenó introduciéndole un alargado cubito entre los labios—. Suficiente. Escúpelo.

El pelirrojo soltó el hielo en la mano de Karol y luego observó con los ojos abiertos como platos como su supuesto amigo se lo deslizaba por debajo de los pantalones, refrescando toda la longitud de su polla hasta dejarlo sobre sus tensos testículos.

—Abre la boca —volvió a ordenarle Karol para a continuación repetir toda la operación, solo que en esta ocasión el hielo acabó alojado bajo el tronco de su pene, por lo que, con cada movimiento de la botella con la que Alba continuaba amasándole la verga, el hielo se pegaba a su sensible piel, helándola.

—No... eres... un buen amigo... —jadeó Zuper, las manos aún entrelazadas en su nuca.

—Claro que lo soy. El mejor. Ya sabes lo mucho que le gusta a tu dómina tu contención, solo estoy ayudándote a complacerla —afirmó Karol divertido. Zuper podía quejarse todo lo que quisiera, él sabía de sobra que cuando se derritieran los hielos Alba le permitiría disfrutar de un sobrecogedor orgasmo.

—En vista de que Alba y Zuper están ocupados, tiro yo —comentó Elke mirando con lascivia contenida a sus chicos aunque decidida a mostrarse circunspecta mientras su hermano estuviera presente. Era abierta de mente, ¡pero no tanto! Y además, conociendo a Eber, seguro que le daba un pasmo—. ¿Verdad o Desafío, Tuomas? —inquirió cuando la botella señaló al caprichoso polaco.

—Verdad, por descontado. Por nada del mundo me pondría en tus amorosas manos —replicó él irónico, lo que provocó que ella pusiera los ojos en blanco.

—¿Por qué no estás excitado? —le preguntó a bocajarro, señalando la inexistente erección que, dada la postura que había adoptado, no se molestaba en ocultar. Era el único de los presentes que no mostraba una abultada erección o unos enhiestos pezones.

—¿Por qué debería estarlo? —inquirió él a su vez—. No me malinterpretéis, pero el amor que flota en el ambiente es un anafrodisiaco para mí. Tanto afecto me hastía y marea. Prefiero el sexo por el sexo, es lo que me pone.

—Mientes —rebatió Karol al instante—. El amor no puede aburrirte porque jamás has reparado en él. No puede molestarte lo que no comprendes ni sientes. Yo diría que es al contrario. Estás tan cansado de ser una sombra sin emociones, a la que follan y que folla, que no eres capaz de empalmarte. —Frunció el ceño, pensativo—. En Barcelona solo reaccionaste cuando Alba te amenazó, ¿tal vez necesitas algún estímulo en forma de sentimiento, ya sea bueno o malo, para excitarte?

—*Zamknij tą pieprzoną gębę* —siseó Tuomas entre dientes, furioso al percatarse de que Karol se acercaba bastante al origen y la solución de su... problema.

—Parece que he acertado —se burló Karol hundiendo la nariz en el pelo de Laura.

—¿Qué te ha dicho? —masculló ella interesada, dando voz a los pensamientos de todos.

—Le he sugerido que cierre la puta boca —gruñó Tuomas sentándose erguido—. No me excito porque llevo tres jodidos años sufriendo remordimientos, y la conciencia y el arrepentimiento no son buenos compañeros para la lujuria y el deseo —afirmó con rabia.

Karol cabeceó apenado y abrió la boca para replicar, pero no le dio tiempo. Laura se le adelantó.

—¿Tres años? En la carta ponías solo dos. Imagino que está un poco desfasada —comentó restándole importancia aunque por dentro hervía de curiosidad.

Estaba segura de que Tuomas hacía alusión a la trampa que había provocado el destierro y la libertad de Karol. El período de tiempo coincidía, y, ¿qué podría motivar que un cínico como él estuviera afligido, excepto el haber traicionado a su

único amigo? Estaba deseando saber qué había pasado, pero ese no era el momento apropiado para intentar averiguarlo. Si quería tener éxito debía interrogar a los dos polacos cuando estuvieran solos, sin la presencia del resto del grupo. Por muy unido que Karol estuviera a sus amigos, jamás se abriría por completo a ellos.

—¿En la carta? ¿Qué carta? —exclamó Tuomas mirando colérico a Karol. Este apretó los labios a la vez que desviaba la mirada—. ¿La que te di en Barcelona? —preguntó temeroso.

Era imposible. Su amigo jamás dejaría que alguien ajeno a ellos leyera esa carta. Era demasiado personal. ¡Joder, había abierto su puta alma en ella!

Karol asintió despacio, confirmando sus peores temores.

—¿Se la has enseñado? —requirió Tuomas, incrédulo.

—Me la robó...

—¿Cómo que te la robó?!

—Soy una ladrona, es lo que mejor se me da —intervino Laura burlona.

—Era personal, no deberías haberla leído —la acusó Tuomas, herido.

—Le dijo la sartén al cazo —remató Laura, consciente de que él habría hecho lo mismo.

Tuomas la miró enfadado, incapaz de comprender el significado del refrán aunque intuyéndolo.

—No es la única que la... tomó prestada para leerla —dijo Alba con un ligero rubor cubriéndole las mejillas.

Tuomas observó atónito a la salvaje rubia y luego recorrió con la mirada el rostro de los demás. Todos se mostraban avergonzados. Todos menos Zuper que miraba a izquierda y derecha confundido. Por lo visto era el único que no sabía de qué iba el tema.

—¿Qué has hecho, Karol, colgarla en un maldito tablón de anuncios? —siseó furioso. Karol se apresuró a negar con la cabeza, pero Tuomas lo detuvo antes de que pudiera hablar—. Déjalo, no me interesa escuchar tus excusas. Me lo merezco por imbécil, hace años me explicaste que jamás debía dejar nada comprometido por escrito, debí hacerte caso —masculló entre dientes antes de levantarse del sillón—. Creo que ya he cumplido con la pregunta del juego —gruñó antes de dirigirse al mueble bar y servirse un *zubrówka* que se bebió de un trago. Volvió a llenar el vaso con vodka y regresó junto a su traicionero amigo y sus perritos falderos—. ¡Qué! —gritó cuando estos, excepto la imprevisible ladrona, le miraron en silencio.

—Te toca tirar —apuntó Laura arqueando las cejas.

Tuomas empujó la botella con el vaso que tenía en la mano, y cuando esta se detuvo frente al sillón rojo arqueó una ceja hacia Karol.

—Desafío —aceptó este, decidido a no darle la oportunidad de preguntarle. Menos aún en ese momento, cuando Tuomas se sentía tan herido y su furia era tan evidente.

—Bésale los pies a tu maldita ladrona y dile que la quieres y que te horroriza pensar que puedes asustarla y no volver a verla; que por eso no quieres mostrarte como realmente eres, por temor a que salga corriendo si descubre lo que has hecho, lo que te gusta hacer y lo que te gusta que te hagan —dijo Tuomas con rabia, atacando a Karol con aquello que sabía que más le aterraba—. Vamos, no tengas miedo. Al fin y al cabo has elegido desafío, no tiene que ser verdad, solo tienes que interpretar un papel, ¿o no?

Karol miró a su amigo petrificado. No podía haber dicho eso. No podía haberle descubierto de esa manera.

—Oh, pobre. ¿Te has enfadado, Tuom? Parece que el niño malo no es tan insensible como nos quiere hacer creer —canturreó Laura sentándose en uno de los reposabrazos del sillón para luego alzar un pie descalzo y moverlo en el aire como si de la batuta de un director de orquesta se tratara—. Ahí, justo en la punta del dedo gordo tienes que besarme, y si de paso me lo chupas un poco, me harás feliz. Me pone muchísimo que me coman los dedos. —Posó la mencionada extremidad sobre la mano que Karol mantenía en el otro reposabrazos—. Dime que no quieres que me vaya nunca. Que te aterra la vida tan aburrida que llevarías si yo no te volviera loco. Que disfrutas peleándote conmigo —susurró vehemente. Sus ojos trabados en los de Karol, exigiéndole sinceridad.

—No quiero que te marches —murmuró él, anclado a su mirada—. Ya no concibo la vida sin ti. Quédate a mi lado... aunque no pueda darte más de mí que lo que ahora te doy.

—No te preocupes por eso, lo que no te atrevas a darme, ya te lo robaré yo —aseguró Laura con decisión.

Karol sonrió. Una sonrisa confiada y carnal que prometía placer y pasión mientras se inclinaba lentamente para besar el pie que aún sostenía en la mano.

Laura gimió estremecida cuando él le hundió la lengua entre los dedos para luego tomar uno a uno con los labios y absorberlos, lanzando dardos de placer a sus pechos y su clítoris. Si los dedos de su ratoncito eran mágicos, su lengua era pura lujuria. Cerró los ojos excitada a la vez que se pellizcaba los pezones con la mano libre. Era una maldita pena que la postura en la que estaba fuera tan incómoda, porque, de no ser así, podría permanecer inmóvil durante horas solo por disfrutar de los lametones y mordiscos de su lascivo ¿enamorado?

Karol mantuvo los labios entreabiertos mientras las aletas de su nariz temblaban al inspirar la esencia de Laura. Sus testículos tensándose doloridos con cada nueva inhalación mientras su pene palpitante clamaba por un poco de atención. Negó en silencio y la tomó entre sus brazos para volver a sentarla en su regazo, donde debía estar.

Sobre él.

Pegada a él.

Anclada a él.

Se abrazó a ella y hundió el rostro en su cuello para embriagarse con su delicioso olor, plenamente consciente de que estaba perdido. De que era incapaz de retomar la actitud distante que se había obligado a mantener con ella hacía menos de un mes. Al contrario. Estaba ignorando sus propias reglas al permitirse sentir... eso tan especial que sentía por ella. Se había jurado a sí mismo no volver a caer en la trampa. No volver a amar a nadie que no le amara en igual medida.

Estaba rompiendo cada una de sus promesas. Por ella.

Y no le importaba.

Porque ella le había dicho que estaba encaprichada de él.

Y él, maldito tonto, la había creído. Peor aún. La seguía creyendo.

—Tu turno, Eber —jadeó con voz áspera, apartando los labios del acogedor lugar en el que estaban posados.

El alemán carraspeó un par de veces antes de conseguir hablar. El puñetero juego le estaba poniendo a mil; ahora entendía por qué a Karol le gustaba mirar. Era muy excitante.

Hizo girar la botella, y esta se detuvo frente a él mismo. Miró a su esposa, sentada con las piernas muy juntas mientras apretaba los muslos rítmicamente; sus pezones erizados eran visibles bajo la blusa sin mangas que llevaba y tenía la frente perlada de sudor. Esbozó una ladina sonrisa. Las reglas de Laura no decían nada de no jugar contra el otro componente del equipo.

—¿Verdad o Desafío, Sofi?

—Desafío —susurró ella con voz ronca.

—Te desafío a acompañarme a nuestro santuario —exigió besándola en el cuello. Ella asintió con la cabeza—. Creo que hemos perdido, cariño —declaró encantado, tomándola en brazos para luego despedirse de sus amigos con un gesto de cabeza.

—Adiós a la primera pareja —dijo despectivo Tuomas, sin poder ocultar la mirada codiciosa con la que los seguía—. Estarán enamorados, no lo niego, pero se van a follar porque en estos momentos el sexo es más importante para ellos que seguir jugando con sus amigos. Lo que demuestra que la amistad está sobrevalorada. Al igual que el amor. Lo que mueve el mundo es el sexo —murmuró pensativo—. Te toca, Laura, estoy deseando saber con qué nos vas a sorprender ahora.

Laura le indicó a Tuomas que se sentara en el sofá que había ocupado el matrimonio y rehízo los límites de la mesa. Una vez señalada la sección de cada equipo tomó la botella y, tras entornar los ojos en un gesto calculador, la hizo girar.

Karol se irguió en el asiento, consciente de que sus probabilidades de salir elegido se habían multiplicado. Siguió con atención cada vuelta que la botella daba sobre sí misma sin saber si deseaba que se detuviera frente a sus amigos o frente a él. Contuvo el aliento cuando comenzó a detenerse y dejó de respirar por completo cuando rebasó el límite del trío y se adentró lentamente en el de Tuomas... para sobrepasarlo.

—¿Verdad o Desafío, Karol? —susurró Laura con voz ronca.

Karol tragó saliva, indeciso. Sabía cuál sería el desafío elegido por Laura. Querría masturbarle. Llevarle al orgasmo. Lo había intentado esa misma mañana con una felación a la que casi no había conseguido resistirse. Lo había intentado en cada ocasión que se habían visto en el último mes. Cuando estaban juntos no pasaba un segundo sin que le tocara y acariciara, haciéndole adicto a su tacto. Estaba tan enganchado a ella, a su olor, a sus caricias, que incluso la sentía y olía en la soledad de sus sueños y sus vigiliadas.

—¿Verdad o desafío? Decídetelo, no es tan difícil —repitió Laura.

—Elige desafío, seguro que lo disfrutas —le incitó Tuomas, curvando los labios ladino.

Karol miró a su antiguo amigo, parecía divertirse con su situación, con sus dudas y celos. Como siempre. Había cosas que jamás cambiaban. Desvió la vista hacia Zuper y sus novias. Los tres le observaban intrigados a la vez que esbozaban maliciosas sonrisitas. Sí. Ellos también pensaban lo mismo que Tuomas. Lo mismo que él. De hecho, Karol estaba seguro de que Laura había orquestado ese juego para excitarle y hacerle caer.

Y él estaba dispuesto a caer. Al fin y al cabo había comprometido su palabra al jugar, no podía echarse atrás. Debía elegir entre Verdad o Desafío, y la verdad no era una opción. Era demasiado peligrosa.

—Desafío —dijo al fin, clavando sus ojos bicolorés en Laura. Dejaría que lo masturbara bajo sus propias condiciones. No se resistiría a sus caricias pero sí evitaría eyacular.

—¡Maravilloso! —exclamó Laura. Tomó el móvil de la mesa y luego, ante el absoluto pasmo de todos, saltó del regazo de Karol y se dirigió a una zona diáfana del salón—. Ven.

Karol la miró consternado. ¿Quería masturbarlo allí? ¿En mitad del salón? ¿De pie?

No sabía si le sostendrían las rodillas.

Tragó saliva un par de veces para humedecer su garganta repentinamente seca y, tras inspirar profundamente, lo que le llevó a excitarse más aún debido al olor que emanaba de ella, se levantó de su trono de sangre y caminó hacia ella.

—Bailarás conmigo —le dijo desafiante. Karol dio un respingo al escucharla. No era lo que había imaginado. Tampoco lo que había deseado—. Seguid jugando, nosotros solo vamos a bailar —les advirtió a los demás, dejándoles atónitos.

—Puedes hacer lo que quieras con Karol, ¿y solo vas bailar con él? —se quejó un jadeante Zuper, que, a pesar de lo excitado que estaba, no podía dejar de lado su curiosidad.

Laura se giró, le dedicó una amplia sonrisa y acto seguido atrapó la mano de su aturdido ratoncito y tiró, acercándole a ella.

Karol se quedó inmóvil, pegado al suave cuerpo femenino.

¿Laura quería bailar?

¿Por qué?

Y lo que era más importante, ¿cómo?

La miró desorientado. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—Todavía puedes elegir Verdad —le susurró divertida al verle tan paralizado.

—No, prefiero Desafío. Es solo que... ¿Qué quieres que haga? —murmuró confuso.

—Oh, bailar estaría bien —indicó burlona.

—Sí, por supuesto, pero ¿cómo? —Laura arqueó una ceja, ¿Karol se estaba riendo de ella?—. Nunca he bailado —confesó él al fin. Jamás le había parecido interesante. Nunca pensó que le fuera a reportar nada, por tanto, no se había molestado en bailar.

—¿Jamás? —Él negó con la cabeza—. ¡Vaya! —Ahora era ella la sorprendida—. Pues, cariño, déjate llevar y haré que disfrutes como nunca —gimió en su oído a la vez que encendía el reproductor del móvil.

El aire se llenó con los suaves acordes de una guitarra acompañada por un poderoso bajo. Karol estrechó los ojos, pensativo. Conocía esas notas, eran las que daban comienzo a una de las canciones favoritas de Sara, la cantante de los Spirits. Miró a Laura, sorprendido de que hubiera elegido una canción tan antigua. Ella le puso las manos por la nuca, abrazándose a él, para luego dejar reposar la cabeza sobre su hombro.

—Envuélveme la cintura y déjate llevar por la música —ordenó un segundo antes de que una cálida voz comenzara a escucharse a través del moderno móvil.

Karol rodeó la cintura femenina con las manos, frotó su mejilla contra la de ella y acompasó sus pasos al suave y erótico vaivén de Laura.

The only one who could ever reach me Was the son of a preacher man The only boy who could ever teach me Was the son of a preacher man Yes he was, he was, oh, yes he was^[3]. Entonó ella, acompañando a Dusty.

Karol cerró los ojos al escuchar la estrofa elegida. ¿Había sido una coincidencia o la había cantado a propósito? Ojalá fuera la segunda opción.

Deseó ser el hijo del predicador.

Deseó ser quien la consiguiera.

El único hombre que la enseñara.

La abrazó con más fuerza y dejó resbalar los dedos hasta su seductor trasero. Ella le soltó la nuca, le recorrió los hombros y los brazos y al llegar a las muñecas, se las sujetó con fuerza y tiró, obligándole a volver a colocar las manos en su cintura. Una vez conseguido su propósito, retomó su posición original, aferrada a su nuca.

Karol parpadeó confundido, ¿qué se proponía Laura ahora? Negó levemente con la cabeza, era mejor no hacer preguntas a las que no iba a conseguir respuesta. Hundió la cara en el hueco entre su hombro y su delicioso cuello. El dulce y a la vez picante aroma de su imprevisible ladrona lo envolvió, enloqueciéndolo más aún. Ancló los dedos a la lisa cintura, atrayéndola contra él, hacia la erección cada vez

más dura y dolorosa que se elevaba en su entrepierna y buscó con la boca el lóbulo de su oreja. Cuando lo encontró lo sujetó con los labios, decidido a darle un pequeño mordisco. Ella dio un tirón, apartándose de él. Alejando su pelvis, su cuello y su rostro de él. Interponiendo unos devastadores centímetros entre su cuerpo anhelante y el de ella.

Gruñó. No pudo evitarlo.

Como un animal en celo.

Como un hombre al que le arrebatan la vida.

Volvió a pegarla a él y bajó la cabeza para besarla. Para apoderarse de su esencia y degustar su sabor. Ella volvió a apartarse, negándole su boca. Su lengua. Su tacto. Su olor.

Laura se rio maliciosa al observar la desesperación dibujada en el rostro de su ratoncito. Le guiñó un ojo y coreó la estrofa que sonaba en ese momento.

Stealin' kisses from me on the sly *Takin' time to make time* *Tellin' me that he's all mine*^[4]. La voz de Dusty se elevaba por encima de la música, aumentando su potencia y sensualidad. El clímax de la canción se acercaba. El hijo del predicador conseguía sus propósitos.

Él era el hijo del predicador.

Le robaría besos.

Se tomaría su tiempo.

Le diría a Laura que era suyo.

Karol se quedó sin respiración. Él no era de nadie. O sí. Sí lo era. Era de Laura. Y ella era suya.

Aferró la coleta medio desecha que apenas si retenía la melena de la joven y se envolvió el pelo en el puño. Tiró, obligándola a alzar el rostro. Ella sonrió artera. Él bajó la cabeza para besarla. Ella le esquivó de nuevo.

—Creo que has entendido mal el desafío. Tienes que bailar, no magrearme. No es tan difícil, solo debes seguir la música y dejar las manos y la boca quietas —le regañó divertida.

Karol dio un respingo al escucharla.

—Me vuelves loco —siseó enfadado, apoyando la frente en la de ella—. No consigo comprenderte. No puedes ser tan... —se detuvo, estrechando los ojos—. Me estás haciendo pagar. Esto es una especie de venganza cruel y retorcida —susurró de repente. Laura arqueó una ceja, instándole a explicarse—. Desde que te conozco no has hecho más que tocarme y besarme, sin importarte si yo quería o no. Y ahora que soy yo quien quiere besarte no me dejas.

—¿Es eso lo que piensas de mí? —inquirió Laura—. Que soy vengativa y retorcida...

Karol estuvo a punto de negar con la cabeza, arrepentido por la crueldad de sus palabras, pero se detuvo antes de hacerlo.

—Sí lo eres —musitó, dejando de bailar—. Y yo me merezco tu venganza.

—Tienes razón, ratoncito —aceptó Laura con evidente diversión—. Soy vengativa, calculadora y retorcida. Pero esto no ha sido una venganza. No soy tan sutil, ni tan buena. Cuando me quiero vengar tiendo a destrozar a quien me hiere, no a excitarlo y frustrarlo. No, querido, no era eso lo que pretendía con este desafío.

—¿Entonces qué?

—La canción ha acabado —dijo Laura dirigiéndose a donde estaban los demás—. Tu turno, Elke.

Karol negó con la cabeza, frustrado por la falta de explicación, por las caricias robadas en el sillón, por los besos que ella no le había permitido darle mientras bailaban, por el olor a lujuria y excitación que penetraba sin piedad su nariz e inundaba su cerebro. Tenía la piel empapada en sudor, los testículos tan tensos y contraídos que le dolían, la polla dura y palpitante y las manos trémulas por el deseo insatisfecho. ¡No podía continuar así!

—Disculpadme en este turno —se excusó dirigiéndose al mueble bar.

Laura sonrió complacida al verle caminar tembloroso. Ese había sido su propósito al sugerir el juego, vencerle con sus propias reglas, hacer caer sus defensas. Y casi lo había conseguido. Se detuvo tras el sillón rojo, pero no se sentó en él.

Elke observó a la parejita infeliz y, tras esbozar una maliciosa sonrisita, empujó la botella. Esta giró hasta detenerse frente a Tuomas, quien por supuesto, eligió Verdad.

—¿Cuál es tu perversión? —inquirió Elke.

—¿Cuál no lo es o no lo ha sido? —respondió Tuomas—. Puedes hacerme lo que quieras, y todo me gustará. Una mujer o varias, un hombre o varios; hombres y mujeres a la vez. Me da lo mismo. Pégame, átame, electrocútame, pínchame, folla cada uno de mis agujeros o deja que folle cada uno de los tuyos. Hazme lo que quieras y yo lo disfrutaré... O mejor dicho, lo disfrutaba. Ahora por desgracia, como he confesado antes, tengo un pequeño problema con el sexo del que espero recuperarme en breve —dijo haciendo girar la botella.

Laura la observó girar apoyada en el respaldo del trono. Cuando se detuvo ante el trío, se apartó para dirigirse al mueble bar, donde Karol miraba con obsesiva atención los cubitos de hielo.

—Me gustaría ver bien esas enormes tetas —musitó Tuomas desafiante cuando la alemana eligió desafío—. Levántate la camiseta y juega con tus pezones, y ya que estás puesta, pellizca también los de tu novio.

Laura sonrió al escuchar la respuesta arrogante de Elke, recordándole burlona que podía mirar pero que no se iba a empalmar. Se colocó tras Karol, la cara apoyada en su hombro mientras le envolvía la cintura con los brazos.

—No juegues conmigo —musitó él al sentir sus endurecidos pezones frotándose contra su espalda desnuda.

—No lo hago —rebató ella, lamiéndole la nuca para luego soplar sobre la piel húmeda.

—Sí lo haces. Me estás volviendo loco —siseó estremeciéndose por la etérea caricia.

—Oh, ¿mi ratoncito está enfadado? —lloriqueó burlona—. La próxima vez inténtalo con más ganas —le retó beligerante, deslizando las manos bajo los pantalones de seda para aferrar con dedos ávidos la imponente erección.

Karol gruñó enfurruñado y se apresuró a detenerla. Le aferró las muñecas, sujetándole las manos por encima de la cinturilla del pantalón. Si ella no le permitía besarle, él no iba a dejar que le tocara. Y sí, era consciente de que era una actitud infantil. Pero le daba lo mismo.

—¿Me vas a castigar por no permitir que me besaras? —inquirió divertida moviendo los dedos sobre la piel del estómago masculino.

—No. Nunca permito que nadie me toque, ya deberías saberlo —replicó airado—. Solo dejaré que me toque quien me quiera, y como solo yo me quiero, solo yo me toco —repitió entre dientes el mantra que llevaba entonando tres años. Solo que en esa ocasión le pareció pueril y ridículo.

—Precioso discurso. Un poco cursi, pero desde luego es muy sentido —declaró socarrona antes de darle un ligero mordisco en el cuello—. No esperarás que ahora te diga que te quiero, ¿verdad? Porque si es así, pierdes el tiempo. No te lo voy a decir —rechazó rotunda—. No me gustan esas cursilerías. Pero sí te diré que tienes muchas probabilidades de convertirte en el hombre de mi vida —afirmó.

Karol se estremeció al escucharla. Cada músculo de su cuerpo tembló antes de sumirse en una tensa inmovilidad.

—Pero no te llesves a engaño —continuó diciendo ella—, ahora mismo solo estoy muy encaprichada de ti.

—Y un capricho dura más que una pasión eterna —farfulló Karol, tirando de ella hasta que quedó acorralada contra la barra del mueble bar. Cara a cara con él. Sus labios a la distancia de un suspiro.

—Mucho más —afirmó Laura con vehemencia. Una de sus manos deslizándose nuevamente bajo los pantalones de seda en tanto que la otra se posaba sobre el torso de él—. Sobre todo un capricho del corazón. —Le envolvió la polla entre los dedos a la vez que besaba la piel bajo la que latía agitado su vulnerable corazón—. Esos son infinitos... y mucho más intensos que la pasión.

—Estoy aterrado, Laura —confesó Karol, envolviéndole la mano con la suya para impedir que le masturbara, pero no la apartó de su necesitado pene.

—Tienes razones para estarlo. Soy una ladrona, voy a robarte el corazón y la cordura —le amenazó acariciándole el glande con el pulgar. Karol cerró los ojos y jadeó extasiado, sin saber si era por sus palabras o por sus caricias—. Dime, esto de no tener orgasmos con otra persona si no está enamorada de ti, ¿tiene que ser recíproco? —le preguntó de repente.

Karol abrió los ojos para mirarla confundido, sin entender a qué se refería.

—¿Tú también tienes que querer a la persona que te lleve al orgasmo, o eso no es imprescindible? —explicó Laura arqueando una ceja a la vez que trazaba círculos con el pulgar en la abertura de la uretra, extendiendo las gotas de líquido preseminal que manaban de esta.

—Es imprescindible —afirmó Karol vehemente—. Si alguna vez dejas que alguien me toque o me haga el amor, estaré enamorado de ese alguien —declaró. Y, con sus ojos perdidos en los de Laura, comenzó a mover lentamente la mano con la que apesaba la de ella, acariciando con los dedos de ambos la erección.

—Ajá. Y, ¿te estás esforzando por enamorarte? —inquirió Laura aproximando los labios a los de él.

—Mucho. Me estoy esforzando tanto que casi creo que ya lo estoy —susurró Karol sin aliento antes de abrir los dedos, permitiendo que fueran solo los de Laura los que le acariciaran, aunque la palma de su mano siguió posada sobre el dorso de la de ella.

Laura se elevó lentamente sobre las puntas de sus pies, y aferrándose con la mano libre a su cuello, lamió y mordisqueó su boca, incitándole a abrirla para ella.

Karol separó los labios con un rendido gemido y peleó contra su lengua por acariciarle el cielo del paladar y saborear el interior de sus mejillas. Y mientras sus lenguas pugnaban, sus manos continuaban moviéndose sobre la erección. La de Laura ciñéndole el pene con dedos suaves y presión constante, estableciendo el tempo de las caricias mientras él continuaba posando su mano sobre la de ella, temeroso del punto de no retorno que estaba alcanzando. Asustado por el poder que le estaba otorgando sobre él.

Sus rodillas fallaron y tuvo que apoyar la mano libre sobre la barra del mueble bar cuando ella le albergó el glande en la palma y ejerció una suave presión. Se estremeció dejando caer la cabeza hacia atrás cuando le aprisionó una tetilla entre los dientes y apretó, mezclando el ligero dolor con el placer. Jadeó al borde del éxtasis cuando volvió a masturbarle con fuerza y los dedos de la mano que no le torturaba la polla descendieron hasta sus testículos para jugar con ellos.

Lo estaba matando lentamente. Con sus caricias, con sus besos, con su aroma, con su carácter. Y él estaba deseando morir por ella.

Sintió su pene engrosarse, volverse más pesado mientras sus testículos se retraían más aún. Todos los músculos de su cuerpo tensándose ante el inminente orgasmo mientras él negaba con la cabeza, aterrado. Intentó mantener los ojos abiertos, fijos en ella, en su pícara ladrona, en sus labios burlones y sus ojos sagaces, pero no lo consiguió. Sus párpados se cerraron, y con ellos sus dedos. Cuando el primer espasmo de placer le alcanzó, su mano envolvía de nuevo la de Laura y ambas se movían al uníson. Pero eran los dedos de ella los que le acariciaban. Los que se deslizaban sobre toda su longitud, friccionándole el frenillo. Era la mano de Laura la que le acogía los tensos testículos, la que le arrullaba el escroto. Por primera vez en tres años no era él quien propiciaba su orgasmo.

Era Laura. Su astuta ladrona que le había robado el alma, el corazón y la cordura. Frotó su mejilla contra la de ella y se abandonó al éxtasis.

Laura le sostuvo cuando todo su cuerpo tembló y un largo gemido abandonó sus labios dejándole sin respiración. Siguió sosteniéndole cuando las piernas le fallaron y el último espasmo de placer le atravesó, arrebatándole las fuerzas y obligándole por fin a dejarle libre la mano que había mantenido aprisionada contra su pene para así sujetarse con ella a la encimera.

—Me temo que... nos he ensuciado un poco —balbució Karol poco después, mirándola azorado.

—Bueno, eso se soluciona con un poco de agua y jabón —replicó ella, divertida por su repentina e inusitada timidez. No había nada más hermoso que su ratoncito tras correrse. Su pálida piel sonrosada por la pasión y sus ojos desenfocados, enturbiados por el deseo. Le acarició la frente con los labios.

—Voy a... lavarme. —Karol giró sobre sus pies y se dirigió a la torre con la cabeza baja, esquivando la mirada de sus amigos al pasar junto a los sillones.

—Así que a esto os referís cuando decís que alguien huye con el rabo entre las piernas —comentó Tuomas burlón cuando su amigo pasó junto a él.

Karol dio un respingo, pero en lugar de contestar a su pulla continuó su camino hacia la torre.

—Déjale en paz, Tuom —le recriminó Laura sentándose en el trono de sangre.

—¿No vas a lavarte? —inquirió el polaco mordaz.

—¿Quieres chuparme los dedos? —replicó ella tendiéndole la mano—. Así podrás saborear el semen de tu amigo.

—No gracias, sé perfectamente cuál es su sabor —rechazó desdeñoso.

—Lo sé, no te los ofrecía por eso, sino para que pudieras saborearlo por última vez —susurró ella llevándose los dedos a la boca y chupándolos con fruición—. Ahora es mío. Y yo no comparto.

—Aún no es tuyo —rebatió Tuomas—. No lo será hasta que te lo folles.

—¿Me estás retando? —inquirió Laura esbozando una pícaro sonrisa.

—Por supuesto.

Laura asintió despacio con la cabeza, aceptando el reto, y luego se inclinó para tomar unos cuantos cubitos de hielo medio derretidos de la cubitera que había en la mesa. Se frotó las manos con ellos para acabar limpiándose las en la camiseta bajo la atenta y sobrecogida mirada de Alba, Elke y Zuper, que no habían perdido detalle del erótico interludio entre los amantes ni del intercambio de pullas entre el polaco y la ladrona.

—Joder, no sé qué me ha gustado más —farfulló Zuper—: la súperpaja que le has hecho a Karol o los cortes que le has pegado a Tuomas. Tía, eres mi *ídola* —afirmó reverente.

Laura estalló en una musical carcajada al escucharle. Y así fue como se la encontró Karol cuando regresó al salón. Apenas le había dado tiempo a lavarse las

manos cuando la acuciante necesidad de regresar junto a ella le había dominado, por lo que se había cambiado los pantalones con rapidez para luego bajar a la carrera.

Todo seguía igual, y a la vez todo había cambiado.

Laura se estaba riendo, sentada cual reina en su trono y rodeada por las risas de sus amigos, a quienes había conquistado sin problemas, incluso al cínico e irritante Tuomas. Caminó hasta ellos fingiendo una seguridad que no sentía y al llegar junto a Laura, la tomó en brazos, alzándola para sentarse en el sillón y luego colocarla sobre su regazo.

—Ahora que has vuelto podemos seguir jugando —jadeó Zuper arqueando la espalda—. Por favor, Karol, querido amigo, estimado jefe, haz que la botella me señale a mí y desafíame a que me corra... lo necesito —suplicó elevando las caderas, lo que provocó que Alba le propinara un azote en la entrepierna, pues solo ella podía decidir si se corría o no, y desde luego era una atroz falta de control pedírsele a otra persona. Algo que daba buena prueba del estado en el que se encontraba el pelirrojo.

Karol arqueó una ceja y por fin centró la mirada en el trío que ocupaba el sofá negro. Zuper seguía con las manos entrelazadas a la nuca y las piernas abiertas, pero era lo único que no había cambiado en él desde el principio del juego. Jadeaba agitado y tenía los ojos entrecerrados mientras Elke le pellizcaba con saña las erizadas tetillas. Alba por su parte continuaba amasándole la polla con la botella de vodka. Karol estrechó los ojos, la tela vaquera que cubría la enorme erección del pelirrojo estaba empapada.

Miró interrogante a Alba.

—Se alteró bastante cuando vio a Laura masturbarte —comentó la rubia encogiéndose de hombros con fingida indiferencia—. De hecho todos nos excitamos. Fue magnífico, Karol —le felicitó esbozando una cariñosa sonrisa—, pero Zuper estaba cerca de correrse, más aún con el desafío de Tuomas. Ya sabes cómo le afectan las tetas de Elke. Le vuelven loco. Así que para tranquilizarle continué metiéndole hielos bajo la polla y sobre los huevos.

—Entiendo —musitó Karol haciendo girar la botella sobre la mesa... y deteniéndola con los dedos frente a Zuper—. Os desafío a bajar a la mazmorra de Alba y correr como locos.

—Gracias, tío —suspiró Zuper.

—No cantes victoria tan pronto, sumiso —le regañó Alba mordiéndole los labios, lo que le dejó al borde del orgasmo—. ¿Quieres bajar a la mazmorra y ver nuestra sesión? —le preguntó a Laura.

—Me encantaría, gracias. Pero tendrá que ser en otra ocasión... ahora mismo tengo un desafío en mente que no puede esperar —comentó esbozando una diabólica sonrisa.

Alba asintió guiñándole un ojo y luego ordenó a sus sumisos que la siguieran hasta la mazmorra. A cuatro patas.

—Ya me gustaría que me invitaran a mí —comentó Tuomas siguiéndolos con la mirada hasta que penetraron en la torre—. La alemana tiene unas tetas de impresión.

—No veo que hayan servido de mucho para curar tu... aflicción —comentó Karol señalando su falta de erección.

—Pues no, pero ya me conoces, me gusta admirar las cosas hermosas —afirmó fijando la mirada en Laura a la vez que inclinaba la cabeza.

—Empecemos un nuevo juego —comentó ella, levantándose del regazo de Karol y sentándose en el lugar que acababa de dejar libre el trío.

—¿Se acabaron los equipos? —inquirió Tuomas. Ella asintió—. ¿Podemos pedir cualquier respuesta y cualquier reto, sin importar quién sea pareja de quién? —especificó y ella volvió a asentir—. Maravilloso. El juego se animará bastante...

—No te imaginas cuánto —replicó Laura con una peligrosa y artera sonrisa, dejando perplejos a ambos hombres. Hizo girar la botella y cuando esta se detuvo frente a Tuomas, le miró interrogante. El polaco eligió Verdad, como en todas las ocasiones—. Qué previsible eres —le espetó las mismas palabras que él había dicho varias veces durante el juego—. Dime, Tuomas, ¿qué ocurrió hace tres años? ¿Qué le hiciste a Karol para que le aterre perder el control y confiar en los demás? ¿Qué trampa le tendiste?

La traición del príncipe

—**M**ALDITA seas, Laura. No puedes preguntarle eso —siseó Karol, palideciendo.

—Claro que puedo, de hecho, acabo de hacerlo.

—No voy a contártelo —rechazó Tuomas tan pálido como su amigo.

—Oh, vamos, no seáis tan tiquismiquis. No me voy a asustar por un poco de sexo extremo. ¿No os atrevéis? —los exhortó desafiante—. Está bien, empezaré yo...

Karol se tensó, aterrado. Conocía a su perspicaz ladrona, sabía de lo que era capaz frente a un ordenador. Y también sabía que ningún artículo o imagen se podía borrar por completo de Internet una vez había sido colgado.

—Érase una vez dos amigos. O mejor dicho, dos hombres que se creían amigos, pues aún está por descubrir que lo fueran —inició Laura el cuento—. Estos dos hombres tenían unos apetitos sexuales un tanto... peculiares. Uno de ellos se echó novia y al otro le sentó fatal porque, además de aburrirse como una ostra, sintió que era dejado de lado. Así que ideó un plan para hacer caer a su amigo... —Fijó la mirada en Tuomas, esperando que este, a quien los remordimientos le convertían en el más débil de los dos, continuara la historia.

—No estás contando nada nuevo —declaró él con sorna, relajándose al ver que ella se limitaba a repetir lo que tantas veces había sido relatado—. No te esfuerces, Laura, no tienes ninguna pista de lo que pasó.

—¿No? Entonces me inventaré el resto —replicó ella—. El amigo agraviado descubrió un lugar de sexo y depravación en el que se llevaban a cabo ciertas... prácticas. Prácticas que eran el contrapunto perfecto a la promesa de fidelidad que su amigo se había autoimpuesto tras su compromiso. Porque... ¿Hay infidelidad en llegar al orgasmo sin que nadie, ni siquiera tus propias manos te toquen? —inquirió Laura clavando los ojos en Karol. Había investigado sobre el tipo de sexo que se vendía en ese local y estaba segura de que ese había sido el argumento esgrimido por Tuomas para convencerle.

Los dos polacos cruzaron las miradas, recordando exactamente la misma escena. Tuomas en la casa de Karol, intentando convencerle de que le acompañara al Gabinet. «He encontrado la manera de disfrutar de un poco de sexo sin que te mates a pajas. Sexo creativo y depravado sin que nadie tenga que tocarte ni follarte. ¿No te apetece correrte como un loco sin necesidad de ningún contacto físico?», le había preguntado, y Karol había asentido.

—Está dando palos de ciego —arguyó Tuomas, tragando saliva. La astuta ladrona se estaba acercando peligrosamente.

—No. Sabe perfectamente de lo que está hablando —rebatía Karol yendo a por un par de vasos para llenarlos con la botella de vodka que tantas veces habían hecho

girar—. Adelante, continúa. Dinos qué más has averiguado.

—Mmm... Los dos amigos se dirigieron a un lugar a las afueras, no muy apartado de la ciudad. Un local dedicado a prácticas prohibidas que se ocultaba tras la respetable apariencia de un club social. Pero no lo era. Era un... gabinete. El Gabinet —susurró Laura. Sus ojos fijos en los de Karol.

—Sigue. No te pares ahora —la exhortó él, balanceando el vaso que sujetaba.

—No era un sitio muy elegante...

—Y tú que sabrás —replicó Tuomas despectivo.

—He leído algunos artículos de la prensa amarilla de vuestro país en los que se elucubraba sobre lo que pasó esa noche en el Gabinet —explicó Laura con aparente calma.

—Mentirosa —siseó Tuomas saltando del sillón para enfrentarse a ella—. No existe ningún dato sobre el Gabinet, Wlod se encargó de que todo fuera eliminado. Te lo estás inventando todo. No cabe duda de que tienes una gran imaginación —afirmó retomando su actitud insolente y despreocupada.

—No seas ingenuo, Tuom. Nada se borra en la red, se desindexa y va a parar a la Deep Web; solo hay que saber cómo buscar. Y yo sé —aseveró Laura—. Era una casa baja. El interior era una sala diáfana, las paredes y el suelo oscuro, con la decoración típica de cualquier club de BDSM. Al fondo había una puerta metálica... —Laura describió la sala en base a la única fotografía que había encontrado. Lo cierto era que Tuomas no iba muy desencaminado; el *hacker* contratado por Wlod había hecho su trabajo bastante bien. Pero ella era una rastreadora excelente—. Tenía un aspecto bastante cutre. No era el tipo de lugar al que estabas acostumbrado, ¿verdad? —Fijó la mirada en Karol a la vez que jugaba su última carta. No tenía más datos sobre el Gabinet, salvo los inverosímiles y sensacionalistas rumores vertidos por la prensa amarilla, pero la foto del lugar dejaba claro que no era un club lujoso y discreto como los que Karol, dada su desahogada economía, visitaría.

—No. No lo era. Pero no me importó. Estaba harto de la castidad, y la promesa de Tuomas me tentaba más allá de toda prudencia —masculló él dando un trago de vodka—. No me gustó que nos dejaran entrar sin más, sin haber sido invitados por un socio o pedirnos alguna referencia, solo pagando una buena cantidad de dinero. Era una grave grieta en la seguridad, pues indicaba que no seleccionaban a los clientes y por tanto cualquiera podía pasar. Era peligroso, y aun así me quedé. Era más fuerte el deseo que la sensatez —finalizó. Los labios cerrados con fuerza y la mirada fija en el vaso que sujetaba entre las manos. Era extraño, tres años guardando silencio y, ahora que había comenzado a hablar, tenía que hacer un esfuerzo para callar.

—Imagino que lo que encontraste en la sala fue tan tentador que no pudiste resistirlo —comentó Laura con fingida indiferencia.

—En absoluto —rebatía él al punto—. De hecho, estuve a punto de marcharme nada más entrar...

—Pero yo se lo impedí —apuntó Tuomas alzando el vaso a modo de brindis antes de dar un largo trago—. Aún no sé como logré persuadirte de que me dieras otra oportunidad, el Gabinet no era nada del otro mundo. —Subió los pies a la mesa y cruzó los tobillos, adoptando una pose despreocupada que no ocultaba los remordimientos que habitaban en sus ojos y le hacían temblar las manos.

—Era más de lo mismo, pura bazofia —afirmó Karol, los ojos fijos en Laura. Por lo visto sufría algún tipo de incontinencia verbal, porque era incapaz de permanecer callado—. Un antro en el que se daban todos los estereotipos del BDSM. Paredes de ladrillos, suelos negros, cadenas, cruces de San Andrés, columpios, camillas, ruedas de tortura, jaulas, ganchos... Todos los aparatos y juguetes que puedas imaginar abarrotaban la sala —recordó cerrando los ojos—. El olor a...

... Sexo y lujuria inundaba la estancia, excitándole a pesar de que las escenas que le rodeaban le provocaban más hastío que deseo. Hombres desnudos atados, mujeres sobre altísimos tacones de aguja, el restallar del látigo y los gemidos de los sumisos. No era eso lo que le había prometido Tuomas.

—¿Este es el sitió tan maravilloso en el que me voy correr sin que nadie me toque? —le preguntó incrédulo—. No voy a negar que para algunos puede resultar en cierto modo... entretenido —masculló mirando despectivo a su alrededor—, pero si no visito nuestros clubs, más seguros y elegantes, menos aún voy a permanecer aquí. —Giró sobre los talones para dirigirse a la salida.

—Todavía no lo has visto todo... —lo retuvo Tuomas, agarrándole del brazo.

—No sé si quiero ver más —replicó Karol soltándose de un tirón—. Ha sido un error venir aquí. Cualquiera puede colarse... No hay ninguna seguridad.

—¿Temes que haya periodistas? —inquirió burlón Tuomas. Karol apretó los dientes, repentinamente furioso—. Oh, vamos, ¡no seas ingenuo! Si la prensa sabe siempre dónde estás es porque tu padre, y tal vez Laska, se ocupan de avisarles. Es publicidad gratis para vuestras empresas —afirmó desdeñoso—. Cada vez que salís retratados dándoos un beso suben las acciones de la Lojek y la Spak.

Karol hundió las manos en los bolsillos, colérico. No le faltaba razón a Tuomas. Estaba harto. Su vida siempre había estado expuesta en los medios de comunicación, pero desde hacía tres meses el acoso se había vuelto inhumano.

—Nadie sabe que estamos aquí, solo yo. Dime, ¿tan malo sería volver a ser tú mismo durante un par de horas? —le tentó Tuomas.

Karol negó con la cabeza. ¿Alguna vez había sido él mismo? Ya no lo sabía.

—Este lugar puede parecer basura, y lo es, no te lo niego, pero —Tuomas envolvió la cintura de Karol con las manos y le obligó a girarse, quedando tras él— mira al fondo. Más allá de las cruces y el potro hay una puerta metálica, ¿la ves? —le susurró al oído, su endurecido pene rozándole el trasero mientras que el olor de su excitación le invadía la nariz, excitándole—. Tras ella hay un placer al que no podrás

resistirte. Un placer que no podrás controlar, que dominará tu voluntad y tu cuerpo y ante el que solo podrás dejarte llevar. ¿De verdad vas a darle la espalda sin experimentarlo? —inquirió deslizando la mano sobre la gruesa erección de Karol.

La apretó con fuerza entre sus dedos para soltarla con rapidez cuando Karol hizo ademán de apartarle de allí. Luego le rozó el trasero con una erótica caricia y caminó decidido hacia la puerta metálica.

Karol le siguió.

Tuomas se detuvo al llegar e hizo una burlona reverencia, cediéndole a su amigo el dudoso honor de ser el primero en atravesar el umbral.

Karol sacudió la cabeza, harto de tanto teatro y, sin pensárselo más, abrió la puerta y entró.

La habitación en la que se encontró no se parecía en nada a la sala en la que habían estado. Era... aséptica. Brillantes y despejadas paredes metálicas, suelo blanco, estanterías de acero inoxidable y, en el centro de la estancia, una camilla articulada. Blanca. Con la parte inferior dividida en dos aspas que parecían formar un triángulo sin base. Ancladas a la estructura colgaban fajas y correas de sujeción. También eran blancas. Como todo lo que había en aquella sala. De pie junto a la camilla, una mujer disfrazada de enfermera colocaba sobre un carro quirúrgico una máquina y diversos accesorios.

Karol giró sobre sus talones, dándole la espalda a la sala para encararse a su amigo.

—¿Qué narices es esto, Tuom? Sabes que no me atrae el *médical* —siseó tan enfadado como sorprendido. Tuomas, al igual que él, siempre se había mostrado reacio a ese tipo de juegos—. Si quieres probarlo, adelante, pero a mí no me metas en esto —le espetó.

—No te pongas nervioso, Karol —se burló Tuomas, esquivándole para entrar en la sala—. No es *médical*, al menos no exactamente. ¿Ves enemas, catéteres o algún aparato quirúrgico? —Karol negó con la cabeza, un poco más tranquilo—. Es electroestimulación —susurró Tuomas con fingido fervor, caminando hasta el carro—. Unos pocos electrodos aquí y allá, *et voilà*, orgasmo asegurado... y ni siquiera tendrás que tocarte. La *ErosTek* es una maravilla —murmuró pasando los dedos por la máquina para luego detenerse sobre los anillos de silicona conductora.

—¿Lo has probado? —Karol se acercó, intrigado.

—¿Te recomendaría algo que no hubiera experimentado? —Tuomas simuló sentirse ofendido.

—No, claro que no. —Karol observó con ojos entrecerrados los cables que salían del *plug* anal y la corona de electrodos para el glande—. ¿Duele?

—Solo si quieres que duela.

—No parece muy agradable.

—Te aseguro que lo es. Muy, muy placentero. Súbete a la camilla y pruébalo, pero antes quítate la ropa —le instó Tuomas, para a continuación deslizarle las manos

por la cintura y desabrocharle el cinturón.

—Puedo hacerlo solo —le rechazó Karol, apartándose de él.

Se desnudó haciendo caso omiso de los extravagantes suspiros de su amigo y se colocó junto a la camilla.

—Tumbese con el trasero sobre el borde —le indicó la supuesta enfermera.

Karol se sentó remiso, colocando el culo sobre el margen central de la camilla y las piernas en las separadas y alzadas aspas que conformaban la parte inferior de la misma. La enfermera lo empujó, instándole a tumbarse para luego asir las correas de sujeción.

—No es necesario que me ate —protestó Karol incorporándose hasta casi quedar sentado. Empezaba a arrepentirse de haberse dejado llevar por la curiosidad. Toda esa escena era demasiado... fría.

—Sí es necesario —intervino Tuomas conciliador, tomando las correas, al percatarse de que Karol comenzaba a recelar—. Además de añadir morbo al asunto, es una medida de seguridad —dijo. Y no mentía. Los espasmos provocados por la electricidad durante las sesiones más duras podían hacer incluso saltar a los esclavos. Claro que él no pensaba llegar ni remotamente a ese extremo.

Karol arqueó una ceja, poniendo en duda las palabras de su amigo.

—¿Ya no confías en mí? —Tuomas le dirigió lo que esperaba fuera una mirada dolida y dio un paso atrás, soltando las correas—. He sido un estúpido. Vámonos a casa —dijo alzando la barbilla altivo.

—No... Espera —le llamó Karol—. No desconfío, es solo que... Estoy muy susceptible últimamente —explicó volviendo a tumbarse, el ano y los genitales expuestos al adoptar la postura a la que le obligaba la camilla—. Lo siento.

—Está bien, lo entiendo —aceptó Tuomas—. Yo también estaría susceptible si tuviera que escuchar la voz de pito de Laska a todas horas —comentó atándole los tobillos, las pantorrillas y los muslos con las correas.

—Laska no tiene voz de pito —susurró Karol inspirando lentamente para intentar relajarse, pero el olor a sexo que llenaba la habitación se lo puso muy difícil.

—Sí la tiene. Es una mujer muy guapa con una voz horrorosa. Tan horrorosa y fría como es por dentro —sentenció Tuomas a la vez que le rodeaba la cintura y el torso con las fajas de sujeción.

—No es tan fría...

—¿Cuándo fue la última vez que te la follaste? —inquirió burlón. Karol respondió con un bufido—. Lo ves, ni siquiera te acuerdas. No tuvo que ser nada memorable —afirmó sujetándole las muñecas a la camilla con las correas.

—Sí fue memorable —replicó Karol. Tanto, que no conseguía olvidarlo. No se había sentido peor en su vida; como si fuera un objeto al que había que soportar y utilizar para alcanzar un fin—. ¿Es necesario que también me ates las manos? —indagó tirando de las correas solo para comprobar que apenas si podía moverse.

—No, pero es mucho más divertido —afirmó Tuomas comprobando que ninguna sujeción apretara demasiado—. Quizá tengas razón, imagino que meter la polla en el coño helado de la más puta y calculadora de las zorras tiene que ser algo difícil de olvidar —gruñó tomando algo del carro quirúrgico.

—Tuomas, no sigas por ahí —le advirtió Karol, sorprendido por el repentino ataque a Laska; su amigo solía ser más moderado en sus opiniones.

Estrechó los ojos al ver que se ponía unos guantes de látex. ¿Qué diablos estaba haciendo? Respiró despacio, consciente de que la excitación de su amigo había aumentado exponencialmente, excitándole a él a su vez. ¡Como si no fuera suficiente el deseo y la frustración que le recorrían! Con cada inhalación que daba su polla se endurecía y sus testículos se tensaban.

—Sí, es mejor que me calle. No quiero escucharte defender lo indefendible —masculló Tuomas vertiéndose lubricante en los dedos—. Tengo una curiosidad, Karol —susurró colocándose entre sus piernas separadas—. ¿Te dejó follarle el culo? Y, lo que es más importante, ¿le has dicho lo mucho que te gusta que te ordeñen la próstata? —preguntó con voz suave, masajeándole el esfínter anal.

—¿Qué estás haciendo, Tuom? —exigió saber Karol, tirando de las correas que le inmovilizaban.

—Nada. Tranquilízate. No voy a follarte, sé de sobra cuáles son tus nuevas normas, llevo asumiéndolas ya varios meses —murmuró enfadado sin dejar de amasar el fruncido anillo de músculos—. Solo estoy relajándote el ano, ¿prefieres que sea la enfermera quién lo haga?

—Ninguno de los dos —gimió Karol con los ojos cerrados, casi rendido al placer.

—¿En serio? ¿Quieres que te meta el *butt plug*^[5] en el culo sin dilatarte antes? —inquirió burlón, penetrándole con un dedo a la vez que chasqueaba la lengua desaprobador—. No te lo aconsejo, puede ser doloroso. Es mejor ir poco a poco... ¡Oh, vaya! ¿Cuánto hace que no te corres? —exclamó al dar con la próstata—. Santo cielo, Karol, está hinchada, cargada de líquido. ¿Ya no te acuerdas de cómo ordeñarte o es que tus estúpidas normas sobre la fidelidad no te lo permiten? —siseó introduciéndole otro dedo para friccionar con ambos ese punto.

Karol jadeó y arqueó la espalda todo lo que se lo permitieron las fajas de sujeción.

—Basta, Tuomas —gimió cuando este intensificó el masaje.

—Como quieras —aceptó, retirando los dedos. Tomó el *butt plug* lo embadurnó de lubricante y lo introdujo lentamente en el ano de Karol—. ¿Mejor así? —inquirió haciéndolo girar en su interior.

Karol negó en silencio antes de echar la cabeza hacia atrás y gemir. Hacía tanto tiempo que nadie le acariciaba, que no se permitía jugar con nadie, excepto con sus propias manos.

Tuomas se deshizo de los guantes y vertió gel conductor sobre las palmas desnudas de sus manos para acto seguido envolver el rígido pene de Karol entre sus

dedos y comenzar a masturbarlo.

—Tuomas, no —jadeó él casi sin aliento.

—Tranquilo, no es lo que parece —replicó mordaz extendiendo con meticulosidad el gel por la verga y los testículos—. No pretenderás que te pongan electrodos en la polla sin antes untarla bien con gel, ¿verdad? La electricidad puede causar quemaduras sobre la piel seca —explicó, apartándose al fin.

La prostituta disfrazada de enfermera ocupó el lugar que el polaco acababa de dejar libre junto a la camilla. Rodeó los testículos con una banda de electrodos y ajustó un anillo de silicona conductora en la base del pene. Luego le acopló la corona de electrodos en el glande, comprobó que todos los juguetes estuvieran colocados correctamente y los conectó a la máquina mediante cables trifásicos.

La encendió.

Karol jadeó al sentir un hormigueo sobre el pene y los testículos a la vez que un extraño espasmo en el recto. Duró apenas un par de segundos y luego cesó.

—¿Qué tal? —inquirió Tuomas, observándole con atención mientras se frotaba la polla por encima de los pantalones. No había nada tan excitante como ver a su amigo erecto.

—Es agradable, pero no me siento cómodo —murmuró Karol frunciendo el ceño—. Creo que no...

—Pruebe con un poco más de intensidad —ordenó Tuomas a la supuesta enfermera, interrumpiendo lo que iba a decir Karol.

—No, Tuom, espera. No quiero...

Karol echó la cabeza hacia atrás y de sus labios escapó un trémulo gemido que silenció sus propias palabras cuando el placer irrumpió en él a través de la electricidad que recorría sus genitales. Duró apenas dos segundos y paró.

—Mantenga esa intensidad... y aumente la frecuencia —le escuchó decir a Tuomas antes de que la descarga volviera a dejarle sin aliento.

Cuando cesó, apenas tuvo un instante para recuperarse antes de que todo volviera a comenzar.

—Páralo, Tuom —consiguió decir tiempo después, cuando las descargas eran tan seguidas que le costaba mantener los ojos abiertos... y los labios cerrados. En la sala solo se escuchaba el eco de sus jadeos y gemidos, y la voz de Tuomas exigiendo más intensidad, más ráfagas, mayor frecuencia.

—Aguanta un poco más, estás muy cerca —le susurró su amigo al oído—. Te vas a correr como nunca.

—No quiero correrme así, me siento como un muñeco sin voluntad ni control —gruñó apretando los dientes ante una nueva descarga.

Era un placer extraño, frío, incontrolable. Un placer al que le faltaba la suavidad del tacto, la calidez del aliento sobre la piel, el sudor que tornaba resbaladizos los cuerpos. Prefería su propia mano que esa sensación de placer obligado que le imponía una insensible y supuesta enfermera al hacer girar las ruedas de la máquina.

—Claro que lo quieres, Karol —rebató Tuomas, indicándole a la mujer con un gesto que subiera la intensidad—. Estás a punto de correrte sin que nada ni nadie, ni siquiera tú mismo, te toque, y eso te confunde, lo sé, yo también he pasado por ello... y te aseguro que es una experiencia maravillosa. Relájate.

—No quiero relajarme, Tuomas, quiero que desenchufes la maldita máquina y me desates —exclamó Karol un instante antes de sacudirse sobre la camilla, todo su cuerpo estremeciéndose sin control cuando el placer se intensificó más aún.

—Haga que se calle —le exigió Tuomas a la mujer con los dientes apretados. Se suponía que Karol tenía que disfrutar con la experiencia, no aborrecerla—. Aumente la intensidad y la frecuencia, no quiero oír otra cosa que sus jadeos —siseó agitado, su erección perdida por culpa de los remordimientos que comenzaban a hacer mella en su recién descubierta conciencia. Se limpió el sudor de la frente con el antebrazo mientras pensaba que quizá había ido demasiado lejos. Miró el reloj de su muñeca y negó con la cabeza, ya era demasiado tarde para dar marcha atrás. Y, como si la hubiera conjurado con su pensamiento, la llamada que esperaba hizo vibrar el móvil en su bolsillo.

—Parece que ha llegado la hora —murmuró para sí, con algo muy parecido al dolor asomando a su hermoso rostro—. Manténgale al borde del orgasmo hasta que yo regrese y entonces, suba la intensidad para que se corra —le ordenó a la mujer antes de inclinarse sobre Karol—. Recuerda que te quiero... que por mucho que te cabree y te putee, te quiero. Todo lo que hago es por ti, para liberarte —susurró en su oído antes de erguirse y salir de la sala.

Karol intentó gritarle que no se marchara, que no le dejara solo, que le quitara todos los diabólicos electrodos, pero las cuerdas vocales no le respondieron, o tal vez fue el aliento lo que le faltó. Todo su cuerpo palpitaba al borde de un orgasmo extraño e indeseado. El *plug* insertado en su ano parecía triplicar su tamaño durante cada descarga, haciéndole sentirse más lleno de lo que nunca había deseado sentirse y obligando a su recto a contraerse y relajarse sin que él pudiera controlarlo. Y mientras tanto, las intensas ráfagas que recorrían sus testículos y su polla le forzaban a disfrutar de un placer que comenzaba a detestar. Un placer que escapaba a su control. Que le hacía sentir vulnerable.

Esperó con la mirada fija en la puerta, debatiéndose contra las correas que le inmovilizaban y el obscuro goce que le torturaba. Un solo pensamiento en su mente, que su amigo regresara y todo acabara. Como fuera, pero que acabara.

La puerta se abrió lentamente, y un contrito Tuomas apareció tras ella.

La prostituta aumentó la intensidad y sus testículos respondieron a la orden contrayéndose para descargar su preciada carga.

Karol jadeó sin aliento cuando el inquietante orgasmo estalló al fin.

Tuomas se hizo a un lado, dejando pasar a quien le acompañaba, que no era otra persona que la zorra fría y calculadora a la que tanto odiaba.

Laska abrió los ojos como platos al comprender lo que estaba viendo.

—¡Estupendo! ¡Maravilloso! —gritó enfadada, la mirada fija en su estúpido prometido—. No solo eres un inútil incapaz de conseguir un cargo importante en la empresa de tu propio padre, además eres un imbécil. ¿No podías tener una amante como todo el mundo? No, claro que no. Tenían que gustarte las cosas raras —siseó despectiva—. Pues se acabó. No pienso arriesgarme a que te descubran y eches por tierra mi reputación y el buen nombre de la Lojek. Siempre es mejor prevenir que curar —dijo antes de salir, sorprendiendo con su reacción a Tuomas pero no a Karol, quien la conocía demasiado bien como para esperar otra respuesta.

—Es todavía más zorra de lo que había imaginado —comentó Tuomas quitándole los electrodos a Karol para luego desatar las correas que le sujetaban.

—¿Por qué lo has hecho, Tuom? —inquirió él una vez liberado. Mantenía la mirada baja, turbado y humillado a partes iguales.

—Ya te lo he dicho. Porque te quiero.

—Prefiero que me odies —musitó, bajándose de la camilla con piernas temblorosas. Tuomas se acercó para sostenerle. Él le rechazó—. No me toques, Tuom. Acabas de destrozarme la vida, preferiría que a partir de ahora te mantuvieras apartado de mí, gracias —masculló con la exquisita educación de la que siempre hacia gala antes de empezar a vestirse.

—No te lo tomes tan a la tremenda, Karol. Laska no merece que te disgustes, es una zorra fría y calculadora. No te merece.

—No lo entiendes, ¿verdad, Tuom? Laska no me importa, al menos no demasiado. Es la reacción de Wlod lo que me aterroriza. Me has arrebatado el respeto de mi padre, y solo tú sabes lo mucho que me ha costado ganármelo. ¿Qué crees que va a pensar de mí, de esto?

—No va a enterarse.

—Claro que lo hará. Laska se ocupará de ello —masculló Karol abandonando la sala.

Tuomas hizo ademán de seguirle, pero la enfermera rompió su silencio para detenerle.

—Me prometió una buena propina si me mantenía calladita y no hacía caso a lo que me pidiera su amigo —le reclamó.

Tuomas sonrió desdeñoso antes de sacar la billetera y pagarle. A eso había llegado. A traicionar a su único amigo usando para ello a una prostituta. Le pagó para luego regresar a su propia casa. Le dejaría tiempo a Karol para pensar y a la mañana siguiente iría a verle. Le convencería de que no había sido tan grave.

—Pero sí lo fue —finalizó Karol encogiéndose de hombros mientras que Tuomas se sumía en un apesadumbrado silencio—. Me cambió la vida. Para mejor. Aunque me costó más de un año darme cuenta de eso. —Miró avergonzado a Laura. Su imprevisible ladrona, la mujer que siempre decía la última palabra, la descarada que

siempre tenía una respuesta preparada, estaba muda—. Esmeralda dice que la curiosidad mató al gato —comentó frunciendo el ceño—. Y tiene razón. No es bueno ser curioso. A mí me llevó a ponerme en manos de quien no debía para experimentar algo que me horrorizó... y a ti te ha hecho escuchar lo que nunca deberías haber sabido —murmuró alzando la mano para acariciarle el rostro, aunque la dejó caer antes de llegar siquiera a tocarla—. ¿Decepcionada?

—No. Más bien sorprendida. Perpleja. Petrificada —explicó Laura con su acostumbrada sinceridad.

—Te entiendo. Hay cosas que son difíciles de asimilar —suspiró Karol levantándose del sillón—. Ya te avisé de que no tengo ningún reparo en experimentar con el sexo, en cualquiera de sus perversiones y desviaciones. Y como has podido comprobar, no mentía. Soy un depravado. Y me gusta serlo —afirmó encaminándose a la torre—. Ruego me disculpes, bella dama, ha sido una tarde bastante ajetreada y me temo que tantas emociones me han agotado.

—Aún no ha anochecido, es muy pronto para recluirte en tu torre. ¿Es cobardía ese eco que escucho en tu voz? —inquirió Laura mordaz, adoptando la misma manera de hablar que él.

—No. Solo prudencia —replicó Karol. Y lo era. Prefería guardar las distancias y derrumbarse en la soledad de su torre que humillarse más todavía en su presencia.

Marcó la clave numérica que abría la puerta, consciente de que tanto Laura como Tuomas mantenían los ojos fijos en él. Era extraño que su amigo se mantuviera silente, no iba con su carácter. Imaginó que también a él le había removido recordar todo aquello. Fuera por el motivo que fuera, agradecía su silencio. También el de Laura. No se sentía con fuerzas para seguir desnudando su oscura alma.

Abrió la puerta cuando sonó el pitido que indicaba que la clave era correcta, pero se detuvo antes de atravesar el umbral. Giró lentamente hasta quedar de nuevo de cara al salón. De cara a su ladrona. Tragó saliva y la miró azorado.

—No tienes por qué irte. —Sus ojos bicolors fijos en los verdes—. Me... me gustaría que te quedaras a dormir, elige cualquiera de las habitaciones de esta planta y quédate —repitió con más seguridad.

—¿Las habitaciones de esta planta? —señaló Laura con desdén. Tuomas, cerró los ojos al escuchar el desprecio en su voz, ¿no se daba cuenta de lo turbado que estaba Karol?—. El día, o la noche, que me quede a dormir aquí, lo haré en la torre, en la habitación del rey, como la reina que soy —proclamó enfadada. ¿Cómo se atrevía a relegarla a la planta baja? Porque está aterrado, pensó un instante después al verle tambalearse. Su ratoncito estaba desorientado. Y no le extrañaba. En absoluto.

—No puedes colarte en la torre esta noche —le advirtió Karol con los dientes apretados y la respiración agitada. Necesitaba librarse de esa sensación que le ahogaba, que le impelía a recordar y sentir una y otra vez la odiada escena. Necesitaba vaciar su mente de todo lo que había revivido. Y ella no podía estar con él

cuando eso sucediera. No podía dejar que se mezclara con sus recuerdos—. No vengas a la torre, Laura —repitió—. No serás bien recibida.

—Tranquilo. No tengo ninguna intención de meterme en tu cueva mientras estés tan exasperado, podrías morderme —replicó altiva, provocándole para que reaccionara. Unos cuantos gritos y puñetazos podían ser una buena terapia para el mal que acosaba a su ratoncito. A ella desde luego, le calmaban—. Ahora mismo no me resultas nada atractivo, la verdad —le pinchó socarrona.

Karol apretó los puños, asintió una sola vez con la cabeza y entró en la torre, cerrando la puerta tras él.

Tuomas gruñó enfadado. ¿Cómo podía Laura comportarse así? ¿No se daba cuenta del daño que le estaba haciendo a Karol?

—Vaya —murmuró Laura atónita. Karol no solo no se había rebelado ante sus pullas sino que la había dejado con la palabra en la boca—. Ahora entiendo por qué Eber y los demás se colocan delante de la torre cuando discuten con Karol. Es un jodido escapista —masculló saltando del sofá en el que estaba.

Se dirigió a la salida, deteniéndose un instante para tomar el mando que abría las puertas del muro.

Tuomas la siguió hasta el jardín, su enfado rozando la pura rabia al comprender que ella no pensaba escalar la torre e irrumpir en la habitación de Karol.

—¿Cómo puedes hacerle esto? —siseó irritado, agarrándola del brazo para detenerla—. Te lo ha contado todo...

—No le estoy haciendo nada —replicó Laura zafándose de un empujón de su agarre. Se giró para encararse a él, sus párpados entornados por la cólera. Abrió los labios enseñando los dientes a la vez que cerraba las manos en sendos puños, pero antes de dejar libre su ira, elevó la mirada a la torre. A la oscura silueta que los observaba tras una de las ventanas. Lo único que le faltaba a su rey era verla convertida en una arpía. Sacudió la cabeza y se adentró en el pétreo jardín, arrodillándose poco después frente a un menhir en cuya base había una extraña pirámide de piedrecitas. Bajo esta, estaba dormido el hurón.

—No puedes irte —protestó Tuomas furioso, cerniéndose sobre ella. No iba a permitir que se marchara de la casa. No iba a fallarle otra vez a su amigo—. Karol te ha abierto su corazón y tú le vas a dejar solo, como hicimos todos. No se lo merece. No de ti. Te quiere...

—No voy a dejarle solo —afirmó Laura echando mano de toda su paciencia. Se colocó el hurón sobre los hombros a modo de estola y caminó presurosa hacia el muro que rodeaba la finca.

—¿No? Pues no parece que vayas en la dirección correcta, más bien al contrario —señaló irónico la casa, que estaban dejando a sus espaldas.

—No lo voy a dejar solo, porque tú te quedarás con él —especificó Laura pulsando el botón del mando a distancia que abriría la puerta del muro.

—No me necesita a mí, sino a ti. Creerá que le estás abandonando, como hicimos todos —repitió.

—Como hiciste tú —especificó ella con los dientes apretados, atravesando casi a la carrera las puertas metálicas que permitían el paso a la finca. El alto muro de piedra la ocultó por fin del habitante de la torre.

Tuomas aceleró el paso para seguirla y, en el mismo momento en el que el muro le ocultó también a él, se dio cuenta de que la ladrona estaba furiosa. Mucho. Con él.

—Cabrón hijo de puta —siseó Laura asestándole un puñetazo en la cara.

Tuomas se tambaleó a punto de caer. La mujer de Karol no era una débil señorita. En absoluto. De hecho, mucho se temía que acababa de ponerle un ojo morado.

—¡Consensuado, joder! —le increpó propinándole otro golpe que le hizo estallar el labio. Tuomas se lamió la sangre, casi agradecido de que alguien por fin le diese la paliza que se merecía—. ¡El sexo tiene que ser consensuado, más aún si hablamos de BDSM! —gritó, dándole un empujón que le tiró al suelo—. Hasta yo sé eso y soy una virgen comparada con vosotros. ¡No le tendiste una trampa; lo violaste!

—¡No! —jadeó Tuomas sin intentar levantarse, quería recibir más golpes, sentir más dolor, era lo correcto. Lo justo. Lo que necesitaba para sentir que estaba pagando por lo que había hecho—. No lo hice. Lo engañé, sí, pero no loforcé a nada.

—Eras su único amigo y le humillaste de la peor manera que se puede humillar a alguien —le espetó ella dándole una patada—. No sé cómo puede no odiarte.

—No lo hice —lloriqueó Tuomas encogiéndose sobre sí mismo—. Me acompañé porque quiso. Se dejó atar. Permitted que la puta le pusiera los electrodos. Le di exactamente lo que le había prometido, un poco de sexo sin contacto humano —musitó lo que tantas y tantas veces se había repetido a sí mismo acompañado por sus remordimientos.

—Y cuando te pidió que pararas no lo hiciste. No me extraña que no confíe en nadie —siseó Laura inclinándose sobre él para enredar los dedos en su pelo y obligarle a levantar la cabeza—. No sé cómo Karol consigue no odiarte. Desde luego es mejor persona de lo que tú te mereces —le espetó mirándole a los ojos antes soltarle la cabeza para que se golpeará contra el suelo de tierra.

—¿Crees que no lo sé? —farfulló Tuomas, dejándola ver en su desdeñosa voz el asco que sentía hacia sí mismo—. Desearía que me odiara. Así al menos sentiría que estoy pagando por lo que hice. Pero él no me permite ni siquiera eso. Al contrario, me ha aceptado en su casa, ha dibujado la mía como le pedí, me habla sin desprecio, y en ocasiones incluso bromea conmigo. No me odia, y no entiendo por qué no lo hace.

—Porque sabe, igual que yo lo sé, que lo hiciste por él, porque le querías, porque pensabas que así le liberabas. Por eso él no te odia. Y por ese mismo motivo yo no te mato —señaló Laura tendiéndole la mano para ayudarle a levantarse—. Pero si le vuelves a hacer algo parecido, escóndete donde no pueda encontrarte, porque no tendré piedad —dijo caminando hacia una furgoneta blanca aparcada a un lado del arcén.

—¿Qué haces? —jadeó Tuomas siguiéndola. Sujetándose con ambas manos el estómago, maltrecho por la patada que le había propinado.

—Me voy, ya te lo he dicho antes.

—No puedes irte —exclamó agarrándola por la muñeca.

—¿Quién va a impedírmelo? ¿Tú, piltrafilla? —le advirtió dándole un fuerte empujón.

—Vuelve con él —le instó Tuomas, haciendo caso omiso de su amenaza.

—Por supuesto que voy a volver, pero no ahora. ¿Qué crees que hará si me ve entrar en su sagrada torre en este instante? —dijo con desdén quitándose a un nervioso *Pixie* del cuello para acariciarle el lomo—. Me echaría. —Tuomas negó con la cabeza—. Sí, lo hará. Ahora mismo está vigilando las ventanas, esperando que yo me cuele por una de ellas. Y en el momento en el que lo haga, me dirá que me largue. Y, por si no te has dado cuenta, es más fuerte que yo, igual que tú —bufó burlesca—, solo que él no está dispuesto a recibir una paliza sin devolver los golpes. Al contrario, si decide sacarme de su maldita torre, no podré hacer nada por evitarlo.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Dejarle tranquilo. Él necesita enfrentarse a todo lo que me ha desvelado esta tarde y yo tengo que pensar qué voy a hacer ahora. Pero no temas. Volveré.

—¿Segura? —resopló Tuomas incrédulo—. Karol no soportará que otra persona a la que quiere le traicione. Con su madre y conmigo tuvo suficiente.

—No voy a suicidarme —replicó Laura, demostrándole que sabía lo que había hecho la madre de Karol—. Y tampoco pienso traicionarle. —Abrió la puerta de la furgoneta y dejó a *Pixie* en el asiento del copiloto para luego montarse ella tras el volante.

—Eso espero —murmuró Tuomas apartándose cuando el motor del vehículo emitió una tóxica nube de humo. Dio unos pasos atrás y fijó la vista en la abollada matrícula, aprendiéndosela de memoria.

Si no volvía, él mismo se encargaría de contratar un detective que la localizara... y luego iría a buscarla y la traería de vuelta. Secuestrada si fuera necesario. No pensaba fallar a Karol. Otra vez, no.

La caída del rey

Madrugada, 18 de junio de 2010

LAURA acabó de atarse los pañuelos de seda a las muñecas y sacudió las piernas, comprobando que los pies de gato estuvieran bien acoplados a sus pies, después ajustó el cinturón con el magnesio para que colgara a su espalda, bajo la mochila, de manera que no le molestara para escalar. Elevó la mirada, contemplando la pared de ladrillos rojos y la torre de piedra que se elevaba sobre esta, y leyó la hora en el reloj de su muñeca. Eran casi las cinco de la madrugada. Hacía más de ocho horas que se había marchado del templo. Tiempo suficiente para que su ratoncito rumiara sus recuerdos. No pensaba permitirle un segundo más de respiro. Acarició la pared mientras trazaba su ruta en la mente y acto seguido ancló los dedos de la mano derecha a un ladrillo que sobresalía y enterró la punta del pie de gato en un diminuto hueco. Estiró la pierna y el brazo derechos, dándose impulso, y comenzó a escalar.

Karol dejó de mirar el techo y giró la cabeza hacia la ventana. La suave brisa nocturna traía consigo el olor del sudor de su ladrona. Inspiró lentamente, deleitándose con el aroma dulce y a la vez picante. Su pene se irguió impaciente mientras él sonreía desdeñoso; incluso el sudor de Laura le excitaba. Un olor que aborrecía en cualquier otra persona, también en sí mismo, y, sin embargo, si provenía de ella, se convertía en el más delicioso y seductor de los perfumes. Esperó silencioso e inmóvil, con la mirada fija en la ventana hasta que vio sus estilizados dedos aferrarse al marco de piedra. Continuó en silencio cuando ella, tras darse un fuerte impulso, apoyó una rodilla en el alféizar, aupándose, para luego saltar al interior de la torre. Y en ese momento, pulsó el interruptor que encendía la lámpara.

—¿No tendrías que estar durmiendo? —murmuró Laura con su descaro habitual a la vez que, deslumbrada por la fuerte luz, se tapaba los ojos con el antebrazo cubierto de seda blanca.

Karol bajó la intensidad de la lámpara hasta convertir el fuerte resplandor en una penumbra apenas iluminada.

—No deberías estar aquí —dijo, ignorando la pregunta de la ladrona.

—Y, sin embargo, me estabas esperando —comentó ella entrando en el baño para lavarse las manos—. ¿Quieres que me vaya? —inquirió cuando salió—. Piensa bien tu respuesta —le advirtió, recordándole sin palabras su amenaza de obedecerle si él volvía a echarla del templo.

—No. Quédate.

—¿Sabes por qué he venido?

—Lo imagino.

—No, cariño, no tienes ni la menor idea —replicó ella dejando la mochila en el suelo y quitándose el extraño calzado que llevaba—. Voy a robarte tus recuerdos y tus miedos.

Se deshizo de los pantaloncitos de ciclista.

Karol tragó saliva al comprobar que no llevaba ropa interior y ser consciente de que fuera lo que fuera lo que ella había planeado, él no iba a poder negarse.

—Voy a obligarte a jugar al único juego que te aterra... y lo vas a disfrutar —continuó Laura a la vez que se libraba de la ajustada camiseta de tirantes para quedar desnuda ante él, excepto por los pañuelos blancos que le rodeaban las muñecas.

Caminó hasta la cama con sinuosa voluptuosidad. El aroma de su excitación emanando de cada poro de su piel. Extendiéndose por la estancia. Colapsando los sentidos del hombre que, tumbado desnudo en la cama, la miraba arrobado.

Karol negó con la cabeza cuando llegó junto a él. No. Por mucho que lo intentara, por mucho que ya lo había intentado, no iba a poder resistirse a ella.

Y tampoco deseaba resistirse.

Laura se sentó a horcajadas sobre su torso, haciéndole temblar al sentir los húmedos pliegues de su sexo sobre la piel.

Jadeó excitado al paladear la esencia de su deseo con cada respiración.

—Agárrate al cabecero —le susurró ella a la vez que se soltaba los pañuelos que envolvían sus muñecas.

Karol observó la prístina blancura de la seda y contuvo el aliento.

Ese era el juego que le aterraba, y al que iba a obligarle jugar.

Iba a atarle. Con pañuelos blancos.

Le inmovilizaría y luego le masturbaría hasta provocarle el orgasmo sin que él pudiera hacer nada por evitarlo. Quizá incluso le montaría a horcajadas, tal y como estaba ahora. Descendería hasta su pubis y se empalaría con su polla. Cerró los ojos, estremeciéndose. Le sujetaría el rígido y dolorido pene con sus esbeltos dedos y lo dirigiría a su húmedo sexo para acogerlo en su interior. Gimió, arqueando la espalda. No lo haría despacio. Su ladrona no era una mujer suave. Le follaría rápido y duro, obligándole a correrse mientras él continuaba atado, sin poder resistirse. Indefenso ante ella.

—Es de muy mala educación tener fantasías eróticas y no compartirlas —le regañó Laura, pellizcándole las tetillas para despertarle de la ensoñación—. Las manos, vamos —le exigió con un nuevo pellizco.

Karol tragó saliva a la vez que llevaba las manos al cabecero. Tal vez era eso lo que necesitaba. Que le obligara. Que no le dejara alternativa. Solo así se atrevería a perder el control junto a otra persona. Pero no a confiar en ella.

Laura arqueó una ceja, extrañada por su docilidad. Había esperado que al menos protestara, pero por lo visto su ratoncito había decidido incumplir sus propias normas utilizando la excusa que ella le ofrecía. Sonrió ufana, segura de que Karol silenciaba

a su conciencia argumentando que le masturbaría y follaría sin que él pudiera hacer nada por evitarlo, pues, igual que con Tuomas, había aceptado ser atado.

Pobre ingenuo. ¿Cómo podía ser tan inocente? ¿Acaso no la conocía?

Le acarició la piel interior de las muñecas antes de rodear cada una con un pañuelo y asegurarlos con un sencillo lazo.

Karol entornó los ojos al ver el tipo de nudo que hacía. Era un simple lazo. ¿Laura no sabía hacer nudos más seguros? ¡Claro que sí! Ella era una ladrona, se suponía que usaba cuerdas para escalar, y que por tanto sabría hacer nudos complicados, no lazadas infantiles.

Laura se echó a reír al ver su gesto de perplejidad.

—Abre las manos —le pidió risueña. Cuando él lo hizo, le envolvió las palmas con un extremo de cada lazo—. Si te aburres de estar atado, solo tienes que tirar y serás libre —manifestó bajando de su torso para sacar algo de la mochila que había en el suelo.

Regresó despacio a la cama, observando complacida su obra. Su ratoncito se mantenía inmóvil en el lecho, tumbado de espaldas en aparente relajación, con las manos atadas al cabecero, una pierna estirada y la otra encogida que balanceaba despacio y ocultaba su magnífico pene erecto. La miraba intranquilo, con los ojos fijos en aquello que ella mantenía oculto en su mano.

Se detuvo a los pies de la cama, dejó lo que llevaba entre las sábanas arrugadas y se arrodilló sobre el colchón. Le instó a doblar la pierna que mantenía estirada y luego, colocando las manos en el interior de sus muslos, le obligó a separarlos.

Karol jadeó excitado al saberse expuesto a su mirada. A sus dedos. A sus labios. A todo lo que ella quisiera hacerle. Apretó los dientes y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, consiguió evitar que sus caderas se elevaran reclamando la atención que su pene reclamaba. Cerró los ojos, concentrado en respirar despacio, mientras esperaba impaciente a que ella comenzara a tocarle. A masturbarle. Puede que incluso, a penetrarle.

Abrió los ojos de repente, al sentir un líquido denso y caliente sobre su estómago.

—Ya pensaba que te habías quedado dormido —comentó Laura con sorna antes de arrodillarse entre sus piernas separadas y darle un mordisco en el vientre—. Mantén los ojos abiertos, ya sabes cuánto me gusta que me miren.

Karol se agarró a los pañuelos, dispuesto a soportar el placentero tormento; si a ella le gustaba ser observada, a él le encantaba mirarla.

Laura le mordió con suavidad no exenta de dureza las caderas y el pubis para a continuación rociar y extender el denso líquido, que no era otra cosa que aceite, sobre las zonas que había mordido. Continuó ascendiendo por su cuerpo entre mordiscos y caricias, ungiéndole cada milímetro de piel.

Karol siguió cada uno de sus movimientos, hipnotizado por los fruncidos pezones que se mecían a un suspiro de su torso. Podría sentirlos contra su piel con solo arquear la espalda. Apretó los pañuelos con fuerza y continuó inmóvil mientras ella

pellizcaba y estiraba sus tetillas para luego bajar la cabeza. Contuvo el aliento al intuir que ella iba a calmarlas con húmedos besos y casi pudo sentir el roce de sus pechos contra la piel. Casi, pero no lo sintió. Rugió frustrado al comprender que ese era el juego, volverle loco por la incertidumbre.

—No gruñas tanto —susurró ella divertida, derramando más aceite sobre su piel.

Vertió un largo chorro que le recorrió todo el torso, desde la clavícula hasta la ingle, y con el que le coronó la polla, luego dejó a un lado la botella e, inclinándose sobre él, le acunó el pene erecto entre sus pechos hasta que le escuchó jadear, y entonces, como la ladrona mala malísima que era, se apartó. Esperó hasta que su agitado ratoncito se calmó un poco y luego reptó sobre él con lánguida pereza. Ascendió por su resbaladizo cuerpo hasta que quedó completamente tumbada sobre él, con el pubis sobre la rígida verga y los muslos entre los de él, separándolos más aún. Apoyó las manos a ambos lados de su cabeza y, esbozando una diabólica sonrisa, comenzó a restregarse contra su erección, imitando los movimientos que haría él si estuviera sobre ella. Dentro de ella.

Un gemido gutural abandonó la garganta de Karol cuando, rota su contención, elevó las caderas siguiendo el ritmo que ella marcaba con sus embestidas. No supo cuánto tiempo estuvieron frotando sus sexos. Ni cuántas veces arqueó la espalda para friccionar su torso contra los pezones de ella. Ni cuántos gemidos le arrancó con sus dientes y sus uñas. Solo supo que cuando sus testículos se tensaron a punto de descargarse y su polla palpité con fuerza, ella se apartó, haciéndole gritar de frustración.

—No querrás que acabemos tan pronto, ¿verdad? —le reprendió, sentándose otra vez a ahorcajadas sobre su torso.

Karol se estremeció cuando le llegó el olor de los efluvios que humedecían el pubis de su ladrona. La excitación de él y la de ella, mezcladas. Era más de lo que podía soportar. Negó con la cabeza para luego hundir la nariz en su sudoroso antebrazo, intentando evitar el olor que le estaba enloqueciendo.

Laura le tiró del pelo, obligándole a mirarla, y sin soltarle se llevó la mano libre al coño y se acarició lentamente, untándose los dedos para luego acercarlos a la nariz de Karol. Este elevó la cabeza para lamerlos, y ella se apresuró a retirarlos, haciéndole gruñir enfadado.

—No te lo has currado lo suficiente como para obtener recompensa —afirmó Laura.

—¡Sí me lo he trabajado! —protestó él, elevando las caderas sin poder contenerse.

—¿A mover un poco el culo lo llamas trabajar? —Negó desdeñosa—. Esto me pasa por encapricharme de tíos ricos, no saben lo que es currar de verdad —sentenció bajando la cabeza.

Karol abrió la boca para protestar, pero fue incapaz de hablar, fascinado como estaba por su sonrisa pícaro y sus ojos traviosos. Vio su rostro acercarse a él tan

despacio que parecía un sueño. Observó su lengua asomar apenas entre los rosados labios. La sintió sobre la boca antes de que sus dientes le apresaran el labio inferior. Y luego se perdió en su sabor.

Laura gimió, derrotada. Su ratoncito lo estaba volviendo a hacer. En lugar del beso salvaje y apasionado que había esperado, la estaba besando lentamente. Saboreaba cada recoveco de su boca, deslizaba la lengua por el filo de sus dientes, acariciaba el cielo del paladar y cuando ella por fin conseguía reaccionar y embestirle con la lengua, él se la acariciaba y succionaba, volviéndola a derrotar.

—No me beses así —susurró sin respiración, apartándose de él—. Es demasiado bueno, demasiado intenso, y consigue que me olvide hasta de respirar.

—Yo hace semanas que olvidé como se hacía —replicó Karol con voz ronca.

Laura le dio un ligero mordisco en la barbilla y luego volvió a tumbarse sobre el cuerpo masculino, con las piernas entre las de él y el pubis sobre su polla. Se mantuvo inmóvil, los labios anclados a su cuello mientras le marcaba y luego descendió hasta quedar arrodillada entre sus muslos. Estrechó los ojos, mirándole con atención antes de esbozar una peligrosa sonrisa. Tomó la botella de aceite y vertió un poco sobre los testículos de su ratoncito, extendiéndolo con los dedos.

Karol cerró los ojos al sentir que le masajeaba el sensible perineo para luego deslizar los resbaladizos dedos entre sus nalgas. Jadeó cuando jugó sobre el fruncido esfínter anal y exhaló un gutural gemido cuando un dedo atravesó el anillo de músculos penetrándole el ano.

—Abre los ojos —le ordenó ella, deteniendo su lúbrico masaje—. Quiero ver cómo me miras.

Karol abrió los ojos e inhaló profundamente, llenándose los pulmones con su aroma. Su polla se sacudió sobre su vientre, reclamando un poco de atención.

Laura le sopló un beso y luego retomó su masaje, atenta a cada gesto de Karol, buscando una indicación de que estaba haciendo más o menos bien aquello que a él tanto le gustaba. Desde que había visto los juguetes que guardaba en la mesilla, y, sobre todo, desde que él mismo le había dicho que le gustaba jugar con dildos anales, se había masturbado una docena de veces imaginando que le metía los dedos en el culo mientras se la comía... pero lo cierto era que nunca había hecho nada parecido, y, aparte de la (des)información obtenida en Internet, no estaba muy segura de los pasos a seguir. Le penetró más profundamente, frotándole el recto con la yema del dedo mientras le masajeaba los testículos con la otra mano.

Karol arqueó la espalda, ahíto de placer. Abrió la boca en un grito mudo, e intentó aspirar el aire que necesitaban sus pulmones para seguir funcionando, pero solo fue capaz de captar su aroma. Su olor que le volvía loco. Que le derrotaba. Que le hacía anhelar lo que tanto miedo le daba desear.

La vio bajar la cabeza y cerró los ojos extasiado al sentir sus dientes arañarle el frenillo antes de que su lengua aliviara el delicioso dolor. Luchó por abrir los párpados y mirarla cuando sintió sus labios envolverle el glande para succionarlo

mientras un segundo dedo le penetraba. Se estremeció al borde del orgasmo cuando ella comenzó a follarle con los dedos a la vez que con la boca. Ella lo sabía. Sabía lo que le gustaba. Lo que deseaba. Lo que anhelaba. Había escuchado y absorbido cada una de sus conversaciones y le estaba dando aquello que él le había dicho con la intención de espantarla con su perversa sexualidad. Pero ella no se había asustado. Al contrario. Estaba ahí, con él. Comprendiendo, aceptando y disfrutando de sus deseos, de su placer. Acercándose cada vez más a un éxtasis como no había conocido nunca. Haciendo realidad todas sus fantasías.

Exhaló un agónico gemido al comprender que ella era su fantasía y que deseaba que se convirtiera en su realidad. Y le daba igual saltarse todas sus estúpidas normas. Quería a esa mujer en su cama, en su casa, en su vida. Quería que le desafiara, que se burlara de él, que lo volviera loco. Quería...

La quería.

Pero ¿ella le quería a él?

Esa misma tarde le había dicho que no. Que solo estaba encaprichada.

Tiró del extremo de la lazada que tenía en la mano derecha, soltándose. Decidido a llegar al clímax por su propia mano, como siempre. No iba a arriesgarse a caer en las redes de la lujuria otra vez.

Pero ella también le había dicho que él era un capricho del corazón, y que estos duraban más que una pasión eterna.

Se quedó inmóvil, con la mano en el aire, sin saber qué hacer. Asustado.

Laura observó con los ojos entrecerrados como él se soltaba, colocando la mano sobre su cabeza, pero sin llegar a tocarla. Raspó con los dientes el tallo de la polla que tan rica le estaba sabiendo y sonrió cuando él sacudió las caderas en respuesta. Lamió la zona rasguñada y continuó deslizando la lengua hacia los testículos. Absorbió uno en la boca mientras le penetraba el culo más rápido. Más fuerte. Él jadeó con fuerza a la vez que contraía el ano contra sus dedos. No había duda de que a su ratoncito le gustaba, y mucho, lo que le estaba haciendo. Temblaba incontenible bajo sus labios, jadeaba sin aliento, y elevaba las caderas, incapaz de permanecer inmóvil. Ni siquiera conseguía tener los ojos abiertos como le había ordenado. Y todo eso lo había conseguido ella. Tenía ese poder sobre él. Y, quizá por eso, estaba más excitada de lo que había estado nunca. Apretó los muslos para aliviar un poco el deseo que la corroía y volvió a subir por su polla, parándose un momento para chuparle el glande antes de enterrarla en su boca. La sintió engrosarse y palpar contra su lengua, al borde del orgasmo. Y también vio la mano de él temblar en el aire, sobre su cabeza.

—No sé por qué, pero tengo la impresión de que me vas a tirar del pelo cuando estés a punto de correrte —comentó, apartándose de la verga que tan gustosamente estaba devorando.

Karol emitió un hosco gruñido a la vez que golpeaba la cabeza contra la almohada. Se llevó la mano a la cara, tapándose la boca para que ella no pudiera

escuchar el humillante sollozo que pugnaba por escapar de sus labios e inspiró lentamente, intentando tranquilizarse. Cuando lo consiguió, apartó la mano del rostro y se atrevió a mirarla. Ella estaba sentada entre sus piernas, la cabeza inclinada a un lado mientras le observaba con atención, pendiente de cada una de sus reacciones. Tragó saliva y llevó la mano hasta el cabecero, aferrando con fuerza el pañuelo de seda blanco que colgaba de él. Aún no estaba dispuesto a rendirse. Se masturbaría, sí. Pero más tarde. Antes tenía que volver a disfrutar de las caricias de su ladrona.

Laura sonrió complacida al ver su gesto beligerante. Así era como quería a su ratoncito, belicoso, desafiante... y muy caliente. Se puso de pie y caminó por el colchón hasta llegar al extremo opuesto al que había estado. Curvó los labios ladina y, antes de que él pudiera imaginar lo que se proponía, se giró quedando de espaldas al cabecero y colocó un pie a cada lado de la cabeza de Karol.

—¿Te gusta lo que ves? —susurró lasciva doblando las rodillas y separando las piernas para acercar su empapado sexo al rostro de él.

—Sabes que sí —replicó Karol, conteniéndose a duras penas para no gritar de frustración cuando alzó la cabeza para saborearla y ella se irguió, negándole la ambrosía que manaba de su lúbrico sexo.

—¿Te gustaría probarlo? —murmuró Laura, volviendo a descender.

—Más que nada en el mundo. —Karol volvió a alzar la cabeza, y ella le esquivó de nuevo, volviéndole a negar lo que tanto deseaba.

Karol se mordió los labios e, incapaz de contenerse, cerró las manos formando puños y golpeó el cabecero con rabia. Quería probarla. Quería lamerla. Quería hundir la lengua bien dentro de su vagina. Y ella no se lo permitía.

—Si lo quieres saborear, vas a tener que luchar por conseguirlo... Ya sabes que no soy una chica fácil —se burló ella acucillándose de nuevo. Sabía que lo estaba llevando al límite. Y eso era justo lo que quería. Un Karol descontrolado y frenético que tomara sin dudar un instante aquello que tanto deseaba.

Karol soltó el pañuelo al que se mantenía aferrado y se incorporó, envolviéndole la cintura con el brazo libre, consiguiendo que perdiera el equilibrio y acabara arrodillada sobre su cara. Y, antes de que ella pudiera reaccionar, tiró de la lazada que le sujetaba la otra mano, soltándose, para acto seguido anclar los dedos en la cadera femenina, atrayéndola hacia él.

Laura gritó de placer al sentir la primera caricia sobre su henchido clítoris. Tembló estremecida cuando él le besó y succionó los labios vaginales. Se inclinó sobre el vientre masculino mientras él le hacía el amor con la lengua y frotó la mejilla contra la rígida verga antes de hundirla en su boca. Jadeó sobre el terso glande cuando una intensa caricia hizo temblar su clítoris. Karol estaba usando los dedos para separarle los pliegues y tener mejor acceso a su sexo, mientras que con la mano que tenía libre la sujetaba con fuerza, manteniéndola sobre él. Abrió los ojos como platos cuando le sintió frotar las mejillas contra sus pliegues. ¡Ese hombre no le estaba comiendo el coño, se estaba dando un jodido festín! Se aferró a las sábanas

con fuerza y se apartó de su polla, ¡necesitaba tener la boca vacía para respirar, y ni aun así conseguía suficiente aire!

Karol lamió cada gota de ambrosia que emanaba de la palpitante vagina y luego enterró la nariz entre los pliegues, enloquecido por el olor que emanaba de ellos. Afiló la lengua y frotó con ella la vulva, deleitándose con su sabor. Succionó el clítoris, despacio al principio, aumentando poco a poco la intensidad. Su ladrona estaba al borde del éxtasis, podía olerlo. Y quería saborearlo. Lo necesitaba más allá de la razón y la cordura. Quería sentirlo en su boca, en su paladar, en su piel. Quería oler y paladear su orgasmo con una violencia que le asustaba. Quería impregnarse la lengua y el pene con el aroma de su clímax.

Chupó con más fruición, recreándose en el camino hasta el fruncido anillo de músculos del ano. Presionó con la lengua contra este, haciéndola jadear, antes de retirarse con un ronco gruñido. Era demasiado pronto para eso, la asustaría, y no quería asustarla. Quería llevarla al éxtasis, quería hacerla tan adicta a él como él era adicto a ella. Quería que le necesitara tanto como él la necesitaba.

Que le quisiera.

Solo eso.

Que pudiera llegar a amarle tanto como él la amaba.

Volvió a hundir el rostro en su sexo, empapándose en su olor; al menos se llevaría eso de ella. Penetró con dos dedos la vagina, y bombeó con fuerza a la vez que envolvía el clítoris con los labios y mamaba sediento de él. Ávido por llevarla al clímax y saborear su néctar.

Gruñó impaciente al sentir los primeros espasmos contra los dedos.

Y rugió frustrado cuando ella se le escapó de las manos, saltando de la cama para acuclillarse en el suelo, su sexo expuesto a su mirada pero a la vez inalcanzable.

—¡No me pienso correr en tu boca! —le gritó decidida—. ¿Lo quieres? Fóllame —le desafió irguiéndose.

Él negó con la cabeza a la vez que fijaba la mirada en los pañuelos que colgaban del cabecero. Se suponía que ella iba a obligarle. A mantenerlo atado y montarle. Le había engañado. No. Había sido él mismo quien se había tendido la trampa.

Una trampa en la que había deseado caer.

En la que aún quería caer.

—Qué pasa, ¿ya no tienes la excusa de estar atado y por tanto no puedes soslayar tus estúpidas normas? —inquirió mordaz. Estaba tan excitada que apenas si podía controlar la impaciencia de su voz—. Échale huevos y métemela.

—Solo follo con quien me quiere —gruñó él golpeando el colchón con los puños a la vez que rugía obscenidades en polaco. ¡La quería, por qué no podía quererle ella a él! No quería ser su capricho. Quería ser su amado. ¿Tan difícil era eso?—. ¡Solo con quien me quiera!

—Entonces, ¿a qué esperas? —inquirió Laura, abriendo los brazos con la mirada fija en él—. Fóllame...

Karol negó con la cabeza, atónito.

—Estás tan asustado que no quieres ver lo que tienes delante de la nariz —siseó enfadada, no pensaba decírselo más claro. Recogió su ropa del suelo a la vez que se dirigía a la ventana.

—No voy a follarte —susurró Karol tras ella antes de apartarla de la ventana y empujarla contra la pared aladaña—. Voy a hacerte el amor.

La envolvió entre sus brazos y Laura le rodeó las caderas con las piernas, abriéndose a él, a su pene, a su pasión. La penetró de una sola acometida, tan resbaladiza y dilatada estaba ella, tan duro e impaciente se sentía él. Jadearon al unísono cuando empezó a embestir, hundiéndose hasta la empuñadura para luego salir lentamente y volver a enterrarse con fuerza. Laura le abrazó, mordiéndole el cuello cuando el orgasmo la alcanzó, lanzándole a él a un éxtasis tan intenso que tuvo que apoyar una mano en la pared para no caerse.

—Es lo malo de los buenos preliminares... que desembocan en un polvo rápido, aunque muy satisfactorio —murmuró ella poco después, arrancando una suave carcajada a su ratoncito.

Sonrió al escuchar su risa, tan difícil de conseguir, y apoyó perezosa la cabeza en su hombro. Ojalá no la apartara aún, se estaba muy bien así, con él todavía en su interior. Y bastante duro, por cierto. Pero no duraría mucho en ese estado, era un hombre y por ende sufriría esa estupidez de los períodos de refracción que le impedía seguir excitado después del orgasmo. ¡Putá mala suerte!

Karol pasó un brazo bajo el trasero femenino, manteniéndolo donde estaba, y se apartó titubeante de la pared. Tras comprobar que las piernas le sostenían, se dirigió tambaleante a la cama y tumbó a su increíble, adorable y fascinante ladrona sobre el colchón con esmerado cuidado, saliendo al fin de su interior. Ella emitió un sentido gruñido que le hizo sonreír.

—No gruñas —susurró, lanzándole las mismas palabras que ella le había dicho.

Se tumbó junto a ella, observándola con una sombra de duda en sus ojos bicolores.

—Sea lo que sea que estés pensando, hazlo —le ordenó ella—. Jamás titubees. Quiero todo lo que puedas darme. Y también todo lo que no te atreves a darme.

Karol tragó saliva y bajó muy despacio la cabeza, hasta posarla en su vientre. Lo besó con los ojos fijos en los de ella. Y siguió besándole la piel a la vez que descendía perezoso hasta su pubis. Se detuvo un instante antes de acariciar con los labios, casi con timidez, el clítoris. Le dio un beso suave y, sin apartar los ojos de los de ella, hundió la lengua entre los pliegues vaginales, recogiendo con la punta la savia de su pasión. Gimió al paladear el sabor de ambos. Esperó un instante a que ella le apartara asqueada, y al ver que no lo hacía, lamió lentamente la entrada a la vagina recogiendo cada gota del clímax de ambos.

—¿No me vas a dejar probarlo? —inquirió Laura con voz ronca. Jamás había visto nada más erótico ni excitante que Karol bebiendo arrobado de su vagina.

Karol elevó la cabeza perplejo y, esbozando una sonrisa embelesada, la penetró con dos dedos para luego acercárselos a ella a la boca.

Laura los chupó con lasciva glotonería; su olor cambiando de suave dulzura a intensa pasión.

Karol gimió con fuerza y enterró la nariz en la vulva, frotando las mejillas contra el interior de los muslos femeninos, empapándose en la esencia única de su ladrona. Libó de su interior un instante más, y cuando ella se sacudió contra sus labios, se apartó para ascender a sus pechos. Saboreó los fruncidos pezones que antes no había podido degustar. Y mientras lo hacía, se colocó entre sus piernas y volvió a penetrarla.

—Es lo bueno de llevar toda la vida sin hacerte el amor... que te deseo tanto que los períodos refractarios son mínimos —confesó meciéndose lentamente sobre ella.

Karol entreabrió los ojos al sentir que Laura abandonaba la cama. La observó adormilado entrar en el baño y escuchó el sonido del agua al chocar contra los azulejos. Cerró los ojos confiado al comprender que no se iba, que solo se estaba duchando. Una pena. Le gustaba como olía: a sexo y placer, a él y a ella, a lujuria y amor. No había un aroma mejor. Cuando regresara a la cama se ocuparía de que volviera a oler igual que antes, pensó antes de volver a quedarse dormido.

Volvió a despertarse poco después, cuando su ladrona le robó el aliento con un beso febril. Sonrió. Estaba muy guapa con el pelo húmedo y recogido tras las orejas. Entornó los ojos al reconocer la camiseta militar rota por varios sitios que llevaba. Era una de sus favoritas, y a ella le quedaba un poco grande, pero aun así estaba muy hermosa. Siguió bajando la mirada. También se había puesto sus pantalones de montar. Le quedaban muy ajustados, tanto que se notaba que no llevaba ropa interior. Dirigió la mirada de nuevo a la camiseta. Sus preciosos pezones se marcaban contra la tela. Se lamió los labios.

—¿Por qué te has vestido? —inquirió intrigado, ahogando un bostezo con la mano.

—Me voy —musitó ella colgándose la mochila a la espalda.

Eso logró espabilarle del todo.

—No puedes irte —jadeó sentándose en la cama. Se suponía que no iba a dejarle. Que estaban juntos. Que le quería...

—Claro que sí. Tengo cosas que hacer, un hurón que me habrá destrozado la casa y al que dar de comer y un trabajo que realizar, ya sabes, lo que suelen hacer las personas que quieren comer todos los días del mes.

—Pero... no... —balbució aturdido. No sabía exactamente qué había esperado que ocurriera a la mañana siguiente, pero desde luego lo que nunca había imaginado era que ella se iría dejándolo solo.

—Oh, no —susurró Laura al leer la expresión de su rostro—. No me digas que esperabas que me quedara aquí, contigo, solo porque hayamos hecho el amor —respondió atónita—. ¿De verdad pensabas que te lo iba a poner tan fácil? Echamos un polvo y, zas —dio una palmada—, ¿comemos perdices y vivimos felices? El amor no es un cuento de hadas, Karol, hay que currárselo —afirmó, frotando la nariz contra la de él—. Y yo llevo currándomelo desde que te conocí. Te he perseguido y acosado hasta conquistarte —murmuró guiñándole un ojo antes de darle un ligero beso en los labios—. Ahora te toca a ti —le retó saliendo del dormitorio—. Búscame y encuéntrame... Demuéstrame que no me he equivocado al enamorarme de ti.

Tuomas suspiró aliviado al escuchar el ruido de la puerta de la torre al abrirse. Se giró, preocupado por su amigo. Karol no solía despertarse más tarde de las nueve y ya eran casi las once. Estuvo a punto de caerse de la impresión cuando Laura atravesó el umbral.

Vestida con la ropa de Karol.

Sin ropa interior.

Con el pelo húmedo.

Y una enorme y complacida sonrisa en los labios.

—Buenos días —le saludó ella, acercándose a la mesa para tomar un par de rebanadas de pan y untarlas con tomate rallado.

—¿Qué haces tú aquí? —jadeó Tuomas, atónito.

—¿De verdad no te lo imaginas? —inquirió Laura arqueando una ceja antes de darle un tremendo mordisco a una tostada a la vez que se dirigía a la salida—. Dime adiós —le ordenó abriendo la puerta de la calle.

—Adiós —murmuró él.

Poco después fue Karol quien atravesó la puerta de la torre, saludándole con un somero «buenos días» antes de dirigirse a la mesa, de donde tomó un par de tostadas que untó con tomate rallado.

—Joder, estoy sufriendo un *déjà vu* —masculló Tuomas.

Karol arqueó una ceja, confundido, y le dio un tremendo mordisco a la tostada a la vez que buscaba su móvil por el salón. Cuando lo encontró se apresuró a marcar un número.

—Zuper, necesito que busques a Laura —dijo en el momento en que su interlocutor contestó—. Contrata a un detective o a un vidente, me da igual cómo lo hagas, pero encuéntrala —exigió, enfadado por los problemas que le ponía su amigo—. No, no estoy nervioso. Estoy perfectamente. De lo más tranquilo. O lo estaré. Cuando la encuentres.

—Cinco mil quinientos setenta y cinco BFW —dijo Tuomas acercándose a él.

—¿Cómo? —Karol lo miró estrechando los ojos, sin soltar el móvil, y en ese momento se percató del maltrecho rostro de su amigo.

—Cinco mil quinientos setenta y cinco BFW es la matrícula de su furgoneta —explicó—. Cualquier detective podrá encontrarla con eso. Y tampoco creo que haya muchos hurones en Alicante que se llamen *Pixie* y tengan una dueña llamada Laura. Si la matrícula da problemas, yo miraría en los veterinarios de la ciudad. —Karol parpadeó, perplejo—. Me he pasado tres años pagando a detectives privados para que te encontraran, sé cómo mueven los hilos —indicó Tuomas encogiéndose de hombros.

Karol se apresuró a trasladar esa información a Zuper, sin dejar de observar de reojo a Tuomas.

—Ten mucho cuidado con lo que escribes en los correos electrónicos que me mandas, Laura los lee... No quiero que se entere de nuestras pesquisas. Cualquier cosa que necesites, llámame al móvil —le indicó al pelirrojo—. No tardes en localizarla —insistió antes de colgar, momento en el que dedicó toda su atención a Tuomas—. ¿Qué te ha pasado en la cara? Estás horrible.

—¿En serio? A mí me gusta, me hace sentirme en paz —comentó tocándose el ojo morado antes de dirigirse a la salida.

Karol había pasado la noche con Laura.

Él la había pasado solo, como cada noche de su vida.

Y tenía la cara horrible. Irreconocible.

Lo cierto era que no le había mentado a Karol. Le gustaba su horrible cara. Se sentía bien con los moratones y el dolor. Había pagado una pequeña parte de sus pecados. Ahora solo tenía que encontrar la manera de pagar el resto.

Se dirigió al jardín. Silvia le había dicho que se embadurnara la cara con barro para ser más aceptable a sus ojos.

Tal vez le bastara con que la tuviera amoratada y con el labio roto.

No le costó mucho dar con la esquiwa jardinera. Estaba en la parte trasera de la finca, junto a unas flores naranjas que, por supuesto, no olían a nada, no como ella pues de su piel emanaba un suave y límpido aroma a lavanda. Tenía puestos los sempiternos cascos en los oídos mientras regaba. La tierra se había convertido en un lodazal bajo sus pies calzados con botas de plástico verdes. Sus ojos quedaron fijos en las manos de la joven. Al contrario que Karol y Laura, Silvia no tenía los dedos pálidos y estilizados, sino que eran morenos y robustos. No gruesos, sino... nervudos. Dedos que podían apretar con fuerza y hacer mucho daño si querían. Sujetaba la manguera con lánguida eficacia, regando las plantas con el suave chorro que manaba de ella.

Deseó que le apretara la polla hasta hacerle gotear.

Sacudió la cabeza para deshacerse del extraño e inesperado pensamiento y caminó los metros que le faltaban para llegar hasta ella.

Silvia observó la sombra que se acercaba a sus pies y bajó con disimulo el volumen del MP4 mientras que con los dedos de la otra mano acariciaba la boquilla de la manguera, decida a girar la válvula y añadirle más presión al agua. No iba a

permitir que nadie volviera a pillarla desprevenida. Se giró con disimulo para regar los agapantos azules, los brazos en tensión, preparados para soportar el fuerte empuje del agua saliendo a máxima presión. Y lo vio. Con manga larga y pantalones de vestir a pesar del bochornoso calor. La raya del pantalón perfectamente alineada y la camisa blanca perfectamente planchada. Las gafas de sol, que si no se equivocaba eran de oro. Y los zapatos relucientes, bien apartados del charco de barro que se había formado bajo los parterres. Bufó asqueada. El amigo de su jefe desprendía poder y arrogancia por cada poro de su piel.

—Hola —saludó él sin mover mucho los labios, y fue en ese momento cuando Silvia se fijó en que lucía un corte en el labio inferior.

—¿Por fin alguien te ha dado lo que te mereces? —comentó despectiva.

—Eso parece —replicó Tuomas, incapaz de evitar esbozar una complacida sonrisa a pesar del doloroso corte en el labio. Se quitó las gafas de sol, mostrándole el ojo amoratado—. Ya no tengo la cara perfecta —comentó feliz.

—¿Te gusta que te peguen? —Silvia arrugó la nariz, asombrada por el tono alegre de su voz.

—No. Me gusta pagar mis deudas —murmuró Tuomas y ella frunció el ceño, confundida—. Hace tres años hice algo horrible —explicó sucinto— y por fin alguien me ha hecho... pagarlo. —Silvia asintió, volviendo a fijar la vista en el charco que estaba formando el agua que salía de la manguera—. Pero no es suficiente —continuó Tuomas, impelido a explicarse, a hacerle comprender lo horrible de sus acciones, lo terrible de sus pecados—. Traicioné y humillé a mi amigo, hice que temiera al amor y al sexo, que dejara de confiar en los demás, que se apartara de todo aquello que conocía... y solo he recibido un par de puñetazos como castigo. No es suficiente —repitió atormentado.

—No lo es, no —concordó ella—. Cometiste los peores pecados que hay contra la amistad y no has pagado por ello, ni pagarás —le espetó con desdén—. Los tipos perfectos como tú nunca reciben su merecido, da igual cuánto daño hagáis o cuánto nos humilléis. Jamás pagáis. Lo sé por experiencia —escupió despectiva antes de darle la espalda—. Vete a llorar a otra parte, a mí no me das pena.

—Debería, soy un pobre desgraciado —objetó Tuomas, internándose en el lodo hasta quedar encarado a ella.

—No lo eres. Eres basura.

—Dijiste que sería más aceptable si me revolcaba en un montón de mierda y me cubría la cara de barro. —Tuomas se arrodilló para meter las manos en el fango—. Llevo tres años nadando en mierda, Silvia, y de todas maneras no veo estiércol por aquí, por tanto solo tengo esta opción —manifestó embadurnándose el rostro.

Ella lo miró pasmada, ¿de verdad se había manchado las manos, los zapatos y la cara de barro? Sacudió la cabeza para luego entornar los párpados. ¿Qué narices estaba tramando ese pijo? Fuera lo que fuera, no quería saberlo. Los hombres como él, guapos y perfectos, solo daban problemas. Y ella ya tenía suficiente con los

propios como para buscar o aceptar más. Negó con la cabeza y volvió a fijar la vista en las flores.

—¿Soy más aceptable a tus ojos ahora que me he humillado ante ti? Es lo que querías, ¿no? —la provocó Tuomas. Esperando su reacción. Deseando su desprecio. Tenía que pagar por lo que había hecho.

—¡No! —exclamó airada Silvia a la vez que daba una patada al barro, manchándole más la cara y ensuciando su pulcra ropa. ¿Cómo se atrevía el muy cabrón a decir que se había humillado ante ella? ¡Él no sabía el significado de esa palabra!—. ¿Quieres saber lo que se siente al ser humillado? —escupió despectiva.

Tuomas asintió con la cabeza. Quería el dolor de la degradación. Quería sentir lo que había sentido su amigo. Lo que él le había obligado a sentir. Quería ser humillado y despreciado. Lo necesitaba para alcanzar el perdón. Para perdonarse a sí mismo.

—Quítate la camisa y revuélcate en el fango —le ordenó Silvia, sacando el móvil del bolsillo—, te haré fotos y las colgaré en una página de pajilleros, para que todo el mundo se masturbe viendo tu magnífico cuerpo cubierto de barro —siseó rabiosa.

Apenas pudo ocultar su sorpresa cuando Tuomas se despojó de la camisa, obediéndola.

—Tienes un bonito cuerpo, asquerosamente perfecto —masculló ella con inquina mientras le fotografiaba el musculoso torso que él mismo había mancillado con cieno.

Y, aunque Tuomas no se percató de ello, evitó tomar fotografías de su rostro. Por mucho que odiara al tipo de hombres que el guapo polaco representaba, era consciente de que él no le había hecho nada, por tanto no iba a hacerle pagar por los pecados de otro. Por mucho que Tuomas quisiera pagar por los propios, no era tan arpía como para hacerle lo que a ella le habían hecho.

—Lástima que no estés empalmado, conseguiría más dinero si lo estuvieras —dijo con voz fría bajando la cámara.

Tuomas la miró, estrechando los ojos incrédulo, sus palabras habían provocado un destello de placer que le había recorrido el cuerpo durante un instante. Se sentó en el charco y negó con la cabeza a la vez que una carcajada desdeñosa escapaba de su garganta. A pesar de la mortificación que sentía, o tal vez debido a ella, su polla estaba cobrando vida. Por lo visto solo era capaz de empalmarse bajo el influjo del desprecio de Silvia.

—Si ese es tu deseo —comentó desafiante, aludiendo a su último comentario. ¿Le quería fotografiar empalmado? Pues empalmado le fotografiaría. Se limpió las manos en los pantalones para después abrirse la bragueta y enseñarle su gruesa polla en todo su esplendor.

—No, ese no es mi deseo —rechazó Silvia, comprendiendo al fin hasta qué punto estaba atormentando el polaco; hasta qué punto sería capaz de humillarse para intentar perdonarse a sí mismo. Era autodestructivo. Y, por un segundo, se vio reflejada en él. Apretó los dientes y negó con la cabeza—. Está demasiado limpia —

seó, señalando la rígida verga con los ojos—. Ensúciala. Llénate las manos de barro y menéatela.

Tuomas la miró petrificado, incapaz de cumplir su orden.

—Ya sabía yo que no tendrías cojones para hacerlo —le espetó Silvia. Abrió la válvula de la manguera para obtener más presión y le dirigió el potente chorro de agua al torso, limpiándolo—. Lárgate.

Y Tuomas, por extraño que fuera, la obedeció.

Karol

Lunes, 21 de junio de 2010

—¿C UÁNTO crees que tardarán en construirla? —me pregunta Tuomas sin apartar la vista de la ventana, obsesionado por la mujer que está en el jardín.

Llevamos toda la mañana hablando de su nueva casa. Ha escogido la que le señaló Laura. Le digo que las obras durarán entre nueve y doce meses. No parece complacido por mi respuesta. Pero no creo que sea por la tardanza en tener su nuevo hogar, sino por todo lo contrario. Creo que quiere quedarse aquí, para siempre, en el Templo. Y, siendo sincero conmigo mismo, yo también quiero que se quede. Me gusta saber que está en mi casa. Que puedo hablar con él con solo bajar al salón.

Me gusta pensar que poco a poco vamos retomando nuestra antigua amistad. La primigenia. La que manteníamos antes de la muerte de sus padres. Antes de perdernos en el sexo. Antes de Laska.

—Les he dejado la comida de Zuper en el horno y la cena en la nevera. — Esmeralda interrumpe mis pensamientos, y yo se lo agradezco. Están tomando derroteros que no quiero seguir—. La señorita Laura no vino el sábado y tampoco hoy, ¿no va a volver? —me pregunta preocupada.

—Volverá, yo me ocuparé de traerla —afirmo con una seguridad que, por primera vez en mucho tiempo, sí siento. No importa que no se presentara en el centro comercial el sábado, sé que solo es cuestión de tiempo, de poco tiempo, encontrarla.

—Es una jovencita muy agradable. Tiene que mimarla mucho y no dejarla escapar, no crea que es fácil atrapar a una mujer tan guapa y con tanto estilo con las pintas que usted me lleva siempre —me regaña, haciéndome esbozar una sonrisa. Esmeralda es la abuela gruñona que nunca tuve, y la adoro por ello—. Le conviene tratarla bien, se nota a la legua que bebe los vientos por ella, no sea tonto, y agárrela bien fuerte —me apremia.

—Pierda cuidado, Esme. Nada va a impedir que la encuentre y la conquiste. La encerraré en esta casa y usted podrá malcriarla tanto como quiera —asevero acompañándola a la puerta.

—Tu mujer va rompiendo corazones —se burla Tuomas cuando regreso al salón.

—También labios —replico arqueando una ceja, pues mucho me temo que ha sido Laura quien le golpeó.

Tuomas se limita a sonreír orgulloso mientras se toca el ojo, que ha pasado del violáceo al negro. Me preocupa mi amigo. Creo saber lo que está buscando... y me da miedo que lo encuentre. Pero no puedo hacer nada por él. Todos tenemos que pagar y sufrir para encontrar nuestro camino.

—Acabo de ver a Esmé, me ha dicho que tengo lasaña en el horno. Esa mujer es una maravilla —comenta Zuper entrando en la casa para atravesar como una exhalación el salón.

—¿La has encontrado? —le pregunto, deteniéndole antes de que llegue al pasillo y se pierda en la cocina.

—Por supuesto, jefe. Tienes el mejor secretario del mundo mundial —afirma abriendo el cuaderno lleno de apuntes—. Y no ha hecho falta ningún detective privado, lo he hecho yo solito. Tengo un amigo que tiene un cuñado cuyo suegro trabaja en Tráfico, y resulta que su hijo es minusválido con dependencia severa y nuestro asqueroso Gobierno no hace nada por ellos, así que hemos intercambiado favores. Su hijo tiene una silla de ruedas nueva, y él ha mirado si la furgoneta tiene multas y *sip*, por lo visto a tu ladrona le gusta conducir por encima del límite de velocidad. Aquí es donde vive. —Me tiende el cuaderno con una sonrisa tan complacida como traviesa—. ¿Contento?

—Mucho.

—Estupendo. ¡Hora de comer! —exclama alegre antes de salir corriendo hacia la cocina.

—¿Qué vas a hacer ahora? —me pregunta Tuomas.

—Ir a por ella.

Subo a la Torre y me visto deprisa. Los pantalones negros con largas tiras de tachuelas, el pañuelo que me regaló Laura atado al muslo, la camisa blanca con chorreras en el cuello y las mangas y las botas con la puntera metálica. Me perfilo los ojos con kohl y luego corro la pintura con el dedo, tal y como me han enseñado a hacer Alba y Elke, para sombrear de negro los párpados. Escuchó el timbre del videoportero, pero lo ignoro, ya se ocuparán Zuper o Tuomas de contestar. Miró el último pintalabios que me han regalado mis amigas y me planteo la conveniencia de usarlo. No sé si a Laura le gustará besarme si tengo los labios pintados. Sonrío y me los pinto de rosa pálido. Yo haré que le guste. Por último, engomino mi brillante pelo azul hasta dejarlo de punta y bajo de nuevo al salón.

Tuomas me espera inmóvil en mitad de la estancia, pálido como un muerto.

—Tu padre está en la puerta —me dice señalando la pantalla del videoportero.

Nota de la autora

Cuando comencé a escribir *Las Crónicas del Templo* sabía que sus personajes, en especial Karol, me iban a atrapar. Lo que no pude imaginar fue hasta qué punto este hombre tan complejo me iba a subyugar. Karol es... especial. Y por eso he escrito su historia en este libro, el cuarto de la serie, y no en el quinto como sería lo lógico al ser el personaje principal. No podía esperar un segundo más para conocer — y transmitirlos— las circunstancias que habían forjado su extraña y cautivadora personalidad... Tampoco para saber si Laura, mi ladrona favorita del mundo mundial, conseguiría su propósito y le haría caer de rodillas, tal y como siempre auguraban Alba, Elke y Sofía.

Por supuesto, no puedo olvidarme de mi reputación de bruja piruja... y ese es el motivo de que haya dejado el final un pelín abierto. Soy mala, qué le voy a hacer.

Dicho esto, debo confesar que no, no he robado ni entrado jamás en una casa por la ventana. Y, por descontado, tampoco sé piratear un ordenador ni nada remotamente parecido. Todo lo que hace Laura es cosa suya. Yo no tengo nada que ver. Soy una santa (un poco bruja, eso sí).

Espero que hayáis disfrutado muchísimo con esta historia, es más, ojalá os haya arrancado alguna sonrisa, varias carcajadas y muchos suspiros, pues mi intención es, y siempre será, entreteneros y haceros soñar.

Un beso enorme a todos y todas,

Noelia A.

Notas

[1] «Hacker de sombrero blanco». Algo así como «los piratas informáticos buenos», siguen una ética basada en proteger y asegurar sistemas informáticos, de comunicación, etc. A veces trabajan para empresas especializadas en seguridad. A estas empresas las denominan Tiger Team. <<

[2] Vodka popular en Polonia. <<

[3] Dusty Springfield, *Son of a preacher man*. «El único hombre que me pudo conseguir / Era el hijo de un predicador / El único chico que me pudo enseñar / Era el hijo de un predicador / Sí, lo era, lo era, oh, sí, lo era». <<

[4] «Robándome besos a hurtadillas / tomándose tiempo para hacer tiempo / Diciéndome que él era todo mío». <<

[5] Consolador anal en forma de cono. <<

CRÓNICAS
DEL TEMPLO

Vol. 4

*La
Reina
del deseo*

se

Noelia
Amarillo

Lectulandia

